


DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

Imprenta de J. Peña. — Olivar, núm. 22.

LA
REDENCION DEL ESCLAVO

POR

DON EMILIO CASTELAR

2.ª PARTE—TOMO I.

PRIMERA EDICION.

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1873



LA REDENCION DEL ESCLAVO.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA PARTE.

I.

ORIEL.

No habrá piedad para mí en la tierra. He recorrido el mundo, y sólo me he clavado sus espinas. He puesto los lábios en la copa de la vida, y sólo he apurado su acíbar. Cuando he procurado acercarme á los sacrificios de los dioses para calentar mi cuerpo yerto, los sacrificios se han suspendido. Cuando he querido pelear en los campos de batalla para buscar la muerte, los guerreros me han atado á la cola de sus caballos, creyéndome indigno de pelear por ellos, y de morir con ellos. Cuando he procurado fundar una familia, como la funda el ave sobre la copa de un árbol, como la tiene un tigre en las madrigueras

del desierto, se han comido mis perseguidores á pedazos mi corazon y mis hijos. Soy desgraciado porque soy esclavo, y soy esclavo porque me llamo el trabajador. Los dioses del Oriente, mis perseguidores, van cayendo y rodando por la tierra como las hojas secas en el otoño. Sus templos se arruinan. La fé, que los alimentaba, se extingue. Yo los he maldecido, ellos han muerto, y sin embargo, yo continúo postrado. ¿Quién me escuchará?

EL DESIERTO.

La soledad es fecunda. Sobre mis montañas de estéril arena, más allá del viento abrasador que me azota, flota algo misterioso, algo único, uniforme, inmenso, infinito, como mi desolada superficie.

ORIEL.

¿Qué voz oigo? Me parece que de esas arenas estériles se levanta como un rojo y luminoso vapor, en cuyas ondulaciones vagan extrañas palabras que me alientan, que me fortalecen como á un dios el incienso. No sé qué melodía interior escucho, cual si fuera mi cerebro un instrumento henchido de misteriosas armonías.

CORO DE ÁNGELES INVISIBLES.

Piedad, piedad de Oriel. Su cuerpo, amasado en el éther de los cielos, ha caido en el hielo de los planetas. Su alma increada y misteriosa, más libre que el viento donde iba tu palabra creadora por los espacios infinitos, ha pasado por todos los grados de la servidumbre en toda la redondez de la tierra. Piedad, piedad para Oriel.

UNA VOZ CELESTIAL.

Yo le puse en la cima de los mundos. El espacio infinito parecia el manto de sus hombros y la vía láctea la espada de su cinto. Los planetas llegaban á sus lábios en pos de inspiraciones del espíritu como las abejas en pos del aroma de las flores. Las estrellas se quedaban estáticas oyendo las dulces melodías de sus cánticos. El Universo se agitaba cuando abria sus alas gigantescas. En esta suprema felicidad sentia irremediable hastío. Y le apenaba la idea de no haberse creado á sí mismo. Entonces la justicia, que ha enlazado en armonías incomunicables los mundos y las almas, le condenó al trabajo de crearse á sí mismo. Tended, ángeles, tended los ojos por los espacios infinitos; penetrad como buzos en los insondables

abismos de la naturaleza. No se interrumpe la creacion ni un momento. El granítico monte se enfria en siglos de siglos. La gota de agua tarda miles de años en esculpir y estríar la misteriosa estalactita. Los moluscos, las madreperas forman una isla en una eternidad. La corona de fuego, que lleva un volcan en su cráter, es la pavesa no más del fuego creador que en sus venas llevará la materia. Y si todo esto cuesta crear el mundo material, ¿qué no costará crear un alma? Oriel está condenado al inmenso martirio de crearse á sí mismo un cuerpo con el cincel del trabajo y un alma con el cincel de la inteligencia. Y si no miradle, oidle; sueña y no está arrepentido.

ORIEL *(soñando)*.

El esclavo sólo es feliz cuando duerme, sobre todo si sueña que es feliz. Yo he visto venir hasta mí en alas de misterioso génio un planeta donde reinaban la vida y la abundancia. Siete lunas le seguian en su camino, y el sol le iluminaba tan blandamente que eran sus estaciones una sucesion de primaveras perpétuas. Reverdecian, reflorecian, fructificaban constantemente sus árboles. Resplandecian cargados de estrellas sus cielos. Fluian mansamente sus rios. Amaban por

toda una eternidad sus mujeres. Todo era allí próvido y fecundo, pero expontáneo, porque no necesitaba aquel planeta del trabajo. Y yo he dicho: ni quiero esa vida ni quiero ese planeta. Prefiérolo ágrio, estéril, lleno de ronzas, con montañas que la nieve cubre, con valles que el calor abrase; rompiéndose las olas al pié del volcan hirviente, y desatándose en su atmósfera torbellinos y huracanes eternos. Prefiérolo así para vencerlo y domarlo con el instrumento de mi trabajo. Yo quiero ser el artífice de mi planeta, yo quiero ser el autor de mi vida, yo quiero ser el creador de mi alma, yo quiero ser el redentor de mis dolores.

LA VOZ CELESTIAL.

Así es esa criatura misteriosa, impalpable, que produce las ideas; así es el espíritu. La materia obedece y se deja modelar como cera al influjo del pensamiento creador. El sol, que ilumina y vivifica los mundos, estará oscilando perpétuamente como un péndulo gigantesco en el fondo de su sistema planetario. El planeta se suspenderá del sol, y el satélite del planeta con éxtasis infinito. Pero el alma, ese éther invisible, ese aroma impalpable en cuanto de los lábios creadores

se escape como vago soplo de un suspiro, batallará por llamarse un sér independiente, y por llevar una corona de propia luz, á nadie debida en el Universo.

ORIEL (*soñando.*)

Yo aspiré siempre á crearme á mí mismo. Yo aspiré siempre, sí, siempre á este supremo bien...

LA VOZ CELESTIAL.

Inmenso, increible trabajo. Necesitarás siglos de siglos tan sólo para encontrar el instrumento necesario á tu obra, tan sólo para encontrar la libertad. Tu vida será un dolor contínuo, infinito. Tu paso por el mundo un tormento. Tus pasiones una batalla. Tu trabajo una pena. Tu historia hará verter lágrimas á todas las generaciones. Donde fijes el pié, saldrán espinas; y donde fijes el pensamiento, saldrán misterios. Te azotará un huracan de lágrimas hinchado. Vivirás en profundo é insondable océano de sangre. El peso de una cadena abrumadora gravitará sobre tus espaldas. Cuando creas, despues que por siglos de siglos hayas mellado algo tus eslabones, encontrar un derecho, solo encontrarás una transformacion de tu servidumbre. Del frio pedernal

sale una chispa. Y no sale del alma del esclavo, porque incendiaria el mundo. ¡La creacion! Trabajo infinito, eterno, universal, nunca interrumpido, que llena todos los abismos, que agrupa todas las moles; la creacion solo está reservada á los dioses.

ORIEL (*despertándose.*)

No sé qué hé soñado. Pero he soñado algo misterioso, extraño. Parecíame que este martirio de siglos iba á concluir, que algo nuevo se revelaba en mí, que al ménos mis tiranos, aunque omnipotentes, no podian privarme de soñar. Y hé ahí un refugio, y en ese refugio hé ahí una esperanza. Veo venir por los límites del abrasado horizonte inmensa caravana. No me parecen aquellos sacerdotes que me han maldecido, aquellos reyes que me han esclavizado, aquellos guerreros que me han convertido en su dócil instrumento.

CORO DE PUEBLOS NÓMADAS.

Venimos de las riberas del Eufrates, y queremos un hogar seguro. Cavemos, en busca de pozos de agua viva, el desierto. Alzemos la tienda hospitalaria en el camino infinito, como alza la alondra su nido en la inmensidad del campo. La-

varemos los piés del caminante, y le ofreceremos agua en nuestro cántaro, leche de camellas en nuestros odres, pan amasado sobre la piedra del hogar, y cocido entre cenizas, despues de haberle entonado el cántico de la bienvenida nuestras mujeres, y haberle convidado nuestros esclavos á que pase revista á los innumerables ganados. Nosotros hemos tenido por padres á los patriarcas, y tendremos por hijos los redentores. Pobres somos. Nuestros jefes se criaron sobre el lomo del camello, y se unieron con mujeres buscadas en tierras de Mesopotámia. Hemos dejado las huesas de nuestros predecesores al pié de las palmeras, en largo y no interrumpido viaje. Somos pobres, pero dominaremos al mundo.

ORIEL (*extrañado.*)

¿Por qué, por qué?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

Porque tenemos una esperanza.

ORIEL.

¡Una esperanza! ¿Qué quiere decir una esperanza? ¡Ah, ya caigo! La seguridad de que se cumplirá un deseo, la seguridad de que se reali-

zará un ensueño. La esperanza es el agua en la sed, el rocío en la sequedad, la luz en las tinieblas, la certeza de que vendrá el sol mañana en medio de las sombras de la noche presente. ¡Pueblo nómada, tuyo será el mundo!

EL PUEBLO NÓMADA.

Será nuestro algo más que el mundo; será nuestra la conciencia humana.

ORIEL.

¿Qué dominio es ese? ¿Dónde está ese reino? ¿Se esconde, por ventura, á las orillas del Nilo, entre el desierto y el mar, ó allá sobre las montañas del Líbano, cuyos cedros convertidos en mares sojuzgan á las ondas?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

No te comprendemos, mortal.

LA VOZ CELESTIAL.

Esclavo, si supieras lo que es la conciencia, dejarías de ser esclavo.

ORIEL.

La conciencia es bien extraña palabra. Yo nun-

ca la he oido pronunciar en mi larga peregrinacion por la tierra. Y he estado, aunque á manera de maldita sombra, en los palacios de los reyes, en los templos de los dioses, al pié de las aras, junto al fuego del sacrificio.

LA VOZ CELESTIAL.

Busca la conciencia por el mundo, é ignora que la lleva dentro de sí mismo. Si el esclavo supiera que tiene conciencia, sabria que es libre, que lo creó libre el cielo.

ORIEL.

¿Me llevais con vosotros?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

Te pondremos entre nuestros camellos, entre nuestros perros. Tú eres un siervo extranjero. Y los siervos extranjeros no pueden compartir nuestro pan ni beber en el mismo odre en que nosotros bebemos.

ORIEL.

Tambien, tambien me condenan. Mi martirio es eterno. Nueva hiel cae sobre mis lábios; nue-

vas lágrimas se cuajan como el granizo de una tempestad en mis megillas.

UN ECO.

¿Y la gloria de haberte creado á tí mismo?

ORIEL.

No sé qué oigo, como una carcajada de broma, como una palabra de reconvencion. Siento horriblemente, pero acepto resignado mi dolor.

II.

FARAON.

¿Qué me cuentas? Esos viles gusanos se atreven á despreciar á mis dioses. Más despreciables ellos que el polvo levantado por mis plantas, me maldicen. Dá órden pronto de que ahoguen las parteras, al nacer, sus hijos.

EL EUNUCO.

Señor, sus mujeres son tan fuertes, que paren sin necesidad de parteras.

FARAON.

Dá órden de que todos los israelitas recien nacidos sean arrojados al rio. Así extirparémos esa raza que con la cadena al pié, el látigo sobre los hombros, la hiel en los lábios, el sudor de sangre en la frente, se atreve todavía á la adoracion de un Dios que no está entre mis dioses, y

al deseo de poner á su cautiverio un término que no está en mis deseos.

EL EUNUCO.

Antes agotarás el Nilo que la esperanza de esas gentes. Antes mellarás el sol que la constancia de esa raza.

FARAON.

Obedece, y no me repliques. Cuando un rey de Egipto habla, todo calla. Esos perros han amenazado con matar á mis dioses. Yo mataré á sus hijos. En una mano tengo el ánfora de donde mana la vida, y en otra mano tengo la guadaña de la muerte.

III.

ORIEL (*solo*).

¡Un pueblo de esclavos! ¡Todo un pueblo de esclavos! Y parecia ese pueblo tan fuerte como el cachorro del leon. Y lavaba en vino viejo sus vestiduras. Y aplastaba las serpientes que mordian las pezuñas de los caballos sobre que iba cabalgando como el rayo sobre la nube. Y los patriarcas le bendijeron. Y los profetas le anunciaron victorias. Y las alimañas del desierto, que se habian erguido para devorarle, le lamieron los piés. Y junto á los sepulcros de Efron oyó el cántico que le prometia esperanzas sin término, bienes sin medida, cuando el último sueño bajaba sobre los párpados de su padre Jacob. Y yo me quejaré. ¿Qué soy yo? La sombra de una sombra, ménos que nada. El abismo ha sido mi padre, el dolor mi cielo, la desesperacion mi esposa, el misterio mi porvenir, mi presente y mi pasado. Cuántas

veces he envidiado al bruto que tiene una compañera en las cavernas y un lecho donde depositar sus cachorros. Cuántas veces hubiera querido ser el águila, que extiende sus alas en lo infinito, y se deja mecer tranquilamente por los huracanes. Mas no, eso era demasiado en mi miseria. Por el arroyo que llora, por la amarga ola que el viento hincha, se hubiera cambiado mi deseo. Mas ya contemplo razas enteras esclavas. Ya contemplo un pueblo todo reducido, como yo, á perpétua servidumbre. A lo ménos tendré, si no su cariño, tendré su compasion. Oigo llorar. ¡Qué hermosa mujer!

IV.

LA HIJA DE LEVÍ.

Paz te sea dada, oh extranjero. No me pareces de la raza que me oprime, y que obliga á mis padres, á mis hermanos, á mi esposo, entre maldiciones y amenazas, á cocer los ladrillos para edificar los palacios de sus opresores, esos palacios, que son nuestros propios calabozos.

ORIEL.

Mujer, yo soy extraño á todos los pueblos, y extranjero en todos los hogares. Por eso quizá yo soy compasivo. El dolor no puede ser por ninguna fantasía imaginado. El dolor solo se aprende sentido. Y yo he pasado todos los dolores.

LA HIJA DE LEVÍ.

¿Hasta el dolor de tener que matar por tu propia mano tus hijos?

ORIEL.

Hasta ese dolor. He tenido que sacrificar mis hijos, porque los exigian para víctimas de sus aras los dioses á quienes adoran en la tierra.

LA HIJA DE LEVÍ.

Pero tú no sabrás jamás lo que es ese dolor. Para sentirlo en toda su intensidad, se necesita ser madre y haber parido este hijo. Fieras del desierto, vosotras tendriais compasion de esta mujer, y no la tienen los egipcios. Piedras de los sepúlcros faraónicos, vosotras os ablandarías al lloro de esta madre, y no se ablanda el corazon de un tirano.

ORIEL.

¡Qué hermoso niño! Sus lábios son encendidos como el fuego, sus ojos alegres como la luz. Las tiernas manecitas parece como que quieren coger el cielo. La sonrisa que en su boca vaga, es tan dulce como la inocencia. Sólo tendrá tres ó cuatro dias, y en tres ó cuatro dias ha crecido mucho. Engendrado en la esclavitud, parido entre

dolores acerbos, amamantado con lágrimas, parece superior á todas estas tristezas, sonrosado por el reflejo de celeste serenidad y alegría.

LA HIJA DE LEVÍ.

Pues mira, Faraon me manda arrojar este hijo mio al rio, á este rio de caimanes.

ORIEL.

Mandato horrible. ¿Y no hay medio de eludirlo?

LA HIJA DE LEVÍ.

Ninguno. Ya han desaparecido en las ondas muchos pequeñuelos. Cuando lo sentia retozar en las entrañas se me helaba la sangre. Hubiera querido llevarlo perpétuamente conmigo, esconderlo perpétuamente en mis entrañas. Avisáronme los dolores del parto de que venia sin remedio, y yo no los escuchaba, á pesar de su intensidad. Hacia exfuerzos sobrehumanos para no parir. En mi vientre no lo hubieran encontrado. Para arrancarlo de allí tenían que arrancar-

me al mismo tiempo la existencia. Por fin vino al mundo, arrastrado de una fuerza superior á mis fuerzas. ¡Cuánto desea una madre ver al hijo que acaba de costarle tantos dolores, al hijo que acaba de nacerle entre suspiros y angustias! Y yo no me atrevia á mirar á mi hijo. Cuando sin poderlo remediar le ví, quedé olvidada un momento de mi pena, al reflejo deslumbrador de su hermosura. Pero bien pronto regué con mis lágrimas todo su cuerpecito. Bastaban mis lágrimas para limpiarlo de sus manchas. El dolor era tan grande, que no hice cama olvidada de toda debilidad, y capaz sólo de sentir la suerte de mi hijo. Hace tres dias que lo estrecho contra mi corazon, y que lo cubro desde la frente hasta los piés con mis besos. Pero llega la hora suprema del sacrificio. ¿Qué hacer? ¿Por qué, por qué no viene ántes la muerte?

ORIEL.

Confíalo al rio, confíalo á su tranquila superficie, á su mansa corriente.

LA HIJA DE LEVÍ.

Al rio, jamás. Las ondas lo tragarán, y lo devorarán los cocodrilos hambrientos, los dioses de estos pueblos.

ORIEL.

Cuando yo estaba aquí solo, fabricaba, en recuerdo de mis hijuelos desaparecidos, esta cuna de mimbres, acompañándome en mi trabajo con las canciones propias del esclavo. Aparejémosla. Es más misericordiosa la naturaleza que el corazon de los hombres. Pongámosle en su fondo un lecho de palmas. Pongámosle en uno de sus extremos blanda almohada de flores. Cubrámosla con las verdes y frescas hojas de estos árboles. El sol lo iluminará con cariño. El áura embalsamada lo impulsará con sus besos. Las ondas del rio le mecerán como tus amorosos brazos. La paloma del valle lo seguirá como si fuera el nido de sus hijuelos. Le prohijará el Gran Todo, que tiene vida hasta para los insectillos. Y lo habrás confiado á la naturaleza, más compasiva, más benéfica que el corazon empedernido de los hombres. No tiembles, no. Los cocodrilos son ménos temibles que un rey, que un tirano.

LA HIJA DE LEVÍ.

¿A quién, á quién así confio mi hijo?

ORIEL.

Estaba yo una tarde, al ponerse el sol, en la inmensidad del desierto. Entre los arreboles del horizonte, esmaltado por todas las tintas del ocaso, ví venir háca mí una tríbu. Apliqué el oido y recogí en mi memoria sus cantares con la misma sed con que beben los desiertos el rocío. Aquellos hombres, atezados por el simoun, se prometian el dominio de un mundo mayor que la tierra. Y para conseguir ese dominio, solo tenian un título, su fé; y solo confiaban en un instrumento, su esperanza. Esa tríbu, era la tríbu de Abraham tu padre. De esa raza ha nacido Jacob.

LA HIJA DE LEVÍ.

Tienes razon, la tienes, sí, extranjero. Me siento fuerte. Confio mi hijo al Dios de Leví, al Dios de Jacob, al Dios de Abraham.

EL NILO.

Yo soy el rio de los misterios. En mis ondas se han bañado los dioses. Yo fecundo la tierra con mi limo y los sepulcros con las esperanzas de inmortalidad. El Buey Apio, que se apacienta en mis márgenes, ha abierto nuevos surcos en la conciencia humana para plantar nuevas ideas. Mi tranquila superficie ha reflejado los geroglíficos que guardan secretos de los cielos. Los solitarios han venido á extinguir en mis manantiales el ardor de sus lábios encendidos por la sed de lo infinito. Mis ondas se han cansado de lamer graníticas tumbas, donde descansan millares de castas y generaciones innumerables de sacerdotes. Yo soy el rio de los misterios. Vengo del interior de Africa, hirviente, abrasado, como esas corrientes de materia cósmica que surcan en todas direcciones los espacios infinitos. Muchos árboles se han deshojado sobre mis aguas. Muchas conciencias me han confiado sus secretos. Y yo nunca he sentido una conmocion tan profunda en mis entrañas como al desflorar el apretado cristal de mi superficie esa cuna de mimbres donde vá dormido en su inocencia un recien-nacido niño. ¿Por qué me alegra ese peso? ¿Por qué mis aguas se reco-

gen y se tranquilizan más? ¿Por qu
suspenden su aliento al pasar sobr
¿Por qué mis horizontes la miran co
éxtasis? ¿Por qué mis aves la siguen
custodiaran? ¿Qué misterio vá en su
¿Qué secreto guarda? ¿Qué es, qué e

LAS AURAS.

Es la cuna de la libertad.

EL NILO.

¿Cómo se llamará ese niño?

LAS AURAS.

Se llamará Moisés.

EL NILO.

¿Qué hará ese niño?

LAS AURAS.

Romperá una cadena y redimirá u
Todo aquel que rompe una cadena,
que redime un oprimido, es sagrado
es inmortal en la historia.

ORIEL.

Yo he sido el trabajo que ha fabricado esa cuna. Sin mí, ese niño redentor no flotaria sobre las aguas del Nilo. Yo soy el redentor del Redentor. ¿Quién, pues, me redimirá á mí?

LAS AURAS.

Tú mismo.

V.

CORO DE ISRAELITAS.

«Cantemos al Señor que, glorificándos
mismo, sumergió en la mar el caballo y el
llero.»

«La fuerza y la gloria de Israel, están t
el Señor, que fué nuestra salvacion.»

«Él es nuestro Dios, y por eso lo glorifi
él es el Dios de nuestros padres, y por
exaltarémos sobre todas las cosas.»

«Jehová es su nombre, Jehová el nom
este guerrero invencible.»

«Él ha precipitado en las aguas los car
guerra y los ejércitos de Faraon. El mayo
los precipicios egipcios, yace en el Mar Ro

«Los abismos le cubren, los abismos que
devorado como si fuera una piedra.»

«Tu diestra, Señor, tu diestra se ha se

por su fuerza. Tu diestra ha herido al enemigo.»

«Aniquilástelo en la inmensidad de tu gloria. Consumístelo, como dèbil arista, en el incendio de tu cólera.»

«Las aguas se han encrespado al soplo de tu furor, las corrientes se han detenido, los abismos se han allanado en el fondo del mar.»

«El enemigo ha dicho: yo le perseguiré, yo le alcanzaré, yo distribuiré sus despojos, y mi corazon estará satisfecho; yo desenvainaré la espada y lo exterminaré entre mis manos.»

«Has enviado tu aliento, y el mar los ha cubierto, y hánse hundido como el plomo en las profundas aguas.»

«¿Quién te iguala en fuerza, Señor? ¿Quién se asemeja á tí? Grande en tu santidad, terrible en tus prodigios.»

«Estendiste la mano, y los devoró la tierra. En tu bondad, guiaste á tu pueblo, que has emancipado, y lo condujiste con tu pujanza al lugar de tu santísima morada.»

«Los pueblos se han levantado en su cólera. Los Filisteos han sido sobrecogidos de dolor, los principes de Edom conturbados, el espanto ha sorprendido á los fuertes de Moab, y los habitantes de Canan se han secado de miedo.»

«Que el frio del terror á tu formidable brazo les invada; que se petrifiquen hasta que tu pueblo haya pasado, este pueblo que has querido hacer tuyo.»

«Tú le conducirás, le establecerás sobre la montaña de tu heredad, en la sólida mansion que has construido; Señor, en el santuario que tus manos han fundado.»

«El Señor reinará en la eternidad más que duren los siglos.»

«Faraon ha entrado en el mar con sus carros, con sus caballos; el Señor ha arremolinado sobre él todas las aguas, y los hijos de Israel han pasado á pié enjuto.»

«Cantemos al Señor que se ha glorificado á sí mismo, precipitando en el mar al caballo y al caballero.»

ORIEL.

¿Qué oigo? ¡Qué extrañas palabras! Dios y libertad. La palabra Dios me trae á los ojos no sé que océano de luz donde nadan millones de mundos y de soles, que luego suben á las alturas en coros infinitos, produciendo incomunicables aromas. Al oir esa palabra, me parece que los cuer-

pos se vuelven diáfanos, y que yo quiero recordar mi estado anterior á mi estado presente, y en el cual ceñidos de alas mis hombros, recorria los espacios viendo venir las estrellas, como enjambres de abejas, á libar la vida en el aliento que despedian mis lábios. Apenas creo encontrarme en el desierto, con su horizonte abrasado, con su uniforme oleaje de arena, con su triste hisopo, atravesado todo de vez en cuando por las bandadas de avestruces errantes. Dios, quiere decir un sol sobre los soles. Dios, quiere decir una estrella mayor que las demás estrellas. Yo, arrojado de los templos, he querido dirigirme á los dioses, cuando los sacerdotes dormian, cuando los sacrificios estaban suspensos, desiertas las aras, como un criminal que acecha el momento de cometer su crímen allá entre las sombras de la noche. Y yo he creido que para mover á los dioses, á esos séres benéficos, invocados por los mortales, bastábame plegar las manos, y pedir misericordia con mis lábios amargados por la hiel de todos los dolores; pedirles misericordia. El silencio ha respondido á mi súplica. El eco ha sido más compasivo que la divinidad. A lo ménos ha repetido mi queja como si quisiera decirme que hay algo misterioso que conmigo siente. Pero ese Dios invisi-

ble que un pueblo, ayer esclavo como yo, y hoy redimido, invoca entre el mar, donde han caido sus tiranos, y el desierto, en cuya esterilidad ha brotado la esperanza, ese Dios debe ser mi Dios. Su nombre vá unido al nombre de libertad. Yo no entiendo este nombre, no puedo comprenderlo en la abyeccion y en la miseria que sufro. Pero azota mi cuerpo como un viento fortísimo, y enardece mi sangre como un calor invisible. Si yo lo comprendiera, si yo lo alcanzara, es lo que habia de levantarme de esta fria soledad y de esta tristeza en que se consume mi vida. Yo busco algo superior á mí que no conozco y que amo; algo que no entiendo, y que sin embargo deseo. ¿Por qué la rama de esa humilde planta sedienta mira al cielo? ¿Por qué el vuelo del ave se dirige al cielo? Buscan su esencia, buscan su vida, buscan ese misterio que se llama Dios. Y yo, ¿por qué, por qué busco ese otro misterio que se llama libertad?

VI.

MOISÉS.

¿Qué plañido se mezcla á la universal alegría de este pueblo? Cuando el címbalo y el salterio suenan; cuando los desiertos repiten el cántico universal de alegría, ¿cómo tú lloras?

ORIEL.

Mago, sacerdote, legislador, profeta; seas quien fueres, óyeme. Yo te he visto adormecer las serpientes, abrir los mares. ¿No podrás romper una serpiente que me muerde el corazon? ¿No podrás sacarme de un mar de lágrimas en que tristemente me ahogo?

MOISÉS.

Habla, cuéntame tu pena.

ORIEL.

¡Mi pena! Las estrellas se gastarian, profeta, antes, mucho antes de que yo hubiera acabado de contártela.

MOISÉS.

Habla, habla.

ORIEL.

Yo soy el trabajador. Yo he sembrado de flores los caminos, y los caminos sólo han guardado para mí espinas. Yo he levantado los templos, y los templos sólo han murmurado en mis oidos maldiciones. Yo he combatido en los grandes combates, y mientras las heridas han cubierto mi cuerpo, ni una hilacha del despojo ha llegado á mis manos. Yo llevo sobre mis espaldas el peso de todas las obras humanas que me abruman, y que sin embargo ni siquiera me prestan su consoladora sombra.

MOISÉS (*levantando los ojos al cielo.*)

Dios de Israel, es un esclavo.

ORIEL.

Soy un esclavo y á tu Dios se lo dices. Él ha sido guia y consolacion de esclavos. Ayer cociais los ladrillos para los palacios de Faraon, y hoy os enseñoreais del desierto. ¿No llegará hasta mí ese brazo que levanta los mares y que abate los tiranos?

MOISÉS.

Jamás; mi Dios solo es Dios de mi nacion. Su ley solo se revela á mi gente. Jehová es para Israel.

ORIEL.

¡Para Israel! Y yo creia al escuchar vuestros cánticos que habia creado hasta las pobres hormiguillas del campo, y que de ellas se cuidaba. Acabais de salir del cautiverio, ¿y tendreis cautivos? Acabais de salir de la esclavitud, ¿y tendreis esclavos?

MOISÉS.

Ley es universal de la tierra. Tendremos, sí,

tendremos esclavos. Los hijos de Israel no podrán ser redimidos por sus padres. Aquel que enagene su propia voluntad, la recobrará á los seis años, sea cualquiera el precio recibido por su venta. El hebreo no podrá ser tratado como bestia ni como vil mercancía, porque Dios le ha sacado de la tierra de Egipto y ha roto sus cadenas.

ORIEL.

¿Y el extranjero?

MOISÉS.

El extranjero será esclavo. Pero el esclavo sentirá bajo la mano de Dios aligerarse sus cadenas. Seràle concedido el reposo del sétimo dia y del sétimo año. No le dará su señor muerte.

ORIEL.

¡Muerte! Nombre benéfico que el esclavo debe pronunciar á cada instante. La muerte es su esposa. La tumba el fin de su cautiverio. ¡Ser esclavo y no morir! Profeta, sacerdote, legislador, quien quiera que seas, ¿tú sabes lo que significa

ser esclavo y no morir? Una cadena tan larga como el tiempo, un martirio tan duradero como la eternidad. El sueño y la muerte son los compañeros del esclavo. Me dices que dulcificará tu Dios su pena. La pena material es una espina que no pasa de la piel. Pero la profunda pena de no pertenecerse á sí mismo, esa vergüenza de haber nacido, ese horror á engendrar séres tan desgraciados como él, ¿quién, quién lo dulcificará? ¿Y vosotros sois el pueblo ayer cautivo en Egipto, hoy libre, y en pós de la tierra prometida?

MOISÉS.

Esclavo, ¿sabes tú quién nos ha redimido del cautiverio?

ORIEL.

¿Quién?

MOISÉS (*yéndose*).

Esclavo, la esperanza.

VII.

ORIEL.

Este pueblo no querrá extender su Dios á los extranjeros, ni dar el secreto de su propia redencion á nosotros los esclavos. Y caerá mil veces. Y en sus caidas se abrazará á los viejos ídolos. Y en estos abrazos de muerte echará de ménos hasta los dias de su cautiverio. Y los tiranos que le rodean lo esclavizarán mil veces. Un dia te crees mi señor, y ¡oh pueblo! otro dia serás mi compañero. Toda redencion que no es universal, no es redencion. ¿Qué diriais del sol si diera el dia sólo á ciertos pueblos privilegiados? ¿Y el Dios de Israel puede ser más pequeño que el sol encendido por su aliento y levantado por sus manos en la inmensidad de los espacios? Pueblo de Israel, serás castigado. Yo siento en mí algo que me dice que la justicia alboreará sobre la tierra, anhe-

losa de justicia. Pueblo de Israel, he bebido tu esperanza.

JAHEL.

Extranjero, enséñame el camino del Monte de Ephraim. Voy á ver á Débora, la profetisa de mi tribu, que vive bajo la palmera y pronuncia sentencias justas para mi pueblo. Voy á decirle que anuncie nuestra victoria. El tirano Sisára ha venido á la cabeza de novecientos carros todos chapados de hierro. Pero Jehová, que peleaba por nosotros, le ha dispersado, y sumergido sus carros, sus caballos, sus ginetes, en el torrente Cison, como en otro tiempo á los Faraones en las ondas del mar Rojo. Sisára, perseguido por nuestro general, vino á mi tienda y pidió agua. Yo abrí los odres donde tenia la leche recien ordeñada, y díjele al enemigo de mi pueblo que bebiera sin temor y se reposara en largo sueño. Durmióse despues de la tranquilizadora bebida, encargándome que ocultara á todos su llegada. Yo velaba su sueño á la puerta de la tienda. Y al poco tiempo oíale roncar. Entonces me acordé con viveza de que mis hermanos son esclavos, y de que Dios habia derribado á Faraon en los ma-

res para libertar á su pueblo del cautiverio. Y cogiendo la estaca de mi tienda y el mazo, clavésela á golpes por las sienes dejándole exánime. No de otra suerte pelea el cazador con la fiera, y aplasta el viajero en el desierto la cabeza de la serpiente.

DÉBORA.

La victoria es nuestra. Dios está con nosotros. Cantemos al Señor que ha derribado nuestros tiranos, como el segador las rojas cañas de trigo. Suspended ¡oh astros! vuestro curso; abrid ¡oh pueblos! vuestro oido, que voy á entonar un cántico de victoria á mi Dios, al Dios de Israel. Cuando pasaste por Edom, tembló hasta en sus fundamentos la tierra, condensáronse como grandes montañas las nubes, y las montañas saltaron como nubes; el cielo se derritió en mares sobre los campos, y las estrellas corrieron como débiles pavesas sobre las ráfagas de los desbocados huracanes. Agitaste tu mano vengadora sobre los enemigos de tu pueblo, que parecia vuelto de nuevo á la servidumbre de Egipto. Las espadas se han roto, los trozos de los carros guerreros corren rodando por el torrente, ó yacen esparcidos por

las laderas, los cuerpos de los enemigos, mutilados, descabezados, circundos de sangre, llamando á terribles festines á los cuervos, que aletean y graznan en los campos donde hemos vencido por la misericordia del Señor. Mientras mis lábios modulan este cántico, mis piés huellan las entrañas de los vencidos. Dios vino en nuestro auxilio, é hinchó el torrente con su soplo de cólera, y todavía ruedan por sus ondas los cuerpos mutilados. Malditos sean los pueblos que no acudieron á nuestro auxilio. Bendito el guerrero que descolgó sus armas y las esgrimió contra lós enemigos de mi pueblo, Bendita la matrona Jahel, bendita en su tienda. Pidióle agua Sisára, y le dió á beber leche en la copa régia. Y la leche caliente le adormeció como si fuera una bebida de beleño. Tendió la mano Jahel hácia la estaca de su tienda, y hácia la maza, asiólas fuertemente, y atravesó la cabeza del enemigo de su pueblo y de su Dios. Dió su último suspiro el miserable, y quedóse exánime á las plantas de la fuerte matrona. La madre de Sisára gemia esperando el regreso de su hijo, y miraba desde su ventana con ojos anhelosos. ¿Por qué tarda en volver el hijo amado de mi corazon? ¿Por qué son tan pesados los piés de sus emisarios? Y una de las mujeres de

Sisára la dijo: Puede ser que ahora cuente el botin, reparta los despojos y tome para sí la vírgen más hermosa. Vestidos de todos colores ceñirán sus cuerpos, y lazos recamados de oro ornarán su garganta. Y mientras tal decian, tu enemigo roncaba con el estertor último, y moria bajo las tiendas de tu familia.

ORIEL (*escuchando*).

Estos pueblos derriban á los opresores, y oprimen. Cantan la conclusion de su cautiverio, y cautivan. Derriban á los tiranos, y tiranizan. Volverá para tí, volverá ¡pueblo desnaturalizado é ingrato! un cautiverio tan odioso como el cautiverio de Egipto. Te has libertado de Egipto, y has caido en Mesopotamia; te has libertado de Mesopotamia, y has caido bajo los filisteos; te has libertado de los filisteos, y has caido bajo la mano de los reyes de Asor; has roto la mano de los reyes de Asor, y te ha cogido la garra de los madianitas. Si comprendieras que tú eres tiranizado porque tiranizas, y oprimido porque oprimes, acaso acabara para siempre la série infinita de tus cautiverios.

VIII.

JEPHTÉ.

Pueblo de Israel, no mereces que Dios te haya sacado de la servidumbre de Egipto, y te haya prometido su eterna alianza. Tus lábios son por naturaleza blasfemos, y tu corazon por naturaleza es idólatra. La espadá de los madianitas ha mordido tus carnes. Y como si fueras estiércol, te ha barrido á las cavernas de las bestias. En vano siembras todos los inviernos tus trigos y esperas al estío las espigas doradas. Los madianitas vienen y te despojan. Trabajas para ellos, como el asno y el esclavo trabajan para su dueño. Volviste los ojos llorosos á Jehová, alzaste á Jehová las manos suplicantes, y Jehová te dijo por boca de sus profetas: «Yo os saqué de manos de los egipcios, y vosotros caísteis en manos de los amorreos.» Y envió uno de sus ángeles en vuestro so-

corro, que fué á sentarse bajo la encina de Ephrá. Y como encontrara á Gedeon escondiendo el trigo para que no cayera en manos de los enemigos, se apenó al oirle en su angustia dudar de que pudieran renovarse las maravillas y los milagros de la salida de Egipto. En rescate de esta duda, Gedeon ofreció cabritos, panes ázimos, debajo de la encina, sobre las peñas, arrojándolo todo á un fuego misterioso, que lo consumió, y lo derritió, y lo elevó en humareda á los cielos. Y Gedeon derribó el templo de Baal, donde luchan abjurando sus padres, cortó el bosque consagrado á las divinidades paganas, y en aquel mismo lugar se sacrificó á Jehová un novillo. Entonces los varones quisieron matarle, y le suscitaron asechanzas. Vinieron á una los madianitas, los amalecitas y los orientales por el valle Jerael, para castigar á Gedeon. Y Gedeon sonó el cuerno de caza para congregar á las tribus, y las tribus fueron en gran golpe y en son de guerra. Pero Dios sólo permitió á Gedeon escoger trescientos guerreros. Y eran los enemigos innumerables cual nubes de langosta; y sus bagajes cual las arenas del desierto. Y fueron vencidos, y cada uno de los israelitas ofreció á Gedeon sus zarcillos de oro, además de las coronas y los mantos de púr-

pura que se cayeron de la frente y de los hombros de los príncipes de Madian, y las cadenas de oro que llevaban sus camellos. Y los israelitas volvieron á olvidar á Jehová, y adorar á Baal. Y los hijos de Annum persiguen hoy á los hijos de Israel. ¿Quién salvará á mi pueblo, quién correrá en su auxilio?

ORIEL.

Si es permitido á un esclavo hablar á su amo, tú libertarás á Israel, tú, valeroso hijo de Galaad.

JEPTHÉ.

Esclavo, desgraciado como yo, ¿no sabes que Jepthé, si es hijo de Galaad, es hijo tambien de una ramera? ¿No sabes que en la justicia de Israel yo debo pagar el desliz de mi padre, y las flaquezas de mi madre? Y mis hermanos me han arrojado del hogar, porque no me engendró mi padre en mujer legítima; y mis gentes me han dejado venir errante y desterrado á estas regiones de Tob.

ORIEL.

Los hombres son así. En la prosperidad persiguen á los que en la desgracia necesitan. Pero no te importe. Ellos vendrán á tí. Créeme, guerrero. Tú has alzado por estas regiones gentes en armas que te siguen, y has hecho esclavos como yo, que te sirven. Ya verás venir por los límites del horizonte la caravana que te busca, y oirás la voz de tu pueblo que te aclama. ¿Oyes, oyes? Son ellos.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Jepthé, Jepthé, capitan invencible.

JEPTHÉ.

Vosotros me habeis vencido. Vosotros habeis castigado mi nacimiento.

LOS ANCIANOS.

Te necesita tu pueblo.

JEPTHÉ.

¿Cómo puede necesitar mi pueblo al hijo de una ramera?

LOS ANCIANOS.

Te llama tu familia.

JEPTHÉ.

¿Cómo han de ponerme á la cabeza del ejército, cuando me han arrojado hasta del último rincon del hogar, y me han negado hasta la herencia de mi padre?

LOS ANCIANOS.

Los que no te quisieron por brazo de sus faenas, te quieren ahora por cabeza de su gobierno.

ORIEL *(para sí)*.

Así es la tierra. Hoy tambien menospreciais al esclavo. El insecto que aplastan vuestros piés, parece más estimable que este sér vil, cuando aca-

so por su naturaleza y por su orígen sea superior á vosotros. ¿Quién sabe si el mundo necesitará mañana del esclavo? Yo he absorbido por todo mi sér, y he derramado en mis venas la esperanza, la virtud de los israelitas.

LOS ANCIANOS.

Jepthé, ¿no respondes? ¿Puedes dejar á tu pueblo en la miseria de la servidumbre? ¿Puedes desconocerlo, y ser para él tan funesto como los hijos de Amnon? Jepthé, Jepthé, Dios te suplica por boca de los ancianos de tu pueblo.

JEPTHÉ.

¿Pondreis á vuestro frente al que no quisisteis tolerar á vuestros piés?

LOS ANCIANOS.

Lo pondremos.

JEPTHÉ.

Que premie Dios nuestros esfuerzos, que Dios sostenga nuestro brazo.

ORIEL.

Todos tienen alguna alegría ménos el esclavo. Todos, ménos el esclavo, pueden esperar en el mundo algun consuelo. Las mayores desgracias pasan, y no pasan las desgracias del esclavo. Las mayores preocupaciones se desvanecen, y no se desvanecen las preocupaciones contra el esclavo. ¿Cuántas veces saldrá el sol antes de que el mundo comprenda mi pena y su injusticia?

LOS ANCIANOS.

¿Qué aroma se dilata por los aires? ¿Qué música deliciosa suena en nuestros oidos, y trasporta nuestro corazon de alegría? Esa voz debe ser la voz de un ángel, segun extiende por nuestro sér benéfica y consoladora influencia como el agua que pasa por las fáuces del sediento.

JEPTHÉ.

Es mi único placer, mi consuelo único; es mi hija, es la hija de Jepthé, que canta. Sus manos amasan las tortas que en mi hogar se cuecen. Sobre su cabeza viene el cántaro que apaga nuestra

sed. De sus palabras sale la oracion que consagramos al cielo, y de sus cuidados los sacrificios que ofrecemos á Jehová. La palmera del desierto, mecida por la brisa de los mares, no parece tan esbelta como su talle. El cendal que encubre su garganta, y que se mueve á la respiracion de su pecho, el turbante de colores que oculta su cabeza, realzan el moreno rostro, de purpúreos lábios, de blancos dientes, de rosadas megillas, de espesas cejas, de negros ojos, velados por larguísimas pestáñas, de espaciosa frente, desde cuyas sienes se desprenden como las sombras junto á los astros, dos trenzas lustrosísimas que van entre sus rodillas á perderse. El aire que agita con su danza, y que llena con sus cánticos, orea mi frente y alivia mis dolores, porque mi hija es hoy mi alegría, y sus hombros serán de mi vejez apoyo, como su oracion en mi muerte la única esperanza.

ORIEL *(para sí)*.

Si el esclavo pudiera alzar hasta ella los ojos... Cuántas veces, limpiando los camellos ó moliendo el trigo, he oido sus cánticos, y al oirlos he quedado fuera de mí, absorto, y no he sentido ni el

peso de mi dolor, ni el peso de mis cadenas. No mira la estrella á la estrella como yo la miro á ella. No cuida el ave de su nido como cuido yo de su casa. Los manantiales se agotarán, y no mis lágrimas, que corren abundosas, cuando presiento el dia en que vendrá su prometido á llevársela á otra tienda para que adorne otro lugar. Yo en mi desgracia encontraria un alivio siendo eternamente su esclavo. Mas no puedo, no, decir una palabra. Encierro mi amor tan profundamente como la tierra el oro. No le es dado al esclavo ni amar.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

Ancianos de Israel, sed bien venidos. La mano de Jehová os guia y sus lábios infunden en vuestros lábios las sagradas palabras que habeis dicho á mi padre, al fuerte, al guerrero Jepthé. Los montes saltan de gozo, los bosques se extremecen de alegría, cuando ven que la espada de Josué y de Gedeon va nuevamente á brillar sobre los hijos de Israel, esgrimida por mano de Jepthé. Temblad, príncipes amnonitas, en vuestros altos tronos; temblad, dioses amnonitas, en vuestros expléndidos altares. La cólera del guerrero os de-

vorará, os consumirá, os aniquilará como el fuego al seco heno. Con mis manos he amasado el pan sin levadura y he escogido el corderillo sin mancha para ofrecer holocáustos á Dios, que ha señalado á mi padre, el amado de mi corazon, entre sus predilectos. Ancianos, venid, venid á reposaros en mi tienda. Los odres llenos están de leche, el hogar de tortas, y á su puerta humea un novillo que os repartiré en pedazos, porque sois los enviados de Dios y los huéspedes de mi casa. Yo seguiré á mi padre hasta su tribu. Mientras él combata por Jehová yo oraré de rodillas ante Jehová. Y á su valor y á mis oraciones Jehová dará la victoria.

IX.

LOS GUERREROS DE JEPTHÉ.

La hora de la batalla suena. El sol tiene color de sangre. El viento del desierto vibra y parece el resoplido de millares de tigres. Nuestras armas vibran, como hambrientas de matanza. Israel va nuevamente á combatir con los tiranos. Israel va nuevamente á derribar los Faraones. Dios de Israel, no abandones á tu pueblo. La sangre, que corra, corre en tu holocáusto. Las víctimas, que caigan, caen sobre el ara de tus sacrificios. Dadnos, Señor, dá á tu pueblo como en la salida de Egipto, dadle la victoria.

JEPTHÉ.

Esclavo, cuenta nuestros enemigos. ¿Los ves allá bajo? ¿Son muchos?

ORIEL.

He perdido la cuenta. Innumerables son sus armás, é innumerables sus camellos. Gritos de rabia salen de sus fuertes gargantas, y relámpagos de rabia fulminan sus airados ojos. Los amnonitas han sido siempre un pueblo lleno de ira y de coraje.

JEPTHÉ.

Jehová, Jehová, no abandones tu siervo en la hora suprema del combate. Tu pueblo no es digno de tí, porque en su corazon han como de tropel entrado todas las pasiones; y en su memoria se han como nieblas desvanecido todos los recuerdos de tus misericordias. Paréceme, Jehová, que veo tu ceño airado y que oigo el bramido de tu cólera implacable. No trates á tus escogidos segun sus pecados, trátalos segun tu misericordia. Yo estoy dispuesto á mostrarte que reservo para tus altares las más preciadas víctimas, y que te consagro el humo de los mayores holocáustos. Mi corazon flaquea, mis ojos se cierran, tiemblan mis manos y salta el corazon fuertemente en el pecho. Yo te ofrezco un voto que cumpliré sagradamente. Es

la promesa de mi agonía, es el juramento en vísperas de un combate que puede ser mi muerte, y la muerte, Señor, de tu pueblo escogido, del pueblo de Israel. Si caen los amnonitas en mis manos, prometo degollar sobre tus aras la primer persona que salga á esperarme á mi puerta, sea, Señor, sea quien fuere.

ORIEL.

Háse empeñado la batalla. Corren las tribus de Israel, como los leones despojados de sus cachorros. Las tribus de los amnonitas defienden sus hogares como defienden las águilas sus nidos. Pero las selvas y las ciudades humean. Los riscos caen como si un terremoto los desgajara. Los torrentes se aumentan por la sangre henchidos. Y el esclavo, enmedio de esta catástrofe, sostiene su consigna: guardar sólo, entregado á sus fuerzas, la tienda de su amo. Jepthé, ¿qué voto has hecho? ¿Es tu Dios un Dios cruel y antropófago? ¿No le llaman el Dios de la justicia? ¿No dicen que sostiene y alimenta las avecillas en el aire, los insectillos en el polvo? Irán á ofrecerle víctimas humanas? El primero que salga anheloso por celebrar las victorias, por saludar al héroe, ese mo-

rirá. ¿Dónde, dónde está, israelitas, vuestra justicia? ¡Qué sudor frio me sobrecoge! Cuantas veces Jepthé ha vuelto de alguna expedicion á su casa, la primer persona que ha salido á esperarle ha sido su hija... Los ojos se me nublan de sangre, y el corazon se me parte en pedazos. Nadie sabe el culto que yo guardo en mi corazon por esa hermosísima vírgen. Si al llegar fuese ella la primera en salir á la puerta... no quiero ni aún imaginarlo. Pero hay un medio. Yo, yo iré á Maphá, yo me instalaré á la puerta, yo seré el primero en recibirle y suludarle, y en vez de inmolar á su hija, inmolará á su esclavo. Con esto quitaré al corazon de Jepthé un gran dolor y guardaré á la tierra un gran ornamento. ¡Yo la amo tanto! Extasiarme en la contemplacion de sus negros ojos y de su moreno rostro; respirar el aire embalsamado por su aliento; oir, siquiera sea de léjos, los latidos de su pecho; amar, aunque no sea amado, amar como en el mundo no se ama, sin esperanza, en la seguridad de que otro sér y no yo, será por su corazon escogido; hé aquí el único triste, pero seguro consuelo de mi existencia. Y tiene tan escasos consuelos el esclavo! Sea yo, pues, el sacrificado. Abandone yo el campamento, olvide la consigna, y vaya derecho al sacrifi-

cio. Dueño del pobre siervo, debia aborrecerte y te amo. Debia maldecir tu progenie y la adoro. Debia guardar el más aguzado hierro para clavarlo en tu corazon, en el corazon de tus hijos, y me ofrezco en holocáusto para que tus hijos no perezcan. Huyo, huyo. Que se salve, que se salve ella del implacable voto, y del Dios implacable.

X.

LOS GUERREROS DE JEPTHÉ (*en torno de su tienda*).

Jehová oyó nuestra súplica, Jehová misericordioso. Las gentes de Amnon eran muchas, y amenazaban tragarnos. Pero sopló Dios contra ellos su ira, y se dispersaron como las nubes al viento. Ya no tienen ciudades, quemadas por nuestras teas. Ya no tienen ganados, muertos por nuestras cuchillas. Ya no tienen nacion, dispersa por nuestras victorias. Ya son esclavos, y sólo esclavos de nuestro poder. Se han renovado las maravillas de la salida de Egipto. Se han cumplido de nuevo los milagros que nos contaran nuestros padres. Gracias sean dadas á Jehová que ha vuelto por su pueblo, y á Jepthé que ha sido el brazo de Jehová.

JEPTHÉ.

Hemos vencido. Los hijos de Amnon, que estaban á punto de ser nuestros amos, se han convertido en nuestros esclavos. Pero esta victoria, que hemos milagrosamente conseguido, no la debemos á nuestros esfuerzos, la debemos á Jehová. Antes de entrar en batalla le he ofrecido un voto que voy á cumplir implacablemente. Le he ofrecido que si triunfábamos, la primer persona, sea quien fuere, que, al volver, se presente á la puerta de mi casa, sea inmolada.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Jepthé, Jepthé, ese es un voto temerario. ¿Has pensado quién podria salir primero á la puerta de tu casa?

JEPTHÉ (*palideciendo*).

Dios mio, Dios mio, mi hija. Aparta, Señor, de mí este pensamiento. No puede ser. No debe ser. Sí, saldrá un esclavo, saldrá una esclava. Mi hija, mi hija no saldrá. En el terror que me inspiraba la proximidad del combate, me he olvidado de

ella. Jehová, Jehová, ten compasion de tu siervo.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

El voto es temerario, pero inviolable. Lo has ofrecido, y no tiene remedio; hay que cumplirlo. Si por la vida de una sola persona se ha salvado un pueblo, es necesario que esa vida desaparezca como ténue nube de humo sobre el ara de Jehová. Así procedieron nuestros padres; así debemos proceder nosotros. En la santa alianza que hemos pactado con Dios, Él ha cumplido todas sus promesas; cumplamos nosotros todas las nuestras. Los amnonitas han muerto por tu voto; cúmplase tu voto.

JEPTHÉ.

Se cumplirá. La primer persona que en Maphá salga á la puerta de mi casa, creedlo, será inmolada, será ofrecida en sacrificio á Jehová y degollada sobre el ara. Mas que no sea esa persona mi hija.

VARIOS SOLDADOS (*trayendo atado á Oriel*).

Jepthé, tu esclavo habia desertado, y lo hemos cogido camino de Maphá.

JEPTHÉ.

¿Has desertado? Ingrato. En mi casa te traté siempre, segun la ley de Dios. Pero ¿cómo has desertado camino de Maphá? Si querias salir de nuestro dominio, debiste tomar, ó el desierto, ó la montaña. Pero el camino de las ciudades de Israel, llenas hoy de tropas. ¡Qué insensato! ¿Por qué, por qué has tomado camino de Maphá?

ORIEL.

Dueño mio, no puedo decírtelo.

JEPTHÉ.

Pues yo tampoco puedo evitarte un castigo. Soldados, azotadlo, y luego imponedle la pena más leve que el Código de Moisés reserve al esclavo desertor. Este dia es dia de regocijo. ¿Quién, quién saldrá primero á mi puerta?

XI.

LOS HABITANTES DE MAPHÁ.

Ya viene el gran general. Convirtamos nuestro corazon todo entero en su hogar, y vinculemos su memoria en la conciencia y en la memoria de nuestros hijos. Éramos siervos y Jepthé nos ha redimido. Estábamos desposeidos de nuestras riquezas y Jepthé nos ha en nuestras riquezas reintegrado. A sus manos debemos la reedificacion del templo de Jehová; y á su espada debemos la salud de la pátria. Sólo tiene una hija, vírgen como el ampo de la nieve sobre la montaña, y hermosa como la flor cargada de rocio en el alba. La luna de Enero no es tan clara como su rostro, ni la primer estrella de la tarde tan luminosa como el resplandor de sus ojos. Buscaremos para su lecho el mancebo más jóven y más hermoso de todo Israel. La dotaremos con riquísimos presentes.

Y en ella, en su familia, en su descendencia, honraremos al vencedor de los hijos de Amnon, al salvador de los hijos de Israel.

CORO DE CAUTIVOS.

Nuestros jefes nos habian ofrecido que serian esclavos nuestros los hijos de Israel y por concubinas nuestras sus hermosas hijas. Habíannos dicho que apuraríamos su vino en los vasos de sus templos, y que convertiríamos sus joyas en riquezas de nuestras arcas. Y somos cautivos. Y el hierro oprime nuestros piés, y el látigo chasquea sobre nuestras cabezas. Y venimos aquí en testimonio del valor y de la fortuna de su general Jepthé, á quien todavía debemos agradecer que nos haya hecho cautivos adscritos á su servicio, y no víctimas inmoladas sobre las aras de su Dios.

CORO DE GUERREROS.

Los hijos de Amnon eran como las hojas de las selvas, como las arenas del desierto, como las gotas de agua en los mares. Cuando nos acercábamos á ellos creíamos que nos sumergirian pronto

en su inmensa muchedumbre. Pero Jepthé se puso en oracion y Dios ha oido á Jepthé.

JEPTHÉ.

Yo agradezco á vencedores y á vencidos sus alabanzas. Pero no debeis, no, alabarme á mí, sino á Jehová que vino en nuestro socorro. Sólo Dios es vencedor, porque sólo Dios es fuerte.

ANCIANOS DE ISRAEL.

Jepthé, vamos á conducirte á tu casa. Allí instrumentos de todo género halagarán tus oidos, aromas riquísimos purificarán tu cuerpo, y aguas clarísimas lavarán tus piés heridos por las espinas de las batallas.

JEPTHÉ.

¿Qué decis? ¿A mi casa? ¡Oh! El funesto voto.... La sangre me hierve. Los ojos quieren saltarse de las órbitas. Se me rompe el corazon dentro del pecho. ¿Por qué, por qué no fuí vencido?

ORIEL (*arrojándose á las plantas de Jepthé*).

Perdona mi desercion. Quítame estas cadenas. Déjame andar, correr. Yo sé cuál es mi destino. Quítame estas cadenas. Desátame del carro de guerra á que voy atado; te lo pido por tu Dios, te lo pido por tu hija.

JEPTHÉ (*siguiendo su camino*).

Aparta, esclavo, aparta. No me cierres el paso.

EL PUEBLO (*encaminándose á casa de Jepthé*).

Óyese ya ¡oh guerrero! una dulce melodía que llena los aires. Son los címbalos y los salterios que consagra tu hija, la hija de tus entrañas á la victoria de su padre.

CORO DE DONCELLAS (*dentro de la casa*).

Alabad al Señor desde el matiz que tiñe las alas de la mariposa hasta la luz que llevan las estrellas en su dorada superficie. Alabad al Señor, hisopo del desierto, adelfa del torrente, encina de los valles, cedro de los montes. Alabad al Señor,

luciérnagas perdidas en los torrentes y soles perdidos en los abismos. Alabad al Señor la alborada y el anochecer, los crepúsculos y el mediodía. Alabad al Señor los vivos, alabad al Señor los muertos, alabad al Señor desde el vientre de vuestras madres, generaciones que estais por nacer. Que el vapor de las aguas, que el rocío de las nubes, que la oracion de los creyentes, mezclándose con la mirra y el incienso alaben al Dios de las misericordias.

JEPTHÉ (*mirando con anhelo á la puerta*).

Nadie, nadie á la puerta de mi casa. ¡Ah de mis esclavas!

LA HIJA DE JEPTHÉ (*saliendo sola á la puerta*).

Padre. Padre, padre mio.

JEPTHÉ (*cayendo de espaldas*).

Me han muerto. Mi hija; maldicion, maldicion....

LA HIJA DE JEPTHÉ.

La alegría de haber visto á su hija despúes del combate, en que vuelve, como yo esperaba, vencedor, le ha robado el sentido. Demos agua fresca á sus sienes; demos esencia de nardo á sus lábios; demos á sus piés besos de filial amor.

JEPTHÉ (*volviendo en sí*).

Hija mia, ¿por qué saliste sola á la puerta, por qué?

LA HIJA DE JEPTHÉ.

Porque nadie debia verte en tu casa antes de que te viera tu hija; porque nadie debia hablarte antes que tu hija te hablara. Yo habia empapado con mis lágrimas el suelo del hogar durante tu ausencia. Yo habia importunado á Dios con mis oraciones durante tu combate. Yo habia presentido, como si un celeste ángel viniera á decírmelo, tu excelsa victoria. Yo he recorrido la tribu cantando y danzando con mis compañeras, como María al pié del Sinaí. Y yo he querido ser la primera en saludar á mi amado padre, y en abrirle las puertas de su casa.

JEPTHÉ.

¿Por qué no me vencieron los amnonitas? ¿Por qué no hicieron trizas mi cuerpo, y lo entregaron á los lobos y á los cuervos? Yo no hubiera padecido tanto como ahora padezco. Me muerden todas las penas juntas el corazon. Me lo arrancan á pedazos. Mis entrañas están laceradas, mi cabeza consumida. Jehová, Jehová, mátame, mátame pronto.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

¿Delira? La alegría le ha robado la razon.

JEPTHE.

No, hija mia, hija de mi corazon. No es la alegría; es el más intenso, el más rabioso de los dolores que ha sentido hombre. En dos minutos la piel se me ha adherido á los huesos calcinados. Ardo, y muero en medio de las mayores angustias. La hiel brota en mis lábios y la luz se retira de mis ojos. ¿Por qué, por qué habré nacido?

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Ha hecho á Dios un voto horrible, pero un voto que debe cumplirse. La palabra dada á Jehová es una palabra irrevocable. Tú ofreciste la víctima, y Jehová la ha señalado. Cúmplase en el cielo y en la tierra su voluntad soberana.

LA HIJA DE JEPTHE.

No os comprendo. Hablad claro. Nada me aterra como el dolor de mi padre.

JEPTHE.

Dios de Israel, ¿no podias preservar á este padre infeliz de tanto horror como preservaste á Abraham?

LA HIJA DE JEPTHE (*cubriéndose el rostro con las manos*).

Todo lo comprendo. Dios me ha escogido como víctima expiatoria de los pecados de toda mi tribu. ¡Morir, morir tan jóven! Cuando la victoria sonreia á mi padre, cuando la libertad á mi pue-

blo, cuando el primer amor á mi corazon, llega la implacable exigencia del sacrificio. Jehová, Jehová, ten piedad de mí.

JEPTHE.

Hija mia, ya es hora de que sepas tu desgracia y mi desgracia. Rasgadas están mis vestiduras, pero no como tu corazon, no como mis entrañas. Pasaba yo por la extranjera tierra, cuando de pronto, se presentó á mí el ejército enemigo. Medí de una ojeada su fuerza y nuestra fuerza. Ellos eran innumerables, nosotros pocos. Entonces creí que nada podríamos hacer sin el auxilio inmediato, instantáneo de Dios. Y le ofrecí un sacrificio. Le ofrecí inmolar en sus aras la primer persona que al tornar vencedor saliese á recibirme á la puerta de mi casa. Y has salido tú, mi única hija. Has salido tú, mi consuelo ayer, mi vida hoy, mi única esperanza mañana. Has salido tú, la vírgen más bella de Israel. No puedo, no, revocar mi voto. Por él obtuvimos la victoria. Por él dispersamos á los amnonitas. Por él tenemos pátria. Sin su cumplimiento volverá Israel á una esclavitud peor que la esclavitud de Egipto, y sus hijos serán siervos, y meretrices del vencedor sus hermosas hi-

jas. Pero has sido bien cruel tú, bien cruel, presentándote la primera ante tu triste padre.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

Padre, padre mio.

JEPTHÉ.

No me llames asi ; me partes el corazon en mil pedazos.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

Padre mio....

JEPTHÉ.

Nombre dulcísimo, que debe resonar en su corazon horriblemente.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

Padre, padre, que la voluntad de Dios sea cumplida.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Bendita sea mil veces la familia de Jepthé. Bendito su padre Galaad; bendita hasta la impura madre que le engendró en sus entrañas. Bendita la hija virginal y purísima que en holocausto se ofrece por todo el pueblo de Israel. Que lo juzgue, que lo dirija, que lo gobierne Jepthé, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires.

CORO DE GUERREROS.

Jepthé es el salvador de Israel. Sus oraciones han traido á Jehová con nosotros. Su brazo ha dispersado léjos de nosotros á los amnonitas. Sus votos religiosos aseguran la alianza de Jehová con su pueblo. Y, al ofrecer su hija en holocausto, ofrece todo su corazon por su pueblo. Alabad á Jepthé por generaciones de generaciones, hijos de Israel.

CORO DE VÍRGENES ISRAELITAS.

Bendecid, pueblos; bendecid, generaciones venideras, á la hija de Jepthé. Más hermosa que la luna nueva, más benéfica que la nube cargada de

rocío, sus gracias son el ornamento de Israel. Cuando ella canta, las aves del cielo suspenden su cántico por oirla. Cuando dirige sus oraciones al Eterno, hasta las estrellas rezan con sus palabras. ¡Cuántas veces, al morir el sol en las tardes tranquilas de la primavera, hemos subido á las colinas sembradas de lirios, y entre los címbalos, las cítaras, los salterios, ha danzado una danza sagrada, y ha dirigido á Dios sus oraciones en las cadencias de misteriosas melodías. Las palomas de las valles que venian á beber al manantial, antes de recogerse, paraban su vuelo, y oian aquel cántico lleno de una melancolía parecida á misterioso presentimiento. Hija de Jepthé, ceñiremos á tus sienes guirnaldas de puras flores. Tegeremos para envolver tu cuerpo blanco cendal de lino. Empaparemos en la púrpura de tu sangre nuestros mantos, y los dejaremos como enseñas á las venideras generaciones. Y todos los años, en el aniversario de tu sacrificio, irá Israel entero á recordar tu virtud, y á cantar tu hermosura, para que el recuerdo de tu nombre jamás se extinga.

UN JÓVEN GUERRERO.

Jepthé, Jepthé. Yo amaba á tu hija, y tu hija me amaba á mí. Yo fuí á la guerra contigo, y cuando me veias á tu lado distinguirme entre todos, distinguíame para decirte que la amaba, y que me permitieras llevarla á mi tienda, llamarla mi esposa y tener en ella hijos que á tí y á los tuyos se pareciesen. Morena es tu hija, porque el sol la ha besado; y son sus lábios como manojos de mirra. A la yegua del desierto la he comparado en lo esbelta; y á la cabra del monte en lo ligera. Su voz halaga el oido como el arrullo de la paloma; y sus ojos repiten los objetos como las claras aguas del lago. Cuando me veias con la agilidad del gamo correr al encuentro del enemigo; y con la furia del tigre saltar sobre sus lomos para acabarlos; y con la fuerza del leon esparcirles en tierra, la victoria que yo soñaba era la victoria de llamarme tu yerno, y el premio que yo queria era arrastrar tu hija, la hija de Jepthé, entre los brazos á mi lecho. Yo atravesaba los montes, saltaba los collados por verla un momento. Y ahora que estamos en la victoria, y en la estacion de la vida; ahora que se oye la voz de la tórtola, que brota la espiga del maíz, que la hi-

guera ofrece sus frutos destilando miel, y la vid sus ubérrimos racimos, ahora viene el sacrificio, la muerte. Mátame á mí, si quieres; mátame á mí. Pero déjala á ella, deja á mi amada, para que dé hijos dignos de Jepthé al pueblo de Israel.

CORO DE MANCEBOS.

Eran como la rosa y el lirio. Ella tierna, llevaba la oracion y el cántico en sus lábios; él fuerte llevaba la espada tinta en sangre enemiga sobre su pierna izquierda. Nosotros hubiéramos fabricado de cedro el lecho de sus amores y tegido las coronas de los desposorios. Al verlos sonreir, los collados hubieran evaporado todo su incienso para perfumarlos. En los montes del Líbano hubieran pasado los dias primeros de su boda, para engendrar en las madrigueras de los leones y entre los nidos de las águilas un primogénito fuerte como el roble y como el cedro. Panales destilando rica miel, cestas llenas de granadas, odres rebosando blanca leche, tarros henchidos de ungüentos olorosos, hubiéranse reunido en sus bodas, y ánforas de vino que nos embriagaran á nosotros de alegría, como á ellos dos, jóvenes y hermosos el amor los embriagaba de placer.

JEPTHÉ.

¡Oh furor!

LOS ANCIANOS.

No tientes á Dios.

JEPTHÉ.

Me muero, me muero de pena.

LOS ANCIANOS.

Resignate á la voluntad de Dios.

JEPTHE.

No cumpliré mi voto.

LOS ANCIANOS.

Calla, calla.

JEPTHE.

No lo cumpliré. Muera yo, muera mi pueblo.

LOS ANCIANOS.

No digas eso, desgraciado. Dios la castigará cruelmente. Dios la consumirá con su fuego. Dios no puede quedarse sin su víctima.

JEPTHE.

Es verdad, es verdad.

LOS ANCIANOS.

Pues si es verdad, ¿á qué lamentaciones inútiles?

JEPTHE.

Los padres habeis tenido hijos, y extrañais que me lamente. Si pudiera enseñaros mi corazon os horrorizaríais al ver la inmensa llaga que lo cubre.

LOS ANCIANOS.

Dios te consolará.

JEPTHE.

Dios puede matarme, Dios puede devolverme la vida. Lo que no puede Dios, no, es consolarme.

LOS ANCIANOS.

Jepthé, no blasfemes.

JEPTHE.

¿Hay mayor blasfemia que matar un padre á su hija?

LOS ANCIANOS.

La de ofrecer ese voto á Dios y no cumplirlo.

JEPEHE.

Si no puedo.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver á tu pueblo esclavo?

JEPTHÉ.

Sí.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver nuestras mujeres conducidas en los carros del vencedor?

JEPTHÉ.

Sí.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver el ara de nuestro Dios destruida?

JEPTHÉ.

Sí.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver tu hija devorada por el fuego del cielo, maldecida hoy por Israel, maldecida eternamente por el Dios de tus padres?

JEPTHÉ.

No, no.

LOS ANCIANOS.

Pues mátala; mata á tu hija.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

Yo ofrezco mi cuello á la cuchilla. Mátame.

JEPTHÉ (*retrocediendo horrorizado*).

¡Oh funesto voto! ¡Voto funestísimo! Israel, Jacob, Moisés, ¿qué hubieras hecho?

LOS ANCIANOS.

Cumplir las promesas hechas á Dios.

JEPTHÉ.

¿Y no bajará el ángel que detuvo la mano de Abraham al querer consumar un sacrificio no tan cruel como este sacrificio?

LOS ANCIANOS.

No descendiera, no, si Ábraham hubiera mostrado la indocilidad á los mandatos divinos que tú has mostrado.

LAS VÍRGENES DE ISRAEL *(de rodillas ante Jepthé)*.

Doloroso es el sacrificio, pero indispensable. Lo ha oido el cielo, y Dios lo ha aceptado. La más hermosa de las doncellas de Israel va á ser sacrificada, porque así lo quiere la voluntad del Eterno. Á nosotras sólamente nos toca reconocer su providencia y acatarla en la expresion de todos sus mandatos. La presencia de tu hija entre nosotras era como la presencia del áura primaveral en los campos. Sus ojos parecian como el sol de luminosos, y de melancólicos cual la luna en el desierto. Sus cánticos subian al cielo como espesa nube de incienso, y bajaban sobre nuestros corazones como el rocío sobre el terruño sediento. Cuando agitaba con su flexible talle el aire en las danzas religiosas, sentíamos oreados nuestros rostros por un aliento divino. Mil veces, al anochecer, su oracion guiaba nuestras oraciones y en su voz se confundia con el arrullo último de la palo-

ma al borde de la fuente, y con el cántico primero del ruiseñor que saludaba desde los sicomoros la estrella de la tarde. Huérfanos quedan nuestros corazones; pero, Jepthé, Jepthé, Dios así lo quiere.

JEPTHE.

¡Oh dolor de los dolores! Maldito sea el momento en que mi padre sintió hácia mi madre la primer inclinacion. Maldita la negra hora en que fui engendrado. Maldita la luz que por vez primera quemó mis párpados. Un sepulcro en el vientre materno hubiera sido para este mortal infortunado la dicha de las dichas. ¿Para qué nacemos, para qué, sino para buscar por todas partes con deseos, con esperanzas, con invocaciones al porvenir, la huesa del eterno sueño, como el avaro que cava en la tierra con grandes golpes para buscar un tesoro? Sáquenme, si quieren, del número de los vivientes. Bórrese de la humana memoria el dia en que nací, como se borra del aire el instantáneo vuelo del ave. Considérenme los nacidos como si nunca hubiera existido, y sumérjame el tiempo allá en la tierra donde las cenizas de unas generaciones se hallen acumuladas sobre las cenizas de otras generaciones, y todas duer-

men juntas y confundidas, hechas polvo, bajo el mismo reposo y en el mismo silencio.

LOS ANCIANOS.

Infeliz, blasfemas. ¿Dónde llevarás á tu hija que no la persiga el fuego de la cólera celeste? Morirá bendecida si muere por los mandatos de Dios; morirá devorada por la cólera celeste si muere contra sus mandatos. Desobedeces á Jehová y matas á tu hija. Desobedeces á Jehová y sacrificas á tu pueblo. La hora será maldecida en que triunfaste. Y el pueblo pondrá tu nombre y el nombre de tu hija entre las sombras maldecidas, cuando debia ponerlos entre las estrellas del cielo.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

Padre mio. Yo preparaba el hogar para recibirte vencedor. Yo apercibia los odres de leche, los panes ázimos, los corderillos inmaculados para ofrecer sacrificios á Jehová y banquetes á los ancianos de nuestras gloriosas tribus. Yo hilaba ya la lana, blanca como el ampo de la nieve, para mi túnica de desposada. Mis megillas se habian cubierto de carmin, mis ojos de éxtasis, mis en-

trañas de conmovedores afectos al ver pasar un jóven guerrero. Yo pensaba pedirte para él y para mí tus santas bendiciones. Pero yo renuncio á la felicidad de ser hoy tu hija y á la felicidad de ser mañana la madre de tus nietos, con tal que tú cumplas el voto ofrecido á Jehová para que sea su voluntad cumplida en la tierra y en el cielo. Yo prefiero morir sobre el ara santa, entre el humo del incienso, con el frio cuchillo á la garganta, y el cántico sagrado al oido, bendecida por mi pueblo y sus sacerdotes, con la fé y la esperanza en el corazon; yo prefiero morir á vivir fuera de mi pueblo, apartada de todos como el leproso en el desierto, entre maldiciones, sin esperanza siquiera de acogerme en el seno de una divina esperanza, ni mirar á las alturas en demanda de un consuelo.

JEPTHÉ.

Hija mia, cúmplase la voluntad de Dios y tu propia voluntad.

EL PUEBLO (*de rodillas*).

Alabado sea Jehová, alabado eternamente. Jep-

thé, despues de haber vencido á los amnonitas, se ha vencido á sí mismo. Una víctima, Jehová, digna de tu grandeza y de nuestro pueblo, morirá sobre el ara santa. Aspira el olor que salga del humo de sus carnes calcinadas, y envíale en cambio bendiciones y bendiciones sobre tus hijos, sobre el pueblo de Israel. Vamos, Jepthé, vamos al sacrificio; tu sangre será bendecida eternamente, y las vírgenes de Israel consagrarán una festividad eterna á llorar la virginidad de tu hija malograda para el mundo, pero eternamente bendecida en el templo de nuestro Dios.

XII.

ORIEL (*solo*).

¿Cómo el esclavo creerá en vuestros dioses? ¿Cómo su corazon podrá abrirse á vuestras creencias? Una divinidad implacable admite el voto de un hombre en delirio. Este hombre ofrece el sacrificio de la primer persona que salga á recibirle á la puerta de su casa. El corazon de un esclavo presiente lo que no ha presentido el corazon de un padre. Ha visto mil veces pasar ante sus ojos la figura hermosísima de la hija de Jepthé. Allá, en el fondo de su sér, ha experimentado extraño sentimiento de inclinacion hácia esa casta y divina vírgen, cuyos ojos tienen un rayo de luz para estas tinieblas; cuyos lábios tienen una palabra de consuelo para estos dolores. Quiere adelantarse, ofrecerse al sacrificio, y se lo impiden las bárbaras leyes, las bárbaras costumbres que lo conde-

nan á no tener propia voluntad. Y al llegar se encuentra Jepthé con su hija. Si el Dios de mis señores fuera ese Dios de justicia que ellos invocan, preferiria á recibir el vano humo de inútil holocáuste devolver una hija querida al corazon de su triste padre, cuyo dolor y cuyo arrepentimiento no pueden medirse. Pero no, quiere aspirar el vapor del holocáusto; quiere ver la sangre virginal disipándose en nubes por los espacios infinitos; quiere recibir un sacrificio semejante al que recibian en sus aras empapadas de sangre los dioses antropófagos. Y el sacrificio se consuma en este momento. Tres meses han corrido las vírgenes de Israel por los montes y los valles demandando piedad para la hija de Jepthé. Tres veces cada dia han resonado los ecos de sus plegarias. Pero el sordo Dios no ha enviado uno de sus ángeles á impedir esta inmolacion espantosa. Y se acercan ya al sacrificio. Van delante los címbalos, las arpas, los salterios, celebrando con melodiosas cadencias este acto inhumano, cual si fuera un acto religioso. Van luego las vírgenes de Israel, que danzan con una alegría tan loca cual, si en vez de ir á presenciar el suplicio de una vírgen inocente, fueran á presenciar sus desposorios. Los ancianos de Israel, con sus báculos en la mano,

entonan una salmodia triste y uniforme como el ruido del viento que se estrella en las arenas del desierto. Vienen luego los levitas con sus túnicas sacerdotales, llevando los instrumentos del sacrificio. Detrás viene la víctima apoyada en su padre. Jepthé está demudado. El dolor ha encanecido sus cabellos, ha surcado su rostro, ha extinguido el resplandor de sus ojos marchitos. De vez en cuando su cuerpo dá un sacudimiento como el cedro que la tempestad ha herido; y el silencio de su pecho se interrumpe con prolongados gemidos. Su hija triste, pero resignada, parece no sentir otro dolor sino el dolor de aquellos que la rodean. Sus ojos ya se convierten al cielo, ya al rostro del demudado padre. Este se coloca en el altar, coge febrilmente una cuchilla, agarra á su hija, que levanta los brazos al cielo, y echa hácia atrás la cabeza ofreciendo desnuda su garganta, y desnudo su pecho, desgarra el corazon, que lanza un gemido horrible al partirse en dos pedazos; y arroja al suelo el cuerpo virginal, cayendo él de espaldas como si tambien hubiera muerto. Los ancianos y los sacerdotes recogen el cuerpo, lo echan á la hoguera; y aquellos huesos, aquella sangre, aquellas carnes que formaban la más hermosa criatura de Israel, se desvanecen pronta-

mente en blanquecinas nubes. Gózate, Dios de Israel, en tu obra. El esclavo, este esclavo, que acaso tú no descubrirás, perdido como está en los abismos de la tierra, el esclavo te echa en rostro tu injusticia y execra tu crueldad implacable.

XIII.

SAMUEL.

¿Quién eres?

ORIEL.

Soy aquel á quien todos desconoceis y necesitais.

SAMUEL.

¿Quién eres?

ORIEL.

Soy la piedra negra del hogar, el azadon del trabajo, el buey de carga, el sacrificado, el inmolado eternamente en todas las aras bajo las bóve-

das de todos los templos. Han pasado los guerreros y me han herido con sus lanzas. Han pasado los sacerdotes y me han contado entre las bestias destinadas al sacrificio. Han pasado los reyes, y me han hecho extender los lomos para que sirviese de piedra angular á sus soberbios sólios. Y sin embargo, yo soy la actividad, yo soy la vida, yo soy la fuerza creadora, yo soy la inteligencia que ha continuado la naturaleza, porque yo, yo soy el trabajo.

SAMUEL.

Dios me ha hecho profeta, y no comprendo sin embargo, tu lenguaje. ¿Quién eres ó qué eres?

ORIEL.

Soy tu siervo.

SAMUEL.

¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde naciste? ¿Dónde has vivido?

ORIEL.

Como no he vivido nunca ¡oh! nunca he muerto. Mueren los séres que viven. Yo soy la piedra fria que la ola arroja y recoge de la playa. Soy como el mineral inerte. La añosa encina vivirá siglos, pero al cabo se deshojará á su lado, mientras el mineral continuará allí, azotado por la lluvia, por el rayo, abrasado por el calor, helado por el frio, á todos los sacudimientos de la vida sumiso, á todos los influjos de la atmósfera pasivo y obediente. No vive, es verdad, pero tampoco muere.

SAMUEL.

Tienes, siervo, bien extraño lenguaje.

ORIEL.

No lo comprendes tú ahora; mas algun dia lo comprenderán los pueblos. Y vuestros dioses, y vuestros templos serán juzgados por el siervo y maldecidos ó bendecidos segun la sentencia del siervo.

SAMUEL.

¿Qué dices? Yo no te comprendo. ¿Eres algun loco? ¿O eres algun sábio que llega del extremo Oriente?

ORIEL.

Soy la eterna sombra de todos vuestros errores; soy el eco eterno de todas vuestras injusticias. Soy el siervo. Me han cogido como se coge una presa en la caza. Me han atado como se ata una fiera en la selva. Me han traido como se trae un fardo. Me han ofrecido á este templo como se ofrece un vaso para el altar ó un buey para el sacrificio. Soy tu siervo. No me preguntes nada. No me digas nada. Moverme al compás de tu voluntad; hé ahi mi destino.

SAMUEL.

Pero allá en tu sér hay aspiraciones más altas.

ORIEL.

¿No ves la planta que nace en los abismos ele-

var, elevar su tallo hasta recoger la luz? ¿No ves la alondra que nace en el barro volar, volar hasta bañar sus alas en los matices de la aurora? ¿Y querrás que el hombre no ame la vida, no ame la luz?

SAMUEL.

Mas ¿en qué fias para satisfacer esa aspiracion, para lograr ese deseo?

ORIEL.

Yo he visto tu pueblo, tus tribus de Israel. Yo las he encontrado en el desierto. Yo las he hablado en el cautiverio. Yo he oido sus lamentos cuando el látigo de Faraon chasqueaba en sus oidos. Yo las he visto luego emancipadas, libres, dueñas de su destino, llegar á tener un hogar, á nombrar sus jueces, á erigir su República. Yo creí que un pueblo esclavizado no debia tener cautivos. Pero los tiene Israel, los tiene. Por eso su nombre será maldecido y esclavizados tambien sus hijos.

SAMUEL.

¿Qué dices, blasfemo?

ORIEL.

Yo no os temo. La mayor pena que habeis inventado los hombres ¡ah! es la muerte! Y yo no puedo morir. ¿Qué seria de vòsotros si matárais vuestro siervo? Mi dolor es indispensable á vuestra fortuna; mi trabajo á vuestra vida. Mis lágrimas son el rocío de vuestros campos.

SAMUEL.

¿Quereis comparar el siervo hebreo con los siervos de los pueblos idólatras?

ORIEL.

Me importan poco los grados de ignominia; lo que me importa es la ignominia. Me importa poco el peso de la cadena; lo que me importa es la cadena.

SAMUEL.

Te tratamos como á un hijo.

ORIEL.

Como á un animal doméstico.

SAMUEL.

Servirás en el templo de Dios.

ORIEL.

De un Dios que sólo mira á Israel.

SAMUEL.

Vivirás en una república.

ORIEL.

En una república que tú has destruido.

SAMUEL.

¿Cómo, qué dices?

ORIEL.

Sí, tú la has destruido.

SAMUEL.

Yo, yo.....

ORIEL.

¿No has hecho hereditaria la magistratura suprema?

SAMUEL.

Es verdad, la he delegado á mis hijos.

ORIEL.

Y tú que eras el gran profeta, el gran juez de Israel, has cometido contra Israel y contra su libertad este delito.

SAMUEL.

Siervo.....

ORIEL.

No te irrites. Ya te he dicho que nada puedo temer de tí, porque soy inmortal.

SAMUEL.

Habla, habla.

ORIEL.

Tus hijos han demostrado ya cuán vano, cuán fatal es el principio de la herencia. Tú has sido un gran juez y ellos han sido unos grandes perversos.

SAMUEL (*cubriéndose el rostro con las manos*).

Es verdad, es verdad....

ORIEL.

Y no se puede arrojar un error en la vida humana sin que toda la vida humana se corrompa y se pervierta. Ya verás cómo de esa corrupcion de la república nacerá la mayor calamidad que caer

puede sobre los pueblos, nacerá, profeta, nacerá un rey.

SAMUEL.

¿Un rey? ¿Has dicho un rey? ¿Puede haber para los pueblos calamidad mayor que un rey? Quédese idolo semejante para los pueblos idólatras. Israel no tendrá más rey que Jehová.

ORIEL.

¡Cómo te engañas! Los pueblos gustan de ser soberbiamente mandados. El cetro que sobre sus espaldas pesa les parece señal de elevacion y dignidad. El fausto real y el brillo de la corona les deslumbra. Ven la púrpura y no piensan que la han teñido en su sangre. Ven los diamantes y no piensan que los han amasado con el sudor de su frente. Les gusta el brillo, el explendor, la riqueza que deslumbra. Les gusta en su abyeccion y en su miseria la monarquía. Yo lo he visto eso en mis compañeros los esclavos. La cadena forma parte de su sér. La abyeccion discurre por sus venas. Si fueran libres, acaso moririan. Los pueblos se acostumbran fácil, facilísimamente, á los

tiranos ; y fácil, facilísimamente, los perpetúan, sobre todo cuando la corrupcion los devora.

SAMUEL (*de rodillas*).

Jehová, Jehová, oye la voz de tu sacerdote. Siempre estuve en tus vías, y escuché tus avisos, y cumplí tus mandamientos. Aparta de tu pueblo la calamidad que anuncia ese miserable siervo. No sacaste á Israel de Egipto para que levantara Faraones sobre sus hombros y se entregara á dinastías soberbias como los pueblos idólatras. Separa tu pueblo de las otras naciones, y consérvalo bajo la justicia de sus jueces y en el seno de su república.

ORIEL.

¿Oyes un rumor?

SAMUEL.

Es el viento en los pinos.

ORIEL.

No, es el pueblo en su ira.

SAMUEL.

¿El pueblo?

ORIEL.

Sí, el pueblo que viene á dirigirte alguna súplica. Tiembla.

SAMUEL.

Si me suplica, ¿he de temblar? ¿No soy yo quien puede conceder?

ORIEL.

Los pueblos, cuando suplican airados, se imponen. Sus ruegos son mandatos.

SAMUEL.

Es verdad. El pueblo se acerca.—¿Qué pedís? ¿Qué deseais?

EL PUEBLO.

Pedimos, deseamos un rey.

SAMUEL.

¿Os habeis cansado de ser libres?

EL PUEBLO.

Sí, sí. Queremos un rey.

SAMUEL.

¿Os habeis cansado de tener por único rey á Jehová?

EL PUEBLO.

Queremos un rey á quien nosotros veamos y toquemos y llamemos padre y señor.

SAMUEL.

¿Deliras, pueblo de Israel?

EL PUEBLO.

Queremos, queremos rey.

SAMUEL.

¿Quereis rey? Vuestras libres tríbus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los carros del rey como bestias. Al nacer, nacereis ya con la marca de vuestra ignominia, y sereis desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro heredad y propiedad de otro, como los terrones del campo, como los borregos nacidos en el ganado. Unos ireis delante de él, como cabestros, y otros detrás de él como récuas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su córte, ya para su ódio y para sus guerras. Empapareis la tierra con vuestro sudor, y el fruto será para él. Empapareis los campos de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembrareis, él recogerá el trigo. Vendimiareis, él se beberá el vino. Engendrareis, él sacrificará vuestros hijos. Ya no os llamareis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunucos del serrallo del rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos ungüentos, y luego en-

tregarse como meretrices á su lascivia. Os repartireis entre sus cortesanos como se reparte y se distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capricho. Mullid los cogines en que se acueste, lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas y que haga remos de sus galeras vuestros brazos. La sangre, la honra, el nombre de familia, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas; todo, todo será propiedad del monarca, dueño de Israel como de un prédio. Huid, huid de tamaña ignominia.

EL PUEBLO.

Queremos ser como los demás pueblos, queremos rey que nos dirija en la paz y nos mande en la guerra.

SAMUEL.

Quereis una mordaza para vuestros lábios, un freno para vuestras quijadas, unas argollas para vuestros cuellos, unas esposas para vuestras manos, unos grillos para vuestros piés, la noche en

la inteligencia, la muerte en el corazon, la humillacion ante Dios, la deshonra ante el mundo.

EL PUEBLO.

Queremos rey, cetro y espada.

SAMUEL.

¿Lo quereis? Cúmplase vuestra voluntad.

XIV.

SAMUEL.

Siervo, conoces bien al pueblo de Israel.

ORIEL.

La conciencia del esclavo será algun dia la conciencia de la humanidad.

SAMUEL.

¿Qué quiere decir humanidad? ¿Qué significa esa palabra?

ORIEL.

Tú no puedes comprenderla ahora, pero algun dia la comprenderán los hombres. Y entonces habrán concluido los esclavos y los reyes.

SAMUEL.

¡Funesta palabra esa palabra rey!

ORIEL.

Tu pueblo te ha encargado de buscar uno, y es necesario que le busques por todas las tribus de Israel.

SAMUEL.

¡Terrible encargo!

ORIEL.

Busca un hombre que sea muy hermoso para que al mirarlo se extasien las mujeres; y que sea muy alto, para que al verlo se crean sus inferiores los hombres. Luego vístelo muy vistosamente. Que su túnica tenga todos los colores del íris, y sea de las telas más crugientes y deslumbradoras. Que su manto de escarlata penda de sus hombros, y sobre el manto á su vez caiga un rocío de oro, una escarcha de plata. Busca el relicario más rico y cuélgaselo del pecho. No estarian

demás algunas campanillas en el relicario. Dos brazaletes de oro macizo deben morderle los puños como dos serpientes. Siémbralo de rubíes y de esmeraldas con oriental profusion. Sean sus sandalias cuajadas de pedreria, á fin de que todos deseen ponérselas sobre la cabeza. De su cintura deben caer como arroyos, las perlas y los diamantes. En torno de su garganta deben brillar las más verdes y más grandes esmeraldas. Si tienes á mano algun mejunge no dejes de emplearlo en adobar su rostro, y en teñir sus lábios y sus cejas. Pónle sobre la frente una corona deslumbradora, en la mano izquierda un cetro, en la derecha una espada, y cuelga de cada una de sus orejas un zarzillo como un plato. Y con todos estos disfraces ya tienes, profeta, ya tienes un rey.

SAMUEL.

¿Y qué cualidades morales he de buscar en el rey?

ORIEL.

Ninguna.

SAMUEL.

¿Cómo ninguna? Tienes bien extrañas ideas, siervo.

ORIEL.

Te basta con que deslumbre. No há menester más.

SAMUEL.

¿Un rey no habrá de ser sábio?

ORIEL.

Podrá serlo antes de subir al trono. Pero en el trono perderá toda sabiduría, porque en el trono está condenado á no oir jamás la verdad.

SAMUEL.

Asiento á esa afirmacion tuya, sí, asiento de todo corazon.

ORIEL.

Pues examina las demás buenas cualidades hu-

manas y verás que todas son inútiles ó dañosas para un monarca.

SAMUEL.

Ni siquiera le concedes la necesidad de ser virtuoso.

ORIEL.

Bueno fuera; pero es imposible.

SAMUEL.

¿Cómo imposible?

ORIEL.

Sí, sí, imposible.

SAMUEL.

¿Por qué, por qué?

ORIEL.

Lo has dicho tú en la oracion pronunciada ante el pueblo contra la institucion del rey.

SAMUEL.

¿Yo?

ORIEL.

Sí, tú.

SAMUEL.

Desenvuelve tu idea. ¿Eres un mago?

ORIEL.

Soy un desgraciado, y he aprendido en la desgracia á conocer la vida humana.

SAMUEL.

Desenvuelve, desenvuelve tu idea.

ORIEL.

Escoge para rey el hombre que te parezca más virtuoso. La adulacion emponzoñará con el veneno de la mentira y la lisonja su oido y su conciencia. Los cortesanos le ofrecerán tropiezos, las cortesanas placeres. Las riquezas enervarán sus fuerzas, y al mismo tiempo que enervan sus fuerzas, enervarán su carácter. La satisfaccion de todos los deseos, la saciedad de todos los apetitos, le volverán malvado é imbécil. Su pueblo le merecerá igual concepto que el eunuco encargado de celar el serrallo y velar el sueño de sus meretrices. Los soldados le merecerán igual concepto que las bestias de carga destinadas á faenas provechosas para sus dueños. Como todos temblarán en su presencia, concluirá por despreciar á todos. Y al ver las frentes que se inclinan, las rodillas que se doblan, las manos que se cruzan, los lábios que murmuran alabanzas á su sola presencia, se creerá un dios exento de rendir culto á la moral, ni de obedecer sus prácticas. Poco á poco, aquel rey será miserable instrumento de todas sus pasiones, y miserable esclavo de todos sus apetitos. Si fuera sólo él, sólo el corrompido... Pero tambien, tambien será corruptor.

SAMUEL.

Calla, calla. Busquemos el rey, busquémoslo, ya que mi pueblo ha caido en este nuevo pecado. ¿A qué selva iré en su busca? ¿Qué madriguera registraré para encontrarlo? Será preciso que en él concurran la fuerza y la ferocidad; porque mi pueblo, el pueblo de Israel, quiere sentir el látigo sobre las espaldas. ¿Dónde buscaremos un rey?

ORIEL.

Busca en las monarquías, antes que todo, apariencias de ostentacion y de riqueza. Yo he visto pasar un jóven, de la tribu más humilde, pero de la estatura más alta. Corónalo en buen hora; ponle un manto muy rojo, y una diadema muy áurea. Los hombres le creerán superiòr porque es fuerte, y las mujeres porque es hermoso. Háme preguntado por tí; puedes verlo. Su padre le envió á esta tierra en busca de varios borricos que se le han estraviado. No encontrará los animalillos perdidos, pero encontrará algo que se le parezca en ese pueblo que quiere y busca rey.

SAMUEL.

¿Dónde está, dónde?

ORIEL.

Aguarda, voy en su busca.

SAMUEL.

No le anuncies su fortuna.

ORIEL.

Se burlará del esclavo; pero si tú, juez de Israel, se lo anuncias, no se burlará del profeta.

SAMUEL.

¿Has dicho que es alto?

ORIEL.

Su cabeza se elevará un codo sobre la cabeza de todos los hebreos.

SAMUEL.

¿Has dicho que es fornido?

ORIEL.

Su brazo detendrá un carro lanzado á toda carrera.

SAMUEL.

¿Has dicho que es hermoso?

ORIEL.

Su rostro deslumbrará los ojos de todas las hebreas.

SAMUEL.

Pero no me has dicho si te parecia bueno, justo; y yo he de rendir estrecha cuenta en presencia de Dios.

ORIEL.

Es inútil. Malo, se agravará su maldad en el trono. Bueno, se tornará perverso. La corona es

una serpiente. Su primer mordedura se traga la conciencia.

SAMUEL.

Le convidaré á mi mesa. Le reservaré la espalda del cabrito. Le anunciaré la eleccion á que le designa Dios. Le ungiré con aceite. Y le recitaré los mandamientos de justicia que ha de obedecer y que ha de alzar entre él y su pueblo.

ORIEL.

Los mandamientos! Inútil, inútil trabajo.

SAMUEL.

¿Por qué?

ORIEL.

¿Por qué? Porque los violará todos.

SAMUEL.

Yo me satisfaré en recordárselos. Yo le allana-

ré todos los caminos. Yo, en prueba de mi afecto, le regalaré un collar, un camello y un siervo.

ORIEL.

¿Qué siervo le regalarás á la par del collar y del camello?

SAMUEL.

Tú; magnífico regalo; tú serás entregado por mis propias manos al rey.

ORIEL.

¡Yo, yo, yo! Así son los amos y así somos en esta tierra de justicia los esclavos. Y sin embargo, óyeme. Un esclavo era Moisés delante de Faraon, y un esclavo soy yo, sin nombre, sin hogar, sin familia, delante de tí. De mi cuna ni hay noticia, y sobre mi sepultura no caerá una lágrima. Pero muchas veces el cedro del Líbano, que ha desafiado los tiempos y los huracanes, cae al suelo cubierto de invisibles insectos. Así las ideas que parecen más firmes, los templos que parecen más sólidos, los pueblos que parecen más fuertes, cae-

rán un dia devorados por estos insectos que explotais hoy á vuestro arbitrio, y regalais á vuestro capricho.

SAMUEL.

Esclavo, no te entiendo.

ORIEL.

Algo, que no es tu oido, me oye; algo, que no es tu inteligencia, me comprende.

SAMUEL.

Esclavo, vé en busca del rey de Israel.

XV.

SAMUEL.

Pueblo, pueblo. La trompeta te llama. Corre, corre ante tu antiguo juez.

EL PUEBLO.

Samuel, comparecemos á tu voz.

SAMUEL.

¡Cuántas veces la habeis desoido! Vosotros sois los preferidos de Dios, por vuestro origen, y sereis los odiados del mundo por vuestra ingratitud.

EL PUEBLO.

Samuel, mucho tardas en buscarnos el rey

que te pedimos, y que para nuestro gobierno necesitamos.

SAMUEL.

Yo he sido juez en la federacion de Israel. Yo he mandado, con arreglo á justicia, sobre vosotros, sobre vuestros hijos, en esta República fundada despues del largo cautiverio sufrido por vuestros padres en Egipto. Yo era delante de vosotros responsable. Ahora vais á erigir una autoridad, soberbia, omnipotente; ahora vais á fundar una monarquía que creerá suyos vuestros hijos, suyas vuestras hijas, su voluntad ley, su capricho justicia, por más códigos que yo escriba, y más avisos que el cielo le dé.

EL PUEBLO.

Queremos, queremos rey.

SAMUEL.

Lo sé, y lo tendreis.

EL PUEBLO.

Pronto, pronto.

SAMUEL.

Hoy mismo.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAMUEL.

Que no sea ese viva vuestra muerte.

EL PUEBLO (*con más fuerza*).

¡Viva, viva el rey!

SAMUEL.

Pero ¿quereis escuchar á vuestro juez?

EL PUEBLO.

Ya lo oimos.

SAMUEL.

¿Sabeis lo que eran vuestros padres?

EL PUEBLO.

Esclavos.

SAMUEL.

¿Sabeis quién los sacó de la esclavitud?

EL PUEBLO.

Moisés.

SAMUEL.

Jehová, que inspiró á Moisés.

EL PUEBLO.

Sobre todo, antes que todo, alabamos á Jehová y cantamos sus alabanzas.

SAMUEL.

¿Os acordais de la suerte de vuestros padres, áun despues del rescate?

EL PUEBLO.

Eran tambien desgraciados, si no esclavos.

SAMUEL.

¿Quién los protegió?

EL PUEBLO.

La República.

SAMUEL.

¿Quiénes los salvaron?

EL PUEBLO.

Los jueces de la República.

SAMUEL.

¿Y pedís rey?

EL PUEBLO.

Sí, sí.

SAMUEL.

¿Y no temeis la cólera de Jehová?

EL PUEBLO.

Jehová se apiadará de nosotros.

SAMUEL.

De vosotros, esclavos voluntarios?

EL PUEBLO.

Queremos rey.

SAMUEL.

Lo tendreis.

EL PUEBLO.

Pronto, pronto.

SAMUEL.

Ya está ungido.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAMUEL.

Oidme. Voy á daros cuenta del tiempo en que yo he gobernado sobre vosotros, y entre vosotros he juzgado. Si desconocí alguna ley, decídmelo, para que corrija mi entuerto. Si me quedé con un as de vuestro dinero, decídmelo tambien para que os lo reintegre. Si al pedirme justicia torció el afecto mi ánimo, ó el interés me descaminó de las vias rectas, notificadlo, para que os pida perdon. Yo no creo haber puesto la mano ni sobre vuestras tierras, ni sobre vuestros ganados. Yo no creo haber faltado ni al dolor de la viuda, ni á la castidad de la casada, ni á la virginidad de la doncella: Yo no creo haber agraviado á ningun hijo de Israel en su honra, ni haber desavenido ninguna familia, ni haberme quedado con ninguna herencia. Vais á juzgar á vuestro juez. Juzgadme con la misma pureza de ideas, con el mismo desinterés de móviles, con la misma claridad de conciencia con que yo os he juzgado á vosotros, hijos de Israel.

EL PUEBLO.

Tú has sido un buen juez, y serás alabado y bendecido de generacion en generacion.

SAMUEL.

Estabais en la esclavitud, y de la esclavitud salisteis para fundar la federacion, segun los divinos preceptos. Vuestra ingratitud os empeñó en la idolatría. Dios se irritó contra vosotros, y volvisteis á caer bajo el yugo de extraños reyes. Pero os libertaron vuestros jueces con su sabiduría, con su valor, con sus fuerzas; y ahora vais á caer nuevamente en manos de los reyes. Los pueblos de Oriente los tienen y son tratados como los camellos en las caravanas. Los pueblos de Oriente los tienen, y por eso tienen tambien la plaga de la idolatría. ¡Quiera el cielo que vuestras esposas no sean sorprendidas en su sueño, que vuestras hijas no sean tasadas y vendidas en los mercados para los serrallos, que vuestros hijos no mueran la mitad al filo de la espada, y la otra mitad bajo el peso de las cadenas; que no echen los vencedores suertes sobre vuestras túnicas, y en partijas no dividan vuestras haciendas! Habeis imitado á los pueblos de Oriente, habeis querido un rey en lugar de un juez; ¡que la divina cólera os perdone!

EL PUEBLO.

Queremos rey como las tribus guerreras, como los pueblos poderosos.

SAMUEL.

Gran pecado; el mayor que habeis en vuestra pecaminosa vida cometido.

EL PUEBLO.

Queremos tener á nuestro frente un caudillo fuerte, como los demás pueblos.

SAMUEL.

Sea en buen hora. Mas ¿quereis saber el juicio de Dios respecto á vuestro deseo?

EL PUEBLO.

Queremos.

SAMUEL.

Mirad vuestros campos: los ha dorado el sol. Levántanse á millares las ténues cañas de trigo, cimbreándose al beso del aire, y á la pesadumbre de la madura espiga, cuyos granos rebientan ya en la película adornada por la punzante y agudi-

sima arista. Los ojos se alegran en contemplar el oleaje que forman las espigas mecidas por las áuras; los oidos se extasian en escuchar su melódico rumor, y el ánimo se recrea en esperar que satisfagan mañana el hambre de innumerables familias. ¿Quereis que os demuestre Dios su ira sobre vuestros campos?

EL PUEBLO.

Jehová, Jehová, nube negrísima se ha formado de súbito entre los remolinos del huracan. En sus senos el relámpago brilla, el trueno suena y el rayo centellea. Mares de granizo caen entre espesa torrencial lluvia, conducida por el huracan y dispersada en espirales horribles á los cuatro vientos. Las espigas han caido deshechas. Sus aristas han volado. Hasta la paja se ha consumido tan rápidamente como el centelleo del relámpago. Ya no tenemos pan para nuestros hijos, no tenemos pan que los alimente.

SAMUEL.

Pero teneis rey que los esclavice.

EL PUEBLO.

Intercede por nosotros.

SAMUEL.

Dios mio, recuerda la debilidad de tu pueblo y perdónalo si en su miseria ha querido elegir un rey. Aparta de su frente la mano de tu justicia. Él tenia tu nombre incomunicable por monarca, tu ley sacratísima por gobierno; él vivia en república patriarcal, y ha querido una monarquía asiática. Yo he ungido su monarca en el aceite de aquel árbol que indicó á Noé la paz recien restablecida, despues del diluvio, entre el cielo y la tierra, aquella paz anudada por el anillo del íris. Yo le he ungido con el aceite de ese árbol que mantiene la luz sobre la tierra, yo le he ungido para que ilumine; mas yo temo que él á su vez unja tu pueblo con sangre. Señor, ya que tantos pecados perdonaste á Israel, perdónale el mayor de todos, perdónale el haber querido un rey.

EL PUEBLO.

La nube se disipa como una humarada. El vien-

to se retira, y de huracan se convierte en céfiro. Las gotas de la lluvia suspensas de la rama de los árboles, parecen gotas ténues de rocío. El viento, que antes nos azotaba, nos orea ahora con sus caricias el rostro. Samuel, Samuel, muéstranos pronto, muy pronto, muéstranos nuestro rey.

XVI.

SAMUEL.

Hebreos, aquí teneis á vuestro rey. Sobre su cabeza brilla la corona cuajada de pedrería; sobre su frente el óleo sacratísimo henchido de bendiciones. Su túnica es de seda de Oriente; su manto es de púrpura de Occidente. Parecen sus sandalias la luna nueva; y parece su pecho, cuajado de oro, el sol en el mediodía. Ricos brazaletes se han asido á sus muñecas, y collares de perlas á su garganta. Ahí lo teneis. En estatura os gana á todos, y á todos en fuerza, y á todos en belleza.

EL PUEBLO.

Rey, rey de Israel, tu pueblo te aclama y te bendice.

SAUL.

Yo no merecia ser vuestro rey; pero el óleo sagrado, puesto por el profeta sobre mi frente, háme dado la autoridad monárquica. Yo la guardaré intacta.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAUL.

Una voz misteriosa que creo oir en los aires me mueve á dirigiros algunas preguntas.

EL PUEBLO.

Habla.

SAUL.

¿Estais resueltos á ser mis vasallos?

EL PUEBLO.

Resueltos. Ni los anatemas del profeta, ni los

castigos de Jehová nos han podido torcer de nuestra decision.

SAUL.

Vuestra sangre es mia.

EL PUEBLO.

Tuya.

SAUL.

Mia es vuestra libertad.

EL PUEBLO.

Tuya.

SAUL.

¿Cuando os llame á la guerra?...

EL PUEBLO.

Iremos á la guerra.

SAUL.

¿Cuando al sacrificio os llame?...

EL PUEBLO.

Nos sacrificaremos.

SAUL.

¿Cuando necesite vuestros hijos?...

EL PUEBLO.

Podrás mandarles á morir en las batallas.

SAUL.

¿Y cuando necesite de vuestras hijas?

EL PUEBLO.

Podrás venderlas en el mercado.

SAUL.

Yo he menester oro.

EL PUEBLO.

Seremos tributarios.

SAUL.

Yo he menester soldados.

EL PUEBLO.

Seremos tu guardia.

SAUL.

Yo he menester artesanos.

EL PUEBLO.

Seremos tus eunucos.

SAUL.

Yo no me contento con la autoridad de rey; yo quiero ser tambien sacerdote.

ORIEL (*al oido de Samuel*).

¿Oiste?

SAMUEL.

Oí.

ORIEL.

¿Qué dices?

SAMUEL.

Estoy sumergido en estático asombro.

ORIEL.

Un rey concluye por ser pontífice, general, nacion, pueblo, principio y fin de todas las cosas.

SAMUEL.

¡Oh asombro!

ORIEL.

Pues mira, todavía me parece modesto.

SAUL.

¿De veras?

ORIEL.

Sí, porque en presencia de un pueblo tan aparejado para la servidumbre, debió decirles: «sabed, ganado mio, que he decidido ser Dios.»

XVII.

SAUL.

Oidme, hijos de Israel, oid á vuestro rey. Dios me ha designado por vuestro jefe y á Dios debeis oir en mi palabra. Como soy el único que lleva aqui armas, soy tambien el único que debe llevar espada.

EL PUEBLO.

Señor, vienen por esos montes, bajando sobre estos valles, como un torrente, los enemigos de tu nombre y de nuestro nombre, los enemigos de tu Dios y de nuestro Dios. Nosotros creíamos que debian convertirse en acerados instrumentos de guerra hasta los instrumentos de labranza. Nosotros creíamos que cada piedra debia ser una fortaleza y cada arado una arma. Nosotros creíamos

que todos los israelitas debian ser soldados armados.

SAUL (*meneando tristemente la cabeza*).

Conviene al bien, á la salud de vuestro rey; conviene al bien y á la salud de vuestra monarquía que sólo yo tenga espada.

EL PUEBLO (*asombrado*).

¿Sólo tú? ¿Ningun otro israelita?

SAUL.

No me importuneis con vuestras preguntas. ¿Debo yo mandar en vosotros, ó debeis vosotros mandar en mí? ¿Soy vuestro rey, ó soy vuestro vasallo? He hablado, y mi palabra es inalterable.

EL PUEBLO.

¿Pero ningun israelita tendrá espada como tú, ninguno?

SAUL.

Sólo uno.

EL PUEBLO.

¿Uno? ¿Cuál?

SAUL.

Mi heredero, mi hijo. En las monarquías es necesario asegurar mucho dos cosas, las más necesarias, las más interesantes: la persona del monarca y la persona de su heredero.

XVIII.

SAMUEL.

Saul, sacerdote soy de Dios; profeta soy que vé los hechos futuros. Rey, no entrarás en ninguna batalla sin ofrecer á Dios sacrificios; y no ofrecerás sacrificios sino por mi mano y oyendo la palabra de mis lábios. No lleves al sacrificio sino los animales que yo diga. No los degüelles sino con el ritual que yo te enseñe. No pronuncies oracion sino la que recojas de mis lábios, porque yo soy el sacerdote y el profeta de Dios, instituido por Dios sobre los pueblos y sobre los reyes.

XIX.

SAUL (*solo*).

Él me ungió. El aceite, que hace de los mortales reyes, cayó de sus manos sobre mi frente, que resplandece con una autoridad sobrenatural y divina. Pero yo debo ser, no sólo rey, sino tambien sacerdote. Los reyes de Oriente, que han servido de modelo á nuestro pueblo para pedir rey, no son sólamente reyes, sino tambien pontífices. ¿De qué me serviria reinar? Podria dirigirme al pueblo, pero no podria dirigirme á Dios. Entre el cielo y la tierra, entre mi persona y Dios, se interpondria una sombra, se interpondria un sacerdote. Mis vasallos levantarian los ojos y verian algo más grande que yo, algo más alto que su rey; medirian el trono y no lo encontrarian de las mismas dimensiones que el

altar. Es necesario que yo, además de rey, sea sacerdote. Es necesario que mi hogar, además de palacio, sea templo. Es necesario que mi pueblo me vea entre el humo del incienso, resplandeciente de misteriosa luz, loado por los sacerdotes, bendecido por las tribus, como el vice-Dios del Universo, como el ministro único del Eterno. Los pueblos no saben obedecer si no saben adorar á los reyes. ¡Ah de mis esclavos!

ORIEL.

¡Señor!

SAUL.

Siervo predilecto mio, avisa que me traigan cabritos, bueyes, para un gran sacrificio.

ORIEL.

¿Aviso al gran sacerdote?

SAUL.

Calla, siervo, calla. ¿Quién te ha dictado esas palabras?

ORIEL.

La costumbre de verlos siempre interviniendo en los sacrificios.

SAUL.

Pero ahora yo, sólamente yo quiero intervenir en los sacrificios.

ORIEL.

Cúmplase tu voluntad soberana.

SAUL.

Justo. Al siervo le toca obedecer y callar.

SAUL.

Quiero acercarme al Tabernáculo, al templo nómada del Dios de los desiertos, revelado á Moisés, y quiero compartir con el sumo sacerdote el derecho de entrar en su seno, y pronunciar allí el nombre inefable del Eterno. Belasel, Oholial, cuando dirigíais á los trabajadores de Dan y de

Judá en la construccion del santuario, ¿hubierais creido que Israel tuviera reyes como los egipcios; que Israel exigiera tambien Faraones á su frente? Pues yo soy rey. Yo debo tocar con mis manos el ara de cedro chapeada de bronce. Yo debo lavar mis piés allí donde los sacerdotes se lavan. Yo debo apilar las víctimas y prenderles fuego y ver cómo se confunden mis suspiros con su sacratísimo humo. Yo, al reflejo del candelabro, quiero presentar á Dios en ofrenda los panes ázimos, y quemar sobre las planchas de oro las esencias aceptables á Dios. Voy á comenzar el sacrificio.

SAMUEL *(entra en el momento en que Saul comienza el sacrificio).*

¿Qué haces? ¿Vas á profanar con tus manos el santuario? ¿Eres tú por ventura hijo de la tribu de Benjamin, eres tú hijo de la tribu de Leví, que engendró al sumo Aaron? ¡Acercarte al santuario! Léjos, léjos de él, profano.

SAUL.

Yo soy el rey.

SAMUEL.

¿Y porque eres el rey te has creido un Dios? ¡Ah, Saul! Yo te ungí para que dirigieses el pueblo, no para que lo tiranizaras. Yo te ungí para que fueras su guía, no para que fueras su opresor. Pero tu ambicion es como el mar henchido por el viento, que crece, y crece, y quiere tocar al cielo, aunque haya de caer aplastado bajo su propia pesadumbre, herido y azotado por el látigo de los vientos. Saul, Saul, teme la cólera de Dios. En un minuto puede consumir como aristas secas el fuego las montañas del Líbano, del Carmelo, ¿y no habia de consumir tus locas ambiciones?

SAUL.

Sacerdote, ¿qué me diste al darme la dignidad real? Si te reservaste el santuario, ¿no te reservaste en él completamente la direccion suprema del pueblo? ¿Quisiste levantar un rey para que ese rey fuera tu esclavo?

SAMUEL.

Tienes el gobierno, distribuyes el derecho, di-

riges al pueblo, mandas al ejército, ¿qué más quieres?

SAUL.

Quiero ser un rey como los reyes de Oriente.

SAMUEL.

Veo una nube tempestuosa. Y de esta nube formada por hiel, nube de colores, descienden siniestramente, caballeros en rápidos relámpagos, ángeles esterminadores. Las estrellas se apagan, las fuentes se secan, las selvas arden, las fieras salen de sus madrigueras, y el pueblo de Israel, como bandadas de tímidas aves, sorprendidas por el rayo, corre á los cuatro puntos del horizonte, sin hallar más refugio que las cadenas de la esclavitud á las tristes orillas de extranjero rio. Y de todas estas desgracias serán responsables ante Dios y su tríbu los insensatos que levantaron un monarca al frente de Israel.

SAUL.

¿Qué dices, profeta?

SAMUEL.

Digo lo futuro, oh rey.

XX.

SAUL.

No en vano el pueblo me ha nombrado rey. Sus enemigos huyen dispersos á mi presencia. La espada de Saul los barre como el viento á las nubes. Jonathás, mi hijo, los ha sepultado en Gabá. Los cautivos israelitas, que los filisteos tenian, acaban de convertir las cadenas en espadas, y de acudir á mi ejército en contra de sus tiranos. Hasta Bethaven he perseguido á los filisteos, poniéndoles en los riñones la punta de mi espada, que evitaban despavoridos, como mujeres. En su turbacion lucharon unos con otros, hirieron unos á otros, como los madianitas. Pueblo de Israel, no en vano has puesto la autoridad en mi familia, la espada en mis manos, el óleo sacratísimo en mi frente.

SAMUEL.

Rey, no te glories, que tu conciencia y Dios te escuchan. El Profeta viene á decirte que has desoido la voz divina y desacatado sus mandamientos. Desde los tiempos de Moisés el enemigo más terrible de Israel era el pueblo amalecita. Dios te habia señalado para sojuzgarlo. Y tú, despues de haberlo vencido con el auxilio divino, has dejado escapar los prisioneros y has perdonado á su protervo rey.

SAUL.

Samuel, ¿no es el perdonar propio de los reyes?

SAMUEL.

Calla. Has perdonado á los enemigos más implacables de Israel por dinero para tus artesanos y para tus meretrices.

SAUL.

Samuel, sin duda olvidas que hablas con el rey.

SAMUEL.

Sí, con el rey que en nombre de Dios maldigo, con el rey que entrego á todas las furias del remordimiento, con el rey que declaro tirano, con el rey que vivirá vida horrible y morirá muerte deshonrosa.

XXI.

SAUL.

Horrible tristeza me posee. Paréceme el cielo un sombrío abismo que pesa sobre mi cabeza. Paréceme la tierra un cadalso. Las estrellas han perdido á mis ojos su luz y me persiguen como la retina de un enemigo. Los bosques, á cuyo seno pacífico he ido en pos de la calma, se animan como legiones furiosas para asestarme dardos de un dolor indecible. La corona me abruma. El óleo me quema la frente como si fuera voraz fuego. El manto real es de plomo. Un ódio contra todos los hombres, una ira contra el cielo mismo han hecho del mancebo tranquilo y hermoso de Benjamin, del jóven adorado por los pastores y sonreido por las vírgenes, un sér odiosísimo á sí mismo. Sólo el arpa de David me serena, y en mis aflicciones me consuela. Ven, jóven pastor,

hijo de Judá, poeta de los campos y de los cielos, alma de alondra, cuyo cántico matinal cantas en las melodías de tu dorada arpa, ven á calmar la furia de un rey que en su desenfrenado ódio abrasaria todo el Universo.

DAVID.

Yo soy nieto de la tierna Buth que espigaba en el campo de Booz. Pastor, me he vestido del vellon de mis corderos, y me he alimentado de la leche de mis ovejas. Mientras mis manos trenzaban las sogas para las ondas, mis ojos se perdian extáticos en la inmensidad de los cielos y mis lábios entonaban cánticos, acompañados por los torrentes de las montañas, y oidos por las palomas de los valles. Algunas veces en esta vida tranquila era interrumpido por el lobo que atacaba mis ovejas ó por el leon que me atacaba á mí. Pero puesto en Dios el corazon, luchaba y vencia. Yo teñia mis vestiduras en sangre de fieras, y las fieras no se llevaban ni un cabello de mi cabeza entre sus garras. Y despues de la lucha me dormia fatigado, y al despertar me entregaba á mis cánticos. Uno de los tuyos me oyó y me reclamó para tu corte. Mi padre, que no queria negar nada al

rey, me envió tras un asno, sobre cuyos lomos puso grandes panes y tortas, cueros henchidos de vino y un cabritillo, todo para tí. Y de tu corte pasé á tu campamento para entregar á mis hermanos un efí de cebada tostada y diez grandes panes. Y el hombre de Jeth, el filisteo más fuerte, más alto de su raza, nos desafió á todos los hebreos. Yo, que habia combatido con el oso y con el leon, yo no temí al gigante. Acepté su reto y te pedí tu vénia. Pusísteme tú en la frente almete de acero, en el pecho coraza de hierro, en la una mano protector escudo, y en la otra espada tajante. Pero el pobre pastor no sabia llevar aquellos arreos, y se quedaba abrumado bajo su inmensa pesadumbre. Y me desligué de los riñones una onda, y cogí del arroyo una piedra, y me encomendé á Jehová. Y la onda vibró como el pino agitado por el viento. Y la piedra salió como el rayo despedido por la nube. Y el gigante rodó á mis plantas. Bendito sea Jehová, que suyas son las victorias sobre Goliath como suyas fueron las victorias sobre Faraon. Aquel que viva segun las leyes de Jehová, será como árbol plantado á orillas del arroyo, que dá fruto á su tiempo y nunca pierde las hojas.

EL PUEBLO.

Bendito sea David. Saul mató mil filisteos; pero David mató á diez mil.

ORIEL (*acercándose al oido de David*).

Esa es tu sentencia de muerte. Huye.

EL PUEBLO.

El reino pertenece á Saul; pero la gloria del reino pertenece á David.

SAUL.

¿Qué oigo? ¿Quién es aquí el rey, quién? Pueblo insensato, ayer me adorabas y hoy me denuestas. Ya probarás mi cólera.

ORIEL (*á David*).

Huye.

XXII.

SAUL.

Ha huido el pastor. Soldados, buscadle aunque sea en las cavernas de las fieras. En cuanto lo encontreis, matadlo como al perro rabioso.

LOS SOLDADOS.

Tus sacerdotes lo han recogido y lo han guardado en el santuario.

SAUL.

Que arda el santuario. Que sean pasados á cuchillo mis sacerdotes.

ORIEL.

Rey, oye á tu siervo.

SAUL.

No oigo á nadie, sino á mí mismo. No oigo nada, sino mi cólera.

ORIEL.

¿Vas á manchar con sangre la túnica sacerdotal de blanco lino que el pueblo tanto respeta?

SAUL.

Ellos han manchado de odio mi corazon.

ORIEL.

Rey, ten piedad de tí mismo.

SAUL.

No tendré piedad de nadie. Mi ejército entrará en Nobe, la ciudad de los sacerdotes. Encontrará primero los bueyes apacentándose en las praderas, y matará los bueyes. Encontrará los asnos por los caminos, y matará los asnos. Verá luego las ovejas en los rediles, y descabezará las ove-

jas. Los niños de pecho serán arrancados del seno de sus madres y aplastados contra las piedras. Las mujeres en cinta morirán luego, desgarradas las entrañas y pisoteados los fetos por animales inmundos. No perdonaremos ni las más bellas vírgenes. Todos los habitantes desaparecerán primero sin que uno solo se salve como Loth se salvó de las ciudades malditas. Y arderá luego la ciudad. Y cuando toda entera haya sido devorada y consumida por el fuego, aventaré sus cenizas, que se disiparán. Y la ciudad de los sacerdotes, que han desconocido á Saul, desaparecerá hasta del seno de la memoria humana.

XXIII.

ORIEL.

Se consumó el sacrificio.

SAUL.

La ciudad de los sacerdotes ha desaparecido como si la tierra se la hubiera tragado.

ORIEL.

Y sin embargo, rey, no te creo muy tranquilo en tu triunfo. El insomnio se dibuja en tu rostro.

SAUL.

He querido buscar nuevos sacerdotes y no los encuentro. He querido hablar con los profetas y

los profetas han desaparecido. He querido consultar con los adivinos, y los adivinos ya no me responden.

ORIEL.

Si quieres adivinar lo futuro, contempla tu presente proceder. El mal ó el bien están casi siempre en nuestras propias manos.

SAUL.

Me parece que veo una mancha de sangre cubriendo el sol.

ORIEL.

Y si ves eso ¿qué oyes?

SAUL.

Oigo el ruido de un gran ejército que se acerca. Sálvame, sálvame.

ORIEL.

¿Qué puedo yo hacer contra el destino? Yo soy pobre siervo.

SAUL.

Oigo tres lamentos que me hielan la sangre.

ORIEL.

Señor, son tus tres hijos que acaban de ser pasados á cuchillo.

SAUL.

Mátame, mátame.

ORIEL.

No puedo, no debo.

SAUL.

Muera yo, muera por mis propias manos. (*Se clava su espada y espira.*)

XXIV.

EL DESIERTO.

Pueblo de Israel, te has levantado á las alturas por la libertad, y has caido en la servidumbre por tus vicios. Mi aliento de fuego te azotará. Mis arenas cubrirán tus templos como los templos del más pequeño de los ídolos. Pedirás misericordia, y no la encontrarás ni en el cielo ni en la tierra.

ORIEL.

Si es verdad que eres justo, Dios de los hebreos, si es verdad que eres justo, maldice á tu pueblo. Quiere llamarse el elegido de Dios, el santo entre los santos, el hijo de los patriarcas, el padre de los profetas, y aún conserva impiamente la esclavitud. Yo, Dios de justicia, yo soy esclavo.

EL DESIERTO.

Mirad, mirad pasar en las rojizas nubes que el sol poniente forma con los vapores encendidos del desierto los génios que ampararan Israel. Ninguno podrá salvarlo de la sentencia que por mis espacios resuena y de la maldicion que yo pronuncio.

ORIEL.

He aprendido, Israel, en tus cánticos la esperanza. En la obra de mi redencion, obra tan larga como la lenta, y contínua, y secular formacion del planeta, tú me has dado, Israel, tú solo me has dado la esperanza. Mas la esperanza no puede constituir toda la vida, ni puede bastar á redimirme. Necesito recoger más ideas de la conciencia humana. Necesito condensar más fuerzas en batallas contínuas. Mis cadenas me pesan, me abruman con su imponderable pesadumbre.

EL DESIERTO.

Sombras de lo pasado y de lo porvenir, venid, pasad. Yo sé la idea que llevais en la mente y el

dolor que llevais en el corazon. Yo lo sé, y vosotros no. Yo sé que un insecto, el esclavo, ha roido las bases de bronce en que levantasteis vuestros templos.

DAVID.

Yo queria que hubieras sido, oh Jerusalem, como el árbol plantado á orillas del arroyo, verde y florido, cargado de los mejores frutos. Yo te queria así, oh ciudad santa. Pero tú has sido, tú, como el átomo que se arroja al viento en las eras.

SALOMON.

Yo te hice, Jerusalem, la más bella entre las ciudades; y tu pueblo fué en la tierra como el sol en el cielo. Yo corté los cedros del Líbano, y los embutí en marfiles, y los unté en oloroso aceite para formar la techumbre de tu templo. Los trabajadores de Gebel vinieron á tí en ejércitos. El diestro Hiram fundió montañas de metales preciosos para tu santuario. Jamás Tyro habia teñido telas tan vistosas como las telas que yo colgué de tus paredes. ¿Qué ha sido de tí, oh ciudad de las ciudades? Con tus preseas, con tus joyas,

con tus coronas, te has disipado como el viento de las vanidades humanas.

ESTHER.

Yo soy aquella que aplacó al rey dominador de los indios y de los etiopes despues de haber pasado ciento y ochenta dias el tirano en la embriaguez de un contínuo banquete, circuido de todos los pueblos del Asia, que á un gesto suyo temblaban y gemian. Pero ¡ah! no he podido ¡oh Israel! desarmar la cólera de los tiempos, que te han devorado.

ISAÍAS.

Gentes corrompidas, dejasteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazon, los piés hinchados, los miembros doloridos, sois todos vosotros, hijos de Israel, una llaga que no ablandará la pomada ni curará el aceite. Conoce el buey á su amo y le mira agradecido; pero Israel no conoce á su Dios. Por eso vuestra tierra está destruida, vuestros hogares saqueados, vuestras viñas taladas, vuestras ciudades hechas ceni-

zas, y el templo del Señor caido como la choza de un redil sin amo, sin pastor y sin ovejas. No quiere Dios holocáustos, no le importuneis con el humo de vuestros sacrificios.

JEREMÍAS.

La ciudad, poblada antes, se halla solitaria; la esposa de los reyes, viuda; la reina de los pueblos, sujeta á tributo. Sus dias son como noches, y sus noches como espesas nubes de lágrimas. Los soldados que debian rugir como leones para defender á Sion, corrieron como cervatillos. Las vírgenes, que la halagaban con sus cánticos, fueron, los piés desnudos, y las manos atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Sobre los huesos de Israel ha caido el fuego del cielo y los ha tostado cual piedras de Gomorra y de Sodoma. ¿Quién, ya en el cielo ó en la tierra, consolará á la infeliz Jerusalem?

EZEQUIEL.

Tú eras una parra plantada en regadío. Los pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y los sarmientos eran tan fuertes que los tomaban los

reyes por cetros. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al seco heno. Y en el mismo sitio donde tus racimos daban el alegre vino, come un pueblo desnudo y hambriento pan amasado con estiercol de bueyes y cocido con cenizas.

DANIEL.

Todas las desgracias juntas te han probado, Israel. Tu tirano ha levantado su efigie en una estátua áurea, de sesenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas de hinojos á bendecirla y adorarla. Al son de la bocina se congregan todos los idólatras. Al eco del salterio y de la cítara se entonan alegres cánticos. Israel, Israel, mira á dónde llega la soberbia de tus dominadores.

OSEAS.

Los ángeles ponen las trompetas en sus lábios y soplan y producen sonidos estridentes. Y la tierra se conmueve como si llevara un feto abortivo en sus entrañas. Y este dolor proviene de que Jehová entregó á Israel oro nativo para que

le alzara altares; y se los ha alzado á los ídolos de los paganos.

JOEL.

Ya no hay campos. La oruga se ha comido los árboles, y la langosta los sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez; y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. Granado de rojas flores, higuera cargada de morados frutos que destilan miel, vid llena de trasparentes racimos, palmera del desierto que vibras al choque del viento, os ha consumido la cólera del cielo.

AMOS.

Jehová os lo ha dicho, israelitas. Yo os preferí entre todos los pueblos, y vosotros me habeis negado entre todos los dioses.

ABDIAS.

La soberbia de tu corazon te ha perdido. Aunque levantes tu morada donde el águila pone su nido, de allí te derribará Jehová.

JONÁS.

Las ondas del mar han amargado mis lábios. Y en sus abismos he visto que Jerusalem es sierva; pero que Nínive será bien pronto muerta. Aparejad, reyes de Nínive, vuestras plañideras para el entierro.

MICHEAS.

Donde Dios puso su casa de oraciones, vosotros, hijos de Jacob, habeis puesto casa de prostitucion. Las esculturas de Samaria serán quebradas y dispersas, y morirán como rameras en lechos de estiércol.

NAHUM.

Por los vientos pasa Jehová con su ejército de ángeles. Los montes tiemblan; los collados se derriten. Sus huellas son la tempestad, su aliento el turbion, su voz el trueno, y su mirada el rayo. A una palabra suya el mar se ha hinchado de tormentas, y los rios se han salido de madre.

HABACUC.

¿Hasta cuándo, Jehová, clamaré y no me oirás? ¿Hasta cuándo daré voces á tu cielo y tu cielo será para mí como de bronce? Óyeme, óyeme, Jehová, que yo busco tu morada, tu cielo, como te busca el incienso quemado en el templo. Ten piedad de Israel.

SOPHONIAS.

Dia de tinieblas es este dia. Las estrellas se han vuelto ceniza, y el sol pavesa. Las nubes han llorado fuego. La tierra, agitada como una caña, ha tocado en los profundos abismos. Los hombres han muerto como los peces que se quedan en seco. Porque tu cólera ¡oh Jehová! acaba de pasar sobre Israel.

AGGEO.

Los carros caerán por haber tropezado en las piedras del camino. Los ginetes perderán sus caballos. Israel será, como Faraon, ahogado.

MALACHIAS.

El hijo honra á sus padres; el siervo á su señor. ¿Por qué Israel no ha honrado á Jehová? Y despues de ofrecer ofrenda voluntaria á los idolos ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. E Israel será castigado.

ZACARIAS.

Pero en medio de tus dolores, Judá no ha perdido su esperanza. Por eso las lágrimas de sangre que ha llorado, la rescatarán. Por eso sus entrañas engendrarán un justo, y volverá el Señor á sentarse en la montaña de Sion. Yo he visto despues de mis contínuas oraciones, venir un consolador ángel á traerme aroma de nardo y de azucena para conjurar mis desmayos y decirme que será completamente reedificada Jerusalem.

XXV.

ORIEL.

Aquí en este campo trabajo noche y dia, esclavo de esclavos. Cuando bajo los rayos de este sol de Babilonia me fatigo hasta el punto de caer exánime, los señores de mis señores despiértanme á latigazos. A veces el dolor es tan grande y el desmayo tan profundo, que ni así puedo despertarme. Y en tal estado, me aplican ¡oh crueles! un hierro enrojecido al pecho. Mirad, compañeros, mirad mis carnes. Soy una cicatriz, y he sido desde los piés á la cabeza una llaga. Pero oigo ruido...

EL SIERVO.

Llego sin aliento...

ORIEL.

Descansa ¿qué te ha sucedido?

EL SIERVO.

Me persiguen...

ORIEL.

No, no te persiguen.

EL SIERVO.

Me matarán...

ORIEL.

¿Y qué cosa mejor puede venir sobre un esclavo que la muerte?

EL SIERVO.

Tengo hijos.

ORIEL.

Infeliz. ¿Por qué, por qué has engendrado siervos? ¿No te valia más haberte consumido en el fuego de tus amores que crear nuevos desgraciados?

EL SIERVO.

Un sudor frio cubre mi frente.

ORIEL.

Descansa.

EL SIERVO.

¿Qué será de mi esposa?

ORIEL.

¿Qué te ha sucedido?

EL SIERVO.

Trabajaba yo en los jardines de Babilonia y el

rey paseaba á mi lado. Para divertirse, azuzaba de vez en cuando perros que sucesivamente me mordian las piernas.

ORIEL.

Misericordioso ha sido; ¡cuántas veces nos arrojan á la caverna de los leones!

EL SIERVO.

En esto un Profeta de Israel aparece.

ORIEL.

A pesar de que siempre están llorando las desgracias de Israel, no habrá echado de ver tu inmensa desgracia.

EL SIERVO.

Conminó al rey por los dolores infligidos al pueblo, y el rey se irritó.

ORIEL.

Ellos son esclavos, pero tambien ellos esclavizan.

EL SIERVO.

Las palabras del Profeta, en términos exaltaron al rey, que se desvaneció en brazos de sus eunucos.

ORIEL.

La palabra ajena les azota más que la propia conciencia.

EL SIERVO.

En cuanto se despertó de su desmayo, exaltada ira le sobrecogió. Sus ojos estaban como inyectados en sangre y fuera de las órbitas. Sus lábios escupian hiel. El Profeta siguió majestuosamente, y salióse de los jardines como si nada en torno hubiera sucedido.

ORIEL.

Sigue, sigue.

EL SIERVO.

Volvióse el rey á él y le dijo: morirás á manos de los tuyos. Y yo temblé, temblé como un árbol agitado por el viento.

ORIEL.

Presiento lo que te diria.

EL SIERVO.

Esclavo, me dijo, tomándome por un brazo y sacudiéndome, toma esa espada y mata á ese hombre.

ORIEL.

¡Bárbaro! ¡Bárbaro!

EL SIERVO.

Yo me arrojé á sus plantas.

ORIEL.

Inútil suplicar.

EL SIERVO.

Plegué las manos y pedí me eximiera de aquel mandato.

ORIEL.

No quiso oirte?

EL SIERVO.

Sacó su espada furioso y quiso clavármela en el pecho.

ORIEL.

¡Insensato!

EL SIERVO.

Pero entonces se acordó de que yo era siervo, y dijo : te favorezco matándote. Pero sé dónde

tienes el nido de tus amores. E iré allá. Y mataré, mataré á tus hijos. Mira lo que me pasa por compadecer á nuestros señores.

ORIEL.

No merecen los israelitas nuestra compasion, no la merecen. Ellos que se creen los elegidos del cielo, ellos han tenido siempre esclavos, siempre. Jacob compró sus dos mujeres, Lia y Raquel, las compró á su padre Laban como en mercado. Abraham contó esclavos nacidos á la sombra de sus tiendas, y esclavos comprados. Todos fueron trasmitidos en herencia á Jacob juntos con los asnos, los carneros y los bueyes. Josef es vendido por sus propios hermanos á los mercaderes israelitas. Cuando Rebeca pasó á casa de Isaac llevaba en su dote muchas esclavas. Estas solian servir muchas veces á los patriarcas para aumentar la familia. Pero los hijos eran arrancados de brazos de las esclavas, y conducidos á la familia paterna, y en ella contados. Hé ahi el pueblo escogido por Dios.

EL SIERVO.

Creí yo que el rey se habria calmado, porque

me volvió la espalda, se apoyó en los brazos de sus eunucos y continuó sereno, tranquilo su camino. Yo me quedé sereno.

ORIEL.

No se extingue nunca la venganza de un rey.

EL SIERVO.

Yo ví atónito que, pasados algunos momentos, los oficiales del palacio me cogian, me llevaban á los estrados reales, me desceñian mi sayal de esclavo y me colocaban sobre los hombros el manto de púrpura de los reyes, despues de haberme ceñido su blanca túnica de lino, sembrada de oro y pedrería. Yo no osaba proferir palabra. Despues de esto, ajustaron á mis sienes la deslumbradora tiara persa, y me dieron todos los nombres y todos los tratamientos dados á los reyes. No sabia qué me pasaba en tal estado. Mis ojos perdian la luz. Mis sienes latian fuertemente. El corazon me saltaba del pecho.

ORIEL.

¿No sabes lo que iba á sucederte?

EL SIERVO.

No.

ORIEL.

Comprendo tu extrañeza.

EL SIERVO.

Que crecia de punto á medida que crecian sus obsequios y sus bendiciones.

ORIEL.

Pues iban á darte la fiesta de los esclavos.

EL SIERVO.

Ignoraba que existiese tal fiesta.

ORIEL.

Es una gota de hiel añadida á nuestras amarguras.

EL SIERVO.

Sí.

ORIEL.

Es una irrision aumentada á las burlas con que persiguen al esclavo.

EL SIERVO.

Sí, sí.

ORIEL.

Pero burla sangrienta, horrible, que se han trasmitido cien generaciones.

EL SIERVO.

¡Malvados!

ORIEL.

Yo he pasado por esas fiestas y por los patíbulos.

EL SIERVO.

Y habrás padecido ménos en los patíbulos que en esas festividades.

ORIEL.

Ciertamente.

EL SIERVO.

Pues óyeme.

ORIEL.

Habla, habla.

EL SIERVO.

Se me oprime el corazon y apenas puedo continuar.

ORIEL.

Nada puedo darte para fortalecerte, porque nada como tú tengo, compañero mio. Nos dan el

harina suficiente para que no nos muramos de hambre.

EL SIERVO.

¡Harina! Eso es una increible distincion. A mí, despues de un trabajo de catorce horas, me echan al campo á que me alimente de las raices de las selvas.

ORIEL.

Mas prosigue tu narracion,

EL SIERVO.

Cuando acababan de vestirme así, ábrese la puerta de la estancia y apareció mi hijo mayor.

ORIEL.

¡Padre infeliz!

EL SIERVO.

Iba vestido de príncipe. Llevaba una túnica de

seda azul de la India, toda sembrada de estrellas de plata. Hilos de diamantes caian de su cabellera á los hombros. ¿Lo creerás? Al verlo entrar tan hermoso olvidé todas mis penas. Me dirigí á él, estrechéle contra mi corazon, y no me cansaba de besarlo. Mi jóven hijo, despues de haberme besado, al verme vestido de aquella suerte, no pudo contener la expresion de un sentimiento en que se mezclaban confusamente el lloro y la risa. ¿Qué te pasa? hijo mio, le pregunté. Pero el mancebo me puso la mano sobre los lábios, y callé.

ORIEL.

¿Hay justicia en el mundo?

EL SIERVO.

Yo me dirigia esa misma pregunta al ver que á nuestros mismos ojos éramos ridículos.

ORIEL.

Tengan derecho á destruirnos. Mas ¿por qué han de tener tambien derecho á deshonrarnos y avergonzarnos?

EL SIERVO.

Salimos de la estancia padre é hijo, y nos llevaron á espacioso patio. Fuentes cristalinas surgian del pavimento y se destrenzaban en arroyos bajo bóvedas de rosas. Una mesa de marfil ocupaba el centro, y en torno suyo mullidos lechos de púrpura de Tiro, sostenidos en el aire por cuerdas de sedas, todas tachonadas de perlas. Las copas en que nos servian los más ricos vinos, eran de esmeraldas vaciadas. Los platos en que nos servian eran de oro macizo. Muchachos y mancebos, todos desnudos, bailaban frente á nosotros, ceñidas las sienes de flores, y al encontrarse en sus juguetonas danzas dábanse voluptuosísimos besos. Pero lo extraño, lo verdaderamente extraño de aquel caso es que apareció el rey, seguido de todos sus cortesanos, y comenzó á escanciarnos vinos y á servirnos viandas. De vez en cuando eunucos pasaban y nos hacian algun gesto de menosprecio ó de burla. Yo no probaba bocado, y me miraba mi hijo, y no comia tampoco.

ORIEL.

Sabria el gran dolor que te estaba reservado.

EL SIERVO.

Sí, lo sabia.

ORIEL.

Y tú ¿nada adivinabas?

EL SIERVO.

Yo presentia algo siniestro.

ORIEL.

Es verdad. ¿Qué puede presentir que sea bueno y justo sobre la faz de la tierra el mísero esclavo?

EL SIERVO.

Nada, nada.

ORIEL.

Es el dolor como nuestra sombra.

EL SIERVO.

Las lágrimas caian gota á gota sobre el vino, que muchas veces llevaba distraido á mis lábios, y que me sabia, hermano, á hiel.

ORIEL.

¡Horrible padecer del esclavo, y furia todavía más horrible de sus dominadores!

EL SIERVO.

Las músicas, los cantos, el aroma de las flores, el beso voluptuoso que se exhalaba de las danzas, el calor de las fiestas, cuanto á nuestro alrededor pasaba, léjos de alegrarme, sumergíame en profundo estupor y en tristeza profundísima.

ORIEL.

Y no adivinabas aún lo que iba á sucederte?

EL SIERVO.

¿Y quién puede adivinar la crueldad de los déspotas?

ORIEL.

Abismo es insondable.

EL SIERVO.

Aunque yo me asomaba al mar de mis presentimientos, lo veia confuso, caliginoso.....

ORIEL.

Es verdad. Ni el amor de padre puede prever la ira guardada en el corazon de un rey.

EL SIERVO.

Ya verás cuán amarga.

ORIEL.

Lo creo.

EL SIERVO.

Imposible que imagines tanta barbarie.

ORIEL.

Sigue contándonos tus amarguras.

EL SIERVO.

No vas á creerlas.

ORIEL.

Mi corazon las ha sufrido todas.

EL SIERVO.

No lo creas, no lo creas.

ORIEL.

¿Por qué?

EL SIERVO.

Porque si hubieras padecido las penas que yo sufrí en aquel momento, no latiria ya tu corazon.

ORIEL.

Esclavo, no puedes comprenderme.

EL SIERVO.

¿Qué extraño misterio escondes?

ORIEL.

Extrañísimo; pero no pasemos de tus penas á mis penas. ¿Con ser esclavos, no somos todos desgraciados?

EL SIERVO.

Pero no hay dolor que iguale á mi dolor en aquel momento.

ORIEL.

Calla, no digas eso á quien se halla condenado á padecer y no morir.

EL SIERVO.

Yo me preguntaba cuándo iba á concluir aquella ceremonia; cuándo iba yo á poder abrazar á mi hijo.

ORIEL.

Nunca te habrá pesado la cadena sobre la espalda como te pesaria la corona sobre la cabeza.

EL SIERVO.

Es verdad.

ORIEL.

Nunca los dolores más acerbos habrán mordido tu corazon tan furiosamente como le morderian la sardónica risa de aquellas gentes.

EL SIERVO.

Nunca. Yo creí que todo iba buenamente á concluir.

ORIEL.

Como los tiranos son por naturaleza caprichosos, imaginarias que iba á contentarse con el castigo del ridículo impuesto á tu miseria.

EL SIERVO.

Cuál no seria mi asombro, cuando el rey me dijo: Ya has visto que yo he sido tu esclavo. Las mujeres más hermosas de mi corte han pasado desnudas ante tus ojos. Las músicas más voluptuosas de mis conciertos se han resbalado como un arroyo de armonías en tu oido. Yo te he ahumado de incienso hasta perfumarte. Yo te he ofrecido libaciones en mis copas más ricas. Ahora ha llegado mi hora. El esclavo que manda un dia en la casa del rey, es condenado á muerte, y á muerte de cruz. Yo podia condenarte; pero soy magnánimo, y te perdono. Crucificaré á tu hijo.

ORIEL.

Calla, calla; que en mil pedazos me partes el corazon, ya quebrantado.

EL SIERVO.

Yo me volví loco de dolor. Cogí á la mano de uno de los sátrapas un gran baston de oro que llevaba, y me lancé sobre el rey para matarlo. Le hubiera muerto si no se interponen sus guardias.

Me desarmaron. Luego que me ví desarmado, pensé en que la demencia no conducia á nada, y me tendí á los piés del rey pidiendo que perdonase á mi hijo y me sacrificara á mí. Riéronse de mi dolor.

ORIEL.

Un tigre no se hubiera reido.

EL SIERVO.

Desde una de las ventanas de palacio, donde me ataron, ví el horrible espectáculo. Mi hijo era despojado de sus vestiduras, y luego vestido de punzantes cilicios. Tendido sobre una cruz le amarraron las manos y los piés, le alzaron en alto, y le dejaron abandonado y solo. Era la hora del alba. Yo le veia allí en su patíbulo entre horribles sufrimientos. Sus gritos de dolor se confundian con el rumor de los festines á que se habian consagrado despues de aquella bárbara inmolacion sus verdugos. No puedo decir lo que yo sufria, atado de cadenas, viéndolo sufrir, retorcerse, y sin poder salvarlo. El sol se levantó, y lo atormentó con sus rayos. Insectos de todas clases

avivados por el calor, picaban sus carnes y se bebian su sangre. La séd, el hambre se mezclaban á todos los dolores de sus miembros sujetos al afrentoso suplicio y ya cuasi descoyuntados. ¡Qué dia! Yo al cabo de algunas horas casi estaba sin conocimiento. Saltaba bajo el peso de mis cadenas como el tigre en su jaula. Mordíame los puños desesperado. Daba diente con diente, que rechinaban como si fueran á romperse mis quijadas. Miraba y remiraba al hijo de mis entrañas, y cada uno de sus estremecimientos era como una herida en mitad de mi corazon. Por fin vino la noche. Yo no le veia, no le oia. Estaba sin duda muerto. ¡Cómo sufrir un dia entero el martirio de la cruz! Yo me moria tambien; yo espiraba al peso de mis dolores. En esto, sentí que una mano me quitaba las cadenas, y me conducia fuera del palacio. Era una esclava hebrea. La idea de la libertad me devolvió las fuerzas. Lancéme al sitio donde estaba mi hijo y busqué entre las sombras su cruz. No la encontraba. Ya habia maldecido mi existencia, y me preparaba á dejarme morir de hambre, cuando oigo un gemido. Era mi hijo, atado todavía á su cruz, pero tendido en tierra. Me lancé, lo desaté, lo cubrí de besos y de lágrimas. Lo tomé sobre mis espaldas. Lo he dejado

en una cueva vecina aún medio muerto, pero ya mejorado. Y como desde allí oyera una cancion de esclavos, vine aquí á deciros que es preciso huir de esta tierra, pues en cuanto sepan que he huido de allí, y que me he llevado á mi hijo, por una de esas leyes bárbaras, arbitrarias, babilónicas, en una palabra, que el capricho dictó á estos reyes, nos perseguirán, nos encarcelarán, nos atormentarán, nos crucificarán, nos matarán á todos.

ORIEL.

Huyamos, huyamos. ¿Dónde iremos que no seamos extranjeros, y dónde seremos extranjeros que no seamos esclavos?

EL SIERVO.

Huyamos, huyamos.

ORIEL.

Sí, huyamos en buen hora Nuestra redencion

ha comenzado, puesto que nos llevamos de este pueblo cautivo una virtud redentora, puesto que nos llevamos la esperanza. Bendigamos este bálsamo que ha caido sobre nuestro corazon. Bendigamos al pueblo que nos lo ha dado.

FIN DEL PRÓLOGO.

JORNADA PRIMERA

DE LA SEGUNDA PARTE DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

LAS PROFECÍAS.

I.

EL PROFETA.

¿A dónde vais, hijos mios?

ORIEL.

Somos una turba de esclavos de los judíos cautivos, y vamos hácia Occidente.

EL PROFETA.

¿Creeis que en Occidente no hay esclavos?

ORIEL.

¿Pero serán tan crueles sus amos como los hebreos y los amos de los hebreos?

EL PROFETA.

¿Qué dices?

ORIEL.

Llevamos aún las señales de nuestro martirio en todo el cuerpo acribillado de heridas.

EL PROFETA.

En ninguna parte la esclavitud será tan blanda.

ORIEL.

Allí nos compran, nos venden, nos traspasan, nos doman, nos dejan en herencia como sus ganados.

EL PROFETA.

Es verdad. El esclavo es una propiedad. Pero la ley que ha prohibido verter la sangre humana, ha contado entre los humanos á los esclavos. Si el amo arranca un ojo, ó parte un diente á su esclavo, el esclavo es libre. En el dia séptimo, el

esclavo del hebreo descansa. En la fiesta de Páscua se sienta el esclavo al lado de su señor. Y cuando la ley hace esta advertencia, le dice: Acuérdate que has sido tú tambien esclavo en tierra de Egipto. En los jubileos mi pueblo emancipa siempre multitud de esclavos.

ORIEL.

La ley hebrea dulcificaba ciertamente nuestro estado. Pero el pueblo hebreo no es obediente á las leyes. En tiempo de la federacion de las tríbus fué la suerte de nuestra clase más dulce. En cuanto los reyes vinieron, creció el lujo, con el lujo el placer, con el placer y con el vicio la esclavitud. Quisieron los ricos de Israel exprimir todo nuestro sudor sobre la tierra. En vano el salmista aconsejaba en sus tiernos cánticos el rescate de los hijos del pobre; en vano Salomon y todos los profetas aconsejaban la mansedumbre; todos nuestros males se recrudecieron y todos nuestros hijos lloraron bajo el látigo de los israelitas, ingratamente olvidados del cautiverio de Egipto.

EL PROFETA.

Es verdad. La esclavitud se ha recrudecido en Babilonia. Los judíos se han contagiado con los vicios de la ciudad en que estaban cautivos. Los ricos han querido quemar esencias en pebeteros de ámbar; vestir la rozagante púrpura de Tiro; embriagarse con los vinos del Eufrates; dar festines como los festines asirios que Dios ha maldecido. En medio de la orgía han penetrado los profetas y les han dicho que si su antigua corrupcion les ha traido el cautiverio, la corrupcion en el cautiverio les traerá la muerte. Y sobre sus viviendas pasará el trillo, y en sus santuarios sólo anidará el lagarto.

ORIEL.

Profeta, no os han oido. Y los esclavos de Israel son vendidos todos los dias, vendidos á vil precio en los mercados de Babilonia..... Maldito sea el pueblo....

EL PROFETA.

No lo maldigas, siervo. No lo maldigan tus hermanos.

ORIEL.

¿En qué se distingue, si tiene esclavos, de los demás hombres?

EL PROFETA.

En que prepara una idea, sí, una idea, á cuyo calor se ha de comenzar vuestra anhelada redencion.

ORIEL.

Es la primera vez que oigo esta palabra en lábios de un hombre libre. Profeta, dínos una vision del porvenir. Dínosla, y fortalécenos para continuar nuestro camino.

EL PROFETA.

¿Quereis oir mi profecía?

LOS SIERVOS.

Todos, todos.

EL PROFETA.

Tened fé en que sereis redimidos.

ORIEL.

Tenemos hasta esperanza.

EL PROFETA.

Estas son las visiones que os comunico. Guardadlas en el corazon.

El ángel que graba en libros de diamantes los grandes hechos humanos, desciende á la tierra y se posa en el extremo Oriente. Su cabeza se inclina sobre el pecho como si no pudiera sostener el peso de un gran pensamiento. No de otra suerte se inclina sobre su tallo la rosa en las mañanas de la primavera cuando no puede sobrellevar el peso del rocío celeste. En el suelo incandescente del desierto, se levantan nieblas rojizas semejantes á lazos de fuego, y en esas nieblas se dibujan con oscuros colores visiones apocalípticas, dignas de ser contadas en la severa lengua de los profetas. La tierra se halla agitada, convulsa, como una

mujer en los dolores del parto. Grandes terremotos la sacuden, que abren profundísimas grietas, de las cuales se levantan á los aires vapores mefíticos en que vá disuelto el aliento de la muerte. El cielo parece un volcan del revés, un volcan que tuviera su cráter hácia la tierra. Las piedras crugen, las ramas de los árboles se entrechocan, los montes se inclinan como bosques agitados por el huracan, los rios salen de madre y se extienden por los profundos valles como las lágrimas por las arrugas de envejecido rostro; y los mares irritados se alzan en espirales de hirvientes trombas á lo infinito, y vuelven á caer mugiendo en sus profundos lechos que semejan negras copas rebosando hiel. Y sobre todo este desquiciamiento, allá en las regiones limpias y serenas de lo infinito, se extiende por la inmensidad donde componen los astros su inefable música, una como sonrosada aurora, en la cual se dibujan hermosos ángeles con túnicas celestes, alas blancas, coronas de luz sobre las espaciosas frentes; arpas en las manos, entonando un himno, al que se asocian los coros de los mundos. Grandes ciudades pasan como una procesion misteriosa de sombras. Sus torres y sus palacios y sus muros se caen, y sólo quedan de pié sus sepulcros. Ba-

bilonia llora sobre sus jardines abandonados; Menfis se envuelve como en un sudario en las arenas del desierto; Atenas y Corinto depositan en las orillas de sus mares las coronas de acantho; Jerusalem se retuerce de dolor sobre las piedras destrozadas de su santuario; Tiro, como la Safo griega, se envuelve en su manto de púrpura y se arroja del seno de sus naves al seno de las ondas. Pasa, seguido de una legion de guerreros griegos, los cuales repiten versos de la Iliada al son de las lanzas sobre los escudos, un jóven maravilloso en un carro de oro, tendido sobre cogines de púrpura, con la túnica clásica en los hombros y la tiara oriental en la frente; los lábios vibrando voluptuosas odas, la convulsa mano en una copa de esmeralda milagrosamente cincelada, y los ojos fijos en hermosa vírgen, vestida de blanco, y coronada de adelfas que, ante él de pié, tiembla á su mirada, como la casta Dafne á los rayos del sol. Alejandro, Alejandro, dicen las ciudades y repiten las bóvedas de los sepulcros como un grito de angustia. Yo fundaré, exclama el jóven, una ciudad, templo para guardar vuestros dioses, museo para colgar las coronas de vuestras artes, academia para encerrar vuestras ideas, biblioteca para depositar vuestros libros, santuario

para vuestro espíritu, lecho para confundir vuestras razas; yo la fundaré á la sombra de las palmeras y de las pirámides, con el mar delante como un espejo, y detrás el desierto como un misterio, y será por el pensamiento la diosa de la tierra, como heredera universal de vuestra vida. Entonces una voz misteriosa dice: es tarde. Para tí la vida es un festin, y Dios quiere que la vida sea un combate. De misteriosa selva sale una ciudad con una lanza en la mano y una loba en los piés. Algunos bandidos, gentes de diversas ciudades ignominiosamente expulsados, la siguen, y vá á conquistar en esta ciudad.

El génio irónico y burlon que hay al pié del mundo; el eterno sátiro, llamado duda, meneaba la cabeza y decia: No, no puede ser. Un amarillento rio le besa los piés de barro. Sus casas son de humilde ladrillo, no comparables á los templos de mármol donde se encierran los dioses del Oriente; sus ejércitos bandidos; sus habitantes los miserables de todo el mundo. ¿Ha de ser una cloaca la corona de la tierra? Ladrones, magos, gréculos, argentaras, patricios orgullosos, plebeyos serviles, retóricos viles, ¿vosotros vais á dominar el mundo que no han podido dominar ni los conquistadores ni los sacerdotes? ¿Bastará hacer

una pirueta y recibir un bofeton para tener el espíritu divino de la omnipotencia y mandar en la tierra? Roma, Roma, ¿bastará que te decidas á ser en tu monstruosa voluptuosidad la prostituta de todos los pueblos, para convertirte en su reina.

II.

Mientras tanto Roma escribe en sus tablas una idea, la idea de la unidad del mundo, y con una idea se conquistan los pueblos. Sale de su madriguera, arroja á los cuatro puntos del horizonte cuatro puñados de su tierra sagrada y forma como una nueva humanidad. Siracusa cae de rodillas á sus piés, Cartago muere atravesada por su lanza, Cirene besa las orlas de su manto, Numancia le ofrece sus cenizas, Atenas le entrega su lira, Corinto su cincel, Tebas la llave de sus sepulcros, Jerusalem su templo, y los dioses todos descienden del Olimpo griego, ó del Oriente asiático para ser los cortesanos de Roma, que lleva en sus manos la aguda lanza y en su frente las fórmulas misteriosas del derecho.

Es una mañana, una de las últimas mañanas del antiguo mundo. Romá celebra sus lupercales,

y un soldado brutal ofrece á un hombre de frente espaciosa y de profundos ojos, cuya figura lo llena todo, expléndida corona de rey. El pueblo romano grita como una fiera herida, grita porque sobre la frente de uno sólo descubre el signo de la esclavitud de todos. La libertad, murmuran algunos, la libertad nos ha dado la tierra; el despotismo nos la quitará. Roma aparece como un monumento inmenso de autoridad y de grandeza. A sus piés todos los pueblos, en el fondo de las gemonías esclavos de todos los climas, en el Senado representantes de todas las razas, en el circo gladiadores que pelean entre sí, ora á pié, ora desde altos elefantes; en los templos los dioses amontonados de todas las religiones, y en la cima un hombre solo con una corona de laurel sobre las agitadas sienes, á las cuales se agolpa la sangre de toda la humanidad. De pronto un puñal derriba á aquel hombre, que espira en el Senado. Pero su sombra se levanta, se extiende, se dilata como una espesa noche, y cubre á Roma. Entonces el hombre que por virtud habia cometido un crímen, que por humanidad habia matado á otro hombre, viendo la libertad perdida, se clava su propio puñal en el corazon, y muere renegando de la virtud y maldiciendo á Roma.

III.

Son las tres de la tarde, sí, de la última tarde del antiguo mundo. Las tinieblas cubren la tierra. Las aves se escónden gimiendo en sus nidos. Siniestros y agudos truenos resuenan en las nubes. Rojizos relámpagos centellean sin cesar. Sobre un monte hay un patíbulo, una cruz, y sobre esa cruz un hombre divino que espira. Sírvele de pedestal un montecillo que se llama el Calvario. Á los piés de la cruz se vé una mujer de rodillas, con el corazon traspasado de dolor, y los ojos llenos de lágrimas; es una madre. Al pié del montecillo grupos de soldados que se reparten una túnica; son los sicarios de la tiranía. A lo lejos, entre las tinieblas y los relámpagos, Jerusalem; una ciudad que espira. Una corona de espinas atormenta las sienes del mártir, unos clavos sus manos y sus piés. Los soldados, para calmar la

sed horrible que despierta la agonía, le dan en una esponja hiel y vinagre. En aquella suprema agonía vé pasar el mundo antiguo con sus Césares y sus esclavos, y lo condena á muerte. El puñal del tribuno ha sido impotente para matar la tiranía. Pero la ha ahogado la amarga lágrima del mártir. Treinta y tres años ha vivido sobre la tierra. Los doctores le han despreciado, y él ha sabido burlar su ciencia. La Sinagoga le ha llamado blasfemo, y él la ha abierto al espíritu humano. Roma le ha condenado á morir, y él ha condenado á Roma á la eternidad. Ha venido á redimir al esclavo, á grabar la santa idea de igualdad en todas las frentes, á reconciliar á todos los hombres en el seno de la fraternidad universal, á darles con el soplo de sus ideas un sólo espíritu, y un sólo orígen, y un sólo padre, que está en los cielos; y todo esto lo ha hecho sin derramar más sangre que su propia sangre, murmurando y no matando, con la aceptacion de un cruento sacrificio, la muerte para sí, á fin de que su muerte fuese la vida para todos. Las áuras han secado sus lágrimas y besado sus lábios; las golondrinas han quitado las espinas de su corona; el ángel de la muerte, despues de haberle herido, se arrepintió y fué á sacarlo del fondo de su sepulcro.

IV.

En la Roma de los Emperadores se oye un inmenso festin. En los palacios brillan figuras que se destacan de fondos claros, como si fueran un maravilloso relieve. Representan los espirantes dioses paganos, que del cielo de la fé han pasado al cielo del arte. Una música voluptuosa llena los aires y parece salir de las pinturas de las columnas, de las estátuas, como un misterioso himno. Las lámparas de oro despiden la luz alimentada por el aceite de nardo. En mesas llenas de todas las riquezas del mundo se sirven platos gigantescos, donde se ven todos los manjares que pueden excitar el paladar, y copas de oro y de esmeraldas en que hierven todos los vinos que pueden embriagar el cerebro. Las bailarinas gaditanas danzan al son de las castañuelas, cantan las esclavas griegas versos de Anacreontes más embriaga-

dores que el vino, recita el rey del festin voluptuosos poemas, ofreciendo libaciones á los dioses, se matan á lo lejos los gladiadores en formal batalla, mezclando los vapores de su sangre con los vapores de la orgía, y sobre lechos de púrpura, coronados de flores, vestidos de riquísimas sedas, los señores del mundo comen y beben, dejando caer la frente fatigada en el seno desnudo de hermosas mujeres ébrias de placer, cuyos besos se confunden con el ruido de las copas y los acordes de la música. En medio del festin, cuando más entregados están aquellos hombres á sus delicias, se oye un espantoso fragor como si un mundo se desquiciara sobre sus cabezas. Las puertas ceden. Unos jóvenes altos, nervudos, de larga cabellera, vestidos de pieles, cubiertos de sangre hasta las rodillas, con hachas en las manos, entran. A sus pasos las pinturas de los dioses se desvanecen como un sueño, las estátuas caen, los cánticos cesan, y los afeminados señores de la tierra corren á esconder su vergüenza. Son esclavos de una raza más fuerte.

V.

Roma ha muerto. Sobre sus ruinas, amontonadas y llenas de sangre, se oye el cantar de Alarico, tan siniestro como el chillido del ave nocturna, como el rugir de las fieras. El Tiber arrastra lentamente en sus ondas de hiel los amuletos, los ídolos, todas las reliquias del mundo que ha espirado. Sobre las columnas rotas, sobre las estátuas mutiladas, sobre las aras esparcidas yacen cadáveres en tanto número, que parecen una siega de hombres. La noche es sombría. La luna, que de vez en cuando rompe el velo de las nubes, ilumina este paisaje como una lámpara funeraria. El aire triste que gime entre las ruinas va cargado de cenizas. Algunas veces sopla tan fuertemente, que hace chocar unos huesos con otros huesos en siniestro ruido. Gigantescos monumentos han quedado de pié entre las ruinas como pa-

ra atestiguar la inmensidad del estrago. Un viejo sacerdote vestido de humilde sayal sale de un sepulcro. Algunos otros más jóvenes le siguen. El anciano se hinca sobre el duro suelo. El anciano dice: Roma ha muerto. ¿Será posible, Dios mio, que consientas en la caida de tanta grandeza? Horrible pecadora ha pagado sus culpas. Pero, Dios mio, hay algo más grande que todas las ciudades y sus culpas, hay tu misericordia. En esto rasga la oscuridad de la noche un resplandor misterioso, que sin ser luz, penetra de indefinible claridad los ojos. Del seno de aquel resplandor sale un hombre sublime, cuyos ojos encierran abismos más profundos y misterios más impenetrables que la inmensidad de los cielos.

Yo resucitaré á Roma. Yo quiero convertirla en el centro del mundo moral. Que los huérfanos tengan una madre, que los ciegos tengan una luz, que los desgraciados tengan una esperanza. La Roma antigua ha muerto por sus vicios; que la Roma nueva viva por sus virtudes. En la antigua Roma habia cortesanos; que en la Roma nueva sólo haya hombres. Los Césares la han asesinado, pero la resucitará la religion. Cedan las orgías su lugar á la ciencia, la blasfemia á la oracion, las cadenas á la igualdad de todos los

hombres en el seno de la justicia y en la confianza de Dios. Sobre el altar que levantemos no haya Césares, sino un santo y vivificante abrigo para el espíritu humano. Maldito sea el primero que se crea heredero de los Césares dispersos por el soplo de la divina cólera. Este es el hogar de la libertad; este es el asilo del derecho. Aquí han de venir todos los hombres á aprender que todos son iguales, que todos son hermanos, que todos son libres, que Dios levanta para todos el sol y para todos reserva la resurreccion en otros cielos y en otros mundos. A tí, anciano, á tí confio el depósito de estas verdades, y para que las guardes, resucitaré á Roma tres veces, la arrancaré primero de los dientes de Alarico, despues de las uñas de Genserico, y por último de los piés de Atila. Y una bendicion cayó sobre el anciano y un cántico misterioso resonó en los cielos.

Entonces comenzaron á pasar largas séries de procesiones delante del anciano, á cuyos piés batian sus verdes palmas los mártires, y sobre cuya cabeza batian sus blancas alas los ángeles. Venian primero unos hombres nervudos, fuertes, vestidos de pieles, con las manos llenas de agudas lanzas, entonando un cántico salvaje que semejaba el ahullido de las fieras en las selvas. Y

el anciano los bendijo. Venian despues rulucientes caballeros con su casco de plata, sobre el cual caian plumas de todos colores, su escudo de oro en que iban grabadas misteriosas leyendas y su traje de hierro que resonaba de una manera estridente, caracoleando en sus potros, que relinchaban fuertemente sobre una arena teñida de sangre; acompañados, precedidos, seguidos de grandes bandadas de águilas y de cuervos, que formaban en su alrededor como una espesa nube. Y el anciano los bendijo. Venian despues sobre naves empavesadas audaces navegantes, y sobre altos pedestales primorosos artistas. Los unos agrandaban la tierra dotándola con islas y continentes sobre los cuales tegian sus ramas cargadas de flores grandes árboles en que entonaban un himno infinito miriadas de aves, cuyos gorgeos iban á perderse en el bramido de las cataratas, el hervidero de los volcanes y el embravecido oleaje del profundo Océano. Los otros sobre el blanco mármol cincelaban estátuas de bellísimas formas, y sobre las tablas figuras de expléndidos colores. Y á unos y á otros el anciano les bendijo. Venian despues corpulentos varones con un traje de blanco armiño, un manto de roja púrpura, una corona de pedrería en las sienes y un globo de

oro en la mano izquierda y una espada en la derecha, seguidos de hermosas damas y brillantes pajes. Y el anciano los bendijo. Y despues vinieron varios séres humildes, sin hierros, sin caballos, sin armas, sin pinceles, sin naves. Parecian enmedio de tanta grandeza como los primeros apóstoles al pié de la Roma de Neron entregada á sus orgías. Y dijeron : ¿nosotros solos, somos huérfanos? ¡Oh! No. Bendecid tambien la libertad, y se realizarán las promesas del Evangelio.

Y no la bendijeron. Pero la libertad continuó su camino. Un dia se reunieron varias gentes humildes en el seno de asociaciones libres, verdaderos árboles benditos, á cuya sombra latió el gérmen de un nuevo mundo, de una nueva sociedad en la tierra. La conciencia bajó en lenguas de fuego sobre aquellas gentes; la conciencia humana, hasta entonces eclipsada. Unos tomaron el arado, otros el trillo, otros el azadon; mientras sus hermanos tomaban las armas para defender el hogar; para defender la familia que en ese hogar anidaba; para defender el jurado que mantenia la justicia entre todos estos ciudadanos y la paz entre todos estos hogares. Y de nuevo fueron á pedir al hombre que se creia continuador de la redencion sus bendiciones, y las bendiciones les

fueron negadas. Y entonces la conciencia floreció en el alma de los plebeyos. Y sus enemigos se juntaron, se convinieron, se llamaron reyes absolutos; y sobre un puñal y una calavera juraron que habian de levantar sus tronos con huesos plebeyos y en sangre plebeya teñir sus mantos reales. Pero no sólamente adquirieron los plebeyos conciencias, sino que tambien, bajo las frias sombras de la esclavitud, y á despecho de sus tiranos, adquirieron razon. Y la razon se levantó sobre sus almas, con la majestad y la grandeza con que el sol se levanta desde el abismo de los mares por la inmensidad de los cielos. Y los tiranos que estaban ciegos, no veian el oriente de la razon humana lucir explendoroso, deslumbrador, en la ancha frente de los pueblos. Y mientras ellos forjaban y remachaban cadenas, pesadísimas cadenas, la razon subia, subia á lo infinito, hasta medir el espacio, hasta pesar en la palma de sus manos los astros rutilantes, hasta beber el manantial de nueva vida en el curso sosegado de las ideas inmortales. Y entonces sonó la hora de la promulgacion de los derechos humanos en la conciencia universal. Y como los tiranos querian apagar una idea que era como el fuego vital en las entrañas de la sociedad, esta idea brilló, ardió, iluminó; pero

tambien consumió, tambien devoró, y los cetros se troncharon. Y las coronas se derritieron. Y los tronos se transformaron en cadalsos. Y los reyes, que habian querido tener como ministros de su justicia á los verdugos, sintieron pasar el frio filo del hacha del verdugo por sus gargantas. Y en aquellas explosiones, semejantes á la erupcion de mil volcanes, al estampido de un huracán de electricidad, al desgajamiento de todo el planeta, azotado por un gigantesco terremoto, se fundieron las cadenas del esclavo, y se abrasó su corona de espinas.

Y habia brotado en las aguas, como inmensa flor marina, un nuevo mundo. Y este nuevo mundo era más hermoso que el paraiso en los dias primeros de la creacion, cuando la luz recien salida de la palabra divina lo besaba con el candor y con el fuego del beso de los primeros amores. Los mares se dormian en brazos de sus playas, sonriendo celestemente, como los ángeles cuando se levantaban mariposas de los astros en sus cunas ethéreas. Las montañas llevaban allí una falda de selvas, y una diadema de nieves. Las selvas impenetrables, testigos de los primeros siglos, con sus árboles cargados de frutos, con sus praderas sembradas de flores, con sus coros

de aves canoras que entonaban himnos inmortales á las alturas. Tanta luz, tantas armonías, rios como mares, mares como cielos, cielos cargados de estrellas como las flores tropicales de rocío, praderas infinitas y sin término, montañas que eran columnas de zafiro, rematadas con chapiteles de diamantes, debian ser y eran el templo inmenso de la libertad.

Mas la codicia humana lanzó allí de barcos malditos legiones de esclavos, negros como la noche. Y aquellos esclavos pudrieron la tierra con la sangre que el látigo extraia de sus pieles; y la conciencia con las sombras que la servidumbre condensaba sobre sus almas yertas. Pero ¡ah! que vinieron la razon y la conciencia tambien á iluminar aquellas negras sombras y á empaparlas en su divino éther. Y un dia la razon y la conciencia se hicieron hombre en un génio de redencion y de paz. Y aquel génio desde lo alto de un templo que será bendecido por todas las generaciones, rompió las cadenas y se las arrojó, todavía enrojecidas, á la proterva frente de los mercaderes de carne humana. Y la tierra respiró.

Mas no bastara esto. El pária ha engendrado al sudra; el sudra al ilota; el ilota al esclavo; el esclavo al siervo; el siervo al vasallo; el vasallo al

súbdito; el súbdito al ciudadano; y el ciudadano engendrará al hombre lleno del espíritu divino; al hombre que debe centellear de su frente espaciosa toda la luz del pensamiento libre; y vivir en el seno de la justicia, como viven los astros en el cielo.

Así Dios resplandecerá sobre el Universo. Así el espíritu humano será el compendio y el resúmen de todo el Universo. Los hombres serán hermanos; y el cielo como el techo del hogar paterno. La naturaleza florecerá á su aliento, parecido al soplo creador. Los cielos brillarán cuando el hombre los mire, como si recibieran una nueva luz. Descenderán los astros á su oido, como las palomas del valle. Subirán las ideas á las alturas, como las espirales del incienso, como los aromas de las flores. Y cada idea que suba, descenderá de nuevo sobre el espíritu humano en lluvia de espiritual rocío. Y el trabajo será como las fuerzas de la creacion, é irá transformando los séres, perfeccionándolos, enrojeciéndolos en la viva luz de lo ideal. Nubes de los cielos, palomas de los valles, astros de lo infinito, almas desprendidas de la oruga de la naturaleza, torrentes de ideas, todo cuanto viva, todo cuanto crezca, todo cuanto forme en su progreso ascendente la esen-

cia de un alma, servirá para unir lo finito con lo infinito en eternos, inextinguibles amores. Y estas son, esclavos, las visiones que os enseña el profeta, al veros comenzar, encerrados bajo el dolor, vuestro viaje hácia Occidente.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA

DE LA SEGUNDA PARTE DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

EL TRABAJO.

I.

ORIEL.

Salud, oh Grecia, santa madre del génio; salud, tierra de la hermosura y de la armonía. El mar celeste se repliega en tus doradas costas de mármol, sobre cuyas arquitectónicas líneas tienden su verde follaje los laureles y los mirtos, gratos á la inmortalidad. Las ondas del Egeo te arrullan; las brisas del Asia, perfumadas en los pebeteros de esencias que forman las islas del Archipiélago, te orean; el sol embota sus rayos, para no encender tu bienhadado seno, templo antiquísimo de la sabiduría. En tus àuras van las nueve musas, siempre en coro, trenzando sus divinas danzas sobre la alfombra de tus nubes teñidas por infinitos arreboles de una luz sin igual.

La diosa de Chipre se baña en el Iliso, recoge sus ondas y las evapora á fin de refrescar los zéfiros, que como gasas corren sobre tus templos y tus bosques, y coronando de rosas sus amorcillos, los manda á que animen con sus besos el vino en tu tierra, la sangre en las venas de tus hijos, los cánticos en los lábios de tus poetas. Yo quiero verte ¡oh hermosa! ténuemente unida por el istmo de Corinto á la tierra que no te merece, como una hoja de morera que hubiese caido sobre el mar; yo quiero verte rodeada de tu cintura de islas; vestida de tus brillantes granados y de tus oscuros cipreses, de tus claros pámpanos y de tus negros olivos; cortada por tus altas montañas donde se refugian los dioses y por tus colinas, á cuyos piés, desde las grutas que las ninfas habitan, salen cantando los murmuradores arroyos. Entre los troncos de los árboles corren los caballos en pelo, y entre las ramas cantan los ruiseñores en coro, mientras los sátiros, de pié hendido, vierten, á la voz de Baco, por do quier voluptuosa alegría. Quiero beber las aguas del Cephiso cantado por Sófocles; coronarme con las purpúreas hebras del azafran y los ramos del oliente narciso, antigua guirnalda de las diosas; seguir las procesiones celebradas con carreras de

mancebos que fuesen modelos de Fidias, y danzas de vírgenes que inspiran á Anacreonte; contemplar el mar Egeo, cruzado por las naves doradas donde los sacerdotes celebran flotantes sacrificios entre las armonías de las cítaras y los coros que entregan á las brisas bellas inmortales canciones.

CORO DE PASTORES.

Venid, extranjeros, venid. Estais en la tierra de la melodía, en la tierra sagrada de las cigarras y de las abejas; en la tierra toda aromas y toda miel. En nuestras colinas el suelo es de romero, de tomillo, de lentisco oloroso, y las selvas son de mirtos. De cada arroyo aprendemos una cadencia; de cada roce del aire en las ramas de nuestros arbustos una armonía; de cada caña que el arroyo riega tallamos una flauta, un caramillo, que alegra con su dulce resonancia las majadas, los oteros y los valles, con toda su poblacion de rústicos dioses y desnudas ninfas. Si teneis amores, nosotros procuraremos que aprendais á cantarlos; á unir el nombre adorado con las libaciones del dulce vino; á trenzar el mirto con el laurel, el narciso con el nardo. Aquí hasta la muerta es riente, es alegre. Cuando uno de nos-

otros cae, lo cubrimos de flores, lo mecemos en suaves elegías, y al depositar sus cenizas en el regazo de nuestra madre, le pedimos con lágrimas, tan bellas como gotas de rocío, que estreche dulcemente aquel querido depósito; porque lá muerte es como una llama, ascendiendo desde la tierra á los cielos. Aquí la vida, el sueño, el amor y el nacimiento, la amistad, el trabajo y la muerte son una continuada armonía.

ORIEL.

Respiro, respiro aquí mejor. Entraré en vuestros hogares; saludaré el sagrado altar donde el fuego inextinguible arde; lo alimentaré con misteriosas esencias, y escucharé entre vosotros arrobado los versos de vuestros poetas. Yo me siento rejuvenecido sobre esta tierra de la libertad. Yo creeré en sus dioses, en sus ritos, en sus ceremonias; escogeré una de sus hermosas doncellas; la sacaré del hogar paterno despues de haber recibido las bendiciones de su familia y de sus lares; la colocaré en el carro nupcial, bajo el tupido velo blanco y la corona de sésamo; llevaré delante de ella la olorosa antorcha; y al llegar á la puerta de mi casa, la arrebataré en mis brazos,

imprimiré el primer beso de amor en sus lábios, la rociaré con el agua lustral, partiré un pan entre los dos, y entre los dos, en la misma copa, un sorbo de vino; la asociaré á mi culto doméstico, tierna sacerdotisa de mis dioses; mientras nuestros vecinos y amigos entonan á una melodiosamente el dulce cantar del Hymeneo; y luego tendremos hijos que sepan pelear por Grecia como los héroes de Salamina, y por Grecia morir como los mártires de las Termópilas.

CORO DE GUERREROS.

Extranjero, conoces nuestros ritos; pero no puedes participar de ellos, porque no has nacido en nuestra bendita tierra. Si entraras en uno de nuestros templos, serias condenado á muerte. Tú no puedes tener ni una partícula de nuestros campos, ni una sombra de hogar, ni uno de nuestros dioses menores. Si uno de los sagrados objetos de nuestros templos cayera en tus manos, seria inmediatamente profano, y rechazado por los sacerdotes, y maldecido por los dioses. Puedes ser nuestro huésped, pero no puedes ser nuestro conciudadano.

ORIEL.

Yo habia creido que me recibiríais como hermano al oir el cántico de esos pastores.

LOS GUERREROS.

¿Qué saben ellos de nuestras leyes?

ORIEL.

Hijos de la naturaleza, ignoran las arbitrarias convenciones de los hombres.

LOS GUERREROS.

Pátria, amada pátria. Nosotros no podemos entregarte al primero que llame á tu puerta. Eres el sepulcro de nuestros padres, el templo de nuestras esposas, la cuna de nuestros hijos, el cielo de nuestros dioses. Fuera de tus muros sagrados no hay fuego para el hogar, amor para el corazon, leyes ni culto. Nosotros vivimos unidos á la ciudad como el árbol á la raiz, como la raiz á la tierra. Entre el destierro y la muerte, preferimos siempre la muerte.

ORIEL.

Mas yo sé que entre vosotros puede llegar el extranjero á ser ciudadano.

LOS GUERREROS.

Dificilmente, muy dificilmente.

ORIEL.

¿Qué necesito?

LOS GUERREROS.

Es necesario que todo el pueblo te admita en escrutinio secreto.

ORIEL.

¿Y nada más?

LOS GUERREROS.

Pasados nueve dias debe la votacion repetirse.

ORIEL.

¿Y entonces, ya?.....

LOS GUERREROS.

Entonces, todavía falta que te confirmen nuestros magistrados.

ORIEL.

Sois severísimos.

LOS GUERREROS.

Más fácil es en Grecia dar una ley, ó declarar la guerra, que admitir en la ciudad un extraño.

ORIEL.

¿Y si yo dijera que traigo un elemento de vida para este pueblo?

LOS GUERREROS.

¿Un elemento de vida?

ORIEL.

Sí, sí, grande, inmenso.

LOS GUERREROS.

Habla, habla, extranjero.

ORIEL.

Estadme atentos.

LOS GUERREROS.

Te oimos como si oyéramos un oráculo.

ORIEL.

Que mis dioses y vuestros dioses me sean propicios.

LOS GUERREROS.

¿Pues de dónde eres?

ORIEL.

No tengo pátria.

LOS GUERREROS.

Habla, habla.

ORIEL.

Oidme. Yo soy el trabajo. Yo he recorrido la tierra uniendo mis fuerzas á las fuerzas de la naturaleza. Ye he consumido mi inteligencia llevándola como una lámpara encendida por todos los secretos. Yo he bajado á los abismos y he pedido que me explicaran sus misterios los abismos. He subido á las alturas, y en el misterio del éther abismado he recogido sus verdades, las ideas que son la esencia de la esencia. Con el fuego que á la creacion he robado, animo las piedras, ablando el hierro, tejo las fibras de las plantas, saco el zumo de las flores, recojo la luz de las estrellas, tiendo las cuerdas en el arco, empapo en los reflejos de mi idea la tierra, que se convierte en el templo del hombre. Es el fuego del trabajo como el fuego creador. Y no sólamente ilumina, anima la

naturaleza material, sino que llega hasta el fondo de nuestro sér, lo dora, lo bruñe, le dá matices increibles, y engendra una nueva alma en el alma. Dejadme pasar á vuestras ciudades; dejadme entrar libre en sus muros; concededme un hogar y un abrigo: sea yo vuestro ciudadano, y os transformaré en séres superiores como vuestros dioses transformaban las piedras en hombres.

II.

JÚPITER.

Corred, nubes tonantes, por las crestas del Olimpo; vibrad las chispas del rayo que llevais en vuestro seno, y reunid, reunid los dioses inmortales.

CORO DE DIOSES.

Padre, padre Júpiter, hijo de Cronos, tú, que en la cima del Olimpo te levantas, con tu manto de éther, tu cetro de rayos, tu corona de astros, tu alfombra de nubes, ¿por qué nos haces descender de nuestros altos tronos; por qué en torno tuyo nos congregas?

JÚPITER.

Dioses inmortales, ¿teneis en mucho el culto de los hombres, sus votos, sus ofrendas?

LOS DIOSES.

No hemos recorrido tan largo espacio, desde el fondo de la Judea hasta los mares del Archipiélago; no hemos pasado por tantas metamorfosis para perder aquí, en la cúspide altísima de nuestra grandeza, el culto de los hombres, sin el cual no tendria nuestra existencia para qué ser. Dejar nuestros templos! Jamás, jamás. Júpiter es más Júpiter en Delos que en el monte Eta. Apolo brilla con luz más nueva en Delfos que en el Pindo, entre el coro de las musas. Minerva, la diosa de los oscuros ojos, no podria vivir si le faltase la ciudad, que ha iluminado con el jugo de su árbol favorito, del olivo, si le faltase Atenas. Diana, que los asiáticos creian un tronco de encina rematado en cabeza de vaca, recibió su hermosura, y su luz casta y pura, que los bosques aman allá en las aras inmortales de Efeso. Los dioses sin templos se mueren; son almas sin cuerpos.

JÚPITER.

Yo tiemblo, y se estremece la tierra en sus cimientos.

JUNO.

Ya adivino la causa de tu inquietud. Paseándote por los espacios en alas de tu águila, acompañado por Hebe, precedido de Íris, has hallado algun nuevo amor que te inquieta, alguna Dánae, alguna Europa....

JÚPITER.

Ven ahora con tus celos á perturbar mi pensamiento fijo en el propósito de salvaros á todos de la grande catástrofe que os amenaza.

MERCURIO.

¿Qué catástrofe, Júpiter, qué catástrofe? ¿Por ventura de nuevo las hondas cavernas de la tierra han abortado los Titanes? ¿Por ventura estos gigantes creen que van á llegar con aleve mano hasta el Olimpo? ¿Acaso han puesto colina sobre

colina, montaña sobre montaña, y nos amenazan, amenazan nuestro palacio ethéreo con el fuego de sus volcanes, cuyo rugido extingue una mirada de tus ojos de cielo?

JÚPITER.

No temo las fuerzas del infierno; lo que temo es la fuerza incontrastable del pensamiento.

VENUS.

Yo nada temo. Yo enlazo los astros en cadenciosas armonías; y de mi sonrisa toma su luz el Universo. Yo soy el amor. Nací como una inspiracion del seno de las ondas plácidamente conmovidas por las áuras; meciéronme las blancas espumas; me levanté como la estátua eterna de la belleza, desnuda y casta; sobre la arena que á mis pisadas tornábase fecunda en flores y frutos, sobre las pintadas conchillas que esmaltaban el suelo, y entre los rumores del mar que moria dulcemente en las sonoras playas; himno triunfal de la naturaleza. Cuando mi cuerpo se dibujaba en los diáfanos horizontes; cuando mi seno latia con la primera emocion de la vida; cuando se co-

loreaban mis megillas al calor de los primeros amores; extática la mirada, se embelesaba en la contemplacion de la luz, y agitados los lábios, murmuraban una plegaria, como eco de las armonías universales, que sustentan y enlazan todos los séres, todas las cosas, todos los mundos. ¿Qué seria sin mí el Universo? Apagaríanse las estrellas. El calor que anima la naturaleza se convertiria en hielo, y el mundo en frio sepulcro. Interrumpiríase la renovacion de los séres. Las esferas caerian yertas como una planta sin raiz. Cubriríanse los espacios de Océanos profundos de cenizas. Porque yo soy el amor que vivifica y mantiene, y renueva y perpetúa todos los séres en el hogar del Universo.

DIANA.

He recorrido la tierra; he atravesado las selvas. Los perros han ladrado como siempre á mi paso en la soledad de la noche. Los bosques, como siempre, se han conmovido al dulce rayo de mis miradas y al beso de mi aliento. Yo he asistido, como siempre, á los partos. Yo he contado los reciennacidos. Yo he oido sus amargos sollozos al recibir la triste dote de la existencia. Yo no he

visto, Júpiter, que haya nacido ningun mónstruo por el cual debamos atemorizarnos ¡ah! nosotros los dioses. Desde la serena region de los aires hasta el fondo de los valles, todo era calma, todo era reposo. ¿Cómo, pues, Júpiter, tu majestad serena se conmueve y se agita por un lejano peligro? La tierra está más serena, mucho más serena que el Olimpo.

JÚPITER.

Tú, Diana, tú has sido la Hecate sombría que reinaba en las frias tinieblas.

DIANA.

Es verdad.

JÚPITER.

Tú sabes cuánto nos ha valido el miedo al infierno para tener á los hombres en pasiva y segura obediencia.

DIANA.

Lo sé.

JÚPITER.

Pues tiembla, tiembla. Los hombres van á perder el miedo al infierno.

TODOS LOS DIOSES.

¡Qué horror!

MERCURIO.

Tiene razon nuestro rey, nuestro padre Júpiter. Si los hombres pierden el miedo al infierno, los dioses destronados tendrán que meterse á comediantes.

JUNO.

¿Qué va á ser de nosotros? Las nubes vendrán á envolvernos como un sudario. Los arroyos perderán sus melodías; los bosques perderán sus melancólicos susurros, cuando los dioses no iluminen los cielos y no toque Pan su flauta pastoril en los amenos campos.

MERCURIO.

Pero cuéntanos ¡oh Júpiter! la causa de tus

presagios. ¿Han disputado por ventura los filósofos sobre la verdad ó la falsedad de nuestra existencia? ¿Háse levantado alguno á decirnos que somos sombras y nada más que sombras?

JÚPITER.

¡Qué hermoso es el Universo lleno de dioses! Los hay en los giros del aire y en las tinieblas del abismo. Los hay sobre el sol y bajo las sombras. La fuente no correria si las náyades no agitasen con sus blancos cuerpos la serena linfa. Las olas no se alzarian vestidas de luminosos reflejos y coronadas de blancas espumas si la sirena y la nereida no palpitasen blandamente en su líquido seno. Hay un dios en cada árbol, un dios en cada flor, un dios en cada gota de rocío. Así el Universo está vivo, animado, desde las últimas arenas que al fondo del mar caen, hasta el fuego que corona la frente augusta del sol. ¿Y quieren helar el Universo? ¿Y quieren que sea como inmenso cadáver tendido en los espacios infinitos? ¡Oh abominacion!

MERCURIO.

Llamemos todos los dioses de toda la tierra á nuestro socorro.

VULCANO.

Ruégote que no hagas tal. Los dioses feos, con caras de perro sobre el cuello y cien tetas al pecho, querrán tener primacía sobre los hermosos dioses de Grecia.

MERCURIO.

¿Y quién te mete á ti á hablar de hermosura, pobre é informe cojo? Sólo aquel que es bello puede comprender la belleza. Déjanos, pues, en paz, llamar á cuantos necesitemos; que el caso es supremo y apurado, segun nuestro padre Júpiter.

VULCANO.

Calla. ¿No comprendes que van á beberse nuestro néctar, á devorar nuestra ambrosía, y á tragarse el humo reservado á nuestras hecatombes? Luego, hablando mil lenguas distintas, no vamos á comprendernos. Y el número, si hay en la tierra gerarquías, el número aumentará la confusion en el cielo; y seremos incapaces de defendernos, incapaces de levantarnos sobre nuestros enemigos.

JÚPITER.

Tiene razon Vulcano.

VULCANO.

Ya celebramos otra Asamblea de todos los dioses y salimos con las manos á la cabeza. Las viejas divinidades del Asia, irreconciliables enemigas nuestras, querian, por ser de oro, de plata, de marfil, preferencia sobre los dioses cantados por Homero en lengua griega, y esculpidos por Fidias en mármol pentélico.

MERCURIO.

Vengan, pues, los dioses griegos á salvarse.

TODOS LOS DIOSES.

Aquí estamos.

JÚPITER.

Ya sabeis que no soy orador. Mi voz es el trueno, voz demasiado ruidosa para ser elocuen-

te. Mi argumentacion es el rayo, argumentacion abrumadora, mas no oratoria.

MERCURIO.

Habla como puedas. Pero no olvides que la palabra es la forma de la idea y la idea es la verdadera diosa del Universo.

JÚPITER.

¿No habeis notado que los sacrificios disminuyen? Hace pocos dias, cerca de Caphares, un navío naufragaba. Sus remeros habian ya perdido las fuerzas, y sus tablas se apartaban unas de otras en los choques tremendos con los escollos. Tendió el piloto á Neptuno los brazos, y el pensamiento á Júpiter. Invocó nuestros dos nombres unidos. Nos prometió holocáustos y sacrificios. Lo salvamos. En su angustia llamó diez y seis dioses; y á diez y seis dioses prometió sacrificios. Nadie habrá olvidado cómo entró su nave en el Pireo, ceñida de flores, saludada por cítaras, á la hora en que el sol se levanta sobre las montañas, y los sacerdotes vestidos de blanco, y las vírgenes coronadas de verbena, corren á las orillas á de-

partir con el mar en himnos más sonoros que las brisas. Descendieron los marinos, libaron de lo lindo, y á nosotros nos ofrecieron por todo sacrificio, en vez de grandiosas hecatombes, un gallo pelado y algunos granos de incienso.

MERCURIO.

Es verdad. Los sacrificios se acaban. Los dioses olvidan nuestros nombres. Los cánticos sagrados no resuenan ni bajo las bóvedas de los templos, ni bajo las bóvedas de los cielos.

JÚPITER.

¿Sabeis por qué sucede todo esto? Pues sucede porque el trabajo quiere elevarse al lugar que ocupaba la divinidad. El trabajo dice que no ha menester para nada nuestro auxilio; que él, recogiendo en sus velas el viento, puede atravesar los mares; que él, destrozando con su hacha los árboles, puede penetrar en las selvas; que él, frotando un pedazo de madera con otro pedazo de madera, puede procurarse el fuego, ese fuego creador que produce las frutas, que pinta las flores, que se dilata con la sávia por las plantas,

que se encierra en el jugo de las uvas, que enciende de dia el sol, y dora por la noche las estrellas.

APOLO.

¡Blasfemia! ¡Abominacion! ¿Para qué nos querrán, si todo eso consiguen? Nos quedaremos aquí inertes, sin que los poetas nos canten, sin que los sábios nos invoquen, sin que las vírgenes nos sonrian, sin que los escultores modelen nuestras efigies ni los arquitectos nos alcen templos rodeados de mirtos, de lentiscos y de adelfas.

JÚPITER.

Ya se conoce, Apolo, que eres músico, en lo mucho que hablas y en lo poco que haces. Obras, obras, inmediatamente obras. Ménos palabras, ménos palabras.

APOLO.

Habla y obedeceré. Yo soy aquel que mandó las flechas al campo griego en el sitio de Troya, cuando los reyes y los héroes no querian pelear,

divididos en grandes discordias. Díme dónde está nuestro enemigo y verás cómo súbito doy de él estrecha cuenta.

NEPTUNO.

¿Qué hace, Júpiter, tu rayo? ¿Para qué sirven, sino, mis ondas? ¿Por qué, por qué duermen los vientos?

JUPITER.

El rayo puede herir á uno ó dos indivíduos. Pero el rayo no puede matar á una especie. Tus ondas serian más eficaces. Pero correríamos el peligro, Neptuno, de ahogar á todos los hombres. Y ahogados todos los hombres, ¿de qué servirian los dioses?

NEPTUNO.

Matemos, y volvamos á crear.

JUPITER.

No sabes si nacerian más humildes. Además,

el poder está entre nosotros muy dividido. Nadie puede gloriarse de poseerlo por completo. Las parcas tegen fuera de nuestro alcance los hilos de la vida, y á su antojo los cortan allá en sus cavernas. Si tuvieras en tu mano la muerte ¿no la enviarias contra el pescador del Oreo que te robara audaz tu famoso tridente en el templo de Jeresta?

MOMO.

Hay más seso en la cabeza de las langostas que en la cabeza de nuestros dioses.

JUPITER.

¡Blasfemo! ¿Quieres ver cómo empleo en tí el rayo que debiera emplear en los mortales?

MOMO.

Si los mortales se rien de tus rayos, figúrate qué le pasará á los dioses.

HÉRCULES.

Derribemos sobre los audaces las montañas. Yo las arrancaré de cuajo; yo las desarraigaré como si desarraigara un árbol, y aplastaré á los rebeldes. Manda y verás sus huesos diseminados, sus pieles colgadas al viento, sus miembros esparcidos en mil pedazos por la tierra, para festin sabroso de perros, de chacales y de cuervos.

JUPITER.

Jamás corrió el Olimpo un peligro mayor. Me parece que lo siento conmoverse en sus bases más profundas. La piqueta de los jornaleros hará lo que no han podido hacer las ideas de los filósofos. Preparémonos, pues, á luchar. O los trabajadores ó nosotros. Libres ¡ay! escalarán los tronos, y nos arrojarán como pasto al negro olvido que se traga los séres y no los devuelve.

LOS DIOSES.

Conjurémonos contra los trabajadores. Prome-

tamos por la cabeza de Júpiter no consentirles una hora de reposo. Caigan á nuestras plantas, caigan todos. La naturaleza dejaria de ser el hechizo, la mágia, para ser la verdad. El mundo dejaria de tomar el filtro nuestro, que le embriaga. Muera el trabajador.

III.

ORIEL (*á sus compañeros*).

Seamos libres en esta tierra de la libertad. Hemos salido del caos de Oriente donde el hombre se confunde como los demás animales con la naturaleza. Ahora estamos aquí, en la tierra prometida, donde la conciencia se abre como una flor, donde la vida madura como un fruto sazonado á los rayos de su hermosísimo sol. Somos el trabajo, sí, el trabajo que todo lo funda. ¿Sentís ese calor que derrama la sávia por las fibras de las plantas? ¿Veis esa lluvia que pudre el grano depositado en la tierra y lo eleva á la luz, al aire en tierno brote? ¿Veis esos campos renovándose perpétuamente y ofreciendo festines á las aves del cielo, alimento á los habitadores de la tierra? Pues todo eso no es tan fecundo como el sudor

que destila nuestra frente. El trabajo, el trabajo es el creador. El trabajo ha encontrado el fuego que nos alumbra, que nos calienta, que nos guia, que nos emancipa. Por el trabajo viviremos acrecentando nuestra inteligencia y nuestras fuerzas. Por el trabajo podremos convertir la tierra en la mansion de los dioses. Salud, oh Grecia, salud, tierra de la libertad.

LOS DIOSES (*invisibles*).

¿Lo oís? Cree que podrá volver la tierra mansion de dioses. ¿Qué seria entonces de nosotros? Nos veríamos obligados á descender del Olimpo al mundo para adorar á nuestros adoradores.

UN SOFISTA (*acercándose á Oriel*).

¡Desgraciado! Porque tienes una antorcha en la mano derecha y en la izquierda un azadon, te crees ya un Dios. Y eres de estirpe de esclavos. Tierra de la libertad llamas á Grecia, cuando debieras llamarla tierra de servidumbre. Ignoras que la caza de hombres se verifica constantemen-

te por las montañas del Norte. Ignoras que los bazares llenos están de humanas mercancías. El hombre vende al hombre. Los espartanos, tan orgullosos, han servido bajo el peso de enormes cadenas á los humildes tegeatas. Las mujeres de Platea fueron todas siervas en Esparta, despues de haber visto morir ante sus ojos esposos é hijos. Los samios vencieron á los griegos por excelencia á los alemenses, y les grabaron irrisoriamente un mochuelo en las carnes. El mayor y el más virtuoso entre los sábios de estas gentes ha dicho que es injusto esclavizar á sus amigos, pero justo esclavizar á sus enemigos. Y como la vida de Grecia ha sido un combate contínuo entre sus ciudades, todos los griegos en la sucesion de los tiempos han sentido la mordedura del látigo en sus espaldas. Los olintios fueron vendidos á pública subasta, y los griegos compraron y se repartieron á estos sus amigos, más que sus amigos, sus hermanos. Las más ilustres familias han llevado la marca deshonrosa, el oprobio de la servidumbre en la frente. La triste Hecuba pasó del trono á la tumba entre las tinieblas de la esclavitud. La fiel Andrómaca fué entregada á los sacrificadores de Hector. La previsora Casandra, rodeada de sus compañeras, se despedia de las riberas por donde

andaba la sombra de su esposo insepulto, que no habia tenido para dormir en paz el sueño de la muerte ni los honores de las libaciones, ni los honores de la fúnebre hoguera. Y mientras dejaba esos pedazos de su corazon esparcidos en los campos de Troya, las infelices mujeres, caidas de su grandeza, iban á encerrarse en los altos muros ciclópeos regados con las amargas lágrimas de sus hijos siervos. Así como los campos se alimentan del detrito, del estiércol, se alimentan las ciudades de la esclavitud. En cada escollo de los mares griegos hay un pirata decidido á convertir los libres en cautivos; y en cada calle un ladron de niños, que los arranca al hogar y los conduce al mercado de los vecinos pueblos. Los déspotas del Asia reclutan aquí en esta tierra de hombres libres sus siervos. El Peloponeso dá los artesanos que sirven á los reyes, los maestros que les enseñan á tiranizar, los cómicos que los divierten. La Jonia dá los músicos, que les regalan el oido con sus canciones y sus cítaras. La Grecia toda, esas jóvenes que, vestidas de blanco, de rosas coronadas, con la cabeza hácia atrás, las negras trenzas sobre los hombros, los ojos en arrobamiento, las megillas encendidas, los lábios vibrando voluptuosas canciones, danzan, ébrias de amor

y de vino, en los festines reales. Esa ciudad de Atenas vive de los tributos que impone á los mercados de esclavos. El mercader se halla protegido, como un ciudadano indispensable á la pública prosperidad, en nuestras sábias leyes.

ORIEL.

Parece imposible. Yo he visto la Acrópolis y la he creido la fortaleza de la libertad. Yo me he sentado á la sombra del Parthenon y me ha parecido que sólo podia abrigar en su hermosura séres que á sí mismos se pertenecieran. Cuando vuestras multiformes montañas entonadas por los giros del aire y los arreboles de la luz explendente; cuando vuestros mares que penetran con variedad tan rica en los senos de las marmóreas costas bruñidas por el sol; cuando vuestros valles sembrados de mirtos y cipreses, regados por los torrentes que corren bajo el follaje de adelfas rematadas por rojas flores; cuando toda vuestra tierra, en fin, se ha aparecido á mis ojos, yo la he saludado como el santuario de la libertad. Yo he visto á sus pequeñuelos ir desnudos á la escuela en el rigor del invierno, como hijos predilectos de la naturaleza. Yo he oido en los juegos phiti-

cos el canto á las Termópilas, á Platea, á Salamina, á los campos de batalla donde ha triunfado la libertad. Por eso esta es la tierra de la quietud y del reposo. La vida es aquí continua melodía; la inspiracion sonrisa; el amor goce; el pensamiento luz; el trabajo actividad natural; la familia un coro; la plaza pública una escuela; el arte una armonía; la guerra un juego; la muerte un tranquilo y benéfico sueño. Vosotros sois la raza de los oradores, el pueblo de las asambleas. Vuestros artistas han levantado el mundo de las bellas formas sobre la tosca naturaleza, porque vuestros artistas son libres. La ciencia ha descendido á iluminar vuestra frente, porque es libre entre vosotros la ciencia. En pueblo de tantos oradores, de tantos filósofos, ¿habrá tambien esclavos?

EL SOFISTA.

¿Has nombrado á los filósofos?

ORIEL.

Sí, á los filósofos.

EL SOFISTA.

¿Y crees que ellos no han alabado la esclavitud?

ORIEL.

¿Ellos, los filósofos?

EL SOFISTA.

Ellos mismos.

ORIEL.

¡Y yo les he creido los mejores entre los hombres!

EL SOFISTA.

Platon, el mayor entre nuestros filósofos, ha dicho que naturaleza pone oro en el alma del sábio, plata en el alma del guerrero, hierro en el alma del trabajador.

ORIEL.

Y yo siento un alma en mí igual á la vuestra.

EL SOFISTA.

Aristóteles ha creido la esclavitud indispensable á la familia.

ORIEL.

Y yo creo que la esclavitud corrompe la familia.

EL SOFISTA.

Te has llamado, sin embargo, trabajador.

ORIEL.

Ciertamente.

EL SOFISTA.

Pues al llamarte trabajador, tambien te has llamado esclavo.

ORIEL.

Pero el trabajador, que con la luz de su inteligencia ilumina, que con el calor de su sentimiento vivifica la naturaleza, ¿no tiene por ventura alma?

EL SOFISTA.

No. Si atiendes á nuestro lenguaje, aqui le lla-

mamos soma, es decir, aquí le llamamos cuerpo.

ORIEL.

Y cuando vosotros mismos, reyes de la tierra, habeis caido en la esclavitud, ¿por ventura os habeis despojado del alma? ¿No sentireis nada, nada, bajo la abrumadora pesadumbre de vuestras cadenas?

EL SOFISTA.

Aristóteles ha salvado admirablemente esta dificultad.

ORIEL.

¿Cómo?

EL SOFISTA.

Ha dicho que hay almas nacidas á mandar y almas á obedecer nacidas.

ORIEL.

Yo no quiero mandar sobre nadie; yo quiero mandar sobre mí mismo.

EL SOFISTA.

Léelo. Él te dirá que el esclavo ha nacido para el trabajo material, y que el trabajo material exige el eclipse ó la muerte del alma.

ORIEL.

Pero todo trabajo material es moral; todo trabajo moral es material.

EL SOFISTA.

Razonas bien, extranjero.

ORIEL.

Nada más moral que esculpir uno de esos dioses, en cuya presencia te postras.

EL SOFISTA.

Yo no. Se postran nuestras mujeres y nuestros niños.

ORIEL.

Pues han menester el golpe del cincel que tra-

za un cuerpo, que dibuja unos ojos, que abre unos lábios, que extiende una frente, que crea un dios, á cuyos piés las almas de hinojos se rinden.

EL SOFISTA.

No trates de convencerme. Yo he llegado á la creencia de que el error y la verdad son la misma cosa.

ORIEL.

¿Qué me dices? ¿Y os llamais el pueblo más sábio de la tierra?

EL SOFISTA.

Yo he llegado á esta desoladora creencia. Pero no hablo por mí, hablo por Aristóteles. Él ha dicho: el esclavo es como esas vírgenes de oro y plata que le sirven á Vulcano de muletas. Él ha dicho: así como hay superioridad del hombre sobre la mujer, superioridad de la mujer sobre los animales, hay superioridad natural de los amos sobre los esclavos.

ORIEL.

Yo te pregunto, y contéstame: ¿cuando Platon era esclavo en Siracusa, Platon era inferior á su dueño?

EL SOFISTA.

Yo no te respondo. Yo creo todas las ideas ilusiones. Yo creo el Universo mismo una sombra de sombras. Yo te hablo por los demás. Aristóteles cree que así como hija implica autoridad natural del padre, y mujer autoridad natural del esposo, esclavo implica autoridad natural del amo.

ORIEL.

Pues yo en mi larga peregrinacion por la tierra, no he visto nunca, nunca, morir aquí en mi cerebro mi conciencia. Yo la he sentido arder cuando me condenaban ó condenaban á mis hijos á ser sacrificados ante las aras de los dioses. Yo la he sentido arder, cuando me llevaban maniatado á la guerra, y sólo me soltaban para que cayera como un tigre sobre los enemigos de mis enemigos. Yo la he sentido arder en el trabajo

forzoso, ora cociese los ladrillos para los Faraones de Egipto, ora sirviese á los sacerdotes hebreos. Yo nunca he podido, nunca, domar mi voluntad, que bajo el peso de tantas cadenas se ha creido dueña de sí misma. Sin embargó, unos sois libres y otros no lo somos. Pues qué, ¿por ventura tenemos unos sólo cuerpo, y os habeis vosotros tambien con las almas, que á todos nos pertenecen?

EL SOFISTA.

No me arguyas. Veo el pró y el contra de todas las ideas. Por eso no me decido por ninguna. La naturaleza es un poema. La vida de cada indivíduo un verso. El ritmo de ese verso la eterna contradiccion. Yo, de todo, no creo en nada; de todos, en nadie.

ORIEL.

¡Oh desesperacion!

EL SOFISTA.

Así no creas que dejo de tener sentencias para tu consuelo.

ORIEL.

Sí, sí. Dímelas.

EL SOFISTA.

Oye.

ORIEL.

Bien há menester consuelos mi alma destrozada.

EL SOFISTA.

Ese mismo Platon que ha clasificado en gerarquías las almas, no se ha atrevido á declarar de derecho natural la esclavitud.

ORIEL.

¿Y Aristóteles nada ha dicho para dulcificar sus errores?

EL SOFISTA.

Ha dicho tambien que la naturaleza quiere qui-

tar la voluntad á los esclavos. Pero que muchas veces no puede.

ORIEL.

No puede nunca.

EL SOFISTA.

Y Sófocles dijo: Si el cuerpo es siervo, es libre el alma.

ORIEL.

Justo, justo.

EL SOFISTA.

Y Eurípides dijo: Muchos esclavos llevan deshonroso nombre; pero su alma es más libre que el alma de los hombres libres.

ORIEL.

Benditos seais, poetas; benditos por todas las generaciones.

EL SOFISTA.

La verdad es que el pró y el contra aparecen aquí tan claramente como en todas las cosas. No se puede mantener la esclavitud sin destruir la naturaleza, que á todos nos ha dado alma y voluntad. No se puede rechazar la esclavitud sin destruir la sociedad, que es tan necesaria como la misma naturaleza. ¿Condenais la esclavitud? Teneis que condenar el derecho de la guerra. ¿Condenais el derecho de guerra? Ninguna sociedad tiene ya título legítimo. Todas han nacido de la guerra. Así no busques en nuestra Grecia ningun sábio que te combata la esclavitud. Epicuro quiere que los esclavos existan para que nos ayuden á buscar el placer despues del reposo y el reposo despues del placer. Zenon consuela al esclavo diciéndole que puede crearse una libertad entera y eterna allá en el fondo de su alma. Ser feliz es vivivir conforme á la naturaleza. Y ha traido la esclavitud naturaleza. Posidomo dice que habrá siempre almas débiles, y que las almas débiles serán siempre almas esclavas. Así Jenofonte pide al arte de dirigir los animales consejos para dirigir á los esclavos.

ORIEL.

¡Abominable desprecio! Aún podemos ser como Hércules, que consagrado, cuando esclavo, por su amor, á la guarda de los ganados, los ofrecia todos en sacrificio á Júpiter, y levantando su clara armadura convidaba imperiosamente á los señores al festin de los dioses de su sierva. Aún podemos imitar, á aquel jóven espartano, que en la servidumbre, ejercia con orgullo todas las facultades de los libres; y el dia en que le exigieron servicios de esclavos, por no ejecutarlos, se dió virilmente la muerte. Ese, ese es aún el refugio del esclavo. Que vayan á buscar la marca de la esclavitud en los huesos arrojados sobre la tierra. Que vayan á ver las señales de las gerarquías en los cadáveres. Que me digan si los gusanos perdonan las carnes de los señores. Que me cuenten si la naturaleza devora con menor hambre nuestros cuerpos que vuestros cuerpos. ¿No creereis tampoco en la igualdad de la muerte?

EL SOFISTA.

Te diré. Aristóphanes cuenta con mucha for-

malidad, que el barquero Caron se niega á pasar las almas de los esclavos al reino frio de las sombras eternales.

ORIEL.

Yo hubiera mil veces apelado á la muerte....

EL SOFISFA.

Extraño recurso.

ORIEL.

Sí, hubiera apelado á no creer que cada hombre es inmortal en la especie; y que no podria dormir en paz el sueño de la muerte mientras hubiera esclavos en mi especie.

EL SOFISTA.

¿Pero crees que llegarán á emanciparse?

ORIEL.

Lo creo.

EL SOFISTA.

Desconoces la naturaleza del trabajo.

ORIEL.

¿Por qué?

EL SOFISTA.

¿No adivinas la razon? ¿no la adivinas?

ORIEL.

Dígote que no.

EL SOFISTA.

¿Tú crees que existirá el trabajo cuando deje de ser forzoso?

ORIEL.

¡Pues no lo he de creer!

EL SOFISTA.

En eso estoy con Crates.

ORIEL.

¿Qué dice Crates?

EL SOFISTA.

Algo muy ingenioso.

ORIEL.

Repítelo, ya que refieres cuanto dicen los griegos sobre los esclavos.

EL SOFISTA.

Dice Crates, suponiendo una constitucion social sin esclavos, que los viejos se servirán así mismos; que los navíos vendrán sin que los llamemos; que las mesas de comer se aderezarán por su propio esfuerzo y su propia virtud; que bajarán tal vez con alas á las mesas los platos; que el vino aparecerá milagrosamente en las copas; que las marmitas parirán con la expontaneidad de la naturaleza sus viandas cocidas, y los peces saldrán del mar para venirse á la cocina, y cuando ya estén de un lado asados volveránse á

ser asados por el otro. Y todo será bienandanza.

ORIEL.

Pero, ¿crees que siempre sucederá lo mismo?

EL SOFISTA.

Siempre.

ORIEL.

¿Crees que no cambiarán las condiciones de nuestro ser?

EL SOFISTA.

Las esenciales jamás.

ORIEL.

¿Y es esencial á la naturaleza la desigualdad?

EL SOFISTA.

Esencial, esencialísima.

ORIEL.

¿De suerte que tú crees la esclavitud eterna?

EL SOFISTA.

La creo eterna.

ORIEL.

¿Pues no me has dicho antes que no creias en nada?

EL SOFISTA.

Creo en el mal, creo en el error.

ORIEL.

Y por consiguiente crees en la eternidad del mal, en la eternidad del error.

EL SOFISTA.

Sí, sí.

ORIEL.

Pues yo reniego de tu creencia.

EL SOFISTA.

Y yo tambien, yo tambien.

ORIEL.

¡Eterno el mal! ¿Por qué?

EL SOFISTA.

¿Y por qué cuando la hiel es el agua y la ceniza es la harina de tu pan, has de creer en el bien?

ORIEL.

Porque yo mismo he recorrido la tierra y he gustado algunas gotas del dulce almíbar, que el tiempo ha ido poniendo en nuestra hiel.

EL SOFISTA.

¿Y qué bien has encontrado para adormecer tus penas?

ORIEL.

He encontrado en el espíritu de un pueblo tenaz, bálsamo á mis heridas.

EL SOFISTA.

¿Qué bálsamo?

ORIEL.

La esperanza.

EL SOFISTA.

¿No tienes otro más eficaz?

ORIEL.

No.

EL SOFISTA.

¿La esperanza?

ORIEL.

Sí, sí, lo repetiré mil veces, la esperanza.

EL SOFISTA.

No es mala ilusion.

ORIEL.

¡Ilusion!

EL SOFISTA.

No es mal engaño de tu mente alucinada.

ORIEL.

Infeliz eres cuando tomas por alucinacion la esperanzá.

EL SOFISTA.

Sí, la tomo por el falso celaje que se extiende en el seno de nuestras lágrimas.

ORIEL.

Pues yo la he visto bajar y poner arreboles sobre la boca de las heridas del alma.

EL SOFISTA.

¡Tú, Tú!...

ORIEL.

Yo mismo, yo mismo.

EL SOFISTA.

Tú en la abyeccion, tú en la miseria, tú en el fondo de los abismos.

ORIEL.

¿Qué le ha sido negado al trabajo? El trabajo puede ablandar el hierro, puede descubrir el oro, puede llevar la luz á los abismos lóbregos, puede elevar las almas á los cielos infinitos, puede hacer de esta tierra una nueva tierra, de estos hombres nuevos hombres, de los astros innumerables nuestras antorchas, del espacio nuestro templo, del torrente de la vida universal nuestro alimento. El trabajo ha domeñado las olas con una frágil tabla y una vela de blanco lino. El trabajo ha traido á nuestras débiles manos el fuego creador. Merced á su inspiracion de cuerdas tirantes, de cañas pegadas con cera, han brotado melodías que endulzan nuestros dolores. Merced á sus esfuerzos, la piedra dura encerra-

da en las montañas se ha convertido, bajo el cincel, en poderoso Dios, en hermosísima diosa, cuyos ojos han iluminado muchas generaciones, cuya sonrisa ha desvanecido muchos males. El trabajo domina los cielos y la tierra.

IV.

JUPITER.

¿Lo oisteis?

LOS DIOSES.

Lo hemos oido.

JUPITER.

¿Hubierais imaginado tantas blasfemias?

LOS DIOSES.

Nunca las hubiéramos creido posibles.

JUPITER.

Y es un misero esclavo.

LOS DIOSES.

¿Qué hacer?

JUPITER.

¿Y lo preguntais? Comenzar ahora mismo la guerra implacable.

LOS DIOSES.

No le dejemos punto de reposo.

JUPITER.

Apercibe, Vulcano, aquellas cadenas con que á los titanes castigaste.

VULCANO.

Ya tengo eslabones, argollas, pesada maza, clavos que taladren sus manos, y las claven para siempre en las piedras. Lanzaréme pues, sobre el rebelde con la furia y la voracidad del tigre.

LOS DIOSES.

Anda, anda.

ORIEL.

Compañeros, compañeros...

LOS ESCLAVOS.

¿Qué te sucede?

ORIEL.

¡Ay! ¡Ay! Me abraso.

LOS ESCLAVOS.

Nosotros te sostenemos. No temas.

ORIEL.

¿Veis flechas?

LOS ESCLAVOS.

No, no.

ORIEL.

Pues se me pegan á las carnes y se me beben toda la sangre.

LOS ESCLAVOS.

Vuelve en tí.

ORIEL.

La cabeza me arde como si fuera un volcan. Los ojos saltan de las órbitas y parece que en mil pedazos se quiebran. No puedo respirar. Un rio de hiel pasa por mis fauces; una columna de fuego por mi garganta. No puedo respirar. El corazon se estrella en las paredes de mi pecho. Suben de la tierra serpientes invisibles que se enroscan á mi cuerpo. ¡Qué horribles, qué espantosos dolores! ¿No veis qué encarnizadamente me persiguen?

LOS ESCLAVOS.

¿Dónde están, dónde, los enemigos que te persiguen? Queremos verlos.

ORIEL.

Yo no los veo. Yo los oigo en los giros del viento, en sus torbellinos como una sorda tempestad.

LOS ESCLAVOS.

¿Quién, quién combate tu trabajo? ¿Quién se opone á nuestra emancipacion?

VULCANO (*levantándose del seno de la tierra*).

Los dioses.

LOS ESCLAVOS (*retrocediendo*).

Los dioses... ¡Qué horror!

ORIEL.

¿Qué podré contra ellos?

VULCANO.

Nada.

ORIEL.

¿Qué daño os hice?

VULCANO.

De la frágil arcilla has querido amasar un

cuerpo, y de la celeste llama infundirle un alma, como intentó en otro-tiempo el Titan Prometheo.

ORIEL.

No; he padecido mucho, he trabajado mucho; mis lágrimas han ablandado la tierra, mi sudor ha caido como levadura de vida nueva sobre los campos. La única luz que he tenido para iluminar mi obra de redencion, ha sido la luz de mi pensamiento sacada de mi sér al choque de las cadenas. ¿Por qué los dioses, por qué se opondrán á esta victoria del trabajo?

VULCANO.

Y si el trabajo reina en la tierra, ¿de qué servimos nosotros?

ORIEL.

Pues si toda victoria de los humanos sobre la fatalidad y sobre la materia os ha de ser adversa, no sois nuestros protectores, sino nuestros enemigos.

VULCANO.

¿No hemos de ser vuestros enemigos cuando vosotros quereis ser nuestros rivales?

ORIEL.

Rivales, porque pulimos la tierra, porque la embellecemos, porque la empapamos en los etéreos resplandores que emanan del pensamiento.

VULCANO.

Insano orgullo, tú serás castigado. Sueño de plomo pesará sobre tus párpados y noche eterna sobre tu conciencia. A cada paso que dés, se abrirá un volcan, que ya devore tu sangre en sus llamas, ya ruede tu cuerpo sobre él lecho de sus frias cenizas. Legiones de cíclopes serán abortadas por las piedras de los montes, y te perseguirán furiosos, forjando millares de cadenas para abrumar tu cuerpo y suprimir tus fuerzas. El huracan jugará con tu cabellera; el rayo azotará tu espalda; nubes de sulfuroso humo vomitadas por los cráteres te arrastrarán en sus entrañas; las ardientes cavas te servirán de lecho; las amargas olas henchidas por la tempestad remojarán tus labios y los carbones encendidos y el granito hirviendo será tu único alimento.

ORIEL.

¿Por qué tanta furia contra mí?

VULCANO.

Porque tú eres el trabajo, que quieres convertir la tierra en cielo, y los hombres en dioses.

ORIEL *(alzando los ojos y los brazos al cielo)*.

Dioses del porvenir, Oriel os invoca. Vosotros que saldreis del trabajo de nuestros brazos, de la evaporacion de nuestras lágrimas, del espejismo de nuestro pensamiento; vosotros que sereis la condensacion de los vapores emanados de nuestra sangre hirviente caida sobre la tierra; vosotros, dioses de los oprimidos, dioses de los esclavos, venid, y enseñad á estas divinidades orgullosas cómo los cielos se desgajan, cómo los templos se arruinan, cómo los altares se caen, cuando no los mantiene la fé; y cómo la fé se extingue cuando se encuentra, donde creia hallar una divinidad, una injusticia.

VULCANO.

¿Hasta los dioses dormidos en las entrañas de lo porvenir sublevas contra nosotros?

ORIEL.

Invoco la justicia.

VULCANO.

Cae, infeliz, cae bajo el peso de nuestra maldicion.

LOS ESCLAVOS.

Jamás. Nosotros le defendemos.

VULCANO.

Oid.

LOS ESCLAVOS *(dispersándose al estampido de un trueno)*.

El rayo, el rayo nos persigue, y nos azota.

ORIEL.

Soy inocente. Solo he querido el bien de los hombres.

VULCANO.

El bien de los hombres no puede venir sino de nuestras benéficas y próvidas manos.

ORIEL.

¿No puedo yo coadyuvar á esta obra?

VULCANO.

Tú, tú, vil esclavo; tú, tú, jamás.

ORIEL.

La tierra me falta, me falta el aire. (*Cae.*)

ORIEL (*solo*).

Víctima soy de la cólera divina. Mis brazos y mis piés pegados están con cadenas á la tierra. Mi cuerpo se abrasa todo entero sobre el cráter de este inmenso volcan. El viento que pasa quema las yerbas secas, y tiende en torno de mi pecho espesa nube de humo que me ahoga sin matarme. Bandadas de cuervos caen sobre mis amoratadas carnes. Cien veces se han comido mi corazon y mi hígado. Cien veces han vuelto hígado y corazon á renacer para pasto de sus infernales festines. El sol me ha parecido como una antorcha funeraria; las estrellas, como lágrimas

que surcaban por la faz de la naturaleza dolorida. El mar que se estrella al pié de esta roca, más compasivo que el corazon de los inmortales, me ha enviado sus lamentos en las tormentas; sus besos, en los vapores engendrados por el hervor de las amargas olas. Pero no han podido procurarme un consuelo. Los dias suceden á las noches, las noches á los dias, las estaciones á las estaciones, y para mí no hay alivio. Yo comprendo y abrazo en mi pensamiento, cielo, tierra, espacio, tiempo, pasado, porvenir, séres orgánicos, séres inorgánicos, naturaleza, espíritus, palabra, pensamiento, dioses y hombres. Veo que todos viven, que todos mueren, que se levantan todos del no sér al sér, que tienen sus amores, que cada cual en su esfera cumple, ó por necesidad ó por eleccion, su destino, y yo me consumo aquí más inerte que las calcinadas piedras sobre que estoy tendido, sin hallar compasion ni siquiera en el regazo de la muerte.

LOS DIOSES.

Profano, has querido quitar su prestigio á los bosques sagrados de Dodona, càda una de cuyas hojas exhala misteriosos oráculos, y has querido

interrumpir las dulces melodías del dios Pan, seguido del coro de sus fáunos por las rientes campiñas de la Arcadia. Las nereidas que las ondas del mar de la Jonia y del mar de Corinto mecen, hubiéranse muerto, despues de haberse extinguido su cántico más dulce que las brisas. El sonoro Alfeo no hubiera repetido por sus márgenes sembradas de laureles ¡ay! las melodías de la lira de Hermes. ¿Qué hubiera sido del mundo griego sin el coro de ruiseñores de Colonna en la tierra, y sin el coro de los dioses del monte Olimpo en el cielo? La linfa de los arroyos; las selvas de mirtos, las cimas violáceas y azuladas de las montañas cuando el sol ponente los etheriza y torna como aeriformes; el rielar de las estrellas y de la luna en los mares durante las tranquilas y serenas noches; todas estas bellezas del universo se extinguirian en cuanto se extinguieran los dioses. Auras cargadas de aromas; coros de divinidades invisibles; albas esculturas de Nemea; cigarras inmortales que cantais desde los olivos retratados por las tranquilas aguas del Pireo; mármoles de Egina, decid si esta religion helénica no ha dado á los hombres, como néctar incorruptible, el eterno sustento de lo divino.

ORIEL.

Pero, ¿creisteis que nunca habia de concluir vuestra severidad? ¿Creisteis que en el cielo de las creencias no habia de penetrar la duda? El hombre, meditando sobre sí mismo, llega á despojarse de unas ideas y á tomar otras ideas, como el árbol se despoja de sus hojas y las renueva con otras hojas. Las creencias son como tegidos que tienen por filamento las ideas. Cada alma se tege su creencia, como cada araña su tela, de la propia sustancia. Vosotros, que os creeis inmortales, nacísteis ayer del cántico de un poeta ciego. Tanta diferencia hay de vosotros en Oriente, dioses, á vosotros mismos en Grecia, como de la pobre larva al pintado y brillantísimo insecto, que lleva en sus alas todos los matices del íris. La naturaleza es una eterna produccion de formas que se van levantando en gerarquías inmortales á la divina perfeccion. Las almas han de producir otras eternas gerarquías de ideas con igual esfuerzo y en la misma trabajosa ascension á lo infinito. Si el trabajo os amedrenta, suprimid el pensamiento, suprimid la actividad, suprimid la aspiracion, suprimid la juventud, suprimid las contínuas re-

novaciones de todos los séres en el oleaje de toda la vida.

LOS DIOSES.

¡Blasfemo!

ORIEL.

¿Cómo? ¿Habeis cohibido mis fuerzas físicas y me habeis dejado las fuerzas de mi pensamiento? ¿Habeis quitado el movimiento á mis manos y lo habeis consentido á mi lengua? La palabra que sale de mis lábios siembra á los cuatro vientos miles y miles de ideas. Estas ideas poco á poco han de fundir mis cadenas y han de hacer que caigais ¡oh dioses! como cuerpos muertos ó inertes á mis plantas.

LOS DIOSES.

¿No te crees todavía vencido?

ORIEL.

No. El trabajo es tan universal como la vida.

Donde quiera que hay actividad, ya sea de pensamiento, ya sea de accion, allí estoy yo.

LOS DIOSES.

¿Te crees eterno?

ORIEL.

Sí. Vosotros sois formas; yo soy esencia. Vosotros sois sombras, yo idea. Vosotros sois organismos que pueden desaparecer, yo soy espíritu, yo soy actividad, yo soy el trabajo, la creacion pasada, la creacion futura.

LOS DIOSES.

Nos amenaza.

ORIEL.

No os amenazo yo.

LOS DIOSES.

¿Quién nos amenaza con tu palabra?

ORIEL.

Os amenaza la razon.

LOS DIOSES.

Nuevamente blasfemaste.

ORIEL.

Yo he visto los ejércitos griegos, coronados de guirnaldas, con sus lanzas dorias en una mano y sus escudos cincelados en la otra, desnudos como sus estátuas, jóvenes y bellos como su poesía, yendo, despues de haber escuchado sus oráculos, á escuchar sus oradores, para recibir la muerte en el fragor de la batalla, como se recibe el sueño en el cansancio de la orgía. Y cuando he visto que esos ejércitos han vencido á la inmóvil y poderosa Asia, al Asia de los imperios y de las castas, los he tomado por legiones más que de la pátria estrecha, de la voluntad libre, de la razon soberana. Y si la voluntad, y si la razon, han llegado á poseerse á sí mismas, ¿creeis que durante mucho tiempo van á encerrarse bajo el yugo de las mismas creencias? Todo se renovará, todo,

de abajo arriba. El espíritu tendrá una nueva primavera. Miriadas de flores contendrán miriadas de nuevos frutos. Otros dioses vendrán desde el cielo á la tierra, como otras ideas desde la conciencia á la vida.

LOS DIOSES.

¿Y qué hará sin nosotros el mundo?

ORIEL.

Sonreir como sonrie ahora. Sobre las angustias de la conciencia continuarán los milagros de la vida. El alma entrará en la duda, pero el mundo no entrará en las tinieblas. Batallará el pensamiento, y el cielo estará azul y sereno. Caereis vosotros, y las ondas continuarán su movimiento, y las estrellas su curso, y florecerán los árboles al beso de la primavera, y nacerán nuevas generaciones al beso del amor, y el fondo del valle vestirá su manto de rojas adelfas, y la cima del monte su diadema de mármoles bruñida por el sol inextinguible de la madre Grecia, que dará como en eterna comunion sus ideas á todos los pueblos de la tierra. En estrellada noche, allá

por los mares de Sicilia, esmaltados con las estelas de tantas ideas que parecen por su brillo, por sus inmortales divinos resplandores, como la via láctea en la inmensidad del firmamento, oirán los marinos una voz luctuosa resonando en los riscos del Cabo Myseno y diciendo que el dios Pan ha muerto; mas á pesar de esta melancólica elegía, las brisas cantarán, las golondrinas pasarán á bandadas de Norte á Mediodía y de Mediodía á Norte; las gotas de agua, al caer de los remos, parecerán gotas de luz; los bosques de plantas marinas abrigarán innumerables peces; y la naturaleza entera sonreirá con su olímpica sonrisa, recibiendo generaciones muertas y creando nuevas generaciones con la implacable serenidad de los dioses.

LOS DIOSES.

¿Quién te dice eso?

ORIEL.

Mi esperanza.

LOS DIOSES.

¿Dónde has recogido esa esperanza?

ORIEL.

En la soledad del desierto.

LOS DIOSES.

¿Atormentado como ahora?

ORIEL.

Con mayores tormentos.

LOS DIOSES.

¿Puede haberlos mayores?

ORIEL.

Sí. Ahora despedazais mi cuerpo, mas no podeis, no, despedazar mi alma.

LOS DIOSES.

Indómita esperanza.

ORIEL.

Vosotros la alimentais.

LOS DIOSES.

¿Con qué?

ORIEL.

Con vuestros oráculos y con vuestras sibilas.

LOS DIOSES.

Mas pueden nuestros oráculos decir sentencias contra nosotros mismos?

ORIEL.

La revelacion del pensamiento es como la luz; ilumina á los mismos que la niegan y la desconocen.

LOS DIOSES.

Pues nuestra lucha será eterna. Si crees, mortal, que vas con una idea sólida de tu cerebro á ocultar la cuna del Olimpo, á destruir los dioses inmortales, te engañas triste y miserablemente. La copa de nuestra ira se vaciará sobre

tus labios hasta que no quede una gota. Las tinieblas, los males, los dolores, las espinas, las dudas, la desesperacion, todo cuanto de horrible tenemos en nuestras manos, caerá como un diluvio sobre tu cuerpo herido y sobre tu alma desgarrada. Las lágrimas se helarán como granizo en tus megillas, mientras la sangre hervirá en tus venas. Llevarás aguda corona de espinas sobre el corazon y sobre la frente. Tu sangre será lava hirviente. Tu única bebida la hiel que tus propios hígados segreguen. Y un dolor inmenso azotará todo tu cuerpo, desgarrará toda tu alma, y si quieres ser libre, morirá en tí, contigo, toda tu especie.

ORIEL.

Imposible. Vuestro poder no alcanza, ni á impedir la renovacion de la vida en la naturaleza, ni á detener en nosotros la perpetuidad de la especie, ni á extinguir en el cielo ó en la tierra esa llama viváz de la esperanza. El esfuerzo del trabajo y la esperanza del alma, derrocarán toda tiranía. Yo, desde el abismo de mis males, desde el potro de mis tormentos, yo os lo juro, ¡oh dioses!

V.

JUPITER.

Se despluman las potentes alas de mi águila, se desvanecen las chispas de mi rayo. He gustado el néctar, y me ha sabido á hiel. He devorado un poco de ambrosía, y me ha sabido á ceniza. Algo se apaga en el cielo; algo se muere en la tierra.

MERCURIO.

Júpiter, los dioses se van.

JUPITER.

Ya los veo murmurarse disgustados al oido sus mútuas quejas.

MERCURIO.

Dicen que vienen al Olimpo séres extranjeros, indignos de penetrar entre nosotros.

JUPITER.

¿Y qué hacer, cuando desde su lecho de cenizas los esclavos se nos suben á las barbas?

MERCURIO.

Aquí en el Olimpo como allí en Grecia, todo se arregla por Asambleas.
Hablemos:

JUPITER.

Convoca las divinidades en Asamblea.

MERCURIO.

¿Quién de los dioses autorizado por su edad, desea hablar sobre los extranjéros al Olimpo?

MOMO.

Yo.

JUPITER.

Habla.

MOMO.

Con tu permiso.

JUPITER.

No lo necesitas, tu edad y mi convocatoria te dan derecho á hablar.

MOMO.

Si no puedo hablar con franqueza, prefiero callarme. Ya sabeis por larga experiencia que no tengo pelos en la lengua. El Olimpo está lleno de metecos, de extranjeros. Y estos extranjeros no se contentan con ser dioses despues de habér sido hombres, sino que quieren ¡infames! divinizar tambien á sus eunucos y á sus siervos. Luego te extrañará que los esclavos de la tierra se nos suban insolentes á las barbas.

JUPITER.

Nada de enigmas. Habla más claramente. Designa nombres propios. Cuando un orador tiene

miedo á su propia palabra infunde á los demás soberano desprecio.

MOMO.

Pues hablaré con entera franqueza. Aquí se nos ha entrado por las puertas un Baco, medio hombre no más y ya dios, extranjero á Grecia, nieto de mercaderes siro-fenicios, coronado con mitra oriental, oliendo á vino todo el dia, circuido de innumerable sucia canalla, de Pan, de silenos y sátiros, rústicos y mal olientes, con cuernos en la cabeza, pezuñas hendidas en vez de regulares piés, orejas puntiagudas como los asnos, larga cola como los monos, nariz aplastada y chata como los negros, ojos de lechuza y barbas de choto; tan borrachos que se nos caen desplomados encima, como para aplastarnos, y tan lujuriosos que persiguen á todas las diosas por las majestuosas cumbres del Olimpo. ¿Cómo quieres que los hombres nos tengan respeto? Esos inmortales son más feos, más bárbaros y más viciosos que los mismísimos mortales. No digo nada de las prostitutas que se nos han entrado por las puertas, y cuyos collares ganados en el lecho, brillan ahora como constelaciones de estrellas en el cielo. Por no dejarse nada

allá, en el mundo, se han traido aquí hasta sus perros. Hablemos de otros.

JUPITER.

Pon tiento á tu lengua. Me aterra ver á donde te arrastra tu desbocada palabra. Cuidado con decir cosa alguna mal sonante, ni de Esculapio, que cura las enfermedades, ni de Hércules llegado al cielo á merced de colosales trabajos y de esfuerzos maravillosos.

MOMO.

Los dejaremos en paz. Y si lo permites, hablaremos de tí, pues tengo mucho que decirte.

JUPITER.

¿De mí? Habla cuanto te venga en mientes. ¿Me vas á llamar tambien extranjero ó intruso?

MOMO.

Pues mira, en Creta no se muerden la lengua para decir que no eres hijo de tu padre, que el

verdadero Júpiter se murió, y tú eres un cualquiera, un echadizo, un supuesto Júpiter. Pero dejemos esto y vamos á cosas más importantes. La causa principal de los generales desórdenes se encuentra en tí mismo. Te conviertes en miles de sustancias raras, de alimañas ridículas, y luego te quejas del poco respeto y del escaso culto. Temblando estoy de que, al ser toro, te sacrifiquen sobre cualquier altar los sacerdotes ó en sus juegos te lidien los íberos; temblando de que al ser oro la más ínfima doncella te recoja para brazalete de sus muñecas ó pendiente de sus orejas. Así, despues de tus correrías, te has traido por aquí todas esas turbas de salvajes semidioses. ¿Quién no se indigna al ver un siervo como Hércules en el cielo; y su amo Eurystheo sepultado en la tierra? El aguila se desliza en el cielo, anida en tu cabeza, y juega con tu cetro, como si fuera el dios de los dioses. Los extranjeros nos obstruyen el paso. Nadie hubiera creido que llegaran hasta nosotros, hasta nuestro Olimpo, Atys, Coribas, Sabasio y otros bárbaros. ¿Quién es ese Meda Mitra, vestido de rozagante púrpura, coronado con su áurea tiara persa, ignorante del griego, de la lengua de dioses? Hasta los esclavos getas se cuelan en las asambleas de las

divinidades griegas. Pero, ¿qué mucho? Ese perro que ladra, y que el mejor dia te muerde las pantorrillas, es un dios de Egipto. Ese toro de Memphis, que muje por ahí pastando estrellas, pronuncia oráculos, y tiene adoradores. No podemos vernos libres de ibis, micos, machos cabríos, terneros, vacas y hasta ratas con que nos han inundado los egipcios. A tí mismo te han plantado esos invasores un par de cuernos, como á cualquier macho cabrío en la espaciosa frente.

JUPITER.

A primera vista parece vergonzoso lo que dices de los egipcios; pero todos esos animaluchos son verdaderos emblemas de que no debeis burlaros los que no estais al cabo de su verdadero sentido.

MOMO.

No se necesita estar iniciado en ningun misterio para saber que los dioses son dioses, las calabazas calabazas y los egipcios imbéciles.

JUPITER.

O deja esa conversacion, ó apercibete á una reprimenda...

MOMO.

Son tantos los escándalos, que se pueden recoger á manos llenas. En Cilicia hay un Anfiloco, hijo de nefando parricida, que dice oraculares sentencias por dos óbolos. ¡Oh hermoso Apolo! dios de la poesía y de la música, suelta las riendas de tus deslumbradores caballos, arroja lejos de tí la áurea cítara, porque no hay piedra rociada de aceite y altar coronado de flores que no lance sentencias de oráculo como tras ellas se encubra cualquier atrevido charlatan. Desde que dioses indios, persas, medos, egipcios, han penetrado en nuestro alto Olimpo, nos desprecian todos los hermanos, y les sobra para despreciarnos razon.

JUPITER.

Pero ¿qué hacer? ¡El hombre ha crecido tanto! Ya no estamos en aquellos tiempos en que

las crédulas gentes venian en tropel á ofrecernos sus presentes y á cantarnos amorosas canciones en suaves coros. Ya no brota de cada flor una nube de esencias para perfumar el cielo, ni de cada boca una religiosa oracion. Aquella alegría que reinaba, cuando Grecia era nuestra única sacerdotisa, se ha trocado en profunda melancolía. No sé qué extraño Dios engendra el Oriente, Dios de dolores, de muerte, amargado con la hiel de todos los dolores, tendido sobre afrentoso patíbulo, esclavo de esclavos, y sin embargo, pronto á surgir en el horizonte y á borrarnos de la vista de los hombres como el sol borra las estrellas. Le van á llamar el Dios-espíritu. Pues bien, se necesita que contra las ideas del Dios-espíritu se reunan las fuerzas del Dios-naturaleza. Por eso hemos llamado á las puertas de todos los templos, y por eso hemos reunido á los dioses de todas las teogonías. Y aun todos reunidos, difícilmente venceremos, porque mira, el esclavo aherrojado, tendido sobre el Cáucaso, tostado en la mitad de su cuerpo por los volcanes, y helado en la otra mitad por los aludes; á pesar de haber sentido nuestro látigo, se revuelve con ira y nos amenaza, porque diz haber encontrado en su alma la idea de justicia, en sus brazos la fuerza del tra-

bajo, en su corazon la esperanza. Lo teníamos aherrojado y han venido los fuertes trhacios á romper sus cadenas, y anda errante por las montañas de la libertad, por las montañas de Thesalia. ¿Qué podemos hacer cuando nos abandona la humana conciencia? El Dios necesita del hombre como de la sombra el cuerpo. Se van los dioses y vienen los esclavos.

FIN

DEL TOMO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE.

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

Imprenta, Fundicion y Estereotipia de D. Juan Aguado
Calle del Cid, núm. 4, Recoletos.

LA

REDENCION DEL ESCLAVO,

POR

DON EMILIO CASTELAR

2.ª PARTE—TOMO II.

PRIMERA EDICION

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1875

JORNADA TERCERA

DE LA SEGUNDA PARTE

DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO

LA ESPERANZA.

I.

ORIEL (*en las montañas de Grecia*).

Todo, todo es aquí libre. Torrentes, vientos, caballos desbocados, águilas; todo corre, vuela, se precipita por do quier á su antojo. Todo convida á la libertad. El hombre aquí debe ser dueño de sí mismo, como dueña de sí misma es la naturaleza.

ESPARTACO.

Y no solamente la naturaleza es aquí libre, lo son hasta nuestros recuerdos.

ORIEL.

Felices aquellas tribus donde la libertad es como una religion.

ESPARTACO.

¿Ves? La cabaña que humea, el ganado sin pastor, el agua recogida en el hueco de la mano, la carne arrancada á la caza, la piel arrancada á la carne, el árbol derribado por el hacha, son toda nuestra propiedad.

ORIEL.

¿Y á qué más, si os poseeis á vosotros mismos?

ESPARTACO.

Yo no cambiaria esta posesion de mí por todo el mundo. Al que me ofreciera oro por mi libertad, le responderia con hierro.

ORIEL.

Felices las tribus donde la libertad es una religion.

ESPARTACO.

Yo desciendo de aquellos, que reunidos en el istmo de Corinto, ofrecieron al Dios de Delfos,

combatir por mar y por tierra, hasta la muerte ó la victoria, contra los soldados del despotismo asiático. Mi sangre, la sangre de mis abuelos, ha corrido por las ondas de la isla Eubea y los desfiladeros de las Thermópilas. El monte Eta miraba, levantando la cabeza sobre todos los montes, aquella decision de los griegos por la pátria, aquel anhelo por un heróico sacrificio. La vista de Anthela fortalecia á los héroes porque les recordaba el sitio sagrado donde se reunia la liga anfictiónica, fiel imágen de Grecia. Leonidas capitaneaba trescientos espartanos, inaccesibles á los terrores de la muerte, porque todos dejaban ya en el hogar hijos que les reemplazaran y que prosiguieran los ritos á los dioses lares. Mientras aquel puñado de valientes se apercibia á morir, entregábase Grecia con el corazon de alegría henchido, como si no llamasen á sus puertas enjambres de ejércitos y de pueblos, entregábase á las fiestas olímpicas, á las teorías religiosas, á las carreras de caballos, á las luchas entre los jóvenes atletas, á las danzas de las vírgenes acompañadas por la cítara y por el címbalo. El único encargo que Leonidas habia recibido estaba dispuesto á cumplirlo: detener á los persas, á los invasores, hasta que se concluyeran las fiestas de los pueblos, los sacrifi-

cios á los dioses. ¡Cuántas veces los espías persas, que á las altas breñas se acercaban, veíanlos, ora entregados á ejercicios gimnásticos, ora divirtiéndose con su espada y con su escudo, ora peinándose la luenga cabellera! El invasor Xerxes los tenia por locos, no imaginando que pudiera haber tanta serenidad en presencia de tan cercana muerte.

Los medas, los primeros entre los asiáticos, los diez mil inmortales de los guardias persas, corrieron, excitados por su rey, que los sostenia con la vista y el ademan desde elevado trono, á combatir contra aquella legion griega parecida á un muro viviente y erizado de lanzas. Tres días duró el combate, y trescientas veces mordieron el polvo los enemigos de la libertad y de la patria; el pavor subió hasta la frente del rey persa, que creyó caer derribado del trono por los rayos de aquella cólera. Nunca vencieran sin la traicion, que les mostró un sendero para rendir por amaños lo que por fuerza no rindieran. Rotos, deshechos, como la onda contra el escollo, creian ya infranqueables las Thermópilas aquellos guerreros de largas túnicas y de cortísimas armas. Pero llegaron sigilosamente á la cima, é hicieron valer la única razon y la única fuerza que tenián, la ra-

zon y la fuerza del número. Leoidas cayó el primero, dando sonriente la vida por la patria. Despues de muerto, centelleaba en su rostro la serena alegría que á todos los mártires inspira el cumplimiento del deber. Los esparziatas y sus setecientos compañeros lucharon con desesperacion, blandieron sus lanzas, mellaron sus espadas en los huesos de los enemigos, y cuando ya lanzas y espadás se habian roto, sacaron los puñales y tras los puñales se valieron de las manos y de los dientes; sí, acribillados de heridas, traspasados de flechas, caian éxanimes sobre la tierra patria, aterraban aún á sus innumerables enemigos, lânzándoles al rostro con el fulgor de sus miradas al apagarse, y el extertor de su aliento al extinguirguirse, la maldicion última, como si cansados y rotos sus cuerpos, aún pelearan con furia sus enérgicas almas. Hé ahí los ascendientes de Espartaco; hélos ahí, libres como el viento.

ORIEL.

La sangre de tus venas, el aliento de tu pecho, el recuerdo de tu memoria, el cántico de tus artes, la poesía de tus montañas, todo, todo te convida á la libertad, que aquí en este sitio es segura, es inviolable.

ESPARTACO.

Calla, amigo mio, calla!

ORIEL.

¿Dudas?

ESPARTACO.

¿A dónde crees que la tiranía no alcanza?

ORIEL.

Aquí.

ESPARTACO.

Ilusion generosa.

ORIEL.

¡Ilusion la libertad!

ESPARTACO.

La libertad es la vida de la vida, es el alma del alma.

ORIEL.

Y entonces.....

ESPARTACO.

Pero hay mal, hay muerte, hay tiranía.

. . . .

ORIEL.

Mas así como nos dice la esperanza que hay ciertas regiones en el cielo, donde reside la inmortalidad, nuestros ojos nos dicen que hay ciertas regiones aquí en esta baja tierra, donde reside, donde residirá siempre, siempre, la libertad.

ESPARTACO.

No lo creas.

ORIEL.

¿Es posible?

ESPARTACO.

¿Ves el potro que pasa la crin al viento, la piel tachonada de sudor, la boca espumante?

ORIEL.

Sí.

ESPARTACO.

Pues tiene más segura la libertad que nosotros.

ORIEL.

¿Tú crees eso?

ESPARTACO.

Sí, sí.

ORIEL.

¡Infelices de nosotros! ¿No hay en toda la tierra un asilo para el esclavo?

ESPARTACO.

Las fieras tienen una caverna.

ORIEL.

¿Y no tendrán los hombres un hogar?

ESPARTACO.

El corazon humano está lleno de asechanzas.

ORIEL.

Y aquí en estas alturas, esas asechanzas ¿se enroscarán á nuestras plantas?

ESPARTACO.

La maldad humana llega hasta la conciencia, como llegan las nubes hasta oscurecer el sol.

ORIEL.

¿Mas la tiranía, estará disuelta en el mundo, como la muerte en la vida?

ESPARTACO.

Llega, llega hasta aquí.

ORIEL.

Pues si llega hasta aquí, hasta estas tranquilas

y elevadas regiones, ¿qué espacio de la tierra, qué espacio podrá de tiranos libertarse?

ESPARTACO.

¡Ay!

ORIEL.

Reina la tiranía pues como la muerte, reina en absoluto.

ESPARTACO.

Si vieras cuántas veces llega sigilosa y siniestramente hasta nosotros, y estiende su duelo sobre esta libre y expontánea naturaleza.

ORIEL.

Maldicion!

ESPARTACO.

¿A quién maldices?

ORIEL.

A los hombres y á los dioses; al cielo y á la

tierra; á la naturaleza que era y á la nataraleza engendrada; al gran todo, que debió hacernos libres y nos ha hecho esclavos.

ESPARTACO.

Pero hay contra la esclavitud un remedio.

ORIEL.

¿Cuál?

ESPARTACO.

La muerte.

ORIEL.

Sí, el suicidio.

ESPARTACO.

El suicidio es la muerte del que cree en la irremisible seguridad de la desgracia. La muerte en el combate es la ùnica muerte digna de un hombre.

ORIEL.

La muerte puede ser el remedio de los mortales. Pero hay algo, como la especie, por ejemplo, que es inmortal. Hay algo á que no llega ese remedio. Con la muerte consolarás al esclavo-individuo. Con la muerte, no consolarás jamás al esclavo-especie. ¿Cuándo podrás, cuándo, encerrarlos á todos en la eternidad? ¿Cuándo podrás convertir su vasta prision en vasta sepultura?

ESPARTACO.

Y ellos, los tiranos, han convertido la tierra en semillero de esclavos. Antes me alababas esta tierra libre. ¿Pues sabes lo que es la tierra tan alabada? Es la grande ergástula, de donde sacan los romanos gentes para poblar sus pequeñas ergástulas.

ORIEL.

Oigo un rumor...

ESPARTACO.

Los cazadores.

ORIEL.

¿Qué quieren?

ESPARTACO.

Nuestra libertad.

ORIEL.

¿Qué hacer?

ESPARTACO.

Venderla cara.

ORIEL.

Luchemos.

ESPARTACO.

Hasta morir, si es preciso.

ORIEL.

Juremos antes no separarnos ni en la próspera ni en la adversa suerte.

ORIEL Y ESPARTACO.

Cielos, sed testigos de que juramos en vuestra presencia, luchar unidos por nuestra mútua libertad, unidos perderla, unidos salvarla, unidos morir.

GRITOS (*lejos.*)

Allí, allí hay caza.

ORIEL.

¿Oyes?

ESPARTACO.

Nos han visto y nos cercan.

ORIEL.

Avanzan.

ESPARTACO.

Luchemos.

ORIEL.

Pero ¿qué hay contra sus flechas?

ESPARTACO.

Nuestras fuerzas.

ORIEL.

¿Qué hay contra su número?

ESPARTACO.

Nuestra desesperacion.

ORIEL Y ESPARTACO.

Luchemos!

II.

ORIEL.

¡Vencidos!

ESPARTACO.

Pero no han vencido todavía la esperanza.

CINTIA (*arrojándose al cuello de Espartaco.*)

¡Esposo mio!

ESPARTACO.

No me des ese nombre.

CINTIA.

¿Ese nombre tan dulce te importuna?

ESPARTACO.

Sí, me recuerda que podemos engendrar hijos para otros, que podemos engendrar esclavos.

CINTIA.

Cree que, al verte prisionero, deseé morir.

ESPARTACO.

Y, segun la furia de los soldados cazadores, te matan sin el arrojo y el heroismo de Oriel.

ORIEL.

Cobardes, ¡ciento contra uno!

ESPARTACO.

Cara hemos vendido nuestra libertad.

CINTIA.

Por eso nos venderán más caros en sus mercados.

ESPARTACO.

Oriel hubiera podido salvarse. Ya habia precipitado tres de sus salteadores en los abismos, y tenia abierto á su fuga el monte, y seguro para su libertad en el bosque.

ORIEL.

Mas, primero mi corazon y despues mi juramento, me clavaron aquí. La ergástula con vosotros me será más grata que el bosque sin vosotros.

ESPARTACO.

Te debo, hermano mio, mi esposa.

ORIEL.

Y yo te debo la fe en la libertad, en esa esposa del alma.

CINTIA.

No os separeis jamás, hermanos.

ORIEL.

Dentro de poco nos llevarán desde estos desfiladeros al pie del Capitolio. Las águilas, aqui libres, amarradas estarán allí en la enseña de las legiones. Los hombres, libres aquí, serán allí esclavos; las ronzas del camino taladrarán nuestros pies y nos llegarán hasta el alma; el pan nos parecerá amasado con hiel, y el agua pura del torrente, salada y amarga como las lágrimas; nos marcarán con marca de ignominia; nos venderán en sus mercados; nos azotarán en sus cubículos; nos enviarán al circo; nos trucidarán cuando bien les parezca, para alimentar las murenas de sus estanques. Seremos esclavos y esclavos de los romanos.

ESPARTACO.

Pero ninguna fuerza, ningun poder humano podrá domar nuestra voluntad. Ahí, ahi, en la voluntad interior, no en las montañas; en la fuerza interior, no en las espadas, está la libertad. Corramos el camino, repitiendo á cada paso nuestro juramento de vivir libres. Sospesemos estas

cadenas, para sentir que tienen mucho hierro y que con ese hierro podemos forjar muchas espadas. Como se saca lumbre de una piedra, se puede sacar libertad, y sobre todo, dignidad de la servidumbre. Ya que no haya otro remedio, asi que no haya otro refugio, queda el remedio y el refugio del sueño eterno, de la muerte.

CINTIA.

Yo me siento poseida de visiones proféticas. Yo oigo una dulce melodía compuesta por los vibrantes pinos y los mugidores torrentes. En vuestras sienes brillan coronas de laurel; en vuestros ojos resplandores de victoria. La ciudad, que os martiriza, huye vuestra sombra, como la prostituta huye la luz. Sus columnas se tronchan cual árboles combatidos por el huracan. Sus monumentos se dispersan en cenizas. Sus estátuas se hunden con los muertos en las frias entrañas de la tierra. Vuestros hijos, vuestros descendientes la castigan en noche tan terrible, que parece la noche última del universo, y al siniestro reflejo del incendio, al crujido de las piedras calcinadas, al eco del estertor de todo un pueblo, se

levantan de los átomos de la tierra, empapados de sangre, los esqueletos de los antiguos esclavos, que en legiones innumerables van errando entre las ruinas humeantes, y diciendo por sus cavernosas bocas: es justicia, es justicia, y no venganza.

III.

EL VENDEDOR DE ESCLAVOS.

Aquí, cerca del Foro, á la sombra del templo de Castor, á la puerta de la taberna, muestro y ostento mi rica mercancía de carne humana. ¿Qué caballero, al pasar, no se prendará de esa esclavilla griega, la cual parece una estátua del Parthenon animada? Pues tengo un gréculo que podria enseñar retórica á todos nuestros abogados; y hasta un viejo filósofo, capaz de probaros que yo soy un patricio y él un liberto, si le dejais hablar un rato. No digo nada de aquel negrillo nubio, lustroso como el bruñido mármol, ágil como la móvil gacela, que trepa á lo mico, y cae inerte á lo piedra, tocador de flauta, gimnasta de profesion, gran titiritero, gran jugador de manos, y que á lo mejor se echa á llorar, porque diz ha dejado allá lejos una madre. ¿Hay nada

más ridículo que un esclavo sentimental?—Vosotros debeis ser como esas aves de los desiertos que ponen sus huevos y dejan á otras aves el trabajo de empollarlos ¿No os parece poco bien no tener ni padres, ni hijos, ni hermanos? Y aun sereis capaces de decir que no teneis libertad?—¿Quién me los compra? Los vendo baratos. Cuando alguno de ellos cerdea, con aplicarle el boton de fuego se enmienda en el acto. Yo soy buen domesticador. Con hierro candente no hay esclavo malo.—Saltad, jugad, desperezaos, que os vean.—Todos están desnudos. Aquí no puede haber, no habrá mácula alguna. Aquí no puede haber engaño. Ni una cinta llevan. Ahí están como su madre los parió. Podeis contarles los huesos, rascarles la piel, levantarle los brazos para mirar los sobacos, registrarlos á vuestro sabor. Hasta os permito que deis un beso, y en los lábios, á la esclava siria. Veréis qué colorada se pone. Como que es vírgen. Y á pesar de esclava, tiene todavía pudor, ¡Qué regalo para un mancebo jóven, que quiera vender luego una buena casta, sirolatina á cualquier chalan! Esclavos, esclavos, vendo. ¿Quién compra? Baratos, baratos. Por allí veo el gran comprador, el opulento capuano, que no se cansa de adquirir esclavos para mandarlos

al circo. Hé, buen amo, gran mercancía, gran mercado.

BATIATUS.

Déjame en paz. Me has arruinado.

EL VENDEDOR.

¡Arruinarte! Si dijeras tú á mí.

BATIATUS.

Yo, justamente, que te dejo sextercios y me llevo hambrientos.

EL VENDEDOR.

Pues si los alimento que ya, ya. No alimentarás tú así á los innumerables clientes.

BATIATUS.

Yo les doy á mis esclavos mucha carne, para que tengan mucha sangre.

EL VENDEDOR.

Y luego la derramen hirviente sobre la arena del circo. ¡Ay, qué regalo!

BATIATUS.

Es mi placer.

EL VENDEDOR.

Por eso eres el gran parroquiano de la Via Suburra. Vamos, cómprame algo.

BATIATUS.

¿Qué tienes?

EL VENDEDOR.

Gran mercancía.

BATIATUS.

Sepamos.

EL VENDEDOR.

Mira. Este lleva una corona de laurel, como que es un despojo.

BATIATUS.

No lo quiero. Se retúercen como furias bajo el peso de las cadenas recientes.

EL VENDEDOR.

Aquí tienes un frigio.

BATIATUS.

Si alguna noche oye ruido en casa, corre como un ciervo. No quiero cobardes á mi lado.

EL VENDEDOR.

Toma un moro.

BATIATUS.

Los moros son tan vanos, que cualquiera diria que nacieron en Roma.

EL VENDEDOR.

Te vendo este cretense, es jóven y es robusto.

BATIATUS.

Los de Creta son todos embusteros.

EL VENDEDOR.

Si necesitas de un esbirro para perseguir á tus enemigos, para celar á tu mujer, para ser la policía de la vivienda, ahí tienes un corzo.

BATIATUS.

Déjame de corzos; todos son crueles, todos al trabajo indóciles, todos vengativos en cuanto sienten la férula.

EL VENDEDOR.

Dí que no quieres comprar, y acabemos.

BATIATUS.

Pues mira, te compraria ese jónio, si no me pareciese débil.

EL VENDEDOR.

Compadre, eres gracioso. Quieres un jónio que cante, que recite versos, que declame trajedias, que componga discursos, que sea poeta, retórico,

argumentador, sofista, buen secretario, buen literato, buen escriba, y además fuerte. No pides pocas golierías.

BATIATUS.

Aquel alejandrino fuera bueno, si no estuviese gastado. Se conoce que ha servido mucho, que se ha emborrachado mucho, que ha sido un verdadero esclavo orgiástico. No le quiero.

EL VENDEDOR.

Miren el alejandrino. Se incomoda. ¿Quieres ver cómo te clavo el hierro candete hasta el corazon? Pues qué, ¿un esclavo tiene derecho á incomodarse porque lo juzguen bien ó mal? No hay justicia en el juicio; pero eso no es cuenta tuya, es cuenta mia, que no te he comprado caro para venderte barato.

BATIATUS.

Vamos...

EL VENDEDOR.

¿Qué, os reis?

BATIATUS.

Nada de cuanto hay en tu tienda me acomoda.

EL VENDEDOR.

No estás hoy poco displicente. Voy á hacerte un regalo que no rechazarás. Besa, besa á la siria, y verás qué miel tiene en los labios. Yo la beso de vez en cuando para domesticarla. Es ruborosa como una Vestal. Besa, besa á la siria. Es un verdadero, un verdadero regalo.

BATIATUS.

Déjame en paz. Estoy hastiado. Me voy.

EL VENDEDOR.

¿Crees que has visto cuanto tengo?

BATIATUS.

¿Qué me queda por ver?

EL VENDEDOR.

¡Friolera!

BATIATUS.

Despacha.

EL VENDEDOR.

Ten un poco de paciencia. Voy á dar un latigazo al negrito, que llora. (*El negro lanza un largo rugido. Los espectadores se rien.*) Y eso por ahora, lloron, mocoso.

BATIATUS.

Por Hércules ¿acabarás?

EL VENDEDOR.

Ya voy.

BATIATUS.

¿Dónde tienes tan excelente mercancía?

EL VENDEDOR.

En la taberna.

IV.

ESPARTACO (*en el interior de la taberna*).

Esta tierra es la tierra de Roma; la piso, y no lo creo. Allá en nuestras montañas, la gran ciudad aparece como una diosa, que ha engarzado el sol en su diadema, que se ha ceñido los bosques como una túnica y el mar como un manto, confundiendo su propio cuerpo con el cuerpo de la tierra, y pesando en la inmensidad más que los astros. Y esto es Roma; inmenso estercolero amontonado en el centro de la tierra.

ORIEL.

Los hombres solo adoran la fuerza. Y como solo adoran la fuerza, solo creen divina una ciudad como esta que los ha sojuzgado, no por su propio valor, sino por la universal cobardía.

ESPARTACO (*andando á grandes pasos.*)

No, Roma, no. Cargado de cadenas, comprado cual mercancía vil, vendido mañana, yo no puedo, no, declararme, aunque humillado, vencido. Podrás tener en tus manos el cetro del destino; pero yo, yo protesto contra el destino. Y se leerá mi protesta, porque yo la escribiré sobre la tierra maldita con sangre de mis venas. Algo hay en mi frente, algo hay en mi corazon, no sé qué, algo á que no han llegado tus cadenas.

BATIATUS (*á la puerta con el vendedor*).

Anda, torpe, cómo no lo dijiste antes. Eso andaba yo buscando.

EL VENDEDOR.

Toma, como que soy yo tonto; traté de expender lo peor. Este es un género único.

BATIATUS.

Parecen dos leones.

ORIEL.

Van á comprarnos.

ESPARTACO.

Déjalos que trafiquen, que ajusten, que se enriquezcan, mercadeando nuestros cuerpos. Jamás comprarán las almas.

ORIEL.

Y allá en el alma siempre queda un refugio para la libertad.

BATIATUS.

Parecen reyes, y no esclavos.

EL VENDEDOR.

Como reyes me cuestan, y como reyes habrás de pagarlos.

BATIATUS.

¡Qué apuestos estarán en el Circo!

CINTIA.

¿Oyes? Espartaco.

ESPARTACO.

Calla.

BATIATUS.

Serán de ver, combatiendo, rodando en el polvo. ¡Qué fuerza tendrán en la pelea! ¡Qué serenidad en la muerte!

CINTIA.

¿Oyes?

ESPARTACO.

Calla.

EL VENDEDOR.

Son tracios, y con decir que son tracios no hay necesidad de añadir que son héroes.

BATÍATUS.

Colman todos mis deseos.

EL VENDEDOR.

¿Compras los tres?

BATIATUS.

Ellos dos no más. Te dejo la mujer.

CINTIA.

Caballero, por piedad. No me separeis, no, de mi esposo. La muerte caeria sobre mis párpados si esa desgracia cayera sobre mi corazon.

ESPARTACO.

Te mando que no supliques, Cintia.

BATIATUS.

Compraré tambien la mujer y me darán hijos de su estatura, de su fuerza, de su nérvio. Vamos al ajuste. (*Vánse.*)

ESPARTACO (*tendiendo los brazos á la puerta por donde han salido.*)

Hijos, jamás, jamás. En la esclavitud el hombre de honor no engendra. Hijos, que no serian mios. Hijos, que marcarian con vuestro hierro,

que azotarian con vuestro látigo, hijos sin libertad, hijos sin alma. Mientras sea esclavo, no imprimiré mis lábios sobre los lábios de Cintia. Dormiré á su lado como se duerme junto á un compañero de armas en la guerra. Solo allá, cuando vuelva de nuevo á escalar mis montañas, cuando el viento de la libertad oree mi rostro, cuando por un esfuerzo sublime haya roto mis cadenas y arrojádoselas á mis enemigos á la frente, enrojecidas en mi cólera, estrecharé la única mujer que he amado contra mi corazon, y pediré á su amor un hijo, que nazca con mi eterno ódio á los tiranos.

V.

BATIATUS (*á la puerta de la taberna*).

Vamos, despachémos.

EL VENDEDOR DE ESCLAVOS.

Impaciente estás.

BATÍATUS.

Debo partir para Cápua, y quiero llevármelos

EL VENDEDOR.

Gran presente.

BATIATUS.

Empaparán el circo en sangre. Lucharán como

fieras. Están curtidos por los elementos. Están aguzados en las selvas.

EL VENDEDOR.

Son verdadero regalo, únicos, únicos.

BATIATUS.

Vamos, cuánto, cuánto?

EL VENDEDOR.

No puedo ni debo venderlos así en silencio, sigilosamente.

BATIATUS.

¿Pues qué quereis?

EL VENDEDOR.

Venderlos en pública subasta; á voz de pregon.

BATIATUS.

De todos modos, sepa yo su precio.

EL VENDEDOR.

Ya sabes que son caritos.

BATIATUS.

No me impacientes. Su precio.

EL VENDEDOR.

No me importunes. Aguarda. Ya lo sabrás. Aguarda.

(*al pregonero.*)

—Mira, tú, perro viejo, pregona una mercancía sin rival, no vista hace tiempo en Roma. Dos esclavos trácios, jóvenes, robustos, hermosos, nervudos, capaces de luchar sin descanso un dia, propios, ya para combates singulares, ya para una fiesta del Circo.

BATIATUS.

¿Pero acabarás de decirme el precio?

EL VENDEDOR.

No hay que precipitarse.

BATIATUS.

Me estás quemando la sangre.

EL VENDEDOR.

Calma, calma.

BATIATUS.

El precio, el precio, ó me voy, me voy.

EL VENDEDOR.

Ya sabes que Caton pagó los esclavos á mil quinientas dracmas.

BATIATUS.

Falso.

EL VENDEDOR.

Ya sabes cuán crecidos son los impuestos. Este público erario acabará por consumir todo nuestro dinero.

BATIATUS.

¡Qué largo preámbulo!

EL VENDEDOR.

Pues entraré de rondon en materia. Necesito y exijo mucho, muchísimo oro.

BATIATUS.

¿Vas á dar á los esclavos el precio fabuloso que se les da en las comedias de Plauto?

EL VENDEDOR.

Quiero por los tres, poca cosa, trescientos mil sextercios.

BATIATUS.

¿Estás loco?

EL VENDEDOR.

Se paga un gramatiquillo á precio de oro, un pescador seis mil sextercios, trece gladiadores

nueve millones de sextercios, un vendimiador ocho mil sextercios; se dan mil dineros al que denuncia un fugitivo, y os parece mucho pedir el pedir por mis tres esclavos trescientas mil dracmas?

BATIATUS.

Me martirizas, como martiriza al hidrópico la vista del agua, y como martiriza al avaro la vista del oro.

EL VENDEDOR.

Vendo, amigo mio, vendo.

BATIATUS.

Mira, *maquignon* del averno, quizá me vendas algun epiléptico.

EL VENDEDOR.

Hagamos la prueba de que respiren el olor de azufre.

BATIATUS.

Quizá me engañes.

EL VENDEDOR.

Me volverás el esclavo, y yo te devolveré una suma doble del dinero que me hayas entregado.

BATIATUS.

Vamos pues á la compra.

EL VENDEDOR.

Vamos á la venta.

BATIATUS.

Aprisa.

EL VENDEDOR (*al pregonero*).

Muchacho, trae la balanza.

EL PREGONERO.

Vas á vender las halajas de la casa?

EL VENDEDOR (*á Batiatus*).

Echa la moneda en la balanza.

BATIATUS.

Adquiero por derecho quiritario, y á precio de trescientos mil sextercios, dos esclavos y una esclava, todos originarios de Tracia.

EL VENDEDOR.

Que te sirvan.

VI.

ORIEL (*en el fondo de la ergástula.*)

No puede caerse en una desesperacion más horrible. La cólera hace estallar el corazon del esclavo en pedazos. Han impreso su mano aleve sobre mi megilla; han roto á martillazos mis dientes; me han sacado desnudo por las calles á la pública vergüenza, con los palos de la horca en la apretada garganta; han abierto mis carnes, que chorreaban sangre, con el látigo rematado por pesadas balas de plomo; me han clavado el aguijon como al tardo buey en los campos; me han puesto á tormento, rompiéndome los huesos y asándome lentamente las carnes; me han azotado con varas espinosas hasta hacerme sudar sangre y me han marcado con el hierro candente hasta hundirlo en la médula; las carnes se me caen á pedazos, como si estuviera desgarrado mi cuerpo

infeliz por una rueda; y todo ¿por qué? Porque no quiero combatir hasta la muerte en el Circo de Cápua con Espartaco, ¡ay! con mi amigo, con mi hermano, con el valeroso tracio que me ha hecho sentir el alma de hombre bajo la túnica de esclavo. ¡Matarle yo! ¡herirle yo! que antes me pidan el suicidio. La espada se caeria de mis manos y yo recibiria el golpe homicida de sus manos, muriendo contento si moria por él, si moria á su lado. Descender yo al Circo, empuñar la espada, esgrimirla, buscar el corazon de mi hermano, partirlo en pedazos, verlo vacilar, desfallecer, morir á mis plantas, por mi propia mano, mirándome todavía con mirar agradecido y amistoso, como el perro al amo que lo ha maltratado; ¡oh! yo no podria sufrir todos estos dolores acerbos, sin morir mil veces en una indecible agonía. ¡Oh, Espartaco! todo lo sufriré ménos eso; á todo me resignaré ménos á eso. ¡Combatir al hermano, herir al hermano, matar al hermano! Verlo padecer, verlo espirar, al golpe de mis armas forjadas para defenderle. Si los dioses infernales buscaran allá en el fondo del Averno un tormento como este tormento, de seguro no lo encontrarían. Y se le ocurre á un amo de esclavos, que solo tiene sobre nosotros dominio por

unas cuantas monedas arrojadas en frágil balanza. Cómo se gozarian viéndonos buscarnos, arremeternos, herirnos sin odio, sin resentimiento, siendo como hijos de una misma madre. Y así este pueblo harto de botines y despojos, hastiado de victimas, triste en la cima del mundo, como todos los tiranos, abriria sus narices para oler el hedor de nuestra carne y de nuestra sangre, que es á su olfato como un aroma digno de los dioses. Pueblo romano, pueblo romano, hay una justicia que cansa. Pueblo rey, pueblo rey, hay un castigo que por sí mismo se impone. Hay algun poder misterioso que no puede tolerar por más tiempo tanto crímen, sin que se conozca su irremisible expiacion. Sí, pueblo romano, serás implacablemente castigado. Los pueblos se preguntarán dónde ha estado tu corona, porque solo verán en tu frente en siglos de siglos la marca del esclavo. Pueblo rey, pueblo rey, esto te dice el siervo á quien castigas y desprecias, el siervo, el insectillo invisible, que está royendo tu pedestal y que te derribará en el polvo, y que arrastrará tu inmenso cadáver á las gemmonías para que no pudra á la tierra.

ESPARTACO (*que entra y abraza á Oriel*).

Hermano, hermano mio.

ORIEL.

¡Espartaco!

ESPARTACO.

¿Has sufrido mucho?

ORIEL.

Ya lo he olvidado todo.

ESPARTACO.

¡Hermano, hermano mio!

ORIEL.

Se puede padecer cuanto yo he padecido, por sentir la satisfaccion inmensa que ahora siento, viéndote á mi lado.

ESPARTACO.

Ten fortaleza.

ORIEL.

Tú me la das.

ESPARTACO.

Ten esperanza.

ORIEL.

Esperanza en la esclavitud.

ESPARTACO.

Sí, ten esperanza.

ORIEL.

Tú me la inspiras, tú me la has inspirado siempre.

ESPARTACO.

Yo creo en la fuerza de la voluntad.

ORIEL.

Y yo creo en tu fuerza.

ESPARTACO.

Es necesario luchar.

ORIEL.

Lucharemos con el destino.

ESPARTACO.

En esa cadena hay hierro.

ORIEL.

Y en el corazon fuego.

ESPARTACO.

Y en la voluntad decision.

ORIEL.

Manda, yo obedezco. Anda, yo te sigo.

ESPARTACO.

Contra una gran decision no hay fuerza que sea poderosa.

ORIEL.

Lucharemos.

ESPARTACO.

Sí. Lucharemos y venceremos.

ORIEL.

Admirable esperanza.

ESPARTACO.

Salgamos, salgamos.

ORIEL.

Sí, al campo, á la batalla.

ESPARTACO.

La voluntad está en nuestro ánimo, la defensa en nuestros brazos, el camino de Thracia, la tierra de la libertad, abierto á nuestro arrojo.

ORIEL.

Vamos.

ESPARTACO.

Sígueme, sígueme, héroe.

ORIEL.

Sublime soldado de la libertad, tu alma es el primor matiz de la redencion del esclavo.

VII.

ESPARTACO (*á los esclavos*).

Hermanos en el dolor y en la servidumbre, tiempo es ya de que rompamos nuestras cadenas. Unos thracios, otros galos, todos teníamos libre y seguro hogar allá en los desfiladeros de nuestras montañas, en las sombras de nuestros bosques, donde los dioses pátrios habitan, entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos. Ningun daño habíamos hecho á Roma. Correr por los riscos, saltar los abismos, oir el ruido de los torrentes, cazar la fiera en su caverna y el águila en su nido; cosechar los expontáneos frutos de los árboles, ofrecer sacrificios sencillos á los dioses y hogar seguro á la familia idolatrada, ocupaciones eran que en nada podian dañar á la omnipotencia de Roma sobre la tierra. ¿Qué le iba, pues, á la Ciudad Eterna en con-

sentir algunos cazadores libres, algunos campesinos independientes, lejos de la sombra de sus banderas, del filo de sus espadas, en el seno de la vívida naturaleza? Y si al cabo nos hubiera vencido en buena y abierta lid, como ha vencido á tantos otros pueblos, veriamos en su victoria la mano vigorosa del destino. Pero sorprendidos cuando estábamos á la descuidada; cazados como se caza una bestia; puestos á modo de vil manada en cadenas; conducidos al mercado, y vendidos allí, á voz de pregonero, entre rechiflas é insultos, para que despues de contarnos tras sus caballos y sus ganados, cual si de razon careciéramos, nos obliguen, en divertimiento suyo, á matarnos mútuamente nosotros y por nuestras propias manos, ¡oh! es un crímen que Roma ha de purgar con expiacion larguísima en la interminable corriente de los tiempos. Compañeros, poned la mano sobre vuestro pecho, y sentireis latir un corazon como en el pecho empedernido de vuestros amos; contad los huesos de vuestro cuerpo, y vereis que son los mismos huesos del cuerpo de vuestros señores; medid con ellos vuestras fuerzas, y luego correrán como corrian las tímidas aves á la sombra no más de vuestros arcos. Todos somos iguales; todos hemos nacido

de mujer; todos moriremos y nos perderemos en las entrañas de la naturaleza. Y cuando pasais la mano por la frente, cuando en el vagar del trabajo ó en las horas del insomnio, penetrais en el pensamiento, allá en los abismos interiores de vuestro sér, encontrais que un alma, sí, un alma ó un misterio, pero algo que no podeis ver, que no podeis tocar, pero que deslumbrante se os aparece á la vista interior, os enseña que sois iguales á los romanos; ¿qué digo, iguales? superiores, porque al cabo ellos cometen la infamia de ser amos, mientras nosotros somos las víctimas de su infamia, los perseguidos por su codicia, los sacrificados á su ambicion, á su lucro, á sus placeres. No más sufrir. Hombres somos, y por hombres, no podemos ser de nadie propiedad. Para la libertad nacimos, y esta libertad no puede sernos arrebatada, sino cometiendo el más vil y el más infame de todos los despojos. Reivindiquemos, reivindiquemos con fuerza, con energía, no ya una propiedad externa y material, sino nuestro propio sér, nuestra propia conciencia. Cambiemos la gemmonía por el hogar; los dioses enemigos por los dioses lares; la sombra de la ergástula por la luz purísima de la montaña; la condicion de siervos por la condicion

de libres: que todo lo conseguiremos con solo volver hácia el pecho de nuestros tiranos las armas que debíamos esgrimir contra nuestros propios pechos. No vacilemos. A la batalla, y pronto. Que Italia sienta todo el peso de su crímen. Que Roma vacile en su altísimo trono. Que sus águilas huyan de nuestras flechas con espanto. Que esos tímidos señores del mundo, bañados en aguas olorosas, vestidos de brocados asiáticos, perfumados como mujeres, adscritos al triclinio, donde gastan la vida entre los besos forzados de nuestras hijas, las esclavas, y las libaciones contínuas de sus embriagadores vinos, veneno del alma, bajen ahora al Circo, donde nosotros los citamos; al noble circo de los campos de batalla, y peleen, y caigan y mueran, dándose en espectáculo á nosotros que tantas veces hemos divertido sus criminales ócios. A la pelea, á la guerra. Sí, la guerra fortifica, sostiene, educa, eleva á los fuertes, sobre todo, la guerra por nuestra libertad, la guerra por la sagrada causa de la justicia. Pelearemos y venceremos: que nada en el mundo se resiste á una voluntad decidida. Pero si nos toca sucumbir, moriremos serenos, con la sonrisa en los labios, con la paz en la frente, con la esperanza de la inmortalidad en el pecho, se-

guros de que hemos dejado sembradas en los regueros de nuestra sangre la semilla inmortal de la libertad para nuestros hijos, y. el ejemplo inmortal de un grande sacrificio para todos los pueblos que combaten por la libertad y por la patria.

ORIEL.

Sigámosle.

CINTIA.

¿Cuántos sois?

ORIEL.

Somos doscientos.

CINTIA.

¡Doscientos! ¿Cuántos serán los romanos?

ESPARTACO.

No os conteis á vosotros mismos; no conteis tampoco á vuestros enemigos.

ORIEL.

Contad con la justicia.

ESPARTACO.

Trescientos de mis antepasados detuvieron, allá en los desfiladeros de las Thermópilas, todo el inmenso poder de la guerrera Asia.

UN GRUPO DE ESCLAVOS.

¡Libertad! ¿Qué quiere decir libertad?

ORIEL.

¡Oh encallecida conciencia!

ESPARTACO.

Mira; la cadena penetra hasta el alma y la envilece.

ORIEL.

Mata el tormento y la deshonra hasta los afectos más naturales y primitivos.

UN ESCLAVO ILIRIO.

Yo he sido comprado, yo no me pertenezco.

UN ESCLAVO TRHACIO.

Yo soy de Léntulo Batiatus. Yo soy su propiedad.

ESPARTACO.

¡Oh mengua!

EL ESCLAVO ILIRIO.

Los dioses lo han querido.

ORIEL.

Estúpida resignacion.

EL ESCLAVO TRHACIO.

¿Donde iriamos nosotros que nos acogieran?

ORIEL.

¿Pues qué, la naturaleza rechaza á alguno de

sus hijos? Como viste al ave, te vestirá á tí; como alimenta á las fieras, á tí tambien sabrá alimentarte.

UN GRUPO DE ESCLAVOS.

No, no; quereis explotarnos, quereis perdernos.

ESPARTACO.

Puede haber mayor perdicion que vuestra suerte? puede haber mayor explotacion que la explotacion de vuestros amos?

EL ESCLAVO TRHACIO.

No haremos más que cambiar de dueño. Hoy nos manda Léntulo, mañana nos mandará Espartaco.

ESPARTACO.

Elegid otro. Yo le sigo.

EL TRHACIO.

A ninguno se le ha ocurrido lo que á tí; por consecuencia tú debes ser nuestro jefe.

ESPARTACO.

Pues seguidme. Al campo; juremos como Annibal eterno odio á Roma.

GRUPO DE ESCLAVOS.

No te comprendemos.

ORIEL.

Es verdad. ¿Cómo lo habeis de comprender? Si lo comprendiérais no seriais siervos, seriais Espartacos.

CINTIA.

Para formar al hombre es necesario formar antes su conciencia.

ESPARTACO.

¡Trhacio! Has nacido allí, te has criado allí, ¿y no sientes deseo alguno de volver á nuestras montañas?

EL TRHACIO.

No me pertenezco.

ESPARTACO.

¿Te has enajenado tí mismo?

EL TRHACIO.

No.

ESPARTACO.

Y aunque quisieras ¿podrías tú jamás enagenarte, venderte, sin que todo tu sér se revelara contra tí mismo?

EL TRHACIO.

Me han enagenado. Solo me toca sufrir hasta la muerte.

ORIEL.

¡Oh desesperacion!

OTRO GRUPO DE ESCLAVOS.

Y luego vosotros ¿qué quereis? Poneros en lugar de nuestros amos.

ORIEL.

¡Imbéciles!

ESPARTACO.

No les insultes, compadécelos.

ORIEL.

Es verdad; si ellos no fueran así, ¿habria esclavitud en el mundo?

ESPARTACO.

No la habria.

CINTIA.

Espartaco, huyamos. Si Batiatus viene, se valdrá de sus propios esclavos contra nosotros.

ESPARTACO.

Sígame quien quiera. A la pelea.

BATIATUS *(desde una ventana).*

¿Qué ruido es ese? No me habeis dejado dor-

mir esta madrugada. ¿Por ventura os preparais para la funcion de esta tarde? Ya os he dicho que debeis combatir hasta la muerte los dos primeros: Espartaco y Oriel.

ORIEL Y ESPARTACO.

Sí, ya hemos jurado combatir hasta la muerte; pero contra ti.

BATIATUS.

¿Qué oigo?

ESPARTACO.

Y contra Roma.

ORIEL.

Contra su dominacion en el mundo.

BATIATUS.

¡Ah! mercader infame, ¡qué venta hizo! ¡Qué infamemente me engañó!

ESPARTACO.

Quien quiera seguirme, que me siga. Voy á la libertad, voy á la pátria.

BATIATUS.

¿Dónde habrá aprendido semejantes palabras? ¿Habrá ido alguna vez ese tunante á los comicios ó al senado?

ESPARTACO.

Seguidme.

BATIATUS.

¡Ah de mis gentes! ¡ah de mis siervos! A ellos. (*Los esclavos vacilan.*)

ESPARTACO.

¿Sereis capaces de prestar mano á vuestro opresor contra vuestros libertadores?

BATIATUS.

Yo soy la ley.

ESPARTACO.

No hay ley que valga contra las eternas leyes de la justicia.

BATIATUS.

¡Qué extraño lenguaje! No lo he oido nunca ni en lábios de los más exaltados tribunos.

ESPARTACO.

Mi libertad es mi ley.

BATIATUS.

Te he comprado.

ESPARTACO.

Déjame la libertad y yo te juro que te devolveré tu dinero, el dinero que has dado por nosotros.

BATIATUS.

¡Proposicion donosísima!

ESPARTACO.

Despues de todo, ¿no era mia mi vida? ¿No era mia mi libertad? ¿No era mia mi familia? ¿No era mia mi montaña? ¿Qué indemnizacion me has dado por todo esto?

ORIEL.

La ergástula, la gemmonía, la fusta, la horca, la saliva en la cara, la sangre chorreando por todo el cuerpo, la muerte en el Circo, la infamia y la deshonra en el alma.

BATIATUS.

Pero ¿será posible? Una sublevacion de esclavos

ESPARTACO.

No, sublevacion no. El esclavo se vuelve á su hogar, el esclavo se vuelve á su patria. Vosotros y solo vosotros habeis intentado una sublevacion contra la naturaleza humana.

ORIEL.

La libertad, la libertad es nuestra. Nadie puede, nadie, quitárnosla.

BATIATUS.

¿En qué escuela de sofistas habeis aprendido todos esos disparates? Roma dejará de ser Roma sino ahorca á todos los filósofos.

ORIEL.

Pues qué, ¿no tiene cada hombre una maestra inmortal en su respectiva conciencia?

BATIATUS.

Yo creí comprar fuertes gladiadores, y he comprado ridículos sofistas.

ESPARTACO.

Tú creiste comprar bestias, y has comprado hombres. Las bestias hubieran puesto el lomo á tu carga, los hombres te arrojan con desprecio á tierra.

BATIATUS.

¡Ah de mis esclavos! ¡Ah de mis gentes! Cazadlos.

ESPARTACO.

El que quiera ser libre, que me siga. El que quiera ser esclavo, quédese en paz con su tirano.

BATIATUS.

Esclavos, ¡á ellos!

ESPARTACO.

Esclavos, á la pátria!

ORIEL.

Esclavos, á la libertad!

CINTIA.

Esclavos, á vuestra religion!

BATIATUS.

Esclavos, á vuestro amo!

ORIEL.

Esclavos, á la ergástula, á la muerte, ó á la libertad ó á la vida.

BATIATUS.

Vais á ser cazados como fieras.

ESPARTACO.

Vais á vencer á vuestros dominadores. Vais á redimir á vuestros hijos.

(Setenta esclavos siguen á Espartaco, que sale hácia el campo. Ciento treinta se quedan en casa de Batiatus, inmóviles ante sus órdenes imperiosas.)

VIII.

ESPARTACO (*en la cima del Vesubio*).

Hermoso, maravillosísimo espectáculo. ¿Por qué, por qué esta deslumbradora tierra ha de engendrar tiranos tristemente? A mis piés el mar azul, que parece un pedazo de cielo echado sobre la tierra, y que bordan de estrellas los rayos del sol. A mi izquierda, las montañas de los Abruzos, esmaltadas por reflejos de color violeta y ceñidas por nieves que fingen como diademas de nácar, pirámides de cristal. Recostadas entre pámpanos, besadas por las olas, ciudades de orígen griego, hermosas ciudades llenas con todos los prodigios del arte. Aquí, allá, á manera de sirenas, que sacan sus cuerpos de las olas, para recibir los besos de la luz, esas islas que tantas veces han oido los cánticos de nuestros poetas, y han visto pasar en las triremes doradas las teo-

rias de nuestras expléndidas religiones. A mi frente, la griega Parthenope, la musa inmortal de la alegría y del amor. Allá lejos, entre las ondulaciones de las montañas, entre el reflejo de las olas, bajo el expléndido horizonte, cubierta por el follaje umbroso, el golfo de Bayas, por donde han pasado los héroes y los dioses. Tierra hermosísima, por tus dotes naturales, por tus antiguos recuerdos, por los esmaltes del arte; por el espíritu de la religion; por esas ciudades que en aromas se embriagan; por esos bosques incomparables donde crecen la adelfa, la rosa, la verbena; por tus montañas que inspiran fortaleza é independencia, por tus sonoras ondas que cantan, debieras ser en siglos de siglos la tierra de la libertad. Mas parece que tus aromas enervan, que tus placeres degradan, y te has convertido en la inmensa mancebía de los romanos. Aqui no vienen sino á libar tu miel y á traerte sus vicios. Aqui no vienen sino á comer, á dormir, á gozar seguros de que el mundo les obedece, y de que el esclavo trabaja por ellos. Tierra hermosísima, ¿por qué no has de tener sobre todos tus explendores el explendor de la libertad? ¿Por qué has de consentir que entre tantas bellezas se deslice esa triste deformidad moral llamada esclavitud, esa

muerte del alma, de la conciencia, de todo cuanto hay grande y bello bajo el cielo?

ORIEL.

¡Espartaco, Espartaco!

ESPARTACO.

Hermano mio.

ORIEL.

Veo la alegría en tu rostro.

ESPARTACO.

Ayer estábamos en el fondo de la ergástula; hoy estamos en la cima del Vesubio.

ORIEL.

Hay algo más vivificante que el aire, más claro que la luz, más hermoso que el cielo, y es la libertad.

ESPARTACO.

A vivir sin ella, es cien veces preferible la

muerte, sí, la muerte que solo temen los cobardes.

ORIEL.

Tu palabra de libertad ha recorrido toda Italia. Los esclavos campesinos arrojan los instrumentos de labranza, y corren á buscarte como impulsados por salvador instinto. Las puertas de las ergástulas se abren y salen los siervos al aire libre, como muertos resucitados que rompen las losas de su sepultura.

ESPARTACO.

Sea cualquiera nuestra suerte, no está en vencer la gloria, no; está en protestar, y hemos protestado. Roma sabrá que los esclavos son hombres.

ORIEL.

Por de pronto con cuchillos de cocineros hemos cortado nuestras cadenas, con esos cuchillos que solo servian para partir el blando pan de nuestros amos. Con armas de gladiadores hemos

vencido á los soldados de Cápua. Ya tenemos las mismas armas de los romanos recogidas en el botin de sus derrotas, lanzadas en la precipitacion de su fuga. Confiemos y esperemos en nuestra sagrada libertad.

AGATHON.

Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO.

¿Qué hay?

AGATHON.

Los enemigos al pié de la montaña.

ORIEL.

No importa.

ESPARTACO.

Sí, no importa. El aire de la libertad nos ha fortalecido, y venceremos.

AGATHON.

¿Qué hacer?

ESPARTACO.

Se imaginan sin duda que nos han sorprendido.

AGATHON.

Ciertamente.

ESPARTACO.

Pues debemos sorprenderlos á ellos.

AGATHON.

¿Cómo? ¿Cuándo?

ESPARTACO.

Sangre fria, amigo, sangre fria. En la guerra no hay peor enemigo que el propio atolondramiento.

ORIEL.

Manda, y serás puntualmente obedecido.

ESPARTACO.

¿Ellos suben?

AGATHON.

Sí, suben.

ESPARTACO.

La subida es penosa.

ORIEL.

Penosísima.

ESPARTACO.

Dime, Agathon, ¿mandaste fabricar las escalas que te encargué?

AGATHON.

Hechas están.

ESPARTACO.

Nos hemos salvado.

ORIEL.

Tu serenidad inspira completa confianza.

ESPARTACO.

¿Han venido los espías y escuchas?

AGATHON.

Por ellos tenemos todas estas noticias.

ESPARTACO.

¿Cuántas gentes vienen?

AGATHON.

Como unos tres mil soldados.

ESPARTACO.

Están pues perdidos. ¿Qué general los manda?

AGATHON.

El pretor Clodio.

ORIEL.

Esta montaña es inexpugnable.

ESPARTACO.

Y no hay para subir á ella más que un solo tortuoso sendero.

ORIEL.

Y es tan ágrio que difícilmente llegarán hasta nosotros.

ESPARTACO.

Aunque el volcan se haya apagado, extinto, resbaladizas frias lavas lo cubren por doquier, y viñas salvajes lo guardan contra las asechanzas de los enemigos. Defendámonos, defendámonos como buenos.

AGATHON.

Manda y serás obedecido.

ESPARTACO.

Es necesario sorprenderlos.

ORIEL.

Ordena, pues.

ESPARTACO.

Finjamos, poniendo centinelas por los sitios visibles á sus ojos, que los aguardamos.

AGATHON.

Bien.

ESPARTACO.

Y mientras ellos suben, suspende de los otros costados de la cónica montaña, las escalas de sarmiento, hechas por nuestros soldados.

AGATHON.

Estarán suspendidas al instante.

ESPARTACO.

Y en cuanto estemos al pié, reunidos, disciplinados, con el sigilo del zorro, con la furia del leon, con la agilidad del tigre, con la rabia de la hiena nos lanzaremos todos juntos sobre nuestros enemigos, y los aplastaremos ni más ni ménos que el alud, desprendido de las montañas de nieve, aplasta cuanto encuentra en su rápida carrera.

ORIEL.

A la pelea.

AGATHON.

Corro á cumplir tus órdenes.

CINTIA (*apareciendo en la cima*).

Espartaco, he consultado los dioses, y nos prometen una segura victoria.

ESPARTACO.

Cintia, esposa mia; Oriel, hermano mio, sea la que quiera nuestra suerte, la protesta escrita está; la flecha lanzada. El mundo no ha de permanecer eternamente encerrado en la ergástula

romana; la tierra no ha de ser perpétuamente el lecho donde Italia se entregue á sus placeres. Algun dia estos esclavos, que ahora trabajan como bestias, se acordarán de que son hombres. Y entonces buscarán, sino mis huesos destrozados en la voracidad de la naturaleza, mi nombre, y lo pondrán junto á sus héroes, junto á sus mártires; y lo trasmitirán, como un ejemplo digno de ser seguido é imitado, á todas las generaciones; y los historiadores, que ahora me desprecian, registrarán el dia luminoso de esta rebelion sublime como uno de los dias creadores del hombre, como uno de los dias sagrados en que comenzó la redencion del esclavo.

IX.

CLODIO (*al pié del Vesubio, dirigiéndose á los soldados romanos.*)

Soldados, ya lo habeis visto. La más infame de las rebeliones amenaza á Roma, á la ciudad, ante quien se postran de hinojos todos los pueblos. Aquellos seres, que solo merecen vuestro desprecio, inferiores al perro que guarda vuestras casas, han querido ser, como vosotros, hombres, cual si los dioses, al crearlos para la servidumbre, no les hubiera negado el alma. Vosotros no podeis vacilar, ni dudar un momento. La ciudad que ha sometido desde la sabia Grecia hasta la risueña Bética; la ciudad que ha penetrado victoriosa en Asia y en Africa; la ciudad que ha vencido á Annibal y á Mitrídates; que ha entrado dentro de sus muros, y en calidad de despojo, al feroz Yugurtha, no se aterrará porque innobles

esclavos la amenacen, dirigidos por un trhacio oscuro, por un gladiador bárbaro como Espartaco. El génio de Roma está esparcido por el Universo, y protege á todos aquellos que en él se inspiran y que por él combaten. Fuerzas teneis, fuerzas muy superiores á la empresa. Valor teneis, valor mucho más grande que el de esos siervos inferiores á los brutos. Las espadas romanas están en vuestras manos libres, mientras en sus manos solo están las marcas de las cadenas. Los dioses con vosotros están, mientras ellos no saben qué númen ni que divinidad invocar. El génio de la justicia romana, que ha sojuzgado el mundo, va con vosotros. Subid, subid. No desmayeis un punto; que la duda no os haga vacilar; que no os haga vacilar el terror. Esos enemigos no merecen ni las palabras que gasto, ni las fuerzas que empleamos. No asistimos á una guerra, asistimos á un ojeo; no vamos á una batalla, vamos á una caza. En cuanto vean nuestras enseñas gloriosas, esas enseñas que asombran al mundo, caerán desarmados á nuestras plantas. Y si no, mirad. Han corrido despavoridos de Cápua á Parthenope. Incapaces de esperarnos en territorio llano, se han guarecido en una montaña abrupta; creen que hasta no podrán llegar los que han pasado los

Pirineos y los Alpes, los que han vencido en los desfiladeros de Macedonia y de Tracia. Ese asilo es el asilo de su terror; esa altá montaña es el testimonio altísimo de su debilidad. Subamos en alas de nuestro entusiasmo, seguros de que en su cima crece el laurel de la victoria. Rico botin de esclavos nos aguarda; el Senado os entregará de ese botin una parte. Vuestro general os lo promete. Y en el momento de comenzar esta lucha solo quiere que tengais presente lo que sigue: sois invencibles porque sois los soldados de Roma.

ESPARTACO *(apareciendo al pié de la montaña.)*

Y nosotros los soldados de la libertad. ¿Hay algo más grande?

CLODIO.

El enemigo.

ESPARTACO.

El enemigo.

CLODIO.

¡Qué audacia!

ESPARTACO.

No tan grande como la vuestra al convertir en bestia de carga á hombres que tienen alma.

CLODIO.

A ellos, soldados romanos.

ESPARTACO.

A ellos, siervos redimidos.

CLODIO.

¿Qué veo? Se dispersan mis gentes.

ESPARTACO.

Se dispersan.

CLODIO (*retrocediendo.*)

¡Oh mengua!

CINTIA (*sobre un risco.*)

Los pátrios dioses han oido mi plegaria.

ESPARTACO *(á los suyos.)*

Ya lo veis, huyen. Corred tras ellos. No deis paz á la mano. Quereis esclavizarnos, soldados romanos? ¡Ay de Roma! ¡Ay de Italia!

ORIEL *(en los campos de Lucania.)*

¿Estás triste, Espartaco?

ESPARTACO.

Muy triste.

ORIEL.

Pues todo te sonrie, todo te promete venturas sin cuento.

ESPARTACO.

Hasta aquí, hermano mio, los dioses nos han sido favorables. Pero de aquí en adelante...... ..... ¿quién sabe? ¿quién lo sabe?

ORIEL.

No hay motivo alguno para dudar. Tu cons-

tancia es la misma, tus hombres son más, tu prestigio mucho y tu causa justísima.

ESPARTACO.

Cierto, cierto. Pero no sé qué triste presentimiento me atenacea el corazon. Esperemos.

ORIEL.

¿Quién se resiste á tu pujanza?

ESPARTACO.

El destino, de que todos somos juguete.

ORIEL.

Mil veces te ha dado la victoria.

ESPARTACO.

Por lo mismo es fácil, facilísimo, caer de más alto.

ORIEL.

Pero no habrás caido sin cumplir escrupulosamente tu deber.

ESPARTACO.

Escrupulosamente. Mi deber estaba reducido á protestar, y he protestado; á decir al esclavo que no hay derecho para apoderarse de su persona, y se lo he dicho. Ahora, confiada esta idea al viento, hecho este soberano esfuerzo, queda todo lo demás al arbitrio del cielo. Cuán difícil es, en las postrimerías de la vida, volver los ojos hácia atrás y decir: he cumplido estrictamente mis deberes!

ORIEL.

La victoria te ha seguido á todas partes. El Senado romano se ha espantado como no se espantó en presencia de Annibal. Sin duda ha visto en tí reunidas las razas que ha oprimido, y condensadas las justísimas cóleras de esas razas opresas. La sangre en que esta sociedad se halla como amasada, arde por sí misma. La ceniza que creian apagada, se ha convertido en lava ardiente. Donde imaginaban tener las bases de su trono, el volcan ha abierto su cráter. El gladiador se ha convertido en ciudadano, el ciudadano en soldado, el soldado en vencedor, el vencedor graba-

rá en la impura realidad su idea, y redimirá á todos los suyos.

ESPARTACO.

¡Ah! No. Los tiempos todavía no están maduros. La redencion de nuestra casta no puede ser obra de aislados esfuerzos. La redencion de nuestra casta debe ser obra lenta y segura del tiempo. Se necesitan todavía muchos sacrificios. Se necesitan todavía muchos holocáustos para desarmar al destino.

ORIEL.

Pero tú has luchado con valor, y has vencido con fortuna. En los alrededores de Cápua huyeros los romanos á tu mirada; y á tu voz en las ágrias laderas del Vesubio. Despues has deshecho las gentes del pretor Varino, y de su lugar-teniente Cossinio, cuyos bagajes, cuyas riquezas, cuyo cadáver, cuyo ejército completo fué en tus manos. Montas el caballo del pretor, y llevas á tu lado sus lictores. De marcha en marcha llegaste al pié de los Alpes; donde, con dar un paso, hubieras podido ganar los desfiladeros de tu

pátria, y en ellos la codiciada libertad. Luego has retrocedido, recorriendo vencedor y pujante toda entera la tierra de Italia. Cercado ya por Léntulo, en supremo esfuerzo, rompiste el cerco, y te quedastes con nuevos y más ricos despojos. Casio en las tierras que el Pó baña, probó la fuerza de tu brazo. Saliéndote al encuentro con gran golpe de gente, perdióla toda, y estuvo cerca de caer al filo de tu espada. Craso ha venido con multitud de caballeros romanos. La ciudad de los dioses ha mandado contra míseros esclavos la flor de sus soldados. Has vencido al teniente de Craso, á Mumnio. Multitud de caballeros romanos han muerto en este encuentro. Multitud de águilas romanas han pasado desde el cielo de la victoria, donde vibraban el rayo de la guerra, á ser como nuestras aves domésticas. El terror ha sido tanto, que Craso se ha visto forzado á diezmar á sus legiones, para obligarlas á combatir contra tí, contra los míseros esclavos. Perdido estabas en Regio, cercado por Craso, y te salvaste. ¿Qué, qué puedes, dime, temer hoy? Aquí estamos en la rica Lucania, con más fuerza que nunca, vencedores, esperanzados, dispuestos á comenzar de nuevo nuestras inacabables y tenaces peleas. Pues qué, ayer mismo, cuando todo

parecia acabado, cuando innumerables de los nuestros habian caido, cuando el romano cantaba su victoria, y se apercibia á comunicarla al Senado, ¿no te revolviste, marchaste á marchas dobles, te lanzaste de nuevo sobre tus implacables enemigos y los venciste con la celeridad del relámpago, con el estruendo del trueno? Espartaco, el mundo te pondrá entre sus héroes, y entre sus redentores el esclavo.

ESPARTACO.

Es verdad cuanto has dicho, pero tambien es verdad que luchamos con un imposible.

ORIEL.

¿Por qué?

ESPARTACO.

Porque es imposible hoy vencer á Roma.

ORIEL.

Otras ciudades han caido. Babilonia, Tiro, han

visto desprenderse la corona inmortal de sus altivas frentes.

ESPARTACO.

Habian cumplido su destino.

ORIEL.

¿Y en qué, dime, conoces tú que Roma no lo ha cumplido todavia?

ESPARTACO.

Lo conozco en la debilidad de sus enemigos, en nuestra propia debilidad.

ORIEL.

Te llamas débil despues de tantas victorias?

ESPARTACO.

Que ninguna puede ser definitiva.

ORIEL.

No te desesperes, ilustre vencedor de los vencedores de la tierra.

ESPARTACO.

¿Pues qué, no lo has visto.? ¿No has visto cómo son los esclavos? La servidumbre apaga la conciencia en su frio cerebro. La cadena los abruma hasta destruirles y extirparles el alma. No entienden lo que es la libertad. No sienten el placer purísimo de poseerse á sí mismos, de ejercer sobre su propia persona la autoridad, la jurisdiccion, el dominio que ejercen ahora nuestros amos. Para mí, toda nuestra sublevacion acababa el dia en que fuésemos libres. Con esta idea llevé los esclavos emancipados desde la Campania á los Alpes, para que tomando unos hácia el Oriente y otros hácia el Occidente, hubiéramos ganado los galos sus selvas, nosotros nuestras montañas. No habria placer semejante al placer de tornar libres las tierras que habíamos dejado al caer en la esclavitud. Los aires serian allí más puros, la luz más brillante, la naturaleza más vívida y más rica en el seno de la libertad. ¡Ah! los corazones endurecidos no sienten el amor á la pátria. Sus conciencias apagadas no tienen la idea del derecho. Á ganar las montañas, á poseer el hogar, á vivir en comunicacion con la naturaleza, han preferido talar los campos, destruir las ciudades,

quedarse con grandes despojos, incendiar, matar. Yo hubiera querido que nuestra causa no costára más sangre que la sangre vertida en los campos de batalla. Hubiera querido que no fuéramos opresores por haber sido opresos; que no fuéramos perseguidores, por haber sido perseguidos; que limitáramos nuestra obra á defender nuestro derecho. Ahora, caidos en este abismo del Mediodia de Italia, de donde difícilmente saldremos, muy difícilmente, vamos á luchar con furia, con rábia, con la exaltacion propia de nuestra causa; pero, hermano mio, no lo dudes, no lo dudes, ¡ay! sin ninguna esperanza.

XI.

CLAUDIO(*en el campamento de Craso. Es de noche.*)

Cuidemos, como cumple á un buen tribuno militar, de este campo.

SEXTO.

Y todo es menester, tratándose de tan vil canalla, que ha salido de sus ergástulas como una manada de fieras.

CLAUDIO.

Imposible pernoctar sin fortalecernos grandemente contra todo asalto.

SEXTO.

Antes de ayer parecian exterminados, y ayer han vuelto con mayor furia.

CLAUDIO.

Hoy debe ser el dia decisivo.

SEXTO.

Me han dicho que Craso demandaba el auxilio de Pompeyo. Mal hecho.

CLAUDIO.

En algunos momentos creyó imposible vencer á los esclavos, si no venian prontamente en su socorro las legiones de España, de Africa, de Asia.

SEXTO.

¿Cómo gente de esa vil condicion, tendrá tanto valor?

CLAUDIO.

Son fieras, y es su valor el valor de las fieras.

SEXTO.

¿Has cuidado bien del campamento?

CLAUDIO.

Todo está en regla.

SEXTO.

Craso ha sido implacable con las legiones. Hacía mucho tiempo que no se usaba el expediente de diezmarlas.

CLAUDIO.

Tambien hacía mucho tiempo que no mostraban los soldados romanos un terror tan grande. Vigilemos.

SEXTO.

Está perfectamente concluido el cuadrado?

CLAUDIO.

Y cavado hondamente el foso que resguarda nuestras elevadas trincheras, seguro del águila romana.

SEXTO.

La tierra sacada del foso forma una grande

muralla que fuerte empalizada termina y corona?

CLAUDIO.

Ya he dado las órdenes para evacuar el campo antes de amanecer, puesto que el enemigo se halla cerca. Las cuatro puertas, pretoriana y decumana, derecha é izquierda, ofrecen bastante espacio al paso de las tropas.

SEXTO.

Veo que aún allá abajo trabajan los nuestros.

CLAUDIO.

Concluyen el camino de cintura.

SEXTO.

Todo el mundo está en regla. La vanguardia ocupa el frente. Tras de ella se eleva la tienda del general. Junto á la tienda del general, nuestras tiendas, las tiendas de los tribunos militares. Las demás fuerzas ocupan su sitio de ordenanza. Tanto mejor. El descuido del más pequeño detalle, puede costarnos, como otras veces, muy caro.

CLAUDIO.

Vigilemos. Ocupa el general su pretorio, y duerme profundamente. El Augur, despierto todavía, consulta los presagios del cielo á un lado del pretorio, mientras el cuestor cuenta al otro lado los próximos estipendios. Las doce tiendas tribunicias se hallan cerradas, con excepcion de las dos nuestras. Las tiendas están ordenadas legalmente, y distribuidas en seis columnas. Sobre la tribuna reposan, como en su nido, las águilas de las legiones. La vía quiritaria tiene los cincuenta pies exigibles, y separa en dos grupos el campo. La caballería ocupa sus alojamientos, y las vivanderas y los cantineros reposan sosegadamente en los arrabales del campo. Esperemos que mañana se empeñe la última batalla, y sea nuestra la última victoria.

SEXTO.

Mas parece que oigo rumor allá en el campamento enemigo. La primera luz del alba dora inciertamente el borde oriental de los cielos. La alondra sube desde su nido de barro á entonar allá por las alturas el cántico matinal. Apercibámonos.

XII.

ESPARTACO (*en su campamento.*)

Compañeros, oidme. La luz del nuevo dia debe alumbrar una gran victoria, si unís al valor de siempre la decision de no ser vencidos, sino antes muertos. El enemigo es poderoso, pero vosotros lo sois más; porque él, feliz, teme á la muerte, y vosotros, desgraciados, buscais la muerte como un consuelo supremo. Mirad qué general nos han mandado, un epicúreo, un avaro, que se ha enriquecido con los despojos de la guerra civil, de la guerra extranjera, y que conserva sus riquezas con legiones de esclavos contínuamente oprimidos y atormentados por su sórdida codicia. Cara á cara con todos esos vicios repugnantes os hallais vosotros, hijos de la naturaleza, amamantados á los pechos de la madre tierra,

crecidos en la pura atmósfera de las montañas inundadas por purísima luz, vigorizados por la desgracia, reclamando la propiedad sobre lo más propio que puede tener el hombre, sobre la vida, sobre el alma, recibidas de los dioses. Luchad como habeis luchado hasta aquí, teniendo siempre en cuenta que es preferible, muy preferible la muerte á la derrota. El dia en que todos prefiriéramos morir á ser esclavos ¿qué habian de hacer nuestros señores? ¿Y no es más grata, más misericordiosa, más blanda esta tierra donde caemos muertos que esa ergástula sombría, húmeda, chorreando dolor y sobre todo vergüenza, en la cual sufrimos cien muertes cada minuto estando vivos? Soldados, á combatir con verdadera furia. Soldados, á buscar con nuestras armas el corazon de esos enemigos, eternos tiranos de nuestros hijos. Soldados, á vencer pronto, ó morir, y á apagarnos en una eternidad, que aunque fuera un sueño perdurable, un vacío eterno, la nada seria preferible siempre á nuestra deshonrosa servidumbre.

AGATHON.

Partámonos á la pelea. Toma, Espartaco, toma tu caballo.

ESPARTACO.

Pelearé con vosotros á pié; no quiero caballos. Vencedor, tomaré hermosos caballos de mis enemigos; vencido, no los necesito. El vencido solo necesita el caballo para la fuga; y yo os juro que no huirá Espartaco.

AGATHON.

Al combate, al combate.

ORIEL.

A buscar la victoria.

ESPARTACO.

O la muerte.

SOLDADOS DE ESPARTACO.

A la pelea, á la pelea.

XIII.

CINTIA (*en una eminencia desde la cual se domina el campo de batalla. A sus espaldas un gran precipicio*).

Dioses pátrios, escuchadme. Vosotros no habeis podido enviar un alma tan grande, como el alma de Espartaco, impregnada de vuestro aliento creador, bruñida en vuestra luz divina, para que se apague, para que se extinga en las tinieblas del Orco, sin dejar tras sí eterno reflejo en la vida universal. Oidme, oidme, oid á esta pobre mujer, que ruega por él, que para él impetra vuestro auxilio, el auxilio de aquellos génios de la montaña, que protegieron su cuna. Venid, venid, aunque sea invisibles, en alas de los vientos, sí, de aquellos vientos descendidos de las altas cumbres de Tracia; venid á pelear á su lado por la causa de la raza entera que os consagra su corazon y

os ofrece sus sacrificios. Si el crímen de esclavizar esa raza se consuma; si cada dia nuevos cazadores la merman; si el pueblo entero es trasladado desde las crestas luminosas de los montes á los abismos negros de la ergástula, ya no hay, ya no hay esperanza, no hay esperanza de que humanos lábios consagren á vuestro nombre una oracion, ni humanas manos ofrezcan bajo vuestros rústicos templos religiosos sacrificios. Vosotros qué le habeis creado, mantenedle; vosotros que le habeis dado aliento para tanta empresa, acorredle; no le dejeis, no, desamparado; no me dejeis á mi solitaria en esta tierra. ¿Por qué digo esto? Yo no estaré, no, solitaria; yo en cuanto él no sea, no seré tampoco. Si vosotros no me arrancais la vida, me la arrancaré yo misma. Allá le veo; sus ojos despiden llamas, su aliento parece el aliento de la tempestad; en torno suyo caen los hombres, las enseñas, las lanzas como los árboles de un bosque á las embestidas del elefante furioso. Busca á Craso, lo busca con la agilidad del tigre. Cuantos obstáculos encuentra, destroza; cuantos hombres le salen al paso, derriba; cuantas fuerzas se le oponen, rompe, como si fuera su cólera un huracan desencadenado. Pero ¿qué veo? Le cercan, le alcanzan, le hieren,

ha caido. ¡Ah! los romanos avanzan, avanzan y pisotean su cuerpo. Los esclavos caen. ¡Desgraciados! Unos pocos huyen. ¡Cobardes! Si Espartaco huyera tambien, si á lo ménos se conservara para mí sola. Amor mio, huye, nos iremos á una caverna muy alta, donde no puedan llegar estos tiranos; ya no me oirá.

AGATHON (*despavorido.*)

Cintia, Espartaco es muerto.

CINTIA.

Y su esposa tambien. (*Se lanza por el precipicio.*)

XIII.

ORIEL (*en el campo de batalla. Es de noche.*)

¡Qué silencio! Al ruido estridente de la batalla, al choque de las armas, á los gritos de la cólera, á los ayes de los heridos, á los estertores de los moribundos, sucede esta calma pesadísima, esta calma de muerte. Solo se oye el grito del ave nocturna, ó el rechinar de los dientes del oso que ha bajado de sus madrigueras al olor de la carne fresca. Solo se ven algunas luces pálidas, verdosas, que andan de aquí para allá, que lucen brevemente, y que se apagan, como si fueran funerales antorchas salidas del seno de los profundos infiernos. Las nubes descienden tanto, pasan por tan cerca del suelo, que parecen venidas á recojer las almas de los muertos en sus flotantes sudarios. A veces el pálido rayo de la luna se abre paso á través de las nieblas amontona-

das, é ilumina con su luz mortecina los rostros de los cadáveres diseminados, sus varias expresiones, ya de terror, ya de cólera, ya de venganza, ya de alguno de esos infinitos matices del ódio, pasion predominante en la guerra. Yo te busco, grande entre los grandes, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires, yo te busco, sí, con el anhelo que la madre á su hijo perdido, para posar por última vez mis lábios en tu frente donde vibrará encendida la chispa de tu idea. Si yo fuera como tú, mortal, sino personificara en mi vida eterna el eterno dolor de la casta, por cuya redencion te has sacrificado, yo moriria junto á tí, yo pediria que mis huesos en la tierra se mezclasen con tus huesos. Hombres que temeis á la muerte, si viérais con qué ánsia la busco, y con qué impaciencia inútilmente la espero. Seria á mis ojos su blanco sudario como el velo de la desposada, y su cavernosa boca como los rizados y melífluos lábios de la casta vírgen de los primeros amores. El mundo no es para mí otra cosa que un desierto erizado de espinas, la vida corre para mí como un rio de hiel sin fuente, sin desagüe y sin riberas. ¡Oh, muerte, muerte, amiga única de los tristes! ¿por qué no vienes á consolar mis acerbas, mis profundísimas

tristezas.—(*Óyese un gemido.*) ¡Ah! ¿Qué voz oigo? (*Precipitándose sobre un cuerpo humano tendido á sus plantas.*)—Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO.

¡Ah!

ORIEL.

¿Vivos?

ESPARTACO.

Muero.

ORIEL.

Mi aliento te infundirá nueva vida. Mi sangre alimentará tus venas.

ESPARTACO.

No, no.....

ORIEL.

Es imposible, hermano mio, que mueras.

ESPARTACO.

Imposible..... imposible... que viva.

ORIEL.

Como el fresco de la nocbe te ha vuelto el sentido, mi amistad te conservará la vida.

ESPARTACO.

Mi carrera está terminada; mi vida concluida. Por cada una de las infinitas heridas de mi cuerpo se escapa el alma.

ORIEL.

Si yo pudiera morir contigo. . . . . ¡Ah! seria feliz.

ESPARTACO.

En verdad, el sueño es el alivio, y la muerte el remedio de la esclavitud.

ORIEL.

¿No crees que haya otro remedio?

ESPARTACO.

¡Oh! Si..... sí..... lo hay, lo hay.

ORIEL.

No podias tú morir en la desesperacion.

ESPARTACO.

Muero, muero en la esperanza.

ORIEL.

Si así no fuera, ¿de qué serviria tu sacrificio? ¿Qué seria? Un grande esfuerzo sin resultado; un grande holocausto sin objeto.

ESPARTACO.

Yo veo algo, yo oigo algo, extraño, sobrenatural.

ORIEL.

Díme lo que ves en los reflejos de tu martirio.

ESPARTACO.

Levántame, levántame.

ORIEL (*lo incorpora*).

¡Oh todavía de pié, y el cuerpo es una pura herida.

ESPARTACO.

¿No ves nada?

ORIEL.

Nada más que los cadáveres amontonados y los lobos errando entre ellos, como sombras.

ESPARTACO.

El rayo de la luna que ahora besa nuestros rostros, ¿no dibuja nada á tus ojos?

ORIEL.

Nada mas que algunos ligeros reflejos en las armaduras y en las espadas rotas.

ESPARTACO.

¿El viento no murmura ninguna palabra en tu oido?

ORIEL.

Solo murmura un gemido.

ESPARTACO.

Pues yo veo nuevos patíbulos alzarse para el esclavo; nuevos circos abrirse para sus cruentas

peleas; nuevos tormentos cebarse en sus cuerpos; dolores nuevos en su alma. Y sin embargo, de pronto, el mundo se transforma. La sangre vertida en los campos de batalla fecundiza la naturaleza y fecundiza el espíritu. La proterva ciudad, que se ha prostituido á los reyes, que ha fabricado las ergástulas, que se ha divertido en los circos, rota, despedazada por nuestros descendientes, sin corona y sin cetro, caerá sobre un lecho de cenizas, para hacer penitencia por siglos de siglos, y penitencia cruentísima, de rodillas ante sus explotados esclavos. La cruz, el árbol por donde ha corrido nuestra sangre; la cruz, el patíbulo donde han muerto nuestros padres y morirán nuestros hijos; la cruz infamada, la cruz maldecida, se elevará, como un lábaro bendito, sobre las frentes y las espaldas encorvadas, derramando esperanzas, luminosísimas esperanzas, que prometan al esclavo, á cambio de su corona de espinas en la tierra, otra corona de estrellas en el cielo. Pero el esclavo no se contentará con esta lejana promesa. Una voz misteriosa le habrá dicho desde el sacro altar de un grande martirio, que es igual en espíritu y en esencia, en origen y en destino, á los demás hombres. Y esta voz arrojará sobre su cuerpo inerte, acribi-

llado de heridas, abrumado por la impía coyunda, una idea pura, una idea inmortal. Al calor dulcísimo de esa idea, brotará un nuevo espíritu, y este espíritu será el esposo eterno de la naturaleza, y querrá en el seno de la naturaleza realizar la plenitud de su esencia, la integridad de su destino. Y el martirio será largo, y la redencion será lenta. En nombre de Dios le habrán al esclavo dicho que su alma es igual á las almas de los demas séres humanos; y cuando vaya á los templos á pedir el cumplimiento en la tierra de esta promesa divina, entre los fieles entregados á la adoracion de la Cruz, patíbulo del siervo; entre los coros que canten la exaltacion del humilde y el abatimiento del poderoso; en el seno de una religion que enseña el martirio, la muerte de un Dios por la redencion de un esclavo; el eterno siervo será vendido y comprado como una bestia, azotado hasta salpicar de sangre los mismos altares donde se conmemora el holocausto por su redencion. Y vendrán pueblos que salgan como nosotros de las selvas; que sean parientes nuestros por la sangre; hijos de la naturaleza, educados en la libertad; sin más idea que la apoteosis de la personalidad humana, sin más destino que matar el cesarismo romano, y sin embargo, con-

tinuarán la esclavitud. Pero un viento misterioso descenderá del cielo, y derramará en el espíritu de los hombres de Occidente la idea extraña de conquistar en Oriente misterioso sepulcro, que vacío, desierto, abandonado, tan sólo por haberlo henchido mil años antes con su cuerpo un mártir, será aún fecundo hasta producir de nuevo la libertad, en una guerra donde se mezclen las razas, y con las razas las castas, y con las razas y las castas todas las ideas, hasta que de tan divina infusion resulte necesaria é indispensablemente el espíritu divino de una nueva humanidad. Y el mundo que estaba atormentado por infinitos terrores, se erguirá como la flor, agostada por el sol, se levanta al dulce rocío del crepúsculo. Creia el mundo ver sus bases rotas, sus cielos desvanecidos, sus astros deshechos como pavesas, sus hijos reducidos á esqueleto, su sentencia final é inapelable escrita con caractéres siniestros en la inmensidad vacía; la muerte reinando en la alta cúspide del universo; la nada tragándose todas las cosas en sus negros abismos; y entre tanto terror, que se asemejaba al suicidio de la humanidad, surge de nuevo la esperanza, pura, inmaculada, engendrando la primera encarnacion de la libertad. Entonces bre-

tarán ciudades encargadas de producir una nueva vida, como las abejas producen la dulcísima miel en sus colmenas. Y esta nueva vida descenderá hasta el insondable abismo, hasta la conciencia del esclavo. Y de las ruinas surgirá la diadema de las artes para el hombre transfigurado. Y la tierra se doblará, y se ensancharán y dilatarán los mares. Y al mismo tiempo que los mares se dilatan, dilataráse con ellos el espíritu humano, que adquirirá la plenitud de su conciencia. Y despues de la conciencia vendrá la razon libre, cargada de frutos, como antes la fantasía y el sentimiento se habrán cargado de flores al dulce calor de la nueva vida y de su fecunda libertad. Pero como el mal es incansable, tenderá al género humano nuevas asechanzas, y pondrá en la libre y emancipada conciencia nuevas sombras. Y en el mundo rejuvenecido, en ese mundo, en que es más nueva la luz y más vigorosa la vida, y más inmaculado el cielo, veránse entre los explendores de la naturaleza, como negros ataudes entre las alegrías de un festin, barcos que conduzcan nuevos esclavos, impíamente oprimidos y maltratados, más infelices aún que nosotros, los esclavos de Roma. Pero esta esclavitud será transitoria. No en mármoles, no en bronces, no

en ninguna materia que pudiera gastar el tiempo, sino en los senos inmortales del espíritu, se escribió, se promulgó la nueva ley de la vida, la nueva constitucion del género humano, la igualdad en el derecho, en la justicia. Y los últimos eslabones de la cadena del esclavo, se fundieron al fuego de las ideas. Y desaparecieron las ergástulas de la sociedad como sepulcros pestilentes, que envenenaban los aires. Y se asentaron los hombres, hijos de una misma madre, continuadores del mismo linaje, iguales en derechos, á la sombra benéfica del árbol sagrado, sacratísimo, de la justicia universal, una, como el sol. La guerra se acabará entre los pueblos, la marca de infamia y de vileza desaparecerá en el trabajo, la vida se tornará más luminosa y más bella; el espíritu humano más puro y más diáfano; el mal será como una sombra lejana, y cada hombre estará en comunicacion con todo el universo. En este dia sublime, dia de redencion definitiva y eterna, el pobre esclavo que ahora muere en el campo de batalla, maldecido por sus señores é ignorado de sus hermanos, será bendecido, exaltado, puesto entre los redentores de la humanidad emancipada. Y los padres enseñarán á sus hijos mi nombre. Y la historia recogerá mis me-

nores hechos. Y la poesía maldecirá á mis verdugos. Y cada lágrima de un esclavo emancipado, de un pueblo redimido, de un espíritu que se levanta á la vida, de una conciencia que se abre á la luz, cada lágrima de reconocimiento caida, hará palpitar de alegría mis huesos en su tumba. Y la sangre de mis venas será como la via láctea en las tinieblas de la noche; un reguero de ideas, de esperanzas, de consuelos, de nuevos y más hermosos mundos. Y subirá en espirales á lo infinito, como la nube de humo despedida por un sacrificio, este último aliento que se escapa de mis labios. Y tú, mártir, víctima, sér eternamente infeliz; tú, esclavo, serás por la libertad redimido. Mira, este es el consuelo supremo de mi agonía. Déjame ahora morir. Tiéndeme sobre el suelo. Cierra mis ojos. Deja, deja que me duerma. Cintia..... Oriel..... Hermano..... Esposa. Nos vere.....mos. Oriel..... Cintia..... Esposa..... Esclavos..... Libertad..... Esperanza..... Cintia..... Amor..... Re..... Redencion. (*Espira.*)

XIV.

ORIEL.

Crasso, Crasso, vuelves á Roma á recibir una ovacion, triunfo pequeño, honor fugaz, decretado á tu soberbia, por haber vencido un enemigo tan despreciable como el esclavo. Entras á pié en la ciudad, vestido con tu traje consular, envuelto en el manto con franja de púrpura, saludado por coros y flautas, ceñido á la frente el oloroso y bello mirto, el árbol de Vénus entrelazado con ramos de olivo, el árbol de Minerva. Dejas á tus espaldas veinte mil muertos, y enclavados en el patíbulo de la cruz diez mil esclavos. ¿Ves esa cruz maldecida, abominada? Pues esa cruz ha de ser en lo porvenir, ¡oh, vencedor! la cúspide del mundo, la cima del espíritu, el árbol de la vida.

JORNADA CUARTA

DE LA SEGUNDA PARTE

DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

LA AGONÍA.

I.

LA VOZ DE JOB *(en el desierto)*.

Yo, Jehová, te ofrecia sacrificios y holocaustos que eran aceptos á tus ojos. Tenia servidores fieles, manadas de camellos, ganados de bueyes y borregos, esposa casta, hijos queridos, hijas casadas, cosechas en el campo, abundancia en el hogar, honra entre los hombres, en el cuerpo salud, en el espíritu alegría. El mal era para mí palabra sin sentido: que no podia comprender, como siendo tú Dios, hubiera en el mundo ni en el cielo otro Dios poderoso, el Dios del mal. Porque de tí, Jehová, de tí solo puede venir el bien. Mas un dia los salteadores me robaron mi ganado lanar, los filisteos mis camellos, la peste mis

hijos, la miseria mi hacienda, el dolor la salud del cuerpo, la alegría del alma. Desnudo me encuentro, como salí del vientre de mi madre, y desnudo voy á caer sobre la tierra, como un puñado de estiercol. Mi cuerpo es una llaga desde la cabeza á los piés; y tosca teja me sirve para rascarme tanta lepra. De tí, Dios mio, venian los bienes que yo bendije; de tí la salud, de tí la alegría, de tí la abundancia. ¿Vendrán de tí tambien todos los males? ¿El mal y el bien pueden venir á un tiempo de Aquel que es todo-poderoso, y todo-bueno? Si todo-poderoso, ¿cómo no tienes poder para aniquilar el mal? Si todo-bueno, ¿cómo surge de tí algo contrario á tu naturaleza? El que nunca se ha separado de tus caminos, concluye por extraviarse. El que nunca ha vacilado en sus creencias, concluye por dudar y por caer. No se diga jamás que puede ser de nuestra voluntad obra el mal. ¿Qué daño ha hecho el niño inocente, traido sin consultar su voluntad á la vida, y al nacer, en cuanto la fria atmósfera le toca, llora, como si sér fuera sufrir, hasta que, despues de convulsiones sin número, y de penas inmerecidas, muere sobre una tierra que no conoce, cual un juguete quebrado por la arbitrariedad y por el capricho de un génio en delirio? El

problema del mal se ha levantado á los ojos de mis honrados vecinos, y solo han sabido romper sus vestiduras, rapar sus cabezas, ceñirse el sayal y el cilicio, quejarse á la inmensidad. Maldito sea el dia en que nací! Maldito sea el instante en que me engendró mi madre!

ORIEL.

¿Te quejas del mal? Si lo llevaras como yo mezclado en la sangre de las venas, en el aire del pecho, en la idea de la mente, en la vida y hasta en las sombras de la vida. Yo á nadie ofendí. Yo á ninguna ley falté. Yo no he pecado. Y los tiranos han lanzado sobre mis espaldas una cadena tan pesada como la tierra, tan larga como la eternidad.

CORO INVISIBLE DE ANGELES.

Nosotros venimos de lo infinito y podemos contestar, Oriel, á tus amargas quejas. Naciste en la inmensidad, al soplo del Eterno, con alas de luz, y cuerpo trasparente por donde discurria un alma inmaculada. Cuando viste la eternidad sin fondo ni riberas, cuando escuchaste el suave con-

cierto compuesto por los astros, cuando sentiste la idea increada como un calor benéfico derramarse por tus venas, cuando contemplaste á Dios, en vez de esa incomunicable alegría de la vida, expresaste pena intensísima por no haberte creado á tí mismo, por no haber sido tú el autor único de tu propia existencia. La creacion es obra inmensa. El ángel que quiso ser Dios, fué lanzado al mal, y el ángel que quiso ser creador de sí mismo, á la pena, al trabajo inacabable de la propia creacion. ¿Ves el grano de arena que en el fondo del agua se precipita y queda inerte? Pues ha costado su formacion siglos de siglos. ¿Ves la colina florida? Pues producirla, elevarla, sostenerla ha sido obra casi de una eternidad. Deseaste salir por tí mismo del no sér al sér. Caiste en el no sér. Tu voluntad, tu conciencia, tu sentimiento dejaron de pertenecerte, pasando á pertenecer á los tiranos. Has sufrido mucho. Has atravesado toda la tierra, toda la historia, sin hallar en el mundo un soplo de libertad, ni en el cielo una señal de misericordia. Pero has trabajado y has podido comenzar la obra jigantesca de tu propia creacion. El mal de que se queja el desgraciado Job, tiene su justificacion plena con sólo mirar el Universo. Y el mal de que te que-

jas tú es la obra de tu propia libertad. La redencion ha comenzado desde que ha comenzado el trabajo.

SATANAS (*surgiendo de negra nube.*)

¿Os quejais de mí? ¿Os quejais del mal? ¡Bellacos! ¿Qué sería sin mí la vida? Yo soy la ágria levadura de todas las cosas. Vuestros dias serian en su explendor horribles sin las noches; vuestros amores en su beatitud insoportables sin los celos; vuestras ciencias en su saber ridículas sin la duda. Para comprender lo hermoso, necesitais lo feo; para lo bueno, lo malo; para la vida, la muerte. Yo soy tan necesario con mis cuernos y mis pezuñas de macho cabrío, con mis alas de murciélago, con mis ojos de lechuza, con mi voz de tigre, con mi lujuria de mico y con todas mis maldades, tan necesario al Universo, como vosotros, ángeles del Señor, séres insípidos que vagais, eternos niños, de cielos en cielos, y de mundos en mundos, arqueológicos y anticuados como la ignara teología. Decid á vuestro Dios que yo me muero y vereis cómo al instante se muere él tambien, pues cada sér vive por su idea y cada

idea necesita de su contraria, como Dios de Satanás.

JOB Y ORIEL.

¿Será verdad que el mal es necesario?

II.

LA SOMBRA DE ESPARTACO *(en el campo de Filipos.)*

¡Oh, Roma! ¡infame Roma! Creias con la inmolacion de mis derechos conservar tu libertad. La venganza ha sido bien pronta, el castigo bien rápido. Tu libertad perece.

BRUTO.

¡Qué extraño rumor! ¡Qué sombrío fantasma!

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

Bruto.

BRUTO.

¿Quién me llama?

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

Tu conciencia.

BRUTO.

¿Qué me quieres?

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Qué has hecho de tus prisioneros?

BRUTO.

He despedido á los ciudadanos diciéndoles que fueran donde quisieran, pero que á mi lado, en mi República hubieran sido libres.

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Qué has hecho de los esclavos?

BRUTO.

Los he sacrificado á todos.

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Y eres tú el defensor de la libertad?

BRUTO.

¡Oh, dioses! Habeis abandonado á Roma, hogar del mundo, abandonando la libertad romana, honra y grandeza de la tierra.

VOLUMNIO.

¡Bruto! El águila de la primera legion apareció cubierta de abejas. Dos milanos se han perseguido ferozmente, y uno de ellos, el que estaba hácia tu lado, ha corrido en precipitada fuga. Un negro etiope se ha presentado en nuestro campamento. Todas estas señales son de funestos augurios.

BRUTO.

¿Pues no sabes que todo está perdido?

VOLUMNIO.

Han ganado nuestros enemigos la batalla?

BRUTO.

La han ganado.

VOLUMNIO.

¿Y qué va á ser de la libertad y de la República romanas?

BRUTO.

¿De la libertad? ¿De la República? Inútil empeño el nuestro. Su sangre fluyó, su alma se disipó con la sangre y con el alma de Caton, el último romano. La libertad ha muerto, y ha muerto la República.

VOLUMNIO.

¿Qué puedo hacer á tu lado?

BRUTO.

Nada más que sacrificarte inútilmente. Huye.

VOLUMNIO.

Quisiera morir contigo.

BRUTO.

Imposible. Válte de los piés para huir; yo me valdré de las manos.

ESTRALON.

Bruto, no resta ninguna esperanza. El feroz Antonio celebra su victoria en la tienda de seda. Sobre la mesa, llena de áureas ánforas, que rebosan vino, dejan caer sus ébrios seides las sienes ceñidas de flores que se entrelazan artísticamente con hojas de azafran. Tendido sobre lecho de púrpura como un sátrapa oriental, agitando en la mano ancha copa vaciada en una sola esmeralda, deja errar su voluptuosa mirada sobre los coros de doncellas griegas que entonan voluptuosa plegaria al vino y al amor, sobre los grupos de bailarinas gaditanas, que danzan al compás de la pandereta y de los crótalos, pidiendo con voluptuoso anhelo en su embriaguez rayana de la imbecilidad, más vino, y en su sensualismo rayano de la impotencia, más amor. Roma acaba de entregarse por completo al vicio y á los viciosos. El vicio la arrastrará á la servidumbre. No queda esperanza. Ha muerto la libertad; ha muerto la República.

BRUTO (*solo.*)

El aire trasparente, el cielo azul; en calma el

campo, las estrellas centelleando su luz suave, todo sonriente, todo sereno, desde los mundos hasta las luciérnagas, cuando mi corazon se parte en pedazos, y estallan mis sienes al recuerdo y al pensamiento de que ha muerto la libertad en el mundo. ¡Oh! Comprendo que en tu indiferencia, despiadada tierra, te bebas la sangre humana, te tragues los cadáveres y cubras tantos despojos de fresco verdor sembrado de flores que exhalan vida. Pero no comprendo que el vicio haya subido al trono del mundo y el sol suba á su trono de záfiros; no comprendo que la luz de tus estrellas se confunda con la luz de esas orgías; no comprendo que la libertad haya muerto y tú vivas; no comprendo que una nube te oscurezca y no te oscurezca el crímen, que una ráfaga del huracan te agite y no te agite ni te conmueva la infame tiranía. ¿Para qué os abris así, estrellas, á la manera de inmortales retinas? Para ver nuestra infamia y nuestra servidumbre; para cercioraros de que se oye el ruido de las cadenas donde antes se oia el rumor de la elocuencia; para testificar á los cielos y á los dioses que el Senado romano es una mancebía, y Roma, la diosa de la tierra, una manceba, no ya de César muerto á mis manos, del bárbaro Antonio y del vil Augusto.

Yo queria resucitar la antigua virtud y el antiguo valor; recomponer la tribuna de los rostros para que la ocuparan los oradores en vez de los retóricos; vigorizar las leyes borradas por las conjuraciones de tantos traidores; volver á los tiempos en que nuestro arado abria el seno fecundo de los campos y nuestra República iluminaba con el sol los inmensos cielos. Con este pensamiento, entre César, mi protector, y Pompeyo, mi enemigo, opté por Pompeyo, en cuya persona veia yo la personificacion de la libertad. Con este pensamiento, corrí á Farsalia y peleé junto á los mios, hasta que nos abandonó la fortuna. Con este pensamiento asesiné por mi propia mano á César. Con este pensamiento me levanté despues en armas, y vine hasta los campos de Grecia, en pos del heroismo y de la libertad. Nada he podido, nada, contra el ciego implacable destino. Mis esfuerzos mayores se han vuelto contra mí mismo. Los últimos romanos han muerto en esta noche tan riente para los ojos de carne, tan siniestra para los ojos del alma. Gemidos de los moribundos, pisadas de los fugitivos, miasmas de los muertos, quien huye, quien agoniza, quien muere verdaderamente en vosotros, últimos ciudadanos, es la República. Esta noche será siempre tenida por la

última noche de un mundo. La tierra no podrá llevar, sin podrirse, el inmenso cadáver de la antigua Roma. En cuanto á mí, solo me resta una cosa, morir por mi pátria, morir por la República. Sea mi sepultura tan profunda, la leña con que abrasen mi cadáver tan voraz, que mi sombra, sorda á todas las evocaciones terrestres, no reaparezca jamás por esta infame ergástula. Ni palabras mágicas, ni plegarias religiosas, ni conjuros puedan atravesar jamás el Letho, para ir á despertarme en el abismo, cuando caiga allí abrazado con mi eterna esposa, la muerte. Abomino de todo cuanto he visto. Abomino de la vida. Quiero, invoco la nada. (*Clava el pomo de su espada en tierra y se lenza sobre la punta, traspasándose el pecho y muriendo instantáneamente.*)

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¡Ah! Murió la República y con ella murió la libertad. De aquel tribuno que llevaba en su mente el derecho romano, y en su inteligencia la idea estóica, sólo quedará un puñado de cenizas que disipe, que desvanezca el viento. Bruto, no te merecia Roma. Tus conciudadanos habian olvidado sus leyes, y la majestad de sus antiguas

magistraturas. Los aromas del Oriente trastornaron sus cabezas; la molicie de la dominacion enflaqueció sus corazones. Ya sólo pueden servir como los eunucos de Asia. Ya sólo pueden disputar por quién será su amo, quién será su rey. Enflaquecidos, extenuados, la corona de sus derechos es demasiado abrumadora para sienes acostumbradas á las flores. El licor de la libertad no los embriaga, como los embriaga el vino encendido de Palermo. La libertad es, como el agua clara, la bebida de los fuertes. Dormid, roncad, romanos, en vuestros lechos del festin. Cantad, danzad como mujeres. El arpa os cuadra más que la espada. La argolla os sienta mejor que la libertad. El látigo debe cruzar vuestros rostros teñidos con los afeites de las prostitutas. Servid en buen hora, servid de comparsas á los Césares, ya que no habeis sabido ser compañeros de los tribunos. ¡Oh! el esclavo ve desde las regiones de su inmortalidad vuestra afrenta y cree que la habeis merecido. Si teníais por fundamento de todo vuestro poder la servidumbre ¿cómo aspirar á la libertad? Si estábais confundidos con los esclavos, ¿cómo queríais que no se os pegaran sus cadenas? Las frutas sanas se mezclan con las podridas, y adquieren la podredumbre. El esclavo ha des-

truido vuestra libertad. Si el dia en que me levanté do mi gemmonía hubiérais tenido ánimo para seguirme, en vez de aplastarme, no muriera, no, vuestra República. La libertad es una palabra vacía de sentido si no la llena y la completa la igualdad. Me despreciasteis, me heristeis; casi se desvaneció un alma que aspiraba á ser libre, y se llevó consigo vuestras almas, y acabó vuestra libertad. ¡Oh, Roma! te ha herido la esclavitud.

III.

ORIEL (*en Egipto.*)

Esta es la tierra del misterio y de la muerte. ¿Qué huracan me ha traido á su seno? Miro sus jeroglíficos, y no los comprendo. Interrogo sus esfinges, y están mudas. Giro en todas direcciones los ojos, y columbro colosales monumentos que en realidad son colosales sepulcros. Esas magníficas pirámides, que semejan á montañas talladas, cuyo peso apenas puede soportar la tierra, contienen bajo las moles abrumadoras sólamente restos de reyes. Nada habla aquí de la vida. Yo habia recorrido otras tierras, habia tocado con mis profanas manos otras aras, habia sentido caer sobre mi inteligencia la lluvia de otros pensamientos. Parecíame que el calor de nueva vida se derramaba en mis venas y que al contacto de otros

espíritus mi espíritu oprimido sentía el comienzo de su redencion. ¿Quién me ha traido aquí?

SATANAS (*surgiendo del seno de la tierra.*)

Yo.

ORIEL.

¿Quién eres tú que apenas te conozco, y que tanto me repugnas?

SATANAS.

Yo me defino á mí mismo poco más ó ménos como los dioses. Yo soy quien soy. Pues ahí es moco de pavo una definicion. Como he asistido á las áulas de los retóricos y de los sofistas, como soy tambien un poco retórico y un poco sofista, sé cuán difícil cosa es siempre definir.

ORIEL.

¿Y por qué me has traido aquí?

SATANAS.

Porque yo soy el mal.

ORIEL.

¿Y cómo hasta hoy no te he encontrado?

SATANAS.

Pues me has sentido mil veces.

ORIEL.

¿Cómo, dónde?

SATANAS.

En el hierro de tu cadena, en la sombra de tu ergástula, en la hiel de tu amargo pan, y en el fondo de tu eterna servidumbre.

ORIEL.

Invisible á mis ojos ántes, sólo recuerdo haberte visto una vez en el desierto, y ahora.

SATANAS.

El mundo va envuelto en una atmósfera de ideas. Todas estas cosas que ves tan de relieve al sol deslumbrante del Africa, tienen su sombra en otra region más alta y más extraña, que se llama la inmensa region del pensamiento. El Universo entero está allí en espíritu.

ORIEL.

¿Y qué?

SATANAS.

Cuando estabas en Asia, estabas en la tierra de la indiferencia, entre el bien y el mal; en la tierra de la divinizacion universal, donde el hombre, inocente como un niño, todo lo cree bueno y en todo ve la divinidad.

ORIEL.

Continúa.

SATANAS.

Cuando estabas en Grecia y en Roma, estabas entre gente moza y alegre, que hasta de los males ha hecho dioses hermosos y rientes.

ORIEL.

¿Y ahora dónde estoy?

SATANAS.

¿Creías por ventura que el mundó era una línea recta? ¿Creías que despues de tantos y tantos

siglos de esclavitud, bastaba haber oido en una Academia de Atenas, en un campamento de Roma, la palabra libertad para que inmediatamente se fundieran tus cadenas? Has llenado el tiempo, has recorrido la tierra, eres uno con la historia, posees la ciencia de las ciencias, el dolor; y aún te desconoces á ti mismo y desconoces á los demás hasta el extremo de ignorar lo eterno, lo omnipotente, lo universal; mi sér de donde surgen todos los males.

ORIEL.

Pero tú ¿quién eres?

SATANAS.

Vivo en ti eternamente y no me conoces. Si alguna vez te has reido del infortunio, yo soy aquella carcajada. Si alguna vez has apetecido la desgracia ajena, yo soy aquel deseo, yo soy aquel apetito.

ORIEL.

Apenas comprendo tu existencia.

SATANAS.

Como el pobrecillo Job.

ORIEL.

¿Qué necesidad tiene de tí el mundo?

SATANAS.

Quizá no sea yo en el Universo; pero soy en la inteligencia.

ORIEL.

Ahora te comprendo ménos.

SATANAS.

Pues habiendo pasado por Grecia habrás visto muchos filósofos.

ORIEL.

Ciertamente.

SATANAS.

Y al fin de cuentas ninguno es tan claro como yo.

ORIEL.

Explícate mejor.

SATANAS.

Llamais á vuestra inteligencia, infinita, absoluta, eterna. El hombre es el eterno borracho de los mundos, tan ébrio de orgullo, como abrasado de lujuria. Cree su inteligencia absoluta, y esa pobre inteligencia no puede afirmar una idea sin que inmediatamente surja su contraria. En el mismo vaso donde bebes el amor va mezclada la muerte. Y como en vuestras largas investigaciones habeis llegado los hombres, para ser libres, al dios personal del bien, ha surgido de vuestra misma fantasía, como una inmensa sombra, el dios personalísimo del mal. Yo soy la araña de sombras en cuyas patas van como engarzados los topacios de los mundos. Yo soy el bufon con cascabeles que salta tras el sublime trono del Eterno. Y para que nada me falte, yo soy político y poeta. Con mi política vuelvo tonta una mitad del género humano, y loca la otra mitad con mi poesía. Yo soy el diablo; y á mí se darán quince veces por dia todos los mortales desde que les

duelan las muelas por cualquier cambio de temperatura hasta que les abrase el amor por cualquier razon te temperamento. Yo soy la nata y flor (*cantando y riendo.*)

ORIEL.

Mas á lo ménos díme por qué me has traido aquí.

SATANAS.

Muy pronto voy á decirte el por qué y muy claro.

ORIEL.

Acaba.

SATANAS.

Así sois los hombres. En el deseo está la felicidad y en la satisfaccion del deseo está el desencanto, el desengaño. Y sin embargo, teneis febril impaciencia por llegar á la satisfaccion de todos los deseos que es tanto como llegar á todos

los desengaños. Trabajos inacabables de ciencia para llegar á saber que surgísteis de la tierra como los hongos y que teneis por toda ascendencia los monos. Luego sois una máquina. Y vuestro pensamiento, esa idea creadora que es la luz de la luz, el alma del Universo, vuestro pensamiento queda reducido á una secrecion de la cabeza como la cerilla de vuestros oidos ó como los mocos de vuestras narices.

ORIEL.

Hablador estais.

SATANAS.

¿No ves que yo soy el principio de contradiccion? ¿Han crecido ciertas ideas? Pues yo he crecido tambien con ellas. El aumento del bien, cosa baladí. Al cabo se ha de resolver en el aumento del mal como la creacion entera se resuelve por la muerte y por la putrefaccion ¡ay! en inmenso monton de estiércol.

ORIEL.

¿Pero acabarás alguna vez de decirme por qué me has traido aquí?

SATANAS.

Parto sin dolor, imposible. Tambien imposibles revoluciones sin reaccion.

ORIEL.

¿Y qué?

SATANAS.

Atenas habia llegado hasta la unidad del espíritu, y Jerusalem hasta la unidad de Dios. Si estas dos unidades se juntan en el hombre por medio de Roma, la redencion está hecha, la igualdad promulgada en las conciencias, el esclavo emancipado, y yo me quedo como un trasto viejo en las bohardillas de la inteligencia, objeto de compasion más que de ódio.

ORIEL.

¿Y qué has pensado para evitar eso?

SATANAS.

¿Qué he pensado? Cosa difícil es. El esclavo ha trabajado mucho, y el trabajo es un principio

de redencion casi incontrastable. He pensado en deshacerlo todo. A Jerusalem ya me la tienen apresada los fariseos, y á Atenas los sofistas. He tentado á Roma para que se convierta de una ciudad de legisladores en una ciudad de pretorianos. Y he encerrado el alma de Asia, que se evaporaba y se perdia en el breve y lindo cuerpo de una prostituta con corona. Y el pretoriano de Roma caerá en los brazos de la prostituta de Asia. Y este contubérnio debe celebrarse en la tierra de los misterios, que arrojarán sus sombras sobre la inteligencia emancipada; en la tierra de la muerte, que envenenará hasta el alma de Roma.

ORIEL.

¿Y..?

SATANAS.

Y el esclavo olvidará todo lo que ha aprendido; retrocederá en todo cuanto ha adelantado, y volverá á ser el pária del Oriente confundido como un feto con las entrañas de la naturaleza. Y no volverá esa idea de la justicia á vislumbrarse en

la inteligencia, ni esa idea de la libertad á penetrar en la razon humana. El hombre volverá á su sueño eterno. Para esto no hay cosa como una reaccion á tiempo.

IV.

LOS DIOSES GRIEGOS Y ROMANOS (*sobre las pirámides de Egipto.*)

Tenemos frio. Un viento helado penetra en nuestros templos. El fuego del sacrificio se apaga en el ara. Los creyentes no vienen á las ceremonias. La Pitonisa de Delfos ha enmudecido. En cambio se ha levantado por las riberas de Parthenope, la Sibyla de Cumas, anunciando que se acerca un Dios único, superior á la naturaleza, el Dios del espíritu. Madre tierra, ¿no te defenderás? ¿Dejareis, ¡oh estrellas! qué os arrebaten vuestros génios; dejareis ¡oh arroyos! que perezcan vuestras ninfas; dejarás ¡oh mar Mediterráneo! que las ondas escupan á la orilla los yertos cadáveres de tus divinas sirenas? Aquí venimos, á la tierra de los misterios, en pos de un filtro para prolongar nuestra vida. Aquí, donde

todos los dogmas de la teogonía asiática se reunen; aquí donde todos los misterios se esperan; aquí donde reina la muerte, encontraremos el veneno que mate á nuestro gran enemigo. Levántate, espíritu eterno de la Naturaleza; levántate, alma eterna del Asia.

LA SERPIENTE ASIATICA.

Yo tentaré al romano que tiene la fuerza y que esgrime las armas. Yo me enroscaré á su cuerpo. Yo silbaré palabras venenosas en su oido. Yo me deslizaré en su lecho. Yo le arrastraré á destruir esa Roma que hace de su espada el arado con que se abren surcos profundísimos en la conciencia humana, para sembrar la nueva idea de que surgirá el nuevo Dios. Yo renovaré la tentacion del Paraiso, y el hombre volverá á caer en la tierra hechizado por la magia de nuestra hermosura y de nuestro prestigio.

LOS DIOSES.

Apresúrate, porque enardecidos en el nuevo espíritu, se levantan á romper sus cadenas los esclavos; y el dia que se quiebren esas cadenas en

sus brazos, se quebrarán tambien estas coronas en nuestras espaciosas frentes. ¡Sús contra el romano!

(La serpiente toma la forma de Cleópatra.)

V.

ANTONIO (*á las orillas del mar egipcio.*)

¡Qué impaciencia! En el vasto horizonte no se descubre el cortejo que debe acompañar á Cleópatra. ¡Amada mia! Lejos de tí la vida es imposible. He olvidado á Octavia, la hermana de Augusto, la madre de Marcelo, la más admirable matrona de Roma, por esta hija del desierto, cuyos ojos fascinan como la serpiente, cuyo aliento embriaga como el vino, cuyo amor abrasa como los vientos del Africa, y cuyo orígen es celeste como los manantiales del misterioso Nilo. Por verla una hora antes he dejado en mi camino, á mis espaldas, muertos, ocho mil hombres sin apenarme, sin conmoverme siquiera. Más hubiera sentido la muerte de un caballo ó de un perro. Y llego, y no la encuentro. Me atormenta, me atenacea la impaciencia. Ardo en amor. Toda mi

vida es deseo de verla, de estrecharla en mi ardiente seno, contra mi corazon que se rompe en mil pedazos. Parece mi sangre plomo derretido. ¿Cómo no vienes cuando te llamo con tanto imperio? ¿Cómo no me oyes cuando mi voz debe llegar hasta las estrellas? ¿Cómo no te apiadas de mí, de este soldado reducido por tu amor á la triste condicion de un niño, cuando mis quejas partirian el pórfido de tu palacio? Distraigámonos en los banquetes.

LOS ESCLAVOS GRIEGOS.

Aquí tienes apercibidos los manjares y los vinos mejores del mundo.

ANTONIO.

Todo me parece insípido en su ausencia.

CORO DE DONCELLAS GRIEGAS.

Cantemos á Baco. Sobre los bosques de mirtos y de adelfas, bajo las argentadas gasas de la luna, vuelan, como legion de pintadas mariposas ó de zumbadoras abejas, los ecos de los crótalos y de

los címbalos que forman suaves armonías en loor de la vida. El tirso cubierto de pámpanos, la corona entrelazada de yedra y de verbena, los leopardos tachonados como el horizonte, los racimos de ámbar, las ánforas con sus graciosas asas, el címbalo. . . . .

ANTONIO.

Callad, callad. Todo me cansa. Vuestros cantares, que tanto me exaltaban ayer, hoy me hastían como ese áureo vino de Falerno me parece ágrio, ni más ni ménos que si fuera vino de las Gálias; Esclava griega, cantora de Corinto, cuéntame algo de nuestros dioses que me consuele de la ausencia de mi diosa.

LA ESCLAVA.

Era el tiempo en que, retirados los mares de una gran parte de la tierra, el limo depositado en los hondos valles comenzaba á fecundarse á los rayos del sol, brotando varios séres, como en Egipto, al retirarse ese Nilo que desagua por siete bocas, brotan animales informes, de varios organismos, hijos del agua y del calor, que tie-

nen mucho del barro donde surgen y mucho de vida animada, anillos intermedios en los eslabones de la inmensa cadena de la vida. Allí, en la primitiva tierra, se levantó de la corrupcion universal la serpiente Pithon, persiguiendo y devorando á los demás animales, hasta que el Dios de la luz, el hermoso Apolo, acertó á herirla con sus flechas y la dejó exánime, derramando por tierra sangre y veneno. Con la victoria sobre la serpiente creció tanto el orgullo del dios que, habiéndose encontrado un dia á Cupido, burlóse de ver el grande arco en manos de tan menudo y lascivo niño, y le conjuró á dejar esas peligrosas armas y á entretenerse con más baladíes y frágiles juguetes. Irritado Cupido, juró vengarse, y aguzó dos clases de flechas: unas que inspiran amor y otras que inspiran, por el contrario, ódio en la persona amada hácia la persona amante. Las flechas del amor fueron á dar al corazon de Apolo y las flechas del ódio al corazon de Dafne. Así es que Apolo ama á Dafne y Dafne ódia hasta el nombre de Apolo. Emula de la cazadora Diana, doncella y casta, celosa de su virginidad, gusta, como las frescas auras, de errar solitaria por los campos, y como la gallarda gacela de perderse en el fondo de los bosques. Los jóvenes,

al verla pasar, se sienten heridos por su hermosura y le ofrecen el corazon y la vida. Pero orgullosa ella, los desdeña, y prefiere su soledad á los nudos con que á los mortales el Dios Hymeneo esclaviza. Muchas veces su padre, el rio Peneo, le habla de la tristeza de su vejez, de la soledad de sus grutas, y le dice que su Dafne le debe un yerno, y algunos nitezuelos. A estas palabras los ojos de Dafne se bajan púdicamente y el rubor se sube á sus megillas, acrecentando su hermosura. «Padre mio, exclama la doncella, déjame conservar mi virginidad; Júpiter concedió esta gracia á Diana.» ¡Ay! cómo se oponia su belleza á sus deseos. El padre respeta los votos de Diafne; mas Apolo no puede respetarlos, porque no es libre en el exceso de su amor. Y en cuanto el Dios se presenta, huye la ninfa con la celeridad del viento. «Detente, hermosa, tan hermosa como ingrata, detente á mi voz que ha cautivado á las Musas. ¿Tanto te va en atormentarme? Soy jóven, soy vencedor, soy fuerte y como amante rendido te busco. Cuida de no caerte en tu rápida carrera; cuida de no clavarte las estrías de las rocas ó las espinas de la zarza en el ampo de tus níveos piés. La oveja huye al lobo, la ternerilla al leon, y al ver el águila se esconde la

tímida paloma: todas se esquivan al ódio y tú solo al amor. Sin duda no sabes de quién huyes; pueblos ilustres obedecen mis leyes; Júpiter es mi padre; mis labios revelan los misterios de lo pasado y los secretos de lo porvenir; el verso y el cántico es mi obra, la lira mi atributo, la luz mi alma, y conozco la ciencia de la medicina y la virtud oculta de las plantas. ¿Pero hay alguna por ventura que cure el amor? Mi arte á todos útil, solo es inútil para mí.» Y diciendo estas quejas, sigue, y sigue á la ninfa, y ve sus ojos brillantes como estrellas, su boca roja como el rosicler, sus blancas manos y sus desnudos brazos, adivinando estático las gracias que se ocultan pudorosas entre los pliegues de su túnica. Los cabellos de Dafne esparcidos sin arte, perfuman é iluminan los aires; y Apolo se consume de amor como las secas cañas abrasadas por voraz incendio. Mas á medida que su carrera crece ¡ah! crece tambien la rápida fuga de Dafne. No corre el perro galo tras la liebre, no corre aquel por su presa y ésta por su salvacion; no alarga aquel su cuello y abre su boca y muestra sus dientes y ésta se esquiva á las asechanzas y burla astuta la carrera de aquel, como Apolo corria tras de Dafne, y Dafne burlaba á Apolo, impul-

sado éste por el amor y aquella por el miedo. Sostenido en su raudo vuelo por su esperanza, el dios se acerca tanto, que su aliento orea el rostro y agita la cabellera de su amada. Exhausta de fuerzas, falta de aliento, próxima á rendirse ¡ah! se cree perdida la mísera fugitiva ninfa, y vuelve sus encendidos ojos á la mansa corriente del Peneo. «¡Ah!, le dice, si es verdad que como rio participas del poder de los dioses, acórreme en mi desventura ¡oh padre! Y tú, tierra, que has visto el funesto encanto de mis gracias, ó ábrete y trágame, ó cambia esta hermosura que ha sido mi desgracia.» Apenas dijera estas palabras, su transformacion comienza instantáneamente; se detiene su carrera, se endurecen sus carnes; lijera corteza de ténue leña se prende á su turgente seno; sus brazos se alargan en forma de tronco, sus cabellos verdean en forma de ramas; sus piés, antes tan veloces, se arraigan en el suelo por medio de raices, y donde ostentaba la esfera de su cabeza incomparable, abren sus corolas delicadísimas rojas flores. Apolo llega, abraza el arbusto, besa sus hojas y siente bajo su corteza palpitar aun el corazon de Dafne. «Ya que no puedes ser mi esposa, exclama, sé mi árbol favorito: que desde este momento tus ramas coro-

nen mis sienes, mi lira, mi carcaj. Tú serás el ornamento de los poetas de Grecia, cuando vayan á los juegos phíticos á cantar la victoria de los más diestros en manejar el caballo y guiar el carro; tú serás tambien el ornamento de los guerreros del Lacio, cuando vuelvan triunfantes al Capitolio; quiero que tus lustrosas ramas gozen de una eternal primavera.» Este es el orígen del laurel salvaje, de la florida adelfa, que ama la sombra y huye al sol, que brota en las orillas de los rios, y es ornamento de las regiones donde nacen los héroes y los poetas.

ANTONIO.

Te oi encantado, sin respirar ni un momento. Mas ¿por qué referirme historias de desdenes y de sufrimientos de amor? ¡Oh! Si Cleópatra huyera de mí, como Dafne de Apolo, yo la mataria en su carrera, y me mataria despues; y ya que no pudiéramos dormir en el mismo lecho dormiríamos en el mismo sepulcro.

LAS ESCLAVAS.

Cleopatra no podria jamás esquivarse á tus caricias; ¡porque te ama tanto!

ANTONIO.

Me ama y no llega.

LAS ESCLAVAS.

No puede tardar. Confia y espera.

ANTONIO.

Todos esos manjares me disgustan.

LAS ESCLAVAS.

Confórtate.

ANTONIO.

No puedo. Ese vino me parece vinagre.

LAS ESCLAVAS.

Sosten tu ánimo.

ANTONIO.

No puedo comer.

LAS ESCLAVAS.

¿Dónde vas?

ANTONIO.

Voy á la ribera.

LAS ESCLAVAS.

¿A qué?

ANTONIO.

A ver si llega mi Cleópatra.

LAS ESCLAVAS.

Ya llegará pronto.

ANTONIO.

Le regalo esta copa de oro, en que han bebido los dioses, á quien me señale pronto la primera aparicion de mi amada en el horizonte (*se oye una suave música*).

LAS ESCLAVAS.

Se acerca la reina.

ANTONIO.

Me parece mentira. Gracias, dioses inmortales, gracias.

VI.

ANTONIO.

Cleópatra.

CLEOPATRA.

Antonio.

ANTONIO.

Creí no volver á verte.

CLEOPATRA.

Antes cieguen tus ojos, tigre mio.

ANTONIO.

Dáme un beso.

CLEOPATRA.

Mil besos.

ANTONIO.

Yo pasara mi vida besándote.

CLEOPATRA.

Gloria mia, mi orgullo.

ANTONIO.

Deja que vuelva á contemplarte.

CLEOPATRA.

Antonio, Antonio mio.

ANTONIO.

¡Cuántos besos necesitaria, no ya para satisfacer, porque eso es imposible, para calmar mi avidez! Antes se contaran las arenas de los desiertos de Libia y las estrellas de los cielos de Egipto.

CLEOPATRA.

Vivamos, vivamos para amarnos, y no temblemos ni ante la vejez ni ante la muerte. Que nuestros ojos brillen como el sol encendidos por el fuego de éste amor. Que nuestra vida sea una embriaguez contínua. Hagamos de la tierra el lecho de nuestros placeres. Guerra eterna al dolor.

ANTONIO.

Si no te amo con amor voracísimo hasta el postrer suspiro, que me olviden los manes de César, que renazca y me insulte la lengua de Ciceron, que me gane en poder el torpe y debilísimo Octavio, que me abandonen mis tenientes, y me venzan los parthos.

CLEOPATRA.

Cantad, jóvenes cantoras, un epitalamio, porque al ver á mi Antonio, creo encontrarme en el dia primero de las nupcias y de los amores: tan grande es nuestra pasion, y tan varios y siempre nuevos nuestros goces.

CORO DE DONCELLAS.

Hijo de la luminosa Urania, habitante eterno

de la risueña colina de Helicon; el de las guirnaldas de mejorana, el de los áureos borceguies; oh Dios del Himeneo, inmortal cantor de las nupcias y de los amores, que llevas en tu mano la resinosa antorcha, y brillas y hueles como el florido oloroso mirto en las sacras riberas del Asia; baja de tu roca de Thespia, deja tu gruta aonia, aparta tus lábios de la aganípea linfa y ven, presidido por la Venus púdica, rodeado de hermosísimas y jóvenes mancebas; ven de promontorio en promontorio, al conjuro de nuestros acentos, á unir estos dos esposos tan estrechamente como se unen la tierna parra y el erguido olmo, la fresca yedra y el robusto roble. Entra con buen pié en su palacio, trae en las manos tu velo, é incita al amador á que se incline sobre el lecho de marfil y púrpura, cayendo su mirada en el seno de la esposa como los rayos del sol en la tierra aterida, ó como las gotas de rocío en la flor sedienta. Sea más fácil contar los corales del mar de Erytrea que sus besos. Y de tantas delicias surjan graciosos pequeñuelos, reproduciendo la hermosura de la madre unida á la fuerza del padre, para que tiendan desde el materno seno de la diosa los brazos al héroe que les ha dado la vida, y sean ornamento del suelo, envidia de las

estrellas, sosten de Roma, y de Egipto gloria.

ANTONIO.

Dejadnos solos. El amor gusta de la soledad, como la fiera del desierto. Repartíos esas copas de oro cinceladas en Grecia; esas perlas escupidas por el mar de la India, en celebridad de mi amor y mi ventura.

VII.

NIGER.

Gréculo.

EL GRECULO.

Mensajero.

NIGER.

Necesito ver á Antonio.

EL GRECULO.

Duerme todavía en brazos de Cleópatra.

NIGER.

El soldado de los soldados se ha vuelto un ri-

díeulo mancebo. Era de hierro y lo han hecho de pasta. El dia ménos pensado pasa de general á prostituta.

EL GRECULO.

Si te oye, no doy un as por tu cabeza.

NIGER.

El sol sube ya en el horizonte.

EL GRECULO.

Y el sueño quizá baje ahora sobre sus párpados.

NIGER.

¿No están hartos el uno del otro?

EL GRECULO.

¡Hartos! Ayer tarde, al crepúsculo, cuando la estrella vésper aparecia como si surgiera de los senos del mar, mandaron que les cantasen poéti-

cos epitalamios, cual á castos novios, y se recluyeron y se acostaron temprano, diciendo que tenian aquella noche por la noche primera de sus bodas.

NIGER.

No me hagas reir, porque de rabia me estalla el pecho. No le conozco. Ese hombre no es aquel que venció en Syria y que conquistó el Egipto. Su frugalidad espartana se ha convertido en bárbara glotonería; y la espada de Filipos en rueca donde hila sus vertiduras la infame reina de Egipto. ¿Y ese es el descendiente de Hércules? Más bien parece el siervo impuro de escandalosa mancebía. Sus manos que tuvieron bastante fuerza para levantar la corona de los antiguos reyes y ceñirla á las sienes de César, apenas podrán sostener ahora, enflaquecidas por el placer, las trenzas de Cleopatra. El que yo ví en la Galia cisalpina, durmiendo sobre el duro suelo, sin más amor que el amor á Roma, alimentado por racimos de uva, y apagando su sed, no en aguaclara, sino en agua cenagosa, ahora se viste de seda y oro, se ciñe corona de sésamo y de mejorana, se tiende en cogines de púrpura, y pasa

sus dias en fiestas orgiáticas, y sus noches en placéres inmundos.

EL GRECULO.

Parece que llama.

NIGER.

Y si no llama, le despertaré yo.

EL GRECULO.

Guárdente de ello los dioses.

NIGER.

¿Por qué?

EL GRECULO.

Porque te mataria.

VIII.

ANTONIO.

¿De dónde vienes, Níger?

NIGER.

Vengo de Atenas.

ANTONIO.

¿Cómo te has dejado las riberas de Grecia por estas riberas?

NIGER.

Me ha obligado el deber.

ANTONIO.

¿A quién buscas?

NIGER.

Busco á Antonio.

ANTONIO.

Aquí me tienes.

NIGER.

Francamente, al verte en ese traje; al ver la palidez de tus mejillas, el morado círculo que rodea tus ojos, la lívida color de tus lábios, la debilidad de todo tu cuerpo, nadie diria que eres Antonio.

ANTONIO.

¿No es verdad que en vez de parecerme á Hércules me voy pareciendo á Octavio? Casi, casi me creo digno del puesto que acepté con resignacion, y que guardo con avaricia; el de alzarme á su lado en esta division del mundo, en que él y yo hemos arrojado reinos como quien arroja dados sobre un tablero, y nos hemos repartido provincias, como quien se reparte los despojos de una víctima despues del sacrificio.

NIGER.

Dejémonos de bromear y vamos al objeto de mi mensaje.

ANTONIO.

Habla.

NIGER.

¿Te acuerdas de que tienes una mujer?

ANTONIO.

Ya sabes que me casé por razones políticas y que las razones políticas no suelen ser alimento nutritivo para el amor.

NIGER.

¡Oh! El mundo entero te arguye de cruel por tu proceder con la casta matrona, digna imágen de nuestra diosa Roma.

ANTONIO.

Si fueras capaz de sentir todos los placeres que yo he sentido en esta noche última, com-

prenderias cómo Antonio ya no puede ser en el mundo de otra mujer que de Cleópatra.

NIGER.

Antonio, algun dios, enemigo tuyo y enemigo de Roma, te ha cegado para que no encuentres en una casta romana, los goces que encuentras en una bárbara extranjera.

ANTONIO.

¿Extranjera? No lo seria en el Olimpo. Los dioses la pondrian en uno de sus tronos inmortales, y las estrellas en una de sus inmortales constelaciones.

NIGER.

¡Hipérboles de sátrapa! Ya se conoce que cuando estuvistes en Atenas solo practicastes la elocuencia asiática.

ANTONIO.

César se enamoró de Cleopatra.

NIGER.

Pero no se echó á sus plantas como un esclavo.

ANTONIO.

Imposible apartarse del fuego de sus ojos. ¡Qué frio! Más fácilmente apartarías esta nuestra tierra de la lumbre del sol.

NIGER.

¿Cómo te has apartado siempre de todos los enemigos de Roma?

ANTONIO.

¿Tú la crees enemiga de Roma?

NIGER.

Implacable.

ANTONIO.

Níger, estás loco.

NIGER.

Por más temible la tengo que al mismo Annibal.

ANTONIO.

Ja, ja, ja. (*Suelta grandes carcajadas*).

NIGER.

Annibal se valia de la fuerza y Cleópatra de la seduccion. Annibal daba con la Roma de Escipion; Cleópatra da con la Roma de Antonio.

ANTONIO.

Níger, abusas de tu lengua y de mi afecto. Acabemos; díme qué quieres.

NIGER.

Vengo en nombre de Octavia.

ANTONIO.

Cómo me molesta ese nombre.

NIGER.

Octavia cree que es inmensa su grandeza como mujer de uno de los dueños del mundo, y hermana del otro. Cree que debe conservar la amistad de su hermano Octavio, el dueño de Occidente, con su marido Antonio, el dueño de Oriente. Con tal de verte, con tal de estar á tu lado, aunque injuriada en sus derechos de esposa por una manceba, te serviria Octavia de rodillas y serviria á Cleópatra, siquier cada palabra vuestra fuese una puñalada, y cada reflejo de vuestros ojos un rayo. Pero no puede contener la irritacion de Roma, la ira de los romanos. Viene pues en alas de su amor desde Italia á Grecia, y pasaria de Grecia á este campamento al eco de una sola palabra. Teme en su amor que la cólera de Roma te abrase, y lo teme por ti, no por ella, á quien nadie podria quitar en la ciudad los derechos de hija adoptiva de César, hermana de Octavio, y esposa de Antonio. Pero me ha dicho que preferia que tú fueses viudo de ella á ser ella viuda de ti; y cree que continuando en tu pasion ciega visitará tu sepultura muy pronto y te ofrecerá las fúnebres libaciones. Hoy te trae ricos presentes, mucho oro, vestiduras para los soldados, un cuerpo de dos

mil hombres que te sirvan de guardia personal. Todas sus riquezas las ha gastado en tu provecho, y esta carta te mostrará su afecto.

ANTONIO.

Pues mira, una sola respuesta debo dar á tu discurso; que me envie los presentes y que se vuelva á Roma.

NIGER.

¿Y desoyes el postrer ruego de tu esposa?

ANTONIO.

Lo desoigo.

NIGER.

¿Y te quedas en brazos de Cleópatra?

ANTONIO.

Me quedo.

NIGER.

¿Y te declaras esclavo de esa reina de Oriente?

ANTONIO.

Me declaro esclavo.

NIGER.

Tiembla.

ANTONIO.

¿Ante quién? ¿Ante una mujer como Octavia? ¿Ante un hombre como su hermano?

NIGER.

Ante la cólera de Roma que te anuncio en nombre de los dioses del Capitolio.

IX.

ANTONIO (*solo*).

¡Mujer divina! Yo, despues de la batalla de Filipos queria esclavizarla, y ella me esclavizó á mí. Reina, habia auxiliado á los republicanos; amante de César, á los asesinos de César. ¿Quién hubiera podido entonces contener mi furor? Yo dudaba entre conducirla á Roma en mis trofeos como cantora, para enaltecer más el valor de mis triunfos, ó degollarla como víctima en las aras santas, para tener siempre á los dioses propicios. Más ¿quién podrá resistirse á semejante aparicion? Paréceme que todavía la veo. Bajaba por las aguas del Cidno en navío, cuya popa era de oro macizo, las velas de púrpura de Tiro, los remos de plata, remos que se movian al compás de las flåutas concertadas con las cadencias de los pastoriles caramillos y los arpegios de las voluptuosas

liras. Coros de voces molodiosísimas agitaban el aire; nubes de embriagadoras esencias lo henchian de muelles placeres; grupos de niños rosados como amorcillos, se destacaban sobre las telas purpúreas; ninfas ornadas de perlas y alhajas, vestidas de gasas como las neréidas de los arroyos ó como las neréidas de las olas, se inclinaban sobre el timon de oro, sobre las cuerdas de seda, sobre los pebeteros de ámbar; y bajo ancho dosel de tisú y en deslumbradora concha de nácar, venía la mujer, la reina, la sirena, la diosa, con tanto explendor y belleza tanta que los pueblos de las orillas, arrobados por el son de las músicas, y casi enloquecidos por el aroma de las llamas, veian en ella á una Vénus, surgiendo nuevamente para gozo de los mortales, entre las blancas espumas, con la promesa de rejuvenecer por medio de su embriagadora alegría nuestras cansadas vidas, y de trasformar por nuevos y no gastados amores nuestro viejo mundo. Estaba yo en mi tribunal dando audiencia, y todo el pueblo corrió á verla, hasta el punto de que volví los ojos y me encontré completamente solo. Invitéla á venir á mi vivienda, y ella me invitó á ir á la suya. Me presté á su llamamiento, y aún no he salido de mi asombro, cuando al llegar la noche,

vi luminarias de colores y matices vivísimos, de dibujos tan fantásticos, que ningun horizonte, ningun pedazo de cielo podria compararse á su hermosura. La convidé, y vino á mi alojamiento; la hablé á lo soldado y á lo soldado me habló, sobrepujándome en grosería; elevé mi palabra hasta las alturas de la elocuencia asiática, y su palabra se elevó más alto que la mia; bebí, y bebió más ella; comí y ella comió como yo; empleé mis fuerzas en ejercicios gimnásticos, y me venció en vigor y en agilidad; y al ver aquel prodigio, no me sentí ya en mí mismo, y me declaré su esclavo. Desde entonces, cada una de sus miradas me enardece y me arrebata. Sus lábios son como volcan de amores; su aliento se derrama por mis venas y las abrasa; sus palabras se parecen á dardos invisibles que se clavan en mi corazon y le hinchan de mortal veneno. Cuando la tengo entre mis brazos, parece que tengo á todas las mujeres juntas, porque cada una de sus caricias no se asemeja á la otra, renovando los placeres como si tuviera mil formas su sér, y palpitara la vida universal en su amoroso seno.

X.

CLEOPATRA.

Antonio.

ANTONIO.

Cleopatra.

CLEOPATRA.

¿Estás solo?

ANTONIO.

Yo nunca estoy solo.

CLEOPATRA.

¿Cómo?

ANTONIO.

Siempre estoy contigo.

CLEOPATRA.

Y yo venia á decirte, á rogarte que te apartaras de mi lado.

ANTONIO.

Más fácil me sería apartarme de mí mismo.

CLEOPATRA.

Acabas de recibir un mensajero.

ANTONIO.

¿Cómo lo sabes?

CLEOPATRA.

Yo evoco lo pasado, lo presente, lo porvenir. Yo lo sé todo.

ANTONIO.

Entonces tambien sabrás mi respuesta.

CLEOPATRA.

La sé.

ANTONIO.

¿Y no te ha satisfecho?

CLEOPATRA.

No.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Si un mensajero, aunque viniese de parte de los dioses, me conjurara á dejarte, ¿crees que se iria con vida de mi presencia? La cabeza capaz de concebir ese pensamiento rodaria á mis plantas, segándola yo misma con mi hoz de sacerdotisa.

ANTONIO.

Cleopatra, me aterras.

CLEOPATRA.

Mira, en esos breves instantes he sufrido como si hubiera bajado por toda una eternidad al orco.

ANTONIO.

Serénate.

CLEOPATRA.

Mis pupilas se han terriblemente encendido como si fueran carbones ardientes. Mis párpados se han amoratado como violetas. Sobre mis pestañas pesan nubes de lágrimas como las que se agarran á las cimas de los montes. He resuelto que no vuelva el vino á enardecer mi sangre, ni el alimento á sostener mis fuerzas, ni la alegría á sonreir en mis lábios.

ANTONIO.

Cleopatra, Cleopatra mia.

CLEOPATRA.

Ya que has oido en paz al mensajero de tu esposa, véte con ella y déjame á mí sola.

ANTONIO.

¡Irme! Ni las amenazas de los rayos de Júpiter podrian moverme á dejarte, ni la fuerza de los vientos de Eolo podrian desarraigarme de tu lado.

CLEOPATRA.

Y si Roma te lo manda..?

ANTONIO (*balbuciente*).

Roma... Roma...

CLEOPATRA.

Responde.

ANTONIO.

Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿No respondes?

ANTONIO.

¡Oh!

CLEOPATRA.

La sombra de Coriolano surge á tus ojos.

ANTONIO.

Terrible evocacion.

CLEOPATRA.

Los nombres de los grandes romanos vagan por tus oidos.

ANTONIO.

Es verdad. Me parece que los veo levantarse de las cenizas del Foro y subir, mirándome siniestramente, á las cimas del Capitolio.

CLEOPATRA.

¿Lo ves?

ANTONIO.

¿Qué?

CLEOPATRA.

¿Ves cuántos motivos tengo para creerme desgraciada? Amas mucho más á Roma que á Cleopatra. Maldicion mil veces!

XI.

CLEOPATRA.

¿Está todo preparado? Charmion.

CHARMION.

Todo, como lo ordenaste, señora mia.

CLEOPATRA.

¿Has puesto en su sitio cada símbolo?

CHARMION.

No he olvidado nada. Ya sabes cuán diligente es tu esclava. He consultado al sacerdote y he leido los libros mortuorios. Por consiguiente he colocado con exactitud las imágenes de los anima-

les simbólicos. El macho cabrío representa la lujuria, el cocodrilo de anchas fáuces la gula, y la tortuga de grande pesadez la pereza. A un lado está Anubis con su cabeza de chacal y á otro lado Horos con su cabeza de gavilan. Thot tiene una mano sobre los procesos de los muertos y otra sobre la balanza de los últimos juicios. Tambien está el milano que representa la fuerza de la naturaleza, el pez que representa el ódio, y el hipopótamo que representa el mal ó la injusticia. Ahí ves el escarabajo, imágen del dios Ptah que hace y rueda los mundos como el escarabajo las pelotas de barro y escrementos. Mira allá mucho más lejos el Fenix, hijo de Ra, que viene cada quinientos años del seno de la aurora para arrojarse en las llamas del sacrificio, consumirse, volverse un monton de frias cenizas y renacer luego en perpétua juventud, como muere y renace nuestra especie.

CLEOPATRA.

Yo os evocaré, dioses de la Naturaleza, yo os evocaré á todos para salvarnos. El Oriente ha sido la cuna del sol y la cuna de las religiones. En sus bordes se ha dibujado el primer crepúsculo

de la primer mañana del mundo, y el primer crepúsculo de la primera mañana del espíritu. Todos los dioses llevan una corona oriental en sus sienes, y todos necesitan para ser sagrados recibir en sus lábios el beso creador de su eterna nodriza, el Asia. Por eso nuestros dioses son misteriosos como el crepúsculo, y nuestros templos duraderos como la eternidad, y nuestros sepulcros de igual solidez que la tierra. El mundo se pierde, la necesaria gerarquía de sus castas se acaba; el centro de la autoridad se rompe; los dioses se van; los templos se arruinan y hasta los sepulcros, si esas razas de Occidente realizan sus ensueños de dominacion que creen ya incontestable omnipotencia. Pero yo me he atravesado en su camino. Yo he ganado al más fuerte entre sus hijos y lo he uncido á mi carro. ¡Oh, rayos de la luna, que traeis en vuestros melancólicos resplandores el alma de Osiris! ¡Oh, vapores del Nilo, que llevais disuelta en vuestras nieblas el espíritu de Asia! ayudadme con vuestros filtros, con vuestros sortilegios; os conjuro á ello, ayudadme con todo vuestro poder y toda vuestra fuerza enérgicamente á convertir los trofeos de los romanos en escobas que limpien vuestros templos. Y entonces esa angustia que se ha apoderado de los dioses del Uni-

verso cesará. Esas amenazas de destronarlos y vencerlos se desvanecerán. La Naturaleza volverá á su pristina alegría y los fantasmas de los dioses del espíritu, sombras del orgullo humano, irán á perderse en el caos. Por vosotros, dioses, por vosotros peleo contra todas las fuerzas de Occidente, contra todas las victorias de Roma. Vosotros, en cambio, el dia que prevalezcan mis intentos y consiga mi anhelado triunfo, debeis alzar para mi satisfaccion y vuestra defensa sobre la tribuna de los Rostros, sobre las piedras del Capitolio, sobre la Vía-Sacra de los vencedores, la córte y el trono de Cleopatra.

XII.

UN SOLDADO (*en el pórtico de un templo*).

No conozco á Antonio. Era Marte y se ha convertido en Vénus. Era el primero de los romanos y ahora aparece como el último de los mancebos. Sus manos, que podian mantener por sí solas el cetro de Roma y la espada de su ejército, ahora apenas pueden soportar el pomo de esencias que embriaga á Cleopatra. El que tronaba como un dios en las batallas, debe danzar como una gaditana en las orgías. El rey de Oriente sólo merecerá ser de hoy en adelante rey de los festines.

UN EUNUCO.

Repórtate, soldado.

EL SOLDADO.

¿Qué me reporte? De nadie he aprendido á ha-

blar á mis anchas como de nuestro general Antonio. Roma podrá ser esclava; pero el campamento ha sido siempre libre. La tribuna arrancada al Foro, se ha venido á nuestras tiendas. Y como tengo la razon, murmuro, al verle alejarse de las batallas para perderse en las orgías.

EL EUNUCO.

No le insultes: que yo le enseño la filosofía.

EL SOLDADO.

¿Tú, barbilampiño?

EL EUNUCO.

Pues si la ciencia hubiese de juzgarse por las barbas, los chivos serian los séres más sábios de la tierra.

EL SOLDADO.

Ahora tienes tú razon para quejarte de mí, como ántes yo tenia razon para quejarme de Antonio.

EL EUNUCO.

¡Pobre Antonio! Despues de haber dado muerte á tanta gente, déjale que dé á nuevos séres vida.

EL SOLDADO.

Los amores criminales suelen ser amores estériles.

EL EUNUCO.

¿Quién sabe? Ya tiene algunos hijos.

EL SOLDADO.

Más fácil es averiguar el orígen de los jeroglíficos de esos templos, que el orígen de los hijos de Cleopatra.

EL EUNUCO.

Mira que las paredes oyen y sus ojos matan.

EL SOLDADO.

Pues si yo muerdo, porqué no me llevan á matarme á Media, imagínate el miedo que me dará

la mirada de basilisco de esa hechicera, de esa bruja.

EL EUNUCO.

Calla.

EL SOLDADO.

Si conocieras á Octavia, la mujer que ha despreciado por Cleopatra, si vieses su casta belleza, su amor desinteresado, maldecirias á la manceba infame y á su infame amante. Octavio ha querido que se fuera á su palacio, y ella se ha encerrado en el palacio de su marido, consagrándose á educar los hijos de Antonio, los habidos de su matrimonio y los habidos del matrimonio con Fulvia. Seria capaz esa heroina de educar hasta los hijos de Cleopatra.

EL EUNUCO.

Si te oyen decir esas cosas, te aspan.

EL SOLDADO.

Y tú, ¿qué esperas aqui?

EL EUNUCO.

Espero la señal de que Cleopatra ha entrado en

el templo para decírselo á Antonio, á fin de que pueda entregarse á los asuntos del Imperio, pues cuando ella está presente sólo acierta, extático, fuera de sí, á oirla y á mirarla.

EL SOLDADO.

Y mientras tanto, el rey de los medas pide el auxilio de Antonio contra el rey de los parthos; y Antonio, en vez de subir al carro de guerra, sube al lecho del placer; en vez de darnos voces de mando, con la majestad del trueno, canta como un tiple al resplandor de los banquetes; en vez de acariciar el pomo de su espada, acaricia el cuello de su manceba; en vez de oler á sangre, huele á vino; en vez de matar, ama.

EL EUNUCO.

Cleopatra ha pasado al templo.

EL SOLDADO.

Así las lechuzas se beban su sangre, los cocodrilos mastiquen sus carnes, el orco reciba su sombra y el mundo entero maldiga su nombre y su memoria.

XIII.

CLEOPATRA (*en el templo*).

Dioses, que no se escape de mi lecho el romano, que no se escape de mis uñas Roma. Yo quiero poner Alejandría sobre todas las ciudades, poner vuestros ritos sobre todas las religiones, poner al mundo entero á vuestras plantas como un ara. Mágicos encantos, ritos litúrgicos, pronunciad vuestras palabras incoherentes sobre el escarabajo de piedra dura engarzado en oro que llevo prendido al lado del corazon, y al cual ya le he dicho: corazon mio, tú eres mi madre, corazon mio, tú eres eterno y estarás en todas mis transformaciones y metamórfosis. He leido el capítulo místico de Hermópolis, trazado con letras azules sobre un cubo de hematites. Libradme del áspid de la serpiente, cuyo veneno abrasa; haced que los cocodrilos se sumerjan espantados en el agua,

cuando yo pase; cerrad la boca de todas las fieras al abrirse contra mí, como cerrais el sagrado de vuestros arcanos; yo deseo vivir para vencer y deseo vencer para daros el dominio de la tierra, que os tiene usurpado Roma. Isis, madre mia, pronuncia las palabras que me han de dar alas para subir de un vuelo desde las pirámides de Egito á las cimas del Capitolio. Permíteme que te demande tu virtud fascinadora y petrifique á un tiempo junto á mí el romano de corta espada y el reptil de larga cola. Sea oscura yo como la noche del Boreas cuando medite alguna emboscada, y clara como las estrellas de la mañana cuando quiera brillar ante el mundo; enrojéceme en tu luz y en tu fuego, á fin de que abrase como aristas secas á todos tus enemigos y los mios. Al que yo quiera perder, quítale la vista, para que sólo me vea á mí, y el oido para que sólo pueda escuchar mi fascinador acento. Yo sé la gnosis que me han trasmitido mis padres los Ptolomeos. Yo sé llamar á los diosès por su nombre. Cuando os invoque, venid á mis sortilegios, descended á mis conjuros, identificaos conmigo. Yo necesito que Antonio reparta entre mis hijos sus dominios; que Antonio saque su vencedora espada contra Octavio; que Antonio me lleve en su carro triunfal

hasta Roma, y me dé la corona de los dioses como le dió á César la corona de rey. Yo he agotado todas mis gracias; agotad, vosotros, vuestra mágia.

LOS DIOSES (*invisibles*).

La voz de la soledad resuena en nuestra voz; las estrellas del cielo rielan en nuestros ojos; las aguas del Nilo fluyen fecundantes de nuestros entreabiertos lábios. Nosotros somos el secreto de la creacion; nosotros el hilo misterioso que enlaza unos organismos con otros organismos y suscita el mundo animal con toda su exuberante vida, y todas sus armoniosas afinidades. Desprendidos del seno de la aurora, abrigados en los santuarios del desierto, salimos del Asia con la frente llena de misterios, para revelar cantos divinos del eterno poema de la creacion que pasa en los cielos y en la tierra. Nuestras esfinges tienen el cuerpo de tigre, los riñones del leon, la astucia de la serpiente, el rostro de las diosas y los ojos del ibis, porque salen del mundo oscuro donde se adora la materia para entrar en el mundo más luminoso donde se adora al hombre. Asi nuestra teología no está escrita en ténues palmas, que se lleva

el viento, sino en eterno granito donde puedan leerla dos continentes y todas sus generaciones. La forma humana desaparecia antes, se pulverizaba en las hogueras indias; la forma humana queda perpétuamente ahora, hosificada á la sombra de los obeliscos que señalan la ruta del sol, en las piedras de las pirámides que contienen los misterios de la eternidad, entre las largas columnas de las pintadas necrópolis, bajo la custodia de nuestras esfinges más misteriosas, las rematadas con cabezas de gavilan y de carnero, cerca de los colosos, inmóviles aun como los ritos de donde proceden, pero creados ya, como ha creado y se ha agrandado la humanidad en Egipto. Pero no te lo ocultamos, ¡oh sacerdotisa de nuestros ritos, oráculo de nuestras voces, reina de nuestra tierra! una nueva idea corre como savia misteriosa desde el nenufar que flota sobre las aguas del Nilo hasta las palmas que forman el chapitel de la columna de nuestros templos. Esa idea que corre como un viento misterioso por los desiertos infinitos perturba la serenidad de nuestros templos. Los bueyes sagrados mugen, las serpientes alimentadas en el santuario silban, los perros divinos ladran, los leones rugen como si universal calentura se hubiera apoderado de todas las divinidades. Y esa idea dice que viene

un nuevo Dios, y que ese Dios va á ser de los débiles, y no de los fuertes; de los esclavos y no de los reyes. Roma, en cuyo santuario nos congregábamos para defendernos de este enemigo misterioso, Roma no ha hecho más que prepararle las vias con la espada de sus soldados, con la palabra de sus pretores, con la idea de sus jurisconsultos. El Asia entera se levanta para luchar con esta idea misteriosa que seria su muerte. Romperíanse las gerarquías en el cielo y las castas en la tierra. Los hombres entrarian audaces en nuestros santuarios para deletrear las fórmulas sagradas y lanzarlas á los cuatro vientos. Caerian los ídolos del ara y los reyes del trono. El esclavo se alzaria de su ergástula á ser igual con su señor. Y para no ver tales crímenes el sol velaria su faz, y la tierra misma, despues de desgarrarse en huracanes y en terremotos, se disiparia en los espacios, para convertirse en torbellino de aereolitos y en legion de innumerables cometas. Así, Cleopatra, practica nuestros ritos, observa nuestra liturgia, sigue nuestras ceremonias, toma todas las formas de nuestra serpiente, todas las hechicerías de nuestra mágia, todos los zumos de nuestras yerbas sagradas y dá un bebedizo á ese romano, á fin de que te entregue Roma, y el alma del

Asia se eleve como una llama eterna en la cima del Capitolio. Los que vencimos al griego Alejandro, mejor venceremos todavia al romano Antonio. Prepárate al combate, que en premio á tu conocimiento de nuestros libros y nuestras evocaciones, saldrás hoy de este nuestro templo más hechicera y más hermosa.

ORIEL *(de rodillas á la puerta del templo)*.

Sér invisible, que llenas los espacios y la conciencia, apiádate de los siervos. Nuestros huesos han sido ya harto tiempo la base de todos estos templos y de todos estos tronos. Calcinados por el fuego de las ideas se levantan pidiendo, no misericordia, sino justicia. En nuestro orgullo quisimos crearnos á nosotros mismos. Y el trabajo de nuestra propia creacion ha sido tan largo como el alzamiento de una montaña ó la apertura de un valle. Siglos de siglos hemos llevado sobre nuestras espaldas las piedras de los templos y de los palacios, que solo servian para calabozos nuestros, y descoyuntamiento de nuestros huesos, y evaporacion de nuestras almas, y tórtura de nuestra conciencia. Ya hemos pasado por todos los grados de la vida, y hemos muerto y renacido mil

veces en todas las catástrofes de la sociedad humana, siempre con la pesada argolla en la mano, y la larga terrible cadena á las plantas. Ahora que nuestra redencion comienza, porque hemos pensado y hemos combatido, sobre todo, porque hemos trabajado, no consientas á las asechanzas de una maga, á los encantamientos y sortilegios de una hechicera el detener, allá en los cielos, el espíritu creador, próximo á desprenderse como misteriosa esencia, sobre nuestro sér, que yace digno ya por sus largos tormentos y martirios de la divina visita de la libertad.

XIV.

ANTONIO.

Escribe.

PROBO.

Por Hércules.

ANTONIO.

Escribe, repito.

PROBO.

Medítalo bien ántes.

ANTONIO.

Ó escribes, ó te cojo y te parto en dos pedazos, y los entrego á mis dos tigres.

PROBO.

Estás fuera de tí.

ANTONIO.

Porque me perfumo y me visto de seda creeis que soy una mujer, que no he vencido á los galos, que no he dominado á Bruto y Casio, que me voy pareciendo á Octavio. Pues cuando mis puños se crespan y mis ojos se encienden, y flamea mi espada en las callosas manos, todavía tiemblan los reyes de los parthos en su trono, los leones del Africa en su desierto.

PROBO.

Así te quiero ver, irritado, feroz, como en los dias felices del mando soberano de tus legiones, de las batallas innumerables en los campos y en los mares, de las sangrientas victorias. En estos momentos creo á Roma digna de tí; te creo á tí digno de Roma. Nuestra ciudad no ha debido á la fortuna sus triunfos, sino al valor. Y tú eres el más valeroso de los romanos, créelo. Pero óyeme. El que ha merecido los honores del triunfo

en el Capitolio como un dios, no debe poner su cabeza bajo los piés de cualquier hembra como un perro. Huye de Cleopatra que afemina tu genio y malogra tus victorias.

ANTONIO.

No seas inocente. Tú crees que Cleopatra me domina á mí, cuando yo domino á Cleopatra. Finjo anhelar su amor, y lo que anhelo es su imperio. Con los hombres se lucha á golpes, con las mujeres á besos. En Cleopatra no abrazo tanto á una amante hechicera como á una aliada poderosa. Nuestra ciudad siempre ha tenido un amigo dentro de los pueblos por conquistar, á fin de que le abriera las puertas. Es antigua costumbre romana, es tradicion de nuestros padres. Por Cápua entramos entre los samnitas; por los camertinos en Etruria. Sagunto nos llevó al seno de España; Masinisa al seno de Africa. Sin los etolios jamás fuera nuestra Grecia, y sin los marselleses las Galias. Pues bien; al abrazar á Cleopatra en tierra de Egipto, en este istmo africano que une el Oriente con el Occidente, lo que yo abrazo no es ese breve cuerpo de mujer, sino el cuerpo jigantesco del Asia.

PROBO.

Cómo te engañas á tí mismo.

ANTONIO.

No me véjes.

PROBO.

Léjos de ser el conquistador, eres el conquistado; léjos de ser el dueño, eres el esclavo. Cleopatra no es tu aliada. Cleopatra es tu reina.

ANTONIO.

Vuelvo á advertírtelo, y no me conozco á mí mismo de sufrido y paciente. A una nueva injuria te mato. Escribe.

PROBO.

Escribo.

ANTONIO (*dictando*).

He sabido, Octavio, tu proceder, y apenas me

atrevo á creerlo. Si el divino César descendiera á la tierra confundiria con una de aquellas miradas más abrasadoras que el rayo de Júpiter á su infiel ahijado, á su indigno sucesor. Acabas de cometer, sin consultarme, dos gravísimas faltas, una política y otra militar. La falta política consiste en haber despojado á Sexto Pompeyo de su gobierno de Sicilia. La falta militar en haberle despojado con naves mias sin darme parte alguna en el despojo. Siempre fué temible el nombre de Pompeyo que recuerda la antigua República, que personifica sacras leyes y venerandas instituciones, caras á los romanos sobre todo, desde que el leon, César, ha sido reemplazado por la zorra, por tí, Octavio. La injusticia cometida con Sexto Pompeyo acrecentará el poder de ese nombre y las dificultades de nuestro gobierno en todo el mundo romano. Luego has desposeido á Lépido, nuestro compañero, de su autoridad, y al desposeerle, te has quedado con sus dominios y con sus legiones, sin acordarte de que está aquí Antonio, sufrido por amor al antiguo César, pero incapaz de soportar más tiempo estas ofensas. Las tierras de Italia, que dimos á mis veteranos, al cabo del dictador veteranos tambien, las ha arrebatado á su posesion y á su cultivo tu avaricia. Todos los

dias me llegan quejas de esta injusticia con ellos; ofensa á mí, olvido de César. Les he dicho que reclamaré de palabra, y si no me oyeras requiriria la espada. Ya puedes reparar esa falta ó apercibirte á soportar el peso de mi ira. Te he visto temblar, como la hoja de los árboles, al acercarse una tempestad, y meterte bajo una cama al sonar el trueno; ¿dónde te meterás el dia que lance contra tí el trueno de mi voz, el rayo de mis ojos? Enmienda tus faltas, deshaz mis agravios, y no tendrás en tu compañero un enemigo, que puede romperte como una débil caña entre sus puños.

PROBO.

¡Antonio!

ANTONIO.

¿Por qué me interrumpes?

PROBO.

Para decirte que esta carta es la guerra con Octavio.

ANTONIO.

¿Y qué me importa á mí?

PROBO.

¿Nada te importa semejante catástrofe?

ANTONIO.

Nada.

PROBO.

¿Has pensado lo que puede sobrevenir?

ANTONIO.

No pienso lo que puede sobrevenir; resuelvo lo que debo hacer.

PROBO.

Si eres vencedor.....

ANTONIO.

¿Qué?

PROBO.

Se pierde Roma.

ANTONIO.

No, no, no.

PROBO.

Si eres vencido te pierdes tú.

ANTONIO.

¿Yo? Tengo el génio de César en mi génio, y mi espada es todavía la espada de Antonio.

PROBO.

Apiádate de Roma. No la entregues á nuevas guerras. Harto perdimos con perder el antiguo valor y la antigua virtud. A un nuevo sacudimiento de la tierra, se pueden derrumbar las piedras del Capitolio.

ANTONIO.

No me importunes.

PROBO.

Perdimos la libertad. ¿Perderemos tambien la pátria? Se desvaneció el Senado de nuestros patricios. ¿Se desvanecerá tambien el Senado de nuestros dioses? Cayó la República en Farsalia y

en Filipos. ¿Caerá la unidad en cualquier rincon de Asia ó de Grecia, en cualquier espacio del mar que habíamos engarzado á sus sandalias? Antonio, por la memoria de César, por tu nombre, por los dioses, por la ciudad, apiádate de tí mismo, y habrás salvado los manes de tus padres, la honra de tus hijos.

ANTONIO.

¡Oh?

PROBO.

En tí, Antonio, hay dos naturalezas; de héroe, de semi-dios, y de mujer perdida, de inmunda prostituta. Ya veo centellear tus ojos de ira y asomar á tus lábios la hiel de amarga cólera; pero el que en la última retirada ante los parthos, cuando te enlutabas para mover la piedad de tus soldados y pedias al cielo el esfuerzo de Jenofonte, el que entonces se envenenó con yerbas homicidas, único alimento en el hambre devoradora, único lenitivo á la sed calenturienta, y encontrando por todo supremo remedio y antídoto supremo, escasísimo sorbo de vino, te lo cedió

á tí, general, y en aquella copa, y en aquellas heces te cedió la vida, bien puede hablarte con la libertad necesaria, no á él, deseoso de morir por no ver tanta afrenta, sino á la eterna madre de todos, á la diosa Roma. Recuerda cuando Hércules te prestara su fuerza, Marte su gloria, y devorabas como los héroes de Homero, gran pedazo de carne, apenas asada, lavándote en las claras fuentes, vistiéndote de burda lana, sin curarte de otra cosa que de llevar siempre al cinto, en defensa de nuestras leyes, cortante y larga espada. Entonces tenias entre tus despojos gentes como Aristóbulo. Entonces, ni las abrasadas arenas del desierto de Egipto, ni el blando lodo de las lagunas serbónidas detenian tus triunfales correrías. Pasabas junto al sumidero de Thifon y sus remolinos, sin necesidad de pronunciar ninguna palabra mágica, fiado en el poder de tu génio, y subias por las escalas de Pelusa entre el polvo de las brechas y el humo de los incendios, sereno y majestuoso como Júpiter entre sus nublados. Yo te he visto ir de Brindis á Macedonia, desafiando las tempestades del aire y las tormentas del mar, entre bandadas de naves enemigas, alegre, tranquilo, como si en una mano tuvieras el tridente de Neptuno y en otra mano los odres de Eolo.

Tu gloria fué tan grande que mereciste de César mandar el ala izquierda en la batalla de Farsalia, y tu podèr y tu fortuna tan envidiables, que al tornar el dictador de su última guerra en España, te llevó á su lado en el carro de triunfo. Hasta la elocuencia te habia concedido la fortuna, pues jamás se me olvidará cuando lograste del pueblo, ofendido por tus larguezas con los veteranos, que tomara los tizones de la hoguera donde ardia el cuerpo de César asesinado, y fuese á incendiar los hogares de los estóicos tribunos, última esperanza de la República. En aquellos dias la severa Calpurnia depositaba en tus manos toda la fortuna legada por su divino esposo, que consistia en cuatro mil talentos. Por aquellos dias, fugitivo de Módena, alimentado con raices, bebiendo los orines de tus caballos, te granjeaste un ejército cautivado por tu heroismo y por tu fuerza. Casio jamás fuera vencido sino por Antonio; y tus tenientes consiguieron sobre los parthos victorias, jamás conseguidas por los primeros soldados romanos. Así tienes en tus manos hoy el antiguo imperio de Alejandro, y si luchas y vences, los soldados te seguirán como á su Emperador, y los pueblos te adorarán como á su Dios.

ANTONIO.

¡Probo! ¡Probo! Amigo mio.

PROBO.

Sí, tu amigo, y por lo mismo tu juez. Has visto al héroe y ahora verás á la prostituta. Semejas á esos ídolos egipcios que tienen medio cuerpo de hombre, otro medio de zorro, adorados como génios próvidos en nuestros dias, y en nuestros dias maldecidos como génios de la destruccion y del mal. Hablas sin medida, ries sin tasa, entras á emborracharte como cualquier soldado en las cantinas, y te pones de gordo y fatigoso como un cerdo en los ranchos. No te contentas con dejarte llevar, cual inexperto mancebo, de todo el torrente de tus pasiones, sino que sirves, cual vergonzoso alcahuete, las pasiones de los demás. Recompensas largamente á los ejércitos, pero con el dinero estafado á los pueblos. Aun recuerdo el dia en que diste á cierto favorito un millon de sextercios, y como el intendente quisiera mostrarte tu largueza, lo puso en monedas ante tu vista, y comprendiendo el juego, contestaste: «poco es, darle dos millones.»

No quiero hablarte de cómo repartes las hojas de tu corona y los despojos de tus victorias entre las cortesanas. El mundo te ódia, porque te vé dias enteros á la mesa, enteras noches por las mancebías, durmiéndote en la presidencia de los tribunales, y luego no dejando á nadie dormir con tus calaveradas nocturnas y con tus correrías indecentes, tras larga asistencia á las chocarreras fiestas de cómicos y bufones. ¡Cuántas veces, en el Senado de nuestros patricios, en los comicios de nuestro pueblo, apareciste tambaleándote, y vomitaste en público las indigestiones de tus orgías! ¡Cuántas veces lanzaste la litera de una comedianta entre la litera de tu esposa y la litera de tu madre! Para que nada te falte, eres vil como un cortesano, y pusiste la corona de oro sobre la estátua de César, atrayendo á su corazon el puñal de Bruto, y arrancáste la lengua de Marco Tulio, para que se acabara la elocuencia romana, y solo se oyeran desde entonces en la tierra las carcajadas y los eruptos de tus soldados. Creíste que la herencia de César seria un peso harto abrumador para los hombros de Octavio, y ahora se desprende en pedazos y fragmentos de tus hombros, mientras él la recoge y la guarda para si. Habitaste la casa de Pompeyo

profanándola con tus vicios, convirtiendo en lupanar lo que fuera templo. No te pareció bastante matar á los republicanos y robar á sus viudas y á sus huérfanos, sino que entraste á saco en la casa de los más pacíficos padres de familia, quedándote con sus bienes para repartirlos en pago de algunos besos y algunas lisonjas. Los generales, los cónsules, los embajadores mismos, no logran verte; pero en cambio te ven á todas horas los perdidos, los jugadores y las prostitutas. A un lado llevas á Anaxenor porque tañe la cítara, y á otro lado llevas á Xutho porque tañe la lira, y detrás al danzarin Metrodoro porque agita á compás brazos y piernas, y alrededor, en grandísimo tropel, muchachas disfrazadas de bacantes, muchachos disfrazados de sátiros, bosques movibles de yedra, millares de tirsos, tropeles de músicos tocando caramillos, flautas, zampoñas, y consientes que las muchedumbres al pasar, te llamen como á César, el divino, sí, pero el divino Baco. Y por lo bajo todavía añaden más, todavía te llaman Baco agrion, es decir, Baco salvaje. Eres pródigo en la recompensa y en el castigo, más en la recompensa que en el castigo ciertamente, pero tus mayores recompensas recaen siempre sobre los que ménos las mere-

cen. Oyes los vejámenes de la crítica, á veces con la paciencia de ahora, mas es porque acostumbras á echarlo á broma. Pero ¿quién no se rie al saber que solo para cenar tú y once amigos, se asan diariamente ocho jabalíes por cocineros, más numerosos ya que los ejércitos? Y no te acuerdas cuando te vistes las rozagantes túnicas babilónicas, cuando te calzas las pantúflas orientales, cuando te ciñes las tiaras medas, cuando llevas por todo cetro la verga gimnasiaca, de que, en realidad, no depones ante los bárbaros las insignias de tu propia dignidad, sino las insignias de la dignidad de Roma? Y á una querida le regalas fragmentos de nuestro imperio, Fenicia, donde se tiñe la púrpura, Chipre, donde nació Venus, la Arabia nabatea, que toca ya en los mares externos, la provincia judía que produce los más aromáticos bálsamos y los más embriagadores perfumes. Díme, pues, si los corazones íntegros, si las conciencias puras, no tienen derecho á levantarse de este monton de inmundicias, al recuerdo de aquellos tiempos en que nuestros padres iban á elegir sus magistrados votando con habas por ellos mismos plantadas y por ellos mismos recogidas, para marchar despues al combate en obediencia á la pátria, y volver á empu-

ñar en sus manos el arado de Cincinato. Entonces se llamaban nuestras mujeres la madre de los Gracos ó la madre de Coriolano. Entonces habia tribuna en los Rostros, comicios en el Foro, Senado en el templo de la Concordia, castidad en la esposa, paz en los hogares, libertad en Roma. Ahora somos una turba de cortesanos, rendidos de hastío, puestos de hinojos, condenados á ver cómo soberbios triunviros, que ni siquiera parecen hombres, arrojan las naciones, cual si fueran dados, sobre un tablero de juego. Llegará, Antonio, la hora de tu muerte, y al convertir los ojos á lo pasado, verás como Orestes, en torno tuyo, las Euménides roncando de furor, y reconviniéndote con la voz de sus atroces remordimientos por haber asesinado á Roma, á tu diosa, á tu madre.

ANTONIO (*frotándose los ojos*).

¿Sueño? ¿Es realidad ó delirio cuanto me sucede? ¿Soy yo quien oye todas estas injurias, y las tolera? Antonio era un tigre, y se ha vuelto un perro paciente y desdentado.

PROBO.

Antonio, este amigo, este hermano, que te ha

dicho la verdad, te incita á la guerra, á fin de que no seas vencido por tus rivales.

ANTONIO.

¿La guerra? ¿A dónde? ¿Con quién?

PROBO.

La guerra con los parthos.

ANTONIO.

¿Ahora?

PROBO.

Ahora mismo, ántes de perderte por completo en brazos de Cleopatra y de entregarte á la lucha con Octavio.

ANTONIO.

¿Crees que se atreverá Octavio á desafiar á Antonio?

PROBO.

¿Te acuerdas cuando tus gallos reñian con sus gallos?

ANTONIO.

Sí.

PROBO.

Y no habrás olvidado que siempre los gallos de Octavio vencian á los gallos de Antonio; no habrás olvidado eso.

ANTONIO.

No lo he olvidado.

PROBO.

¿Te acuerdas de aquel adivino egipcio que encontramos en una encrucijada por las rutas de Armenia?

ANTONIO.

Es verdad; y me dijo que reñiriamos Octavio y yo; que en estas riñas ganaria siempre Octavio.

PROBO.

Pues tienes un medio de deslumbrar á tus enemigos y de vencerlos.

ANTONIO.

¿Cuál?

PROBO.

La guerra.

ANTONIO.

Es verdad, es verdad.

PROBO.

Levántate. Empuña tu espada.

ANTONIO.

Sí, dadme el casco, ceñidme la espada, haced venir mis legiones; plantaremos las águilas romanas, como sobre su nido, allá en el centro de Asia.

CLEOPATRA (*entrando*).

Antonio, Antonio mio, vamos á las alegres fiestas.

ANTONIO.

¡Oh! me fascinas y me deslumbras. Dejémonos, Probo, de combatir. La vida es corta. Quiero gozar. Vámonos, Cleopatra.

PROBO (*acariciando un puñal*).

Me lo regalaste en Filipos. Lo guardo para tí, para tu manceba y para mí. Enemigo de Roma, amigo de Cleopatra, puesto que en ello te empeñas, irá tu carta al astuto Octavio, y el astuto Octavio te dará en cambio la muerte.

XV.

ANTONIO *(tendido en el lecho de púrpura).*

Danza en baile seductor como jamás vi bailar en los festines de Roma. Sus brazos se levantan como dos heridas serpientes. Los crótalos béticos resuenan deliciosamente en los huecos de sus palmas, heridos por los dedos de rosa. La cabeza se cae hácia atrás como una flor marchita, y la cascada de sus negros cabellos roza en los talones. Ya se mece como la palma agitada por las brisas del mar, ya se pierde en vertiginosa carrera formando innumerables círculos. El aire que agita con su traje, el aroma que exhala de su cuerpo, la luz y el calor que irradia de sus ojos, perdidos en sublime arrobamiento, encienden, enardecen mi sangre en voraces amores, en inextinguibles deseos.

CLEOPATRA (*despues de dejar el baile, se sienta junto á Antonio y canta*).

Era caluroso estío, y la cigarra cantaba, confundiendo su chirrido con el rumor del trillo sobre las espigas y la cancion del segador en los áureos sembrados. Mi amante dormia la siesta fatigado y sudoroso. Las ventanas de su cubículo estaban á medio cerrar, y por sus hendiduras penetraba dulce luz semejante á la luz propia de la misteriosa caida del dia en brazos de la noche. Podrian compararse aquellos dudosos resplandores al reflejo de los sacrificios en los misterios, al tibio resplandor de la luna en el mar, á la sombra de las selvas en la tarde, á todo cuanto gusta al pudor y enardece á los amantes. Sobre sus párpados entreabiertos se suspendieron esos ensueños que no quitan enteramente la luz, y que dan á las ideas y á las ilusiones inciertos contornos de firme realidad y de etéreos espíritus. Yo aparecí entonces, desceñida la túnica, ruboroso el rostro, dejando caer mis cabellos, semejantes á sombras, en el seno que palpitaba de amor. Corrí hácia él como Semíramis á su lecho nupcial, y le alargué los brazos con la embriaguez con que los alargaba Lais á sus numerosos amantes. Mi ama-

do quiso desceñirme de mi túnica, á pesar de que las lijeras gasas no le ocultaban ninguna de mis gracias. Pero yo me resistí, luchando más que por una victoria odiosa á mis deseos, por la placentera derrota. Acuérdate, romano, acuérdate que no habia ninguna mancha en mi cuerpo, ninguna sombra en mis ojos, ninguna duda en mi mente, ninguna reserva en mi enajenacion, ningun hastio en mi amor, jamás saciado, jamás satisfecho. Y cediendo al imperio de la naturaleza, nos poseyó el sueño, durmiendo tú en mis brazos, yo en los tuyos, y preguntándonos mútuamente por qué no habia de ser eterna aquella siesta.

ANTONIO.

Cleopatra, no recuerdes esas horas, esos placeres, esos trasportes, si no quieres que caiga exánime en tus brazos y que durmamos pronto el último sueño, convirtiendo en sepulcro nuestro lecho.

CLEOPATRA.

Pues hablemos de filosofía; hablemos, por

ejemplo, de la filosofía de Timon de Atenas. Es el más perfecto contraste que puedo oponer á mi cancion de amores. Timon, uno de los ciudadanos más ricos de la Atica, desde los esplendores de la opulencia cayó en los abismos de la miseria. El instinto de hacer bien, de consolar todas las desgracias, disipó rápidamente en leve humo sus sólidos bienes. En cuanto empobreció, todos sus antiguos amigos le abandonaron, y así que alargó á ellos la mano en demanda de algun beneficio, le respondieron tristemente con olvido y desprecio. Timon irritado se volvió á Júpiter diciéndole, al ver la virtud abatida y poderoso el vicio, que sus rayos se habian convertido en apagados tizones. Miope, sordo, no alcanzaba á ver los crímenes de los mortales ni á oir sus lastimeras quejas. Allá, en su juventud, cuando los humanos le faltaban, despedia en tropel sus nublados y los anegaba en espantoso diluvio, mientras que en su vejez le robaban los ladrones su corona de oro en Olimpia, y ni siquiera tenia fuerzas para despertar á los perros y mandarles que ladrasen. Así que no era mucho que viese á los antiguos amigos de Timon pasar junto á este bienhechor mirándole como mirarian rota columna de antigua tumba, y no los persiguiese y los probase con sus

divinas iras. Y era para llorar el ver al viejo filósofo vestido de pieles, con el azadon del trabajo en la mano, frio y escuálido como la muerte, ganando por toda soldada dos óbolos diarios. Su gran desgracia por fin hirió al dios de los dioses, al señor de los nublados, aunque Júpiter rara vez convertia su atencion á la Atica, porque solamente le llegaban de allí fórmulas de filósofos en vez de oraciones de creyentes, y un dia que recompuso en el monte Etna sus despuntados rayos para asestarlos á la cabeza del pensador Anaxágoras, bastante audaz para negar la existencia de las divinidades del Olimpo, no dió en la parte amenazada, sino en los techos de sus propios templos. Pero le habia consagrado Timon tantos sacrificios, que todavía guardaba el humillo en las narices y el recuerdo en la memoria. Así es que llamó á Pluto y le mandó ir á enriquecer nuevamente al desgraciado. Mucho le dolia al cojo dios de las riquezas volver á entrar en casa de donde con tal facilidad le arrojaran, cuando todos se pierden por conservarlo y retenerlo bajo llaves y dobles cerraduras. Pero al cabo fué, á pesar de que Timon habia llegado á despreciar tanto á los hombres como á los dioses, y le enriqueció nuevamente. Así que supieron sus menos-

preciadores semejante cambio, se trasformaron de súbito en sus devotos, corriendo á requerirle de amistad y á mostrarle el antiguo olvidado entusiasmo. El primero que aparece es Guathonides, famoso parásito, incapaz de saludar á su protector en la miseria, y luego en la inesperada prosperidad preguntándole por la sala del festin y el ánfora del vino; el segundo es Philiades, de la misma tribu del filósofo, y que iba á darle un talento precisamente á la hora misma de saber su felicidad; el tercero Demeas, que olvidara hasta el nombre de Timon, y luego propusiera para él en la plaza pública los honores reservados á los héroes; todos con la sonrisa en los lábios y las ofrendas en las manos, como los devotos en los templos, pero todos recibidos á palos, porque Timon conoció á la naturaleza humana, y se encerró en aislada torre, decidido á no departir con los hombres y á contemplar como único luminar el propio pensamiento en la inmensidad de su conciencia.

ANTONIO.

Cleopatra ¿no eres feliz á mi lado?

CLEOPATRA.

Completamente feliz.

ANTONIO.

Pues en la felicidad no debe recordarse nunca el cambio de la humana suerte. ¡Oh! Si ahora pudiéramos detener el tiempo, clavar á nuestro lado la rueda de la Fortuna!

CLEOPATRA.

Hablaremos de cosas más altas. Elevaremos los ojos al cielo. Yo estudié la astrología con los maestros caldeos en la inmensidad del desierto, á esas horas sublimes de la noche, en que los astros son tan numerosos como las arenas, y las arenas tan brillantes como los astros. Yo entonces seguia atónita por los cerúleos abismos el vuelo de esas abejas de oro que depositan en la inmensidad la miel de nuestra vida, y ni los cánticos de la caravana errante, ni las esquilas de los ganados conducidos al oasis, que interrumpian el silencio de la noche, pudieron interrumpir jamás la solemnidad de mis meditaciones. Despues, durante el dia, contemplaba las fórmulas astronómicas en los ladrillos trasportados de Babilonia, y anunciaba á las gentes maravilladas la hora precisa en que la blanca luna se vestiria de negro luto. Cuánto

trabajo nos ha costado mostrar á los maestros que la reina de la noche tiene luz prestada, y que sus eclipses provienen de la sombra de nuestra tierra, pues creian explicar este desmayo de luz por gigastesco dragon, extendiendo las garras sobre su plateada superficie para devorarla como la araña á la mosca. En bien temprana edad, todavía niña, comencé á estudiar sobre las rodillas de los Ptolomeos los saros, período de diez y ocho años, á cuyo término vuelven á reproducirse con uniformidad los eclipses, conociendo además la diferencia entre las horas equinociales y las horas civiles. Y á veces me parecia que las estrellas se desprendian de los cielos, y contaban el tiempo como las gotas de mi Klepsidra, murmurando al pasar secretos de lo porvenir, misterios del destino. Yo sé cuáles son lo astros intérpretes, los astros reveladores, todos relacionados entre sí por la armonía de sus movimientos, y todos presididos por el principal de ellos, por el sublime Kronos. Llámanse los astros intérpretes, en el comun lenguaje, planetas, y lleva cada uno sobre sí treinta estrellas que todas las semanas bajan de las regiones inferiores para traernos ideas y aromas de los cielos, como en torno nuestro hay otras estrellas no ménos luminosas, aunque invisibles, á

nuestros ojos de carne, para llevar á los cielos ideas y aromas de la tierra. Así es que en esas inmensas tablas de zafiro tachonadas por jeroglíficos de oro, que llaman cielos, leemos nosotros la suerte de los mortales y adivinamos la estrella que surge en el Oriente para acompañar cada cuna y la estrella que se sumerge en el ocaso para acompañar la triste sepultura.

ANTONIO.

Cleopatra, léeme mi horóscopo.

CLEOPATRA.

Antonio, eres inconstante como un griego.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Porque has dicho que no querias saber mudanzas de la suerte, y ahora deseas interrogar el destino, esa contínua mudanza, esa eterna transformacion.....

ANTONIO.

Basta. Es verdad, Cleopatra, no sepamos nada de lo porvenir, cuando tan venturoso es lo presente.

CLEOPATRA.

Sobre todo, cuando te acercas á mirar ese abismo abierto á nuestras plantas, el abismo de la muerte, adivinas que todos allí hemos de parar por virtud de las fuerzas destructivas de la Naturaleza y allí todos hemos de regenerarnos por virtud de sus fuerzas vitales y creadoras. La esencia de nuestro sér, ese aroma escapado del ánfora de este nuestro cuerpo, irá á través de los organismos sucesivos á residir en la planta, en el animal acuático, en el terrestre, en las aves, hasta elevarse, como una espiral de blanquecino humo en el ara sagrada, á otras superiores infinitas regiones, llegando á su plenitud de vida, despues de mil años de sucesoras metamórfosis, en que se haya desceñido y despojado por completo de sus antiguas formas. Muchas veces, si mirais con atencion una estrella, vereis que os corresponde, que os llama, que os atrae como dicién-

doos mudamente vuestro orígen y vuestro destino; venir de allí como vienen los rayos de la luz, replegarse allí como allí se repliegan los rayos de la luz. La muerte sigue á la vida en este mundo, y luego que hayais reposado en el sepulcro, la vida seguirá á la muerte. Si sólo hubiera muerte, el Universo entero se dormiria una vez para siempre como se durmió Endimon en los bosques. Vivir es recordar otro mundo. Morir es en otro mundo nacer. Antes de volver al cielo, si hemos sido perezosos, vejetaremos en un árbol; si músicos, ascenderemos á la garganta de melodiosas aves; si sublimes, nos perderemos con las águilas en las ethéreas alturas, si sociales y buenos, zumbaremos en el enjambre de las abejas y destilaremos miel para dulcificar la vida universal. Y la muerte.....

ANTONIO.

Háblame en buen hora de la muerte, si la muerte ha de tenernos por siempre unidos bajo sus negras alas. Pero si la muerte ha de separarnos, ¡oh! no me hables jamás de la muerte ; no quiero recordarla, no quiero creer en ella ; la niego, ó cuando ménos la desprecio.

CLEOPATRA.

Si las ideas filosóficas te hastían, podré recitarte algunos versos de los antiguos poetas griegos; la descripcion de Colonna, con su blanquecino suelo, sus alígeros caballos; de bosques donde los mirtos crecen y los ruiseñores cantan; de florestas ricas en olientes narcisos y en áureo azafran, con que se coronaban las antiguas diosas; fecundada por el claro arroyo del Cefiso que en tortuosas serpientes de cristal se divide y por varios lechos se desliza; tierra sagrada del ceniciento olivo protegido por la severa Minerva de azules ojos; tierra en cuyos senos duerme tranquilo Baco y danzan ligeras las hermosas Musas.

ANTONIO.

Háblame de tu ciencia, de la que verdaderamente luce en estas misteriosísimas regiones; háblame de la Magia.

CLEOPATRA.

Yo soy maga. Yo tengo encerrados en mis pomos de oro fecundos rayos del sol, y en mis po-

mos de plata mustios rayos de la luna. Yo poseo la magia blanca, con cuyos conjuros se fuerza á los dioses á descender sobre la tierra y auxiliar á los mortales; y tengo la magia negra, que penetra en las tinieblas y apercibe los filtros contra los genios del mal. Yo conozco el himno caldeo al sol, con cuyas estrofas los encantamientos se disipan y los vampiros se alejan.

ANTONIO.

Me dan frio esas evocaciones.

CLEOPATRA.

Dejémonos pues de ciencias, y emprendamos otros ejercicios más gratos á la vida. Si quieres, engancharé yo misma mi cuadriga, compuesta de cuatro caballos apacentados á las orillas del Bétis, y citaré á todos mis rivales para arrancarles una vez más el premio en estas difíciles contiendas y ceñir nuevas palmas á mis sienes. Si quieres, me encerraré en las jaulas con mis tigres y mis leones de Numidia, y vendrán á lamerme sumisos las plantas al mandato de mi imperiosa mirada. Si quieres, disolveré la perla más bella, el

precio de un reino, traida de la India y encontrada entre los despojos de los reyes de Armenia, y la disolveremos en vinagre de Campania, y nos la beberemos de un sorbo. Cuanto quieras hará por tí, por verte gozoso, tu Cleopatra, que así cogerá el plectro para tañer la lira de oro, como la espada para bajar desnuda á combatir con los gladiadores, si puede darte un momento no más de satisfaccion y de gozo.

ANTONIO.

Yo sólo quiero tu amor. Con ese bien, con ese lauro tengo bastante para no desear ni más gloria ni más bienes. Poseyéndote, poseo el Universo. Todas las delicias que tú guardas, todas las ciencias que tú sabes, todas las artes que tú inspiras, toda la magia con que tú hechizas, forman otro mundo mejor que este pobre mundo...

CLEOPATRA.

No, no te creo.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Porque el amor habla ménos y haçe más.

ANTONIO.

¿Qué quieres que yo haga? Dilo.

CLEOPATRA.

Olvidarte de Roma.

ANTONIO.

Imposible.

CLEOPATRA.

Imposible, porque en Roma vive Octavia. ¡Traidor! tu cuerpo está entre mis brazos, pero tu pensamiento está sobre el solitario lecho de tu esposa. Y como Cleopatra te ha entregado todo su ser, ya te disgusta Cleopatra. Tu amor antojadizo vuelve nuevamente hácia Italia sus deseos. Dioses infernales, que el sueño no se pose en sus párpados, que el remordimiento le muerda hasta en las entrañas, que el afeminado Octavio le venza y le deshonre, que los esclavos le insulten, que las mujeres le aborrezcan, que el orco le reciba, y desde allí me vea en los elíseos cam-

pos, me desee y no pueda obtenerme; que si la muerte no fuera débil castigo á sus crímenes, le hubiera arrancado el corazon para dárselo á mis perros.

ANTONIO.

Cleopatra, Cleopatra! Por tí dejé las riberas de Grecia. Por tí he suspendido la guerra con los parthos. Por tí he repudiado á Octavia, repudiando con ella la fortuna. Por tí me declarará mi propia ciudad la guerra, y no crees en mi amor.

CLEOPATRA.

No.

ANTONIO.

¿Qué sincera prueba de amor deseas?

CLEOPATRA.

Deseo que dividas tus maravillosas conquistas entre mis hijos.

ANTONIO.

Me pierdes...

CLEOPATRA.

Y dice que me ama! Voy á vestirme de luto como si te hubieras muerto. (*Se aparta del lado de Antonio*). Jamás volveré á tu lecho. Estoy viuda. Para siempre; para siempre separados.

ANTONIO (*levantándose y cayendo en sus brazos*).

¡Oh! Soy tu esclavo. Manda.

XVI.

PROBO.

¿Será verdad? ¿Arrancará de Roma ciudades tan grandes, provincias tan florecientes, imperios tan ricos, para entregarlo todo á la voracidad de una manceba impúdica y al peculio de unos hijos adulterinos. Júpiter, que reinas en el Capitolio, si no has perdido tus rayos, ¿cómo tardas en blandirlos con fuerza y arrojarlos sobre la frente del protervo?

SEXTIO.

Este oficio de parásito, á primera vista socorrido y cómodo, tiene sus dificultades y sus quiebras. La costumbre requiere que digamos á todo el mundo verdades amargas desde nuestro abati-

miento, y suele costarnos esto dias y noches de profundo vacío en el estómago y altas prominencias en las costillas. Venido desde Roma, donde mi franqueza no se apreciaba en todo su valor, á este ejército, cuyas enseñas siguen parásitos tan desvergonzados como yo, quise ayer entre sorbo y sorbo de dulce Falerno, decirle á Antonio que la reina de Egipto juega con él como orgullosa gata con prisionero raton, y del puntapié con que me respondió, rodé las escaleras de su jardin, y en el mármol me abrí la cabeza como un melon, jurando desde entonces á los dioses no volver á meterme en tales peligros, para no dar semejantes saltos.

NATO.

Ignoras, Sextio, por completo, el código de nuestro oficio. Para comer á dos carrillos y roncar á pierna suelta y divertirse, hay que seguir mi vocacion, la de adulador. Veo á un general vencido, aporreado, fugitivo, y le digo que acaba de conquistar el mundo. Veo á un ricacho, ayer medio parásito como yo, hoy rodeado de parásitos, y le digo que su riqueza, robada en el gobierno de las provincias, proviene de ricas heren-

cias aumentadas por su talento y sus virtudes. Veo á un poeta silbado y le comparo con Cátulo, y le digo que dará á Roma una epopeya digna de emparentar con la Iliada de Homero. Así, ricas túnicas y largos mantos se ciñen casi por sí mismos á mi cuerpo; esencias olorosas caen como menuda lluvia sobre mis cabellos; sitios preeminentes, cerquita de las orejas agasajadas por el rumor de la adulacion, me están siempre reservados en los festines, y el mejor trago viene como por encanto á mi gaznate y los lechones asados corren bajo mis manos. Yo lo sabia, por ejemplo, todo; sabia que Octavia llegó á Roma; que César, al verla entrar desdeñada por Antonio, montó en cólera; que la casta matrona intentó con inútil empeño desarmar al hermano amante é interceder por el marido ingrato; que la ciudad entera pide freno á estos escándalos y castigo á estos crímenes; que el dia ménos pensado declaran los de allá la guerra al de acá y cazan como una sierva á esta Cleopatra, pero me guardé muy bien de decirlo por miedo á mi corto genio y á las largas manos de Antonio.

SEXTIO.

Pero sabes bien que cada uno de nosotros so-

bresale en géneros diversos. Si todos nos consagramos á aduladores, concluiríamos por ser arrojados de todas partes. ¿En qué mal hora me dí yo á este género peligrosísimo de decir la verdad aquí donde todo se alcanza por el fraude y por la mentira?

SILIO.

Pero estais desnaturalizando por completo nuestro arte, esta série de principios científicos aplicables á la vida y á la sociedad. Cúrense magistrados y filósofos de los que gobiernan la tierra y de los que gobiernan los cielos; nosotros los parásitos debemos curarnos de saber dónde están los más hábiles. Investiguen estos en buen hora el secreto de la vida, el orígen de las ideas, la superficie del sol, el número de las estrellas; rómpanse la cabeza aquellos por si el elocuente Ciceron, al acabar con Catilina, entregó la República á los caballeros y los caballeros á César; disputen los de más allá sobre si debió Sexto Pompeyo en el golfo de Bayas levantar las áncoras de su navío y ahogar á los triunviros en alta mar, quedándose con la propiedad de esta inmensa mancebía á que llaman tierra; nuestro oficio

es atisbar los festines, entrarnos en ellos de rondon como en nuestra casa, decir frases gratas á los anfitriones, escoger el puesto por donde pasen primero los platos, comer hasta el hartazgo, rebosar de vino hasta embriagar á los demás con nuestro aliento, dormir á pierna suelta, y lejos de perecer en los campos de batalla como gentes vulgares, morir como dioses en los festines, de indigestion, entre un jarro de vino y un plato de jabalí. Nuestro arte es difícil por excelencia, puesto que trata de resolver este problema: comer, beber y vestir como un patricio teniendo el peculio de un mendigo. Para desempeñarlo, necesitamos conocer á los hombres verdaderos y á los falsos, cosa más difícil que distinguir la verdadera de la falsa moneda; conservar delicado gusto que aprecie las especies de las salsas diversas y el mérito de los manjares; tener filosofía bastante á soportar la vanidad, la soberbia, el mal humor, la envidia; murmurar de todos sin llegar á indisponerse con ninguno, y hablar con una elocuencia y una retórica que nos abra todas las puertas y nos mantenga en todos los salones. Así, mientras los demás se afanan y sudan y trabajan, nosotros vivimos en fiesta continua y tenemos consagrados todos los dias del mes y todos

los meses del año al ócio y al placer. Todo arte exige comer poco y beber menos, el nuestro comer y beber mucho; todo arte necesita de un ajeno instrumento, del plectro el tañedor de cítara, y del cincel agudo el estatuario; nosotros no necesitamos otro instrumento que nuestras muelas; para aprender los demás artes teneis que gastar tiempo y dinero, en el nuestro nacemos ya sabedores é industriados; en fin, los parásitos somos como los poetas, favoritos y privados de los dioses.

PROBO.

¡Y todavía nos extrañaremos de que Roma haya perdido su libertad y su República.—¿Qué veo?—¡Geminio! ¿Dónde vas?

GEMINIO.

Voy en busca de ligera nave que me lleve á las costas de Italia. Huyo de esta tierra maldita donde reina la vistosísima serpiente del Nilo que ha fascinado á nuestro Antonio. Cuando Calvisco acusó al general de haber regalado á Cleopatra la Biblioteca de Pergamo, rica en doscientosmil volú-

menes; de haberse levantado en un festin tras ella, encerrándose ambos á la vista misma de sus convidados para entregarse á sus amores; de haber oido con verdadera voluptuosidad que los efesios llamasen á nuestra enemiga su reina; de haber, en las audiencias públicas, recibido cartas amorosas de su real manceba, escritas en cristal y cornarina, leyéndolas ante los mismos jueces, á pesar de sus escandalosas frases; de haberse dejado la presidencia de un tribunal, estando en el uso de la palabra Furmo, el más elocuente de los abogados y el más digno de los romanos, por seguir la litera de su amada, que iba con propósito de probar al mundo cómo su amante la prefiere al honor y á la autoridad, las gentes imaginaban tales hechos como invento de los celos y pasto de la maledicencia. Pero yo he visto cosas mayores, más inenarrables. Creia descubrir en mí la proterva un mensajero de Octavia, y me impedia toda entrevista con Antonio. Designábame en los festines el último lugar, para ahuyentarme de los oidos que llena ella con su elocuencia asiática. Mi resignacion ante estas maldades era tan grande como su protervia. Hace dos dias me notó Antonio contrariado, porque la vergüenza se pintaba bien clara en mi rostro, y como el buen natural

no se ha perdido en él todavía, me dijo que hablara en alta voz del objeto de mi venida. «Las cosas en que voy á industriarte, le respondí, deben decirse en ayunas; pero harto, y áun bebido, puedo en alta y clara voz anunciarte que todo iria á pedir de boca, si en vez de reinar Cleopatra en tu corazon, reinara sólo en Egipto.» Enfurecióse Antonio; y Cleopatra se irguió, creciendo como un reptil que se estira, ó para defenderse ó para acometer; y mirándome con ojos semejantes á los ojos de una víbora, que clava su aguijon, me respondió: «Procediste bien; lo que te ha hecho decir el vino, de todos modos te lo hubiera hecho decir el tormento.» Y me parto ahora mismo para decir que no caben ya en el mundo Octavio y Antonio, Roma y Cleopatra.

XVII.

PROBO.

Voy á verlo por mis propios ojos. Voy á ver cómo el Gimnasio, elevado por los Ptolomeos en Alejandría, á ejemplo de los griegos, para desarrollar las fuerzas de la juventud y darle energía, entereza, virilidad, se convierte por un momento, con estas saturnales de Antonio y Cleopatra, en casa de pública prostitucion. Los pórticos sencillos están llenos de cortesanos vestidos como mujeres, segun lo rozagante de sus mantos de seda y lo deslumbrador de sus joyas de oro. Los peristilos contienen legiones de innumerables sacerdotes que llenan los aires con las nubes de sus sacrificios y los olores de sus aromáticas esencias. Cada templo de estos dominios ha mandado una ofrenda á la diosa viviente de Egipto, y cada ofrenda vale un reino. En el Efebeo se levantan

airosos, entre tapices de brocado, los tronos que han de ocupar esos locos amantes, tronos de plata y oro, superiores en explendor y en riqueza á los más bellos y más grandiosos altares. Por las demas salas, por todas las palestras, se ven los guardias de las regiones del Asia y del África, vestidos con sus expléndidos trajes y cargados con sus relumbrantes armas; los jóvenes, que imitan á los griegos, desnudos como en los bajos relieves de Fidias, entonando en coro versos de Píndaro y de Homero; las vírgenes hermosísimas, con sus crótalos hispalenses en las manos, danzando al són de las liras; los magos, diciendo palabras extrañas que recogen sus oyentes con supersticiosa veneracion; miéntras que por las florestas y jardines de los alrededores discurren las bacantes con sus coronas de pámpanos á las sienes, su tirso ceñido de hiedra en las manos, sus pieles de ciervo á la espalda, sus palabras incoherentes en los labios, verdaderas imágenes de la voluptuosidad y de la embriaguez.

COROS.

Cantemos la ciudad de Alejandría, la más bella entre las ciudades del mundo. Salió de la mente

del gran Alejandro, como Minerva de la cabeza del gran Júpiter. El cielo de África la mira extático por los ojos de sus estrellas inextinguibles; el desierto la ciñe y la rodea con sus arenas de oro; el Nilo murmura en sus oidos, al deslizarse en el lecho ceñido de palmas y habitado por los cocodrilos, palabras divinas; los obeliscos señalan con su sombra el curso del sol y llevan en sus jeroglíficos pensamientos de la inmortalidad; el mar Mediterráneo la besa con sus ondas recamadas de espumas las sandalias de mármol; el Faro engarza clara luz en su frente; el Asia y Grecia la consultan, porque Alejandría es la perla preciosa del anillo con que se unen y se enlazan los continentes, el santuario en que se confunden y se identifican las ideas.

COROS DE VIRGENES.

Ya viene la hermosísima Cleopatra con los atributos de Isis. Sobre su espaciosa frente se elevan los argentados cuernos en que descansa y reposa el sol de oro. Una túnica blanca, como la azucena de los valles, se ciñe á su cuerpo, tiñéndola con los reflejos de la luna, y negro manto sembrado de estrellas cae de sus hombros, seme-

jándose al manto de la noche. En carro de oro se asienta, rígida, fria, solemne como una estátua; y seis blancos briosos caballos la arrastran por las calles cubiertas de tapices y sembradas de guirnaldas. Precédenla los animales simbólicos, y síguela innumerable cortejo compuesto de devotos á Isis, cuya imágen más bella ven á una en la divina Cleopatra. Los devotos la aclaman de diversas insignias revestidos. Llevan unos tahalíes á guisa de soldados; otros cortas clámides que apenas llegan á la rodilla, ligera espada al cinto, venablos de cazador en las manos; éstos, borceguíes de oro, trajes de seda recamados de pedrería; aquellos, el casco y el escudo de los gladiadores. Para divertir al pueblo se disfrazan varios de magistrados y fingen grave tribunal, en tanto que otros se calzan las sandalias y se ponen postizas las melenas y las barbas de los filósofos. Pero en cuanto llega la diosa, la maga Cleopatra, todo es grandeza y hermosura. Las más graciosas jóvenes, griegas, egipcias, nubias, vestidas de blanco y coronadas de primaverales guirnaldas, arrojan hojas de olorosísimas flores. Algunas llevan en sus espaldas bruñidos espejos para que la diosa pueda ver y contemplar á cuantos la acompañan y la siguen. Otras ostentan en sus manos caprichosos

peines de marfil, y fingen sabiamente con sus ademanes peinar y trenzar los cabellos de la hermosísima diosa. Toda suerte de candelabros, lámparas, lucernas, faroles de diversas formas y de riquísimos materiales, indican los atributos de aquella divinidad que se asienta sobre los astros. Las sinfonías más dulces repiten la música melodiosa de las estrellas y de sus incomunicables y divinas esferas. Solemnes cantatas suben á las alturas como llevadas en las nubes del incienso. Ejércitos de esclavas, lujosamente vestidas, queman perfumes de la Arabia. Las iniciadas se adelantan con los piés desnudos y las cabezas cubiertas de trasparentes gasas, y los iniciados tocan platillos de acero, de plata, de oro, produciendo melódicas escalas de armoniosísimos sonidos. Luego siguen los pontífices, llevando sobre su pecho cubierto de blanco lino, las imágenes de los grandes astros á que consagra cada uno de ellos su culto, y cierran la procesion las vacas, las osas, las monas, los dioses con cabeza de perro, el génio que baja del cielo al infierno, y sube del infierno al cielo, á veces resplandeciente como el sol, y á veces oscuro como la noche, á manera de nube relampagueante, y la urna de oro, sobre la cual levanta su cabeza de esmeraldas un lu-

ciente áspid recamado de deslumbradoras escamas, cada una de las cuales se compone de un oriental y trasparente zafiro. Sonríense los cielos á tanta hermosura, y saltan de regocijo los corazones como el cabritillo que trisca entre las plantas y los arbustos de una espaciosa floresta.

COROS DE SACERDOTES.

El gran general que protege á nuestra reina, recibió la sagrada iniciacion egipcia, en los profundos misterios. Su cuerpo se ha purificado en la penitencia y se ha enardecido su alma en las austeras ceremonias. Ha penetrado en lo interior de las Pirámides con la solemnidad misma con que los muertos suben á la eternidad y los dioses bajan á la tierra. Llegado allí, ha descendido en las tinieblas de la noche al hondo pozo, valiéndose tan sólo de sus manos y de sus piés, y luego se ha encorvado para deslizarse á rastra, como una culebra, por los hondos subterráneos. Al fin de la galería brilló de pronto siniestra claridad y en ella surgieron tres chacales que le anunciaron los grandes peligros por correr y las grandes amenazas por salvar. Pero intrépido como en las batallas se arrojó á nado en

el canal sacratísimo sin ahogarse, y pasó sin consumirse por las llamas de la cámara ardiente, por su voraz incendio, como si fuera de amianto, y se sostuvo erguido cuando la tierra le faltaba por completo bajo las plantas, y al cogerse á una argolla y encontrarse pendiente de los abismos insondables azotado por huracanes terribles, ni se entornaron sus ojos, ni se fruncieron sus cejas, como si fuera la misma incontrastable divinidad en toda su omnipotencia. Así ha podido llevar las doce estolas sagradas con los signos del zodiaco; los mantos, en cuyos pliegues van bordados antiguos jeroglíficos, y conocer y profundizar todos nuestros misterios que le han sido por nuestros mismos dioses revelados, gracias á los conjuros de la mágia. Y viene en procesion representando junto á la diosa Isis su hermano y su esposo el dios Osiris, el que enseñó á los hombres el cultivo de la tierra y domeñó los mónstruos abortados por las tinieblas.

ANTONIO (*en el trono*).

Os he congregado bajo mis altares de plata sobre los cuales se levantan dos tronos de oro, para deciros que Cleopatra y yo somos como la luna

y el sol entre los astros, como Isis y Osiris entre los dioses. Mi prosapia es á la verdad tan sublime y antigua como la prosapia de los dioses. Yo bien puedo llamarme el Osiris egipcio, puesto que desciendo del Hércules griego. Bien se conoce tan divina ascendencia en mis grandes manos, en mis nervudos brazos, en mi cabeza esférica, en mi frente espaciosa, en mi espeso cabello, en mi rostro sereno como el rostro de un dios. Y Hércules, comprendiendo que faltaban al mundo hombres de su temple, no se contentó con una sola mujer y con una sola familia. Fundó muchas para que muchos heredasen su nombre y su vigor. Así yo he fundado muchas familias nacidas de mi esposa Fulvia, de mi esposa Octavia, y de la más amada entre todas, de aquella que me idolatra y yo idolatro, de la divina Cleopatra. Y para demostrar al mundo que brotan de mi lecho reyes, corfirmo á Cleopatra en el reino de Egipto, y le dono Chipre, la isla de la hermosura; Africa, la tierra del valor y de la fortaleza, y le asocio por colega su hijo Cesarion, hijo tambien del divino Julio César, y por lo mismo de la gloriosa estirpe de los génios y de los dioses. Y Cleopatra tiene frutos de mis amores, Alejandro, á quien dono Armenia, Media y el reino de los Parthos, y Ptolomeo,

á quien dono Fenicia, Siria y Cilicia. Acércate, Alejandro, con las insignias de la dignidad que yo mismo te he ceñido, con la tiara puntiaguda, con la púrpura real; acércate, Ptolomeo, con tu diadema que recuerda la gloria y la omnipotencia de Alejandro. Venid, soldados armenios, venid, soldados medas, y rodead á vuestros reyes y rendidles homenaje como á los dioses. Oriundos del Asia y de Grecia, con ferviente sangre romana en las venas, herederos de los dioses griegos y de los dioses egipcios, su gloria se reflejará en dos continentes, y sus nombres, ya escritos con letras de estrellas en los inmensos espacios, se escribirán tambien mañana indeleblemente en los anales de los pueblos.

CORO UNIVERSAL.

Aclamemos al poderoso, al fuerte, al invencible, al divino Antonio, y que todos los séres se asocien á nuestros loores.

PROBO (*saliendo al frente.*)

No, todos los séres no se asociarán á vuestras adulaciones. Aun hay aquí un romano. Yo no

tengo poderes de nadie ni los necesito. Yo siento en mi breve y fugaz sér la Ciudad Eterna. Donde hay un romano, allí está Roma. Y en nombre de Roma te declaro guerra á muerte, general romano, que has pasado á ser general bárbaro. Nosotros no podemos consentir que el imperio del mundo sea repartido, como los manjares de un festin ó como el vino de una orgía, entre los hijos del adulterio, educados como Annibal, en el ódio á la Ciudad Eterna. Tiembla, Antonio, tiembla más tú aun, Cleopatra; el génio del Capitolio habla por mi boca, y todos los maldecidos por el génio del Capitolio se han desplomado en los abismos.

CLEOPATRA.

Calla, fementido, ladron, hijo de mala madre, padre de una generacion maldita, romano falaz y traidor. ¿Cómo te atreves á mirar sin deslumbrarte el sol de los soles.? ¿Cómo injurias al hombre que ha dilatado Roma y sus dominios más allá de los límites soñados por la imaginacion de vuestros poetas y prometidos por el génio de vuestros dioses?

PROBO.

Mientras le imaginé fiel á Roma, le seguí has-

ta el fin de la tierra; ahora que le veo solamente fiel á Cleopatra, le maldigo y le aborrezco.

CLEOPATRA.

Quereis, nacidos ayer en oscura ciudad, hijos de las heces y del rebujo de todos los pueblos, con dioses prestados, sin prosapia y sin historia, sin religion y sin ciencia, poneros al lado de nosotros, que somos Grecia y Asia á un mismo tiempo, que descendemos de Sesostris y de Alejandro, que sentimos discurrir por nuestras venas la sangre de todos los dioses y arder en nuestra mente el fuego de todos los altares? El águila romana que sostuviera en sus garras bajo la mano de Antonio cien pueblos, se ha convertido ya en la gallina clueca de los corrales de Octavio.

ANTONIO.

Repórtate, Cleopatra.

PROBO.

Reina de Egipto, he de verte entrar en el Poemerium romano, atada al carro de nuestros generales, trofeo viviente de nuestras victorias.

CLEOPATRA.

No lo verás, romano, porque ya estoy cansada de tu lengua y de mi paciencia. (*Se baja del trono, saca un cuchillo del cinto y lo clava en el corazon de Probo que cae muerto á sus plantas.*)

PROBO (*al caer.*)

¡Oh Roma.!

CLEOPATRA (*señalando con una mano al cadáver y con la otra á Antonio.*)

Divino Osiris, Isis ha ofrecido en tus aras humanos sacrificios. (*Suena un largo y ruidoso trueno que pone en todos espanto.*)

MENSAJERO ROMANO (*abriéndose paso entre la muchedumbre aterrada.*)

Cleopatra, César te declara la guerra, y Júpiter te anuncia la derrota. (*General estupor.*)

XVIII.

DOMICIO.

Nueva guerra civil. ¿Roma no podrá gozar en paz el dominio de la tierra?

ANTONIO.

¿Cómo consentir, Domicio, que reine sobre el mundo ese mancebo, ese Octavio?

DOMICIO.

Peor es en verdad que reine esa manceba, esa Cleopatra.

ANTONIO.

No provoques mi ira. Le inmolé ya mas de un

amigo mio, y me cuesta trabajo, mucho trabajo refrenar mi cólera.

DOMICIO.

A lo ménos, Antonio, ya que impera con tanto imperio en tu corazon, presérvala de los horrores y de los peligros de esta guerra, no la traigas al campamento.

ANTONIO.

Me ha pedido con grandes instancias el correr mi misma suerte, y me ha prestado poderosísimos auxilios. Dejadme pues en paz, y no volvais á exigirme que me sopare de Cleopatra.

CANIDIO.

Yo no soy del parecer de Domicio. Cleopatra ha traido fabulosas riquezas á esta guerra; doscientas naves para la armada, víveres en cantidad tan grande, que podrian alimentar tres ejércitos, y la crecidísima suma de veinte mil talentos de plata. Luego su ausencia desconcertaria á los egipcios, que componen el grueso de nuestra ma-

rina. Y Cleopatra que lleva en sus manos el cetro de Egipto, como si fuera ligero ramillete, no es inferior ni en génio ni en fortaleza á los reyes hoy sometidos á tus órdenes.

DOMICIO.

Permíteme, Antonio, permite á un general fidelísimo deplorar tu proceder. La compañía de Cleopatra te obliga á fiestas, y las fiestas á dispendios. La isla de Samos se ha convertido con tu visita en una inmensa orgía. Todos los sacerdotes que tiene Baco desde Siria hasta Armenia é Iliria han acudido á tu llamamiento. Cada colegio sacro te ha enviado un buey coronado de flores; cada monarca un presente para los festines, cada ciudad un coro de cantores y una compañía de músicos y comediantes; de suerte que mientras la tierra entera resuena con los gemidos y los sollozos, tu corte resuena con las cítaras y los versos; celebrándose en ella los preparativos de una matanza como si fueran los resultados de una victoria.

ANTONIO.

Yo procedo como descendiente de Hércules y

como discípulo de Baco. Y ya adivino cuanto dices al saber que he regalado á los cómicos y á los farsantes, en premio de algunas horas, no tanto de placer como de olvido, una ciudad entera.

DOMICIO.

Por esas locuras se va irremiseblemente á próxima ruina. No te engañes, Antonío. En todas partes asoman señales de la cólera de los dioses contra ti, contra tus empresas. La colonia Pisaura, que fundaste á las orillas del Adriático, acaba de sumergirse como un barco que hace agua. Tu estátua de Alba ha sudado por sus poros de mármol frio sudor de angustia. El templo de Hércules, tu ascendiente, ha sido devorado en Patrás por el fuego celeste. El huracan se ha llevado en sus remolinos la estátua de Baco, que resplandecia en la Gigantomaquia de Atenas. Una tempestad ha derribado las estátuas de Attalo y de Eumenes, que ostentaban en el pedestal tu nombre, mientras las demás no señaladas con este signo, han permanecido intactas. Y en la nave Almirante, que conduce á Cleopatra, han anidado golondrinas, á los pocos dias exterminadas al par de sus hijuelos por otras misteriosas que venian con el hambre de los buitres y con sus implacables entrañas.

ANTONIO.

¿Qué me importan todas esas señales, cuando tengo tan poderosos ejércitos? Ochocientas naves se mueven al eco de mi voz. Doscientos mil infantes siguen mis enseñas. Doce mil caballos hacen estremecer la tierra que pisan con sus fuertes herraduras. Me siguen, como tributarios, innumerables reyes; Bocchus que domina en Africa; Tarcodemus que se enseñorea de la Cilicia superior; Philadelfo á quien los paflagones obedecen; Mitrídates, el de Commagenes; Adallas, el de Tracia, y sin contar los que me han enviado ó sus herederos ó sus tenientes, todos acostumbrados así á la dominacion de los pueblos, como al mando de los ejércitos, y tan ilustres por sus espadas como por sus cetros. Con mi oportuno llamamiento tengo casi todos los reyes, con Cleopatra casi todos los dioses y con mi brazo la fuerza de Roma. ¿Quieres que tiemble todavía ante esa mujerzuela que domina en el Capitolio y que espera dominar en el mundo?

DOMICIO.

A lo ménos te ruego que des la batalla en tierra, no en mar.

ANTONIO.

¿Por qué?

DOMICIO.

Parece imposible que preguntes por qué, siendo general, y general de imperecedera memoria. Porque en tierra le llevas la ventaja á Octavio, y en mar Octavio te la lleva á tí. Me dirás que son más numerosas tus naves; pero tambien son más pesadas. Y en toda lucha marítima la victoria depende más que de la fuerza del empuge, de la ligereza de los movimientos.

ANTONIO.

Y tú ¿qué dices á esto, Canidio? Habla, general, hable tu experiencia militar.

CANIDIO.

Yo digo que es más ventajosa la batalla terrestre.

CLEOPATRA (*apareciendo de súbito*).

¡Qué oigo! ¿Es Canidio quien da tal opinion?

CANIDIO.

¡Cleopatra! Estoy perdido.

DOMICIO (*llamando la atencion de Antonio sobre un libro*).

Mira lo que dice uno de nuestros grandes maestros, y aprovecha sus lecciones.

CLEOPATRA (*acercándose al oido de Canidio*).

¿Es posible? ¿Un general hace lo que no haria un esclavo? ¡Tan pronto te has olvidado de los tesoros que te dí para sostener ante Antonio la preferencia de la batalla marítima!

ANTONIO.

¿Decias, Canidio?...

CANIDIO.

Decia, Antonio, que era preferible á la batalla terrestre la batalla marítima.

DOMICIO.

¡Pero si ántes dijiste lo contrario!

CANIDIO.

Te engañas.

DOMICIO.

¡Pero si lo he oido yo!

CANIDIO.

Pues si lo has oido, te han tristemente engañado tus orejas.

DOMICIO.

Pues dí las razones que tienes para preferir el mar inseguro á la segura tierra.

CANIDIO (*balbuciente*).

Tengo que.....

DOMICIO.

¿Balbuceas?

CLEOPATRA (*en voz baja*).

¡Imbécil!

ANTONIO.

Yo cortaré la disputa con una suprema palabra. Combatimos en la mar porque así lo quiere Cleopatra.

CLEOPATRA.

¡Bien, mi leon romano!

ANTONIO.

Ya sabes que tu voluntad es mi ley, hermosa serpiente del Nilo.

CANIDIO (*para sí*).

No me sacó de mal apuro.

DOMICIO.

¿Lo veis? ¡Oh dioses!

XIX.

ARISTÓCRATES (*en las playas egipcias*).

Nada he podido saber de la batalla, nada de mi amigo Antonio. La impaciencia me devora, y por más que he pedido consejos á la filosofía, no he hallado ningun reposo. El peor de los estados del alma es la incertidumbre. Creo ver allí un marino que ha desembarcado recientemente. Le preguntaré lo sucedido.—Marino, ¿qué ha pasado en la guerra?

MARINO.

¡Ah! No quieras saberlo.

ARISTÓCRATES.

He tomado en la filosofía fuerza para sufrirlo todo.

MARINO.

Mas yo en verdad te digo que no las tengo para contarlo.

ARISTÓCRATES.

¿Ha muerto Antonio? ¿Acaso Cleopatra?

MARINO.

Más les valiera haber muerto.

ARISTÓCRATES.

Luego ¿viven?

MARINO.

Viven.

ARISTÓCRATES.

Respiro.

MARINO.

Buenos dias. Me voy.

ARISTÓCRATES.

Permíteme que te detenga en esta playa y te suplique me narres la inenarrable tragedia. Por tus palabras, por tu tristeza, ya veo que todo ha sido funesto. Pero deseo saber las particularidades. Dímelas.

MARINO.

Antonio, contra el consejo de sus compañeros, empeñó la batalla en los mares: funesto empeño! Presintiendo los soldados la catástrofe, le gritaban mostrándole sus adiestradas espadas y diciéndole: «Fíate en este acerado hierro y huye de esos podridos leños.» Tres dias despues de haberse avistado las flotas enemigas, por la punta de Accio, el mar se ensoberbeció tanto que ni unos ni otros pensaron en combatirse, porque ni unos ni otros pudieron domeñar las olas. Pero, al quinto dia, los vientos cayeron; serenáronse las aguas, y las dos escuadras se aparejaron á luchar y se pusieron en guardia. Antonio, desde una chalupa, visitaba sus navíos y animaba á los tripulantes, como Octavio, que tambien inspiraba á los suyos con su presencia ánimo y valor. Cuando

inspeccionaba éste su ala derecha, vió con sorpresa que nosotros estábamos inmóviles, como si tuviéramos echadas las anclas, y se detuvo á ocho estadios de nosotros. Era la sexta hora del dia. Fresco viento sopla; nuestra escuadra se adelanta, y los soldados de Antonio claman, impacientes por romper en guerra, seguros en sus naves, tan fuertes y tan colosales como baluartes flotantes. Una circunstancia terrible agravaba nuestra posicion; no teníamos remeros. En vano se levantaron numerosas levas en las tierras de Grecia; en vano se recogieron segadores, jornaleros, gente ajena al mar; la falta de brazos añadia pesadumbre y solidez á la inercia natural de aquellas naves. Así cada nave de Antonio se encontraba cercada á un mismo tiempo por tres ó cuatro naves de Octavio. Y como las naves nuestras permanecian inmóviles, semejábase aquel sangriento encuentro en las aguas á una batalla terrestre, ó mejor dicho, á un verdadero sitio en regla. Las maniobras mayores se verificaban entre nuestra ala derecha, un poco apartada del centro, y el ala izquierda de los enemigos, que tendia fuertemente á envolvernos. Pero la batalla estaba indecisa, cuando, aterrada Cleopatra por las flechas y venablos que llovian en todas partes; por los heri-

dos que manchaban las aguas con sangre; por los muertos que se derrumbaban en los abismos, huyó á todo huir en su nave capitana, rompiendo y desconcertando nuestra escuadra. Apénas vió Antonio aquella fuga, cuando, en vez de detenerla y obligarla á permanecer á su lado; en vez de huir de ella y abismarse en la pelea, despreció á los que mataban y morian por él, siguiéndola como un tierno amante, olvidado de ser un general que debia mirar con igual indiferencia al amor y la muerte. Se resistieron algun tiempo los nuestros; pero doblaron al destino su frente, y Octavio pudo decir que habia recogido trescientos navíos y sepultado cinco mil cadáveres en los abismos insondables.

ARISTÓCRATES.

¿Y Cleopatra? ¿Y Marco Antonio?

MARINO.

Cerca del Peloponeso, la nave de Antonio abordó á la nave de Cleopatra, y aquél se juntó á su real amante. Pero avergonzada, confusa, no salió la reina en tres dias con tres noches de su camarote; y Antonio, sentado á proa, sumido en meditacion profunda, inmóvil, como si apénas

respirase, miraba alternativamente cielo y mar, rodando por lo interior de su espíritu extraños pensamientos. Al cabo de estos tres dias, pasados sin verse y sin hablarse, como si hubieran para siempre acabado sus amores, juntáronse como ántes, y se dieron á sus antiguos trasportes yá su delirante entusiasmo.

ARISTÓCRATES.

¿Y las tropas de tierra?

MARINO.

Permanecieron fieles á su general, hasta que, habiéndolas abandonado los dos principales tenientes de Antonio, primero Domicio, pasado al comienzo de la batalla, y luego Canidio, huido más tarde, se dispersaron unos y se rindieron otros, acabándose así poderio tan grande y gloria tan excelsa.

ARISTÓCRATES.

¿Y los dos amantes?

MARINO.

Á estas horas deben hallarse en el seno de Egipto.

XX.

ANTONIO.

Dejadme, amigos mios; dejadme romper las ligaduras de la vida.

LUCILIO.

Pero ¿qué intentas?

ANTONIO.

He repartido los restos de mis riquezas entre los últimos compañeros fieles, y al ver las infamias y las traiciones que han rodeado el ocaso de mi poder y de mi fortuna, ya no quiero la vida. Ayer los reyes me besaban los piés, y hoy se burlan de mí los esclavos; ayer los sacerdotes me erigian altares como á un Dios, y hoy me tienen por

protervo y maldito como á una bestia; ayer temblaban los pueblos en mi presencia, y hoy de mí se rien. Bajo el peso abrumador de estos desengaños, sólo queda un refugio, el refugio en brazos de la muerte.

ARISTÓCRATES.

No te desesperes, Antonio. La rueda de la fortuna da muchas vueltas. En los bordes del horizonte, por oscuro que parezca, no se borra jamás el reflejo último de la esperanza. Como reverdecen los árboles, puede reverdecer el laurel de tu gloria.

ANTONIO.

Caton se mató al ver muerta la libertad, Bruto al ver muerta la República. ¿Por qué no he de matarme yo al ver muerto mi antiguo poderío? (*Quiere atravesarse el corazon con su espada, pero se lo impiden Lucilio y Aristócrates.*)

LUCILIO.

No porfíes.

AGATOCLES.

No delires.

LUCILIO.

Consérvate para el mundo.

ANTONIO.

¡Para el mundo, que me rechaza!

ARISTÓCRATES.

Consérvate para Roma.

ANTONIO.

¡Para Roma, que me maldice!

LUCILIO.

A lo ménos para tus amigos que te aman.

ANTONIO.

Vosotros sí. ¿Pero qué me hablais de amistad? Decio huyó de mis mares. Canidio dejó en el

campo, sin guía y sin general, á mis tropas. Cleopatra, por quien yo desafiara la cólera de Roma, corrió en su galera lejos de mí, cuando más necesitaba yo de ser animado por el soplo de sus labios y por la lumbre de sus ojos. Los reyes, que se hundian serviles en el polvo, al pasar mi carro de guerra, y que me alargaban como en ofrenda sus cetros y sus coronas, se han pasado al enemigo victorioso, y se han reido en sus festines de Antonio y de su derrota. Comprended cómo estará mi corazon de triste y desesperado. Ya que me impidais la muerte, ya que os gozeis en ver cómo padezco, dejadme á lo ménos confinarme en esa torre de las costas, alzada entre el desierto de las olas y el desierto de las arenas, y á la cual he dado el nombre de Timon para recordar mi ódio á los hombres y mi eterna misantropía.

ARISTÓCRATES.

Te dejaremos con una condicion.

ANTONIO.

Dila.

ARISTÓCRATES.

Con la condicion de que has de darnos tu espada.

ANTONIO.

Tomadla, amigos. ¿Para qué me sirve? No he sabido superar el ódio de Octavio, venciéndole, ni la amistad de Aristócrates, matándome. Tomadla en buen hora.

LUCILIO.

Celemos por aquí. Impidamos de todas maneras su inútil sacrificio.

ANTONIO (*en lo alto de la torre*).

El mar, que brama; el desierto, que levanta, cuando el huracan lo azota, montañas de arena; el cielo, implacable y sordo á mis clamores; grandes compañeros de mi soledad y de mi tristeza. Muchos dolores hay esparcidos en el mundo. Guerrean los peces, devorándose unos á otros en continuos combates; desgájanse los cielos en diluvios que inundan, en rayos que abrasan, y en huracanes que talan y destruyen; el desierto es continuo teatro de catástrofes sin medida y eterno panteon de pueblos sin número; nadie sabe cuántos males se desencadenarán allá en los astros;

pero estoy seguro que en ninguna parte existe un dolor tan agudo como el dolor de mi corazon, ni una batalla tan empeñada y sangrienta como la batalla de mis sentimientos. Odiemos á los hombres. Aprendamos en Timon de Aténas el horror á la humanidad. Leamos ejemplos de este hombre. Aquí tengo su vida. Un dia que le preguntaban por qué acariciaba tanto á Alcibiades, respondió: «Porque está destinado á causar muchos males á nuestros conciudadanos.» Cenaba cierta noche con otro misántropo, único sér á quien veia, y como éste dijese: «¡Qué buena cena!» respondió Timon: «Excelente, si no fuese por la compañía.» Estaba reunido el pueblo en asamblea, y Timon subió á la tribuna para decir á los congregados, que le escuchaban atentos: «Ciudadanos: tengo en mi casa sucio corralillo, y en ese corralillo frondosa higuerra: muchos compatriotas se han colgado de sus ramas. Pienso edificar en tal terreno, y os lo aviso para que, si alguno tiene gana de ahorcarse, lo haga ántes que yo haya arrancado la higuera.» Así pusieron sobre su sepultura este epitafio: «Aquí yace Timon el misántropo. Pasa de prisa. Maldíceme si quieres; pero ¡pasa!» ¡Oh, vida, vida mia, que eres larga y profunda corriente de ponzoña, pasa pronto!

VOCES FEMENILES (*al pié de la torre*).

¡Antonio, Antonio!

ANTONIO.

Me parece que oigo dulces voces. La sirena vuelve á levantar su cabeza del seno de las ondas y á sonreirme con venenosa sonrisa. Sus ojos brillan como las primeras estrellas de la tarde en el desierto cielo; sus labios son abismos sonrosados en que se pierden por completo mi voluntad y mi conciencia. ¡Déjame, hechicera, déjame! Tus conjuros mágicos han trastornado mis sentidos, y los han arrancado á la patria, á la gloria, al poder, á la fortuna, para estrellarlos como vistosos juguetes en el desierto donde se arrastran tus cocodrilos y abren su boca tus serpientes. Voy á recostarme sobre estas duras piedras, para morir tranquilo. Y este sueño sólo será muerte para mí, en tanto que para los demas será vida. Pues si tal como soy, permanezco sobre la tierra, el tigre tendrá más compasion que yo de los mortales. Me empeñaré en guerra universal y me cebaré en matanza sin término y sin tregua. Mi mano derecha empuñará una espada; mi mano izquierda una

tea; mi habitacion será el carro de guerra rodando sobre los cuerpos palpitantes y calientes; mi trono pirámides de huesos; mis compañeros los chacales y los cuervos; mi único empeño la destruccion universal; mi única esposa la muerte.

VOCES FEMENILES (*más fuerte*).

Cleopatra te llama.

ANTONIO.

¿Decís que me llama Cleopatra?

VOCES FEMENILES.

Sí, sí.

ANTONIO.

Pues corro á su lado. Volveré á suspenderme de sus labios, á desplomarme en sus brazos. Su aliento me arrebatará de nuevo el sentido. Mas do quier volveis los ojos, allí está la muerte. Si no muero al dolor, moriré al placer. Si no muero al filo de la espada, moriré entre los anillos de la serpiente.

XXI.

THYRSO.

Ya lo oyes.

CLEOPATRA.

Terrible condicion, á la cual prefiero cien veces morir.

THYRSO.

Tú tienes mil medios de matarlo sin que sienta el dolor de la muerte. En tu magia hay conjuros que asesinan, y en tus brebajes hay venenos que dan á las fatigas de la agonía los goces de una divina embriaguez.

CLEOPATRA.

¡Matar yo al valeroso Antonio! ¡Jamás! Por los placeres que te he procurado en esta noche

última, por la felicidad que gustaste, intercede con Octavio en mi favor; dile que el Oriente se quedará sin su sacerdotisa si me arranca la egipcia diadema de las sienes; que Alejandría, este nido de ideas, se quedará sin la única águila capaz de preservarla y defenderla contra las asechanzas del desierto; que Roma perderá en mi avanzado centinela por las regiones de la barbarie, escudo seguro contra ese simoun misterioso, á cuyas ráfagas abrasadoras cayeron Nínive y Babilonia. Recuérdale que llevo bajo mi casco de oro el alma inmensa de Alejandro; que tengo entre mis abuelos á los gloriosos reyes dignos de haber leido los jeroglíficos de las estrellas para interpretarlos al mundo; y que entre mis hijos se encuentran hijos tambien de Julio César, protegidos por él desde las luminosas constelaciones donde vagará ahora su genio. Y yo haré de mi cetro una espada que podrá requerir siempre en su defensa; y arrojaré mi corona, que lleva engarzados luminares de Grecia, de África y de Asia, como escabel, á sus plantas.

ANTONIO (*entrando*).

¿Qué veo? ¡Tú suplicando al mensajero, al li-

berto de César! ¿Y para eso me llamabas, para ver su ventura y tu degradacion? ¡Por Hércules, que el mancebo es jóven, hermoso, gallardo, y la reina fácil, voluptuosa, insaciable! Veo, Cleopatra, en tus labios descoloridos, en tus ojeras moradas, en tus retinas extintas, en la palidez mortal de tu semblante, que has consagrado la noche al placer, miéntras la consagraba yo á pensar en el dolor inmenso que me han traido tus amores. ¡Ah de mis guardias! Coged á ese liberto, desnudadle, y heridle, azotándole fuertemente, con varas flexibles, hasta tanto que su sangre haya salpicado los pórticos de este palacio, y, si es menester, la frente de esa reina. Mira, liberto: si al tornar á ver á tu amo Octavio, le enseñas tu cuerpo amoratado y se queja, dile que allí tiene á mi liberto Hiparco, y azótelo en buen hora, como yo te azoto á tí, y quedaremos mutuamente pagados. Ahora, Cleopatra, escoge el género de muerte que más te cuadre. Vengo resuelto á matar, porque vengo resuelto á morir. Despues de haber perdido por tu amor nada ménos que Roma, ¡ah! me lo agradeces revolcándote en los brazos de un liberto de Octavio, como cualquier prostituta de la Suburra. Cleopatra; si mi vida se concluye, imagínate cómo se concluirá mi paciencia.

CLEOPATRA.

Antonio, tigre mio. Mi amor hácia tí crece, á medida que crecen tus injustificados celos. Mi adoracion se exalta, á medida que se exalta tu injusticia. He ido al pié de tu solitaria torre, y me he pasado noches enteras velando tu sueño, azotada por el viento del mar y por el viento del desierto, amenazada de las serpientes y de los tigres, sin decir siquiera las evocaciones mágicas, porque la muerte me hubiera sido dulce y grata por tí, por mi bravo leon romano. La palidez de mi semblante, el eclipse de la luz de mis ojos, la morada aureola de que surgen mis pestañas, indican mis dolores por tí, no mis placeres con otro. Y al llegar tú, suplicaba á Thyrso, como cumple á una mujer, y á una mujer vencida; como cumple á una reina casi destronada, que nos dejara á nosotros dos una cabaña en el desierto, y á nuestros hijos un trono en Alejandría. Pero aparte de esta súplica, Antonio, ¿qué hice contra tí? Si en Accio eché á correr, atribúyelo á tu amor. Yo sabia que habrias de seguirme y de escapar así tal vez á la muerte. Preferí salvar tu persona á salvar mi imperio. Y desde entónces, si el dolor no te quitara todo conocimiento, verias en mí afectos nunca

ántes mostrados, y pruebas de esos afectos nunca dadas ántes. Celebré mi natalicio modestamente, como si Cleopatra fuera sencilla campesina; celebré el tuyo con explendor no usado, como si Antonio fuera aún el general invencible, el Osíris del cielo y el rey de la tierra. Y lo he preparado todo, para pasar de este mundo al otro entre los holocaustos convenientes á mi historia y á mi rango. Mira: ¿ves aquel inmenso monumento, que puede competir con los muros de Tébas, con los templos de Ménfis, con las mismas Pirámides? Ese monumento es el sepulcro de Cleopatra. Ahí he llevado mis fabulosas riquezas en plata y oro, el marfil y el cinamomo que poseo, mis perlas de la India, mis claras esmeraldas; y en torno de esos tesoros he puesto una greca de pez y otra greca de éstopas, á fin de abrasarlos y abrasarme para no ver, si el destino las decreta, ni la última rota de Antonio, ni la victoria definitiva de Octavio. Dí que suceda esto, y verás arder todos mis tesoros; convertirse en carbones y cenizas como apagado volcan esos monumentos; morir entre las llamas y el humo, rodeada de mis gentes y de mis dioses, de mis magos y sacerdotes, de mis damas y siervas, de mis soldados y esclavos, á esta mujer á quien ahora insultas y que te

ha consagrado su vida, como te consagrará su muerte.

ANTONIO.

Los tenientes de Octavio han llegado á Pelusa.

CLEOPATRA.

¿Y qué?

ANTONIO.

Y tu general Seleuco la ha entregado sin combate.

CLEOPATRA.

¿Es la primera traicion que has visto en esta guerra?

ANTONIO.

Y el público rumor dice que la entregó por tu mandato, y que entregando á Pelusa, has querido congraciarte con Octavio.

CLEOPATRA.

¡Horrible infamia! ¿Quieres una prueba en contrario? Castiguemos duramente á Seleuco.

ANTONIO.

¿Qué castigo inferirle, cuando está ausente y recibiendo los premios de su traicion?

CLEOPATRA.

Ahí tengo en rehenes su mujer y sus hijos, vivas prendas que de su lealtad me ha dejado. Dispon de ellos.

ANTONIO.

Creeré que has sido fiel, si los entregas á mi venganza.

CLEOPATRA.

Son tuyos.

ANTONIO.

Esclavos: ahora mismo, coged la esposa y los hijos del traidor Seleuco, y entregádselos á mis tigres y á mis panteras, que rugen de hambre.

CLEOPATRA.

Antonio, ¿estás de mí satisfecho?

ANTONIO.

Completamente. Á todas partes he seguido tu sombra y te he adorado. Ahora, en la desgracia, te adoro más que nunca. Contrastemos pues con fiestas tu fortuna y la mia. Acordémonos de nuestros hijos, los cuales han de dar reyes á la tierra. Inscribamos ya entre los jóvenes á Cesarion y demos la toga viril á Antylo. Que se quite éste la franja de púrpura en su traje, á fin de mostrar cómo su propio valor lo defiende y no las leyes. Que deje la peonza, la pelota, el carrillo tirado por ratas, el juego de las nueces y de las ánforas. Que se quite del cuello sus joyeles y los cuelgue al cuello de sus dioses lares. Que mis tenientes, mis esclavos, mis cortesanos, mis amigos, le rodeen, y suba en procesion magnífica á los altares para ofrecer sacrificios á los dioses. Que lo presenten luego por calles y por plazas al pueblo. Que las sacerdotisas de Baco vengan, coronadas de hiedra, á encender la sacra lumbre á la puerta de cada hogar, y cocer los panecillos empapados en miel blanca, ofrenda grata al dios. Y luego, en celebridad de semejante ceremonia, arda Alejandría en festines; celébrense por calles y plazas incesantes orgías; ábranse todos los teatros á las

pantomimas orientales; desciendan los gladiadores al circo; luchen las fieras entre sí; entonen sus cánticos gigantes coros compuestos de pueblos enteros; distribúyanse, entre los cortesanos, elefantes cargados de presentes; vengan los convidados á nuestra mesa, pobres, para salir ricos, y si vienen ricos, para salir poderosos. Y nosotros embriaguémonos en el amor y en el vino, hasta perder completamente la memoria.

XXII.

ANTONIO.

¿Será verdad, Lucilio?

LUCILIO.

Á las puertas de Alejandría se encuentra ya Octavio.

ANTONIO.

Hemos recibido sus embajadores, implacables conmigo, lisonjeros con Cleopatra. Le he pedido que me consintiera habitar, como un simple ciudadano, Atenas, y lo ha negado. Teme que mi sombra de general llegue hasta su palacio de Alba. Pero, si no he sabido vivir y reinar, sabré morir y matar.—¡Aristócrates!

ARISTÓCRATES.

Antonio.

ANTONIO.

Vé al campo de César, y dile que le reto á singular combate. Si él queda vivo, suya será la tierra; si quedo yo vivo, será mia. Así evitaremos la muerte de muchos infelices. Pero, si rehusa, dile que la sangre próxima á derramarse inundará, como las aguas del Nilo, todo el Egipto; que en el incendio próximo á encenderse, perecerán á un tiempo Roma y Alejandría.

ALEXAS.

No vayas, Aristócrates. Ten por inútil esa demanda. Ya le presenté en nuestra última entrevista esa proposicion, fiado, Antonio, en tu heroica bravura, y Octavio la rechazó, diciéndome: «Como hombre es más fuerte que yo; pero yo soy más fuerte que él como César. Si quiere morir, Antonio tiene muchos caminos que conducen á la muerte.»

ANTONIO.

Cierto. Lo difícil es conservar esta vida, que parece habernos sido dada por el placer de robár-

nosla. Muramos matando, muramos combatiendo, cual cumple á general romano. ¡Soldados, seguidme á la pelea! Ya no combato por la victoria; combato por la muerte.

ALEXAS.

Octavio está en el Hipódromo. Allí ha levantado su campamento. Antonio sale seguido de los suyos. Sus armas y sus vestiduras militares relampaguean como una nube tonante. Su caballo, de aligeros piés, corre como el viento. Su entrada en las filas enemigas parece la entrada de la hoz en la mies: tantos caen derribados por tierra y cubiertos, desde los piés á la cabeza, de roja sangre. La caballería enemiga corre despavorida, en desórden, fugitiva, al vibrar de su espada, al fulminar de sus olímpicos ojos, y tiene que encerrarse en las trincheras. Antonio corre á ofrecer esta última hoja de laurel á su Cleopatra, y lleva consigo los soldados que más se han distinguido. Esta pelea me parece el rayo último del sol de la gloria iluminando la fiera cabeza que ya se inclina, como una flor marchita, hácia la muerte.

LUCILIO (*que ha ido con Antonio, vuelve*).

¿Lo creeréis?

ALEXAS *y* ARISTÓCRATES.

¿Qué?

LUCILIO.

Antonio ha combatido como en los mejores tiempos, como en Farsalia, como en Filipos. La caballería enemiga ha corrido como si fuera de gamos, y se ha encerrado en sus trincheras. Ufano con su triunfo, llevó el general los principales soldados, los que más se distinguieron, al palacio de Cleopatra, y le presentó uno que habia luchado con siete. La reina le regaló al valiente casco y escudo de oro ¿Lo creereis? Á los pocos momentos ya estaba en el campo romano, desertando de las propias enseñas, desirviendo á los próvidos bienhechores.

ARISTÓCRATES.

Husmea bien ese soldado. No será tonto. Sabe que, pasándose al enemigo, asegura su escudo y su casco, porque allí está la victoria.

LUCILIO.

Mañana, al amanecer, se empeñará la última batalla.

ALEXAS.

La noche ha caido por completo sobre nosotros. El mar está en calma, y en calma el desierto. Los elementos recogen sus fuerzas para asistir á esta suprema contienda. La ciudad calla, entregada al dolor. Siente sin duda que misteriosa mano le arrancará de las sienes su corona, y al verse destronada ha perdido el habla. Las estrellas brillan lo mismo que brillaron allá en la noche de Filipos. Y por los espacios del campamento se descubren algunas hogueras y se oyen los gritos de los centinelas, los pasos de las patrullas y el ladrido de los perros. ¡Oh noche! ¿Qué amanecer nos reservas?

ARISTÓCRATES.

¿Será posible?

LUCILIO.

¿Estás inquieto?

ARISTÓCRATES.

El tiempo avanza mucho, y Antonio no viene. ¿Pasará tambien esta última velada en brazos de Cleopatra?

ALEXAS.

No; hélo aquí.

LUCILIO.

¡Antonio!

ARISTÓCRATES.

¡Bravo por el combate último!

ANTONIO.

Sentí hervir mi sangre, aquella sangre que me animaba en los tiempos de mis correrías por los campos de Luca.

ALEXAS.

¿Cenamos?

ANTONIO.

Cenemos, que para mañana necesitamos de todas nuestras fuerzas. Esclavos, servidme bien, que quizá sea ésta la última noche de la vida. Servidme, recordando que nunca os he ofendido. Servidme, presintiendo que podeis pasar á propiedad del vencedor, y que, quien ahora os habla con tanto imperio, acaso quedará dentro de bre-

ves horas en yerto cadáver convertido. No solloceis. La vida es así: un ascenso y descenso contínuo, una guerra sin tregua, en que los vencedores de ayer resultan vencidos mañana; hasta que unos y otros, vencedores y vencidos, caen segados por la segur de la muerte en el comun surco, en la fosa comun del olvido y del silencio. Todo lo dejamos aquí. Los reinos que yo he tenido, apenas cabian ya en la tierra. Sus nombres no podian retenerse ni contarse, como las estrellas del cielo. Y ahora su dueño, reducido á cenizas, cabrá dentro del ánfora que cualquier matrona tiene en su tocador, ó que cualquier chiquillo en sus juegos llena de nueces. Pero ¿qué oigo? ¡Una música á estas altas horas de la noche!

ALEXAS.

Se oye muy de cerca; y no se ve nada, no se ve á nadie.

LUCILIO.

Se exhala misteriosamente en los aires.

ARISTÓCRATES.

No se parece á ninguna música de las com-

puestas por los hombres, á ninguna de las melodías producidas por humanas voces.

ANTONIO.

Los campos y los mares callan más profundamente. Escuchan sin duda esta dulce melodía, sacra como un misterio religioso, sencilla como una cancion pastoril, producida en los giros del aire. ¿Qué me anunciais, ¡oh dioses! qué anunciais á la tierra?

CORO INVISIBLE.

¡Evohe! ¡Evohe! Corred, corred, desnudas como la inocencia, ciegas como el amor, olorosas como el vino nuevo, ceñidas de pámpanos, armadas de áureos tirsos, con los rosados labios convidando á besos ardientes; con los negros ojos despidiendo amorosa lumbre; con la suelta cabellera al viento, acompañadas de pastoriles coros que tocan zampoñas y flautas, en pos del jóven divino, cuya cuna se meció en las selvas de la India y cuyo cuerpo se tiende sobre blando follaje, se perfuma con embriagadoras esencias y absorbe la vida como si en el rocío y en la luz, en el fondo de los

lagos y en el fondo del éter se bañara, á fin de personificar eternamente en sí toda la Naturaleza.

(*Este coro se pierde hácia el campamento de Octavio.*)

ARISTÓCRATES (*para sí*).

Los dioses te abandonan, ¡oh Antonio! Los dioses corren á refugiarse bajo las enseñas de Augusto. El alma de Asia que flotó sobre el lecho de amores donde dormian Cleopatra y Antonio, se vierte y se disipa de su última ánfora, de las Pirámides egipcias, para henchir el Capitolio, el cuerpo gigantesco de Roma. No espereis ver surgir la libertad de su seno. La discípula y pupila de Grecia, la inmensa Roma, se convertirá pronto en imperio asiático, á cuyos piés dormirán pueblos esclavos, y en cuya cima tronará un César casi dios, ó un dios casi bestia. Si pudiese despertar la antigua Grecia con sus bellísimas ciudades, sus legiones de poetas, sus colegios de filósofos, sus coros ceñidos de mirto, sus héroes, que iban al combate como á una fiesta, sus dioses vívidos y sus templos rientes, acaso podria salvarse la tierra. Pero tú, Grecia, tú has sido inmolada en las aras de los dioses, como la hermosa Ifige-

nia, y no resucitarás. El alma de nuestra vieja sociedad se disipa, y sólo quedará su cuerpo, tendido como inmenso cadáver, sobre amontonadas ruinas, hasta que lo abrase una inmensa hoguera para que no infeste los aires.

ANTONIO.

Nos hemos quedado todos absortos. Sacudid pensamientos lúgubres. Cenemos, y departamos sobre la inmortalidad en vísperas de la muerte.

XXII.

CLEOPATRA.

¡Dia terrible! amanece. El alba se asemeja al espirar de dia nefasto. La batalla comenzará pronto; y si se pierde, se perderá con ella algo superior á la vida; se perderá la esperanza. Nosotros, los que hemos venido á la tierra en régia púrpura, y desde el nacer aspirado la lisonja, y visto inclinarse todas las frentes en nuestra presencia, y andado sobre las espaldas de los hombres, no aceptamos con resignacion una derrota: de la omnipotencia nos hundimos en la muerte. Busquémosla dulce; huyamos del dolor en esta hora suprema.—¡Iras!

IRAS.

Reina y señora.....

CLEOPATRA.

He probado la muerte por veneno. Le he dado á doce esclavos nubios doce brebajes distintos, y han padecido tanto en la agonía, se han afeado en tal manera despues de muertos, que he renunciado á todo tósigo. Yo no quiero morir en prolongada agonía, entre convulsiones epilépticas; la lengua fuera de la boca espumosa; los ojos fuera de las órbitas, como dos renacuajos aplastados; las narices hinchadas; los labios reventando, y amoratado y negruzco todo el rostro. Quiero morir deshojando rosas de Alejandría en el vino de Chio que rebose de una copa de esmeraldas; entre sinfonías de cítaras de oro y arpas de marfil; oyendo sencillos cantares de vírgenes griegas que entonen las odas de los antiguos poetas; puestos los ojos en los astros, como mis padres los Ptolomeos; en conversacion solemne y sublime con mis amigos, como se muere en los diálogos de Platon, á fin de que mi última noche se parezca á tranquila noche de luna, y mi cadáver á radiosa transformacion de mi cuerpo. No quiero padecer. ¿Has hecho pues la prueba de esa picadura de los reptiles del Nilo en várias de mis siervas?

IRAS.

Se han observado tus mandatos. Hemos traido de las arenas del desierto los reptiles más venenosos. El primero ha sido la víbora. Sus glándulas hinchadas, sus dientes acerados, su cabeza que se contrae, su lengua hendida, su cuerpo que se enrosca, su cola flexible como un látigo, sus fuertes mandíbulas, blanquecina la una y verdosa la otra; sus ojos brillantes, engarzados como dos cubos de azabache; su piel entre morena y rojiza, que ya toma un reflejo gris-negro, ya un reflejo gris-pálido; todo aquel su breve sér tan flexible, parecido á veces á una cinta, á veces á un látigo, os dan los escalofríos de la muerte, y os transforman de persona en estátua. Hemos probado la víbora en el brazo de una hermosa esclava griega, de veinte años de edad, y de rarísima hermosura. Su muerte ha sido espantosa: dolores agudísimos, calentura ardiente, sacudimientos y espasmos como si la hirieran cien rayos á un tiempo, convulsiones y delirios, lenta agonía, último suspiro horrible, color negruzco despues de la muerte.

CLEOPATRA.

¿Por qué ¡oh dioses! habeis hecho tan espantoso este trance tan necesario? ¿Por qué le habeis dado á la muerte esa fealdad, y á nuestro sér ese horror hácia la muerte? Sin duda alguna, si en vez de rodearla de dolores, la hubiérais de algun placer circuido, caeríamos todos prontamente en ese pesado y profundísimo sueño. Los demás séres nacen para vivir. El hombre, ¡oh! el hombre nace para morir solamente. De suerte, Iras, que habré de renunciar á la mordedura de la víbora. Háblame de las experiencias hechas en las demás esclavas con las demás serpientes.

IRAS.

Las teníamos de todas clases, porque las trajeron, como sabes, esos encantadores que las adormecen con dulces melodías y las cogen con valor entre sus manos. Las cerastes, como difieren poco en forma, difieren tambien poco en mordeduras de las víboras. Como mandaste probarlas en las esclavas más robustas, escogimos la negra nubia, que parecia una estátua de mármol negro, y que aventajaba en hermosura á todas tus esclavas blan-

cas. ¡Infeliz! Su agonía la atormentó doce horas, y su muerte la dejó desconocida de todo punto. Apelamos luego á los crótalos, á esas viboras que tienen debajo y detrás de las narices particulares hoyos. Matamos con ellas hasta siete esclavas escogidas, y en todas vimos los mismos dolores durante la agonía, y el mismo supremo horror y delirio á la tremenda hora de la muerte.

CLEOPATRA.

¡Oh desesperacion!

IRAS.

Ensayamos luego las najas, tan temidas, y por lo mismo tan adoradas en Egipto. ¡Qué animales! En reposo, su cuello no se diferencia de su cabeza, y su cuerpo se confunde casi, por lo sedoso y por lo frio, con las plantas. Pero irritadlas, y vereis hincharse desmedidamente su cuello, abrirse su boca y sacar aguda lengua, semejante á siniestra flecha; lanzar silbidos que, si no matan como su veneno, petrifican de espanto; erguirse en la parte superior de su cuerpo y fortificarse como si fuera durísimo metal, mientras la cola,

fija por un punto en el suelo, y sin embargo flexible y móvil, chasquea á la manera de látigo, y en todas direcciones lanza sus mortales terribles latigazos. En tres jóvenes armenias las probamos, y en las tres produjo los mismos efectos: larga enfermedad de doce horas cuando ménos, dolores vivos, hinchazon lívida, miembros rígidos y frios, aliento cortado y fatigosísimo, vómitos de sangre, sed abrasadora; piel, despues de la muerte, casi del mismo amarillo jaspeado que tiene la serpiente.

CLEOPATRA.

¿Por qué, Isis, por qué me cierras todos los caminos, hasta el espacioso camino de la muerte?

IRAS.

No te desesperes. Por fin hallamos el áspid. Es pequeñuelo como la víbora, de color verde como la esmeralda, tachonado por manchas oscuras. Sus dientes se clavan en la piel con tal delicadeza, que apenas producen la picadura de un alfiler. Suave fiebre penetra por las venas y aumenta algunos instantes la vida y aguza el sentido. Despues cae sobre los párpados tranquilo sueño, que se prolonga y se convierte al cabo en el sueño de

la muerte. Ahí están. Puedes ver á las tres siervas muertas de áspid; duermen su sueño eterno como pudiera dormir un niño el sueño de la inocencia, ó como pudiera dormir una esposa legítima el sueño de sus castísimos amores.

CLEOPATRA.

Toma esta perla que llevé siempre al cuello, y que vale un reino, en pago de esa noticia.

IRAS.

¿Para qué quiero yo la perla, si faltándome tú me sobra todo? Además, aunque mandaras lo contrario, estoy resuelta á morir á tu lado; y si te sobrevivo, á inmolarme sobre tu sepulcro.

CHARMION.

¡Cleopatra, Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿Qué, qué traes?

CHARMION.

Perdida la batalla.

CLEOPATRA.

¡Oh dioses! ¡Mayores pruebas todavía!

CHARMION.

Al rayar el dia, ya estaba Antônio en las alturas que dominan á la ciudad. Desde allí veia con satisfaccion cómo tus naves se adelantaban airosas contra las naves de Octavio. Al verlas requerirse en alta mar á combate, esperó el resultado de aquellas evoluciones, el triunfo ó la derrota de aquellos soldados. Mas su extrañeza y su furor no tuvieron límites cuando vió, al acercarse unas á otras naves, en el momento de romper la lucha, todo lo contrario de lo esperado: en vez de flechas, venablos, piedras, fuegos griegos, saludos y plácemes mútuos con los remos, y la confusion de ambas escuadras en una misma causa y bajo una sola enseña, bajo la enseña de Roma.

CLEOPATRA (*retorciéndose los brazos*).

¡Oh desesperacion!

CHARMION.

A seguida la caballería imitó á la marina, y

pronto los soldados de Octavio dieron buena cuenta de la fiel y rendida infantería.

CLEOPATRA.

¿Y Antonio?

CHARMION.

Entra ahora en la ciudad dando gritos, diciendo juramentos, fuera de sí, como herido por esta traicion sin ejemplo.

CLEOPATRA.

Pero no me acusará á mí. Lo juro en este momento supremo. He sido fiel, como reina, á su alianza; y como mujer, si alguna vez tropecé, en el ardor de mis sentidos, siempre tuve su amor como el primero y más vivo de todos mis amores. No me acusará, no puede acusarme Antonio.

CHARMION.

Reina, debo decirte la verdad. Dice á voz en grito que ha sido entregado por tí, y que le has pagado con defecciones su singular pasion y sus grandes sacrificios.

CLEOPATRA (*mesándose los cabellos*).

¿Habrá otra mujer en el mundo más desgraciada que yo? ¡Dioses de Grecia y dioses de Egipto, vosotros sois testigos de que le amé siempre! Le amé porque su ardor enardecia mi sangre. Le amé porque su fuerza de general contrastaba mi debilidad de mujer. Le amé porque le creia dócil á mis mandatos y propio para servir la causa del Oriente. Mi única ambicion era sentarme á su lado en el trono de Alejandría, teniendo á Roma vencida é inmolada á nuestras plantas. Ahora cree que le he vendido, y yo no puedo quizá justificarme. Huyamos. Si supiera que habia de entrar con agudo puñal en la mano, y habia de cogerme por la cabellera, y derribarme á sus plantas, y herirme y traspasarme de una puñalada el corazon, aunque luego pateara mis entrañas y escupiera á mi faz, le aguardaria tranquila y resignada. Pero temo sus reconvenciones y sus miradas, sus quejas y sus lamentos más que la misma muerte. Iras, ha sonado la hora. Dejemos este palacio imperial de los Ptolomeos, y huyamos al fúnebre palacio que en vida he levantado á mi agonía y á mi muerte. Allí están nuestros tesoros, todo lo que nos queda en la tierra; y nuestros dioses, todo lo que

nos queda en el alma. Y allí moriremos, y allí enterraremos, no estos débiles cuerpos de frágiles mujeres, sino una eterna teogonía y una civilizacion tambien eterna. En cuanto á tí, Charmion, corre en busca de Antonio; dile que Cleopatra le ha sido fiel hasta el fin; y si te pide una prueba, dile que Cleopatra ha muerto.

XXIII.

ANTONIO (*solo*).

¡Oh! La fortuna, el ejército, los dioses y los hombres, los mares y la tierra, mis amores y mis amistades, todo me ha faltado, todo menos el valor. He peleado hasta el fin con la fuerza de mis primeros años, con el ardor de mis mejores campañas, como seguro de no vencer, y resuelto á morir; pero no me ha sido dado lanzar el postrer suspiro entre los gritos de la guerra y el ruido de las armas, bajo las espesas nubes de polvo que levanta el combate, salpicado de sangre y enardecido de ira, en la duda consoladora de si mi última empresa habia sido una derrota más ó una admirable victoria. Muriera yo de esa suerte, y me importara poco que todo el ejército enemigo hollase con sus plantas mi cadáver; que me dejaran insepulto; que tuvieran mis restos por única

tumba el vientre de los chacales del desierto. ¡Ah, Cleopatra, fementida Cleopatra! ¿Por qué te apareces aún á mi pensamiento, por qué te dibujas en mis ojos? Te amé sobre todas las cosas de este mundo; te amé mucho más que á la misma Roma, mi eterno amor. Y tú, en cambio, tú me has vendido, tú me has entregado, tú me has hecho víctima de las veleidades de tus sentidos y de los caprichos de tu genio, aborrecible y adorada mujer, último amargor y último encanto de mi tempestuosa existencia. ¡Oh dioses! ¿Qué debo hacer de Cleopatra? ¿Perdonarle sus infamias y olvidar mis agravios? ¡Oh, no! Es necesario que caiga á mis piés, bajo las maldiciones de mi conciencia, y que muera á mis manos, asesina de mi poder y de mi gloria, serpiente del Nilo deslizada en mi armadura y que se ha comido mi corazon á pedazos.

CHARMION.

Antonio, Cleopatra ha muerto.

ANTONIO.

¿Qué me dices? ¡Oh! ¡Fatal nueva! El dolor me acabara, si pudiese matar el dolor.

CHARMION.

Ha muerto por tu amor. En cuanto ha sabido tu desgracia se ha inmolado en su sepulcro.

ANTONIO.

¡Y yo que habia dudado de ella! Perdonadme, manes sagrados de la mujer querida, perdonad si dudé, si maldecí; que todo debe temerse de la desgracia, y todo debe á la desgracia perdonarse. ¡Extraño estado de mi ánimo! Duéleme que Cleopatra haya muerto, y me regocija al mismo tiempo. Parece imposible que tanto ardor, tanta gracia, dónes tan inestimables, se hayan reducido á un cadáver; y el dolor me atenacea las entrañas. Pero cuando pienso que viva, podria haber sido de otro, ¡ah! me regocijo, como de increible ventura, de su muerte. ¡Cuánto habrá padecido, ella, tan sensible! ¡Cómo habrá penetrado triunfalmente el dolor por aquellos finos tejidos de su piel, por aquellas azules venas de su cuerpo, y por aquellas divinas formas, obra maestra de los cielos y envidia de la tierra! Corre, Charmion, á velarla, y díle al oido, aunque no te responda, díle cómo todavía la ama con delirio Antonio.

CHARMION.

Voy á cumplir mis últimos deberes con Cleopatra. (*Váse.*)

ANTONIO.

¡Eros, Eros, mi esclavo favorito!

EROS.

Señor.

ANTONIO.

Me han vencido, y vivo. Ha muerto Cleopatra, y vivo todavía. Nada puedo esperar ya de la Fortuna, cuando me ha robado el único bien que me tenia unido á la tierra. Aflójame esta coraza que las manos de la reina ciñeran á mi pecho; aflójala para que abra alguna entrada á la muerte. ¡Cleopatra! No me duele el hallarme separado de tí, puesto que pronto debo en otro mundo encontrarte; lo que me duele es verme yo, general invencible, aventajado en valor y magnanimidad por tí, débil y hermosa mujer.—¡Eros!

EROS.

Señor.

ANTONIO.

¿Te acuerdas cuántas veces me prometiste, en nuestras conversaciones, matarme tú mismo el dia que necesitara yo de la muerte?

EROS.

Me acuerdo.

ANTONIO.

¿No es verdad que me hiciste mil veces tal promesa?

EROS.

Verdad.

ANTONIO.

Hiéreme, y hiéreme sin piedad. Ahora está la compasion, está la misericordia en herir con fuerza, en matar con rapidez. Mátame, Eros.

EROS.

Hé aquí mi espada. (*La saca.*)

ANTONIO.

Hiere.

EROS.

Pero mi espada buscará mi propio corazon ántes que el tuyo. (*Se hiere á sí mismo y cae muerto.*)

ANTONIO.

¡Generoso Eros! Me enseñas con tu ejemplo á imitarte. No has tenido fuerza para matarme, y la has tenido para matarte. No seré ménos que mi mujer favorita y mi esclavo favorito. (*Se traspasa el pecho y cae sobre una cama, arrojando lejos de sí la espada.*) ¡Oh! Me he partido las entrañas, y no he muerto. El dolor me atenacea, y el último instante no viene á consolarme. ¡Guardias, esclavos, amigos, venid, venid aquí, y rematadme! Así me evitareis el dolor mortal que me atenacea las entrañas y que ennegrece los últimos instantes de mi vida. (*Los llamados por Antonio entran.*) ¿No hay quién se apiade ya de mí? ¿No hay quién me remate? ¿Os gozais en verme privado del poder, privado de la victoria, privado de Cleopatra, y en lucha con la muerte? ¡Oh tú, mujer más heróica que cien ejércitos, diosa más grande que los dioses del cielo! tú, que has debido morir para mostrarnos que eras mortal, ven des-

de las regiones donde te encuentres ya, ven á este bajo mundo, y llévame en tus brazos. Pero vosotros, que me oís y que llorais, matadme. Veo que acaba de llegar Domicio, el secretario de Cleopatra. Si quieres ser fiel á la religion y á la memoria de tu reina, mátame, Domicio, para que pueda pronto ir á su presencia.

DOMICIO.

Cleopatra vive todavía, y desea verte.

ANTONIO.

¿Vive? ¡Oh! Que muera yo respirando su aliento, recibiendo la luz de sus ojos, envuelto en sus brazos, suspenso en beso eterno de sus labios, oyendo latir su corazon al extinguirse la vida. Pero mis piés no me obedecen. Me faltan fuerzas. Trasportadme. (*Lo trasportan en brazos para llevarlo al panteon de Cleopatra.*)

XXIV.

CLEOPATRA *(en lo interior de su panteon.)*

Encerrémonos aquí en nuestro último hogar. Hasta ahora la vida ha sido una tormenta: nos acercamos al puerto. La paz sólo reside en el profundo abismo de este eterno olvido, en que todo se sumerge y se desvanece. Compañeras mias de la última hora, ved si la puerta del fúnebre lugar donde nos acogemos, está bien segura y bien tapiada, á fin de que no vengan á perturbar el acto más solemne de la vida, el juicio que de sí misma hace un alma, el estertor de la postrimera agonía. ¿Por qué nos habrán dado la vida, esta vida humana, donde sólo es permanente el dolor? ¿Qué genio perverso habrá querido regalarnos con este funesto dón de la existencia? Cada uno de sus momentos encierra un martirio, y luego amamos y deseamos lo mismo que nos atormenta y nos

mata. Todo muere en verdad. Pero esas moles sin alma y sin conciencia que se elevan orgullosas en la inmensidad del desierto, esas Pirámides, sobrevivirán á estas ideas, á esta inteligencia, á este fuego interior nuestro, que imaginamos eterno, y en que muchas veces creemos ver iluminarse y enrojecerse hasta los astros. Todo muere. Pero la pobre encina, que brota de una de esas bellotas holladas por la pezuña de los bueyes, ó removidas por el hocico de los puercos en los campos; esa encina, pobre gérmen un dia, débil tallo, tierna hoja, crece y crece, dura y dura, hasta ver generaciones innumerables, no ya de hombres mortales, de dioses á que llamamos inmortales, pasar y morir bajo sus fuertes ramas. Nosotros somos un fugaz suspiro, un relámpago.....

IRAS.

Antonio viene moribundo, en la agonía, cubierto de sangre, casi yerto, á despedirse de tí para siempre. Sus esclavos lo tienen en brazos, al pié de estas paredes.

CLEOPATRA (*abalanzándose á la ventana del panteon*).

¡Antonio, Antonio mio! ¿Quién te conoceria,

cubierto de sangre como un carnicero, cuando ántes resplandecias rutilante de clara luz como un Júpiter?

ANTONIO.

Cleopatra, sólo me queda fuerza para alzar los brazos á tí, para rogarte que me dejes ver como último objeto de este mundo tus ojos, y que recibas como último legado de esta voluntad, que ha sido tuya, el último suspiro de mi vida.

CLEOPATRA.

Enterréme aquí, y no tengo la llave de esta inmensa sepultura. Ponedlo en esas cuerdas vosotros los de abajo, y lo subiremos por la ventana.

IRAS.

Somos tres mujeres, y nuestras delicadas manos acaso no podrán soportar el peso de ese cuerpo tan sólido como un mundo.

CHARMION.

¡Ánimo, ánimo! ¡Tirad, tirad!

CLEOPATRA.

Mis manos se fatigan; mis brazos apenas pueden soportar la pesadumbre de ese cuerpo amado, al cual estaba como prendida mi existencia.

IRAS.

Si se nos cae.....

CLEOPATRA.

Nos arrojaremos todas de esta altura á morir con él.....

CHARMION.

Un último esfuerzo. ¡Ánimo!

ANTONIO.

¿Es verdad que te veo, Cleopatra mia? Ya puedo morirme. Mi sangre no queria fluir toda de este cuerpo herido; el postrer aliento no queria escaparse de este pecho destrozado, si ántes no te decia una vez más que te adoro, que he vivido desde el dia en que te vi para tu amor, y que por tu amor muero. *(Lo depositan sobre un lecho.)*

CLEOPATRA.

Pálido y frio como la muerte. Sin fuerza para mirarme sus ojos. Sin aliento para respirar su pecho. La cabeza que llevó las diademas de cien imperios y las aureolas de cien dioses, caida como si la hubiera abrasado el viento de los desiertos. La palabra, de que millares de pueblos se alimentaban, entrecortada como un sollozo. Yertos esos brazos, sobre los cuales se alzaba, como sobre sus bases eternas, la tierra. Dueño mio, rey de mi corazon, objeto de todos mis deseos, alma de mi alma, general de mis ejércitos, ministro universal de mis mandatos, mi esclavo y mi señor, mi padre y mi hijo, mi amigo y mi esposo, fuerte como un Hércules y tierno como una doncella, grande como un héroe y cándido como un niño, yò no puedo vivir sin tí, sin tu amor. Eras el sol de mis dias, el lucero de mis noches, el escudo contra todas las asechanzas, el baluarte de mi poder, el nido de mis amores. Déjame lamer como un perro tus heridas. Deja que enjugue con mi cabellera tu sudor, y que estanque con mis labios tu sangre. Me desciño de mis velos, rasgo mis vestiduras hoy; mañana me desceñiré de mi vida y desgarraré mi corazon. ¡Oh! No puedo, no

puedo sufrir más. (*Se golpea contra las paredes hasta hacer brotar sangre de su cabeza y de su pecho.*)

ANTONIO.

Detenedla vosotras dos. Acercadla á mi lecho..... Da tregua á tu dolor. Óyeme, reina mia. Tus ojos me reaniman aún, y aún me sostienen, como que eran todo el calor de mi vida. Déjate de lamentos. Óyeme, Cleopatra, oye por última vez á tu Antonio. Aproxímate, á mi lado, cerca de mí, donde te vea bien. Anima un momento tu rostro con aquella sonrisa que me penetraba de amor y de esperanza. Abre bien esos párpados tan largos que ocultan esos abismos tan hondos.

CLEOPATRA.

Rey mio, señor de todo mi sér, guia de toda mi existencia, siempre sublime, y más que sublime ahora en el trance suprèmo de la muerte.

ANTONIO.

La vida se acaba. Las fuerzas me abandonan. Dáme un sorbo de vino.

CLEOPATRA (*dándole á beber*).

¡Oh, si pudiera darte mi vida por conservar la tuya! Mas te seguiré bien pronto.

ANTONIO.

No, Cleopatra, no. Consérvate para ornamento de la tierra, madre de gloriosos hijos. Sálvate, si es posible, sálvate sin humillacion y sin deshonor. No te aflijas por mi suerte. He vivido mucho. He mandado numerosos ejércitos, he ganado inmarcesibles batallas, he sido tribuno y triunviro en Roma, rey en Oriente, dios en Alejandría, y dueño de Cleopatra. Muero vencido, pero sin haber hecho traicion á Roma, vencido por un romano. ¡Ah! (*Espira.*)

CLEOPATRA.

¡Muerto! ¡Muerto! Cáiganse las estrellas convertidas en cenizas. Sea el cielo entero como un sudario. Llueva sobre la tierra un diluvio de lágrimas. El mayor general de nuestros tiempos, el más digno heredero del grande Alejandro, no ha sido perdonado ni por la desgracia ni por la muerte.....

IRAS.

Consuélate, Cleopatra.

CHARMION.

Vive para nosotras.

CLEOPATRA.

Regad con vuestras lágrimas el cadáver de Antonio.

PROCULEYO (*desde fuera*).

¡Cleopatra, Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿Qué voz es esa?

IRAS.

La voz de un mensajero de Octavio.

PROCULEYO.

Abre, abre.

CLEOPATRA (*á la puerta*).

Estamos encerradas, y no podemos abrir á nadie.

PROCULEYO.

Desearia verte.

CLEOPATRA.

Imposible.

PROCULEYO.

Octavio me envia á ponerme á tus órdenes.

CLEOPATRA.

Pues dile á Octavio que sólo deseo de él dignos funerales para Antonio, y la conservacion del trono de Egipto en mis hijos.

PROCULEYO.

Fíate por completo en la palabra del dueño de Roma.

CLEOPATRA.

No deseo más que darle crédito.

PROCULEYO.

Mi compañero Galo te dará más seguridades todavía de las buenas disposiciones de Octavio hácia tí, porque acaba de hablarle.

GALO.

Octavio quiere tu alianza, tu amistad. No puede olvidar nunca que desciendes de Alejandro, y que has reinado sobre las tres mayores grandezas de la tierra: sobre las Pirámides de Egipto, sobre el corazon del valeroso Antonio, y sobre el genio del divino Julio César. (*En tanto que Galo habla con Cleopatra, Proculeyo corre á la ventana, pone una escala, asciende, y penetra en el panteon.*)

IRAS *y* CHARMION.

¡Un extranjero en este sepulcro!

CLEOPATRA.

¡Un extranjero!

IRAS.

¡Infortunada Cleopatra! Has caido viva en sus manos.

CLEOPATRA

¡Infame! Si quieres poner sobre mí tus manos, te llevarás solamente un cadáver. (*Saca un puñal.*)

PROCULEYO (*le arranca el puñal*).

Cleopatra, eres injusta con Octavio. Le crees cruel, cuando es benigno. Le quieres quitar la ocasion de mostrar cómo resplandece su magnanimidad. No pienses en la muerte, cuando todo te convida á vivir. Manda, y serás obedecida.

CLEOPATRA.

No mando, suplico. Á Octavio le suplico que no aparte los restos de Antonio del suelo de este Egipto. Y á tí te suplico.....

PROCULEYO.

¿Qué?

CLEOPATRA.

Que te vayas.

PROCULEYO.

Tus súplicas son mandatos. Como yo te obedezco, te obedecerá Octavio.

XXVI.

CLEOPATRA.

Olympias, médico mio.

OLYMPIAS.

Por fin has roto la estrecha consigna de vedar el ingreso en esta sepultura donde te has anticipado la muerte.

CLEOPATRA.

Rompióla Augusto, y desde entonces no he querido ser rigorosa. Además, ¡oh médico mio! siempre te he llamado para que alejes de mí la muerte y me conserves la vida; ahora te llamo para que ahuyentes de mí la vida y me traigas la muerte.

OLYMPIAS.

Dispon de mí como quieras. Nos hemos empeñado en que la muerte es lo más triste, lo más funesto que hay en la Naturaleza, y á cada paso nos encontramos con trances que sólo tienen la salida de la muerte, y diariamente trabajamos con tenacidad por procurarnos su eterno sueño y su profundo reposo. ¡Cuán pocas veces detendríamos el tiempo? Le queremos ver correr, y no pensamos que en sus corrientes se lleva nuestra vida.

CLEOPATRA.

El deseo es suicida; porque ¡ay! queremos realizarlo, y sólo puede realizarse en el tiempo futuro, cuando haya muerto una parte de nuestra existencia. Cree, Olympias, que ya no temo en la muerte nada más que el dolor, y no me aterra en el cadáver nada más que la fealdad. Si ahora mismo pudiera dormirme sin esperanza de un despertar seguro, ¡cuán gozosamente me dormiria para siempre! Morir es mi anhelo. Hoy comprendo una costumbre de los masahotas, que guardan por todos los rincones de sus monumentos copas de cicuta dispuestas para cuantos justifican

tener imprescindible necesidad de próxima muerte, de irremediable suicidio. Los dioses no quieren que rompamos la cadena por la cual vivimos atados á la tierra; es verdad. Pero cuando ellos mismos, ó su ministro, la Fortuna, nos presentan, como una piedra rodada al camino de nuestra vida, la ocasion de inevitable muerte, hay que aprovechar tal coyuntura y romper los lazos de nuestra servidumbre y subir en alas del último aliento á las serenas regiones de la eterna luz. Si tenemos por fuerza, para salir de este mundo, que aguardar el golpe de la muerte, no somos libres ni disponemos de lo que más en legítima propiedad nos pertenece, de la vida. Y si podemos darla por los demás, y es cosa plausible, ¿por qué no hemos de poder darla tambien por nosotros mismos? Los dioses no han querido consultar nuestra voluntad para existir, porque, si la consultaran, ningun mortal naceria. Y han dejado el no envejecer, el no penar, el no vivir, á nuestro libre arbitrio. Puesto que la muerte viene hácia nosotros, ¿por qué nosotros no hemos de ir tambien hácia la muerte? Ser no es cosa tan grande como el comun de los mortales se imagina. Tenemos de comun el ser con las cosas más ínfimas, con las uñas del buho y con el excremento de las

ratas, como tenemos de comun el vivir con los animalejos más imperfectos y con los más míseros y asquerosos parásitos. Nuestra vida es mayor ciertamente en perfecciones que la pura vida animal, y por eso nuestra muerte es más voluntaria. No hay animales suicidas. Pero el hombre puede serlo, porque el hombre viene á un combate, y el dia de su victoria es tambien el dia en que se vence voluntariamente á sí mismo y empuja con su cuerpo las puertas de la inmortalidad. Repitamos el dicho que Antonio me contaba de Bruto en la noche de Filipos: «Hora es de huir. Pero no huyamos por los piés, huyamos por las manos.»

OLYMPIAS.

Yo estoy siempre á tus órdenes. Dime cuanto quieras, y te obedeceré. Nuestra ciencia sabe alargar la vida, pero sabe mucho mejor acelerar la muerte.

CLEOPATRA.

Háblame ántes de los funerales de Antonio.

OLYMPIAS.

Nada faltó á su grandeza. Lloró Octavio la

muerte de su enemigo, y reunió en asamblea á los principales del ejército para darles cuenta de las proposiciones hechas al valeroso Antonio, y de la altivez con que Antonio las habia rechazado. En seguida dispuso, como homenaje al héroe romano, que se le consagraran grandes funerales; y como distincion á la reina Cleopatra, que se le consagraran aquí en Alejandría. Nada faltó. Ningun rito dejó de celebrarse, observándose fielmente las costumbres romanas. Vistiéronle como si viviera, y presentaron su faz descubierta á todo el pueblo. Toga de púrpura le envolvia; diademas de laurel y encina le coronaban; rico lecho de marfil y oro le contenia; házes romanas le custodiaban; numerosísimos soldados le circuian; voceros egipcios anunciaban las ceremonias; gladiadores de todas las tribus combatian desnudos en su presencia y se inmolaban á sus plantas; plañideras, vestidas de azul oscuro, lloraban y se dolian públicamente de su muerte, recitando al són de las flautas y de las cítaras melancólicos versos y elegías; devotos innumerables llevaban lucernas y antorchas, despidiendo suaves aromas; bandas de trompetas producian lastimeros quejidos, y compañías de sátiros trenzaban danzas fúnebres; un archimimo ostentaba extraña máscara imitan-

do el rostro del difunto y diciendo las mismas palabras que él solia decir en vida; los ascendientes de la familia de Antonio, hechos en cera y vestidos con sus trajes antiguos, precedian el cuerpo; y lechos de ricas materias, de preciosos metales, en que iban todas las insignias de las vanas dignidades por el difunto ejercidas, le acompañaban; iban luego los amigos sin anillos, y las amigas con las cabelleras sueltas; y detrás los esclavos, á quienes uno principal daba las señales de las contorsiones que debian hacer y el tono de los gemidos que debian lanzar; hasta que, llegados á un sitio, donde se levantaban altares de ciprés cubiertos de flores, y en cuyo centro habia inmensa pirámide de secas plantas olorosas, el cadáver fué allí depositado, despues de haberle abierto los ojos para que viera por última vez los cielos; y ardiendo las ramas secas en inmensa pira, una parte de Antonio se fué en nubes de humo á los aires, y otra parte se quedó en montones de ceniza sobre la madre tierra.

CLEOPATRA.

Pronto, muy pronto seguirá esta infeliz á su esposo. El testamento de su cariño, la expresion

de su última voluntad me ordenaron que procurara firmar una alianza con Octavio y establecer sobre el trono de Egipto á mis desgraciados hijos. Yo nada queria intentar, por no tener confianza ni en la amistad del vencedor ni en los consejos del vencido. Así es que cerré los ojos á la luz y decidí morirme de hambre. Ya me faltaban las fuerzas, y venia á más andar sobre mí la noche eterna, cuando sobreviene la amenaza de una inmolacion de todos mis hijos si no reservaba mi vida á merced del César. Ignoro qué afecto obró más fuertemente en mi ánimo, si el instinto de la propia conservacion ó el amor de madre; pero lo cierto es que, decidida al sacrificio mayor, á conservar la vida, no me repugnó ver frente á frente á ese hombre. Vino pues á visitarme. Encontrábame recostada en estrechísimo lecho, vestida como conviene á mi dolor y á mi viudez; los cabellos esparcidos, los velos rasgados, mostrando todas las señales de mi dolor y todas las heridas que los trasportes de este dolor abrieran tristemente en mi breve cuerpo. Al verle entrar, lancéme del lecho, corrí á sus piés, abracéle las rodillas; mis cabellos se enredaron en su armadura, y mis ojos se convirtieron á sus ojos con el fuego que habia deslumbrado el genio del gran César y

rendido la fortaleza del valeroso Antonio. Pero pronto advertí que aquel hombre no era, no, del temperamento de sus antecesores. ¿Cómo vencerle? ¿Cómo seducirle? Imposible de todo punto. ¿Por la elocuencia? La elocuencia no mueve á los sofistas que llevan el pro y el contra de todas las causas en su inteligencia. ¿Por la música? La música, que adormece á una serpiente, no adormece á un tirano. ¿Por la filosofía? Se hubiera sonreido de que una mujer la profesara. ¿Por la conmiseracion? Es cruel. ¿Por la gracia? Es indiferente. ¿Por el amor y la seduccion? Es frio como el mármol. Para comprender las facultades extraordinarias, se necesita tener facultades extraordinarias tambien: ó el genio de Julio César ó el valor de Marco Antonio pueden quemarse en esta hoguera ya casi extinta que se ha llamado Cleopatra. Desde el primer momento comprendí que sólo deseaba mis tesoros como despojo y mi persona como trofeo. Intenté justificarme como pude á sus ojos de mi alianza política y de mis relaciones amorosas con Antonio; pero á cada frase me cerraba el camino con una observacion profunda ó con un recuerdo innegable. Parecióme pues inútil toda justificacion, y le supliqué encarecidamente que me dejara vivir, mostrándole así fingido amor

á la vida. Cuando me pareció ya engañado sobre este punto, entreguéle el inventario de todas mis riquezas, única cosa que aguijoneaba su curiosidad y exacerbaba su deseo. Mi tesorero Seleuco, deseando congraciarse con el tirano, le reveló en mi presencia que yo habia apartado una porcion de joyas y alhajas para burlarlas á su codicia. Me levanté del lecho, le perseguí por el salon, me arrojé á su garganta como una tigre, y de seguro le ahogo á no quitármelo entre todos de las manos. César se desternillaba de risa al ver mi cólera, y yo le hice observar cuán horrible era que mientras él, mi enemigo y mi vencedor, me rendia tantos homenajes y me daba tantas alabanzas, aquel perro me acusase de haber distraido riquezas, guardadas, no para ornamento de esta infortunada, sino para obsequio y regalo de la mujer de César, Livia, y de su hermana, Octavia. Persuadióse de que yo amaba la vida, y se fué imaginándose grande engañador, cuando era el engañado. Mi único ruego fué que me dejara visitar la tumba de Antonio, y allá vamos á rendir á sus cenizas este último tributo. ¡Ah de mis mujeres!
(*Se encaminan á la tumba de Antonio.*)

CLEOPATRA (*sobre la tumba*).

Mi última disposicion como mujer, mi última ordenanza como reina, fué consagrarte magníficos funerales y ofrecer á tus cenizas esta sepultura en nuestra tierra de Egipto. Desde que tú quedaste en el sacratísimo asilo, al eterno sueño de la muerte entregado, yo perdí algo más necesario que la vida; perdí la libertad, y de reina de los egipcios pasé á sierva de los romanos. Me celan, me custodian, me cuidan; pero es sin duda porque, en su soberbia, el vencedor me destina á trofeo de su victoria y testimonio de tu desgracia. Mientras vivimos, ninguna fuerza humana pudo separarnos; y ahora nos alejan hasta de los lugares de nuestro nacimiento. Tú, romano, reposarás en tierra de Egipto; yo, egipcia, reposaré en tierra de Italia. El consuelo único á tal desventura reservado, será pensar que sobre mi cuerpo caerá la tierra donde tú has nacido, y que el sitio de mi sepulcro habrá de elevarse no lejos del sitio de tu cuna. Si tus dioses todavía pueden algo, porque los nuestros, ó han perdido su poder, ó nos han abandonado en la desgracia, intercede con ellos y muéveles á que no me dejen sobrevivirte; á que

no me arrastren á las fiestas triunfales en loor de tu derrota; á que me permitan ocultarme aquí contigo, compartiendo tu sepulcro en muerte cual compartí en vida tu lecho; porque, entre todas mis desgracias, ninguna tan grande como este tiempo en que el hado me ha retenido en la tierra, lejos de tí, lejos de mi esposo. Estas libaciones serán las últimas que te consagre; estas copas y estas pateras mias se vaciarán por última vez en honra tuya; pues fio en los dioses que muy pronto vendrán mis amigos á libar sobre mis inanimados restos, confundidos con los tuyos, ¡oh Antonio!

XXVI.

CLEOPATRA (*en su panteon*).

El noble Dolabela me escribe. Su carta dirá la verdad. Ha jurado no ocultarme lòs pensamientos del César, y no los ocultará. Mas ¿qué dice? Decidió resueltamente Octavio llevarme, animado trofeo, entre sus despojos, para que vaya como esclava á la capital de Occidente la que fué reina y señora y diosa del Oriente. Jamás. La vergüenza me subiria á la cara con tanta intensidad, que se conoceria este mi sonrojo allende la tumba. Yo soy hija del Oriente y de Grecia; yo pertenezco á la más ilustre raza, entroncada con los dioses. Alejandro está en mi genealogía, aquel Alejandro, en cuya presencia se pierden y en cuya lumbre se oscurecen todos los genios de la tierra. Los Ptolomeos, los oriundos de Macedonia, los padres de

cien reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del humano pensamiento son mis progenitores, y con el resplandor de sus nombres me han legado su honra y su gloria. Yo he tenido altares en Roma, y los que se creen dueños de la tierra han visto levantarse mi efigie en sus templos, al lado de sus diosas, y le han ofrecido holocaustos. Yo he reinado en este Egipto, donde han venido los sabios como niños á deletrear misterios de la creacion; yo en Libia, y en sus desiertos y en sus oasis, cuyos límites no ha conocido ni señalado todavía la humana ciencia; yo en Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huia á los besos de Apolo y consagrada por ricas floras de ideas; yo en Chipre, donde Venus tuvo su más hermoso templo, y el amor su oriente; yo en Creta, que vió la transformacion de los dioses asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos que traian ya el resplandor del humano espíritu sobre sus frentes; yo en Siria, el vasto imperio de los seléucidas; yo en Fenicia, que ha enseñado á los hombres á fijar su pensamiento en las letras del alfabeto y á cambiar los productos del trabajo en las relaciones del comercio. ¡Cómo! La que ha visto pasar por su mente todas las ideas; la que ha tenido bajo su mano todos los reyes; la que ha conversado en los

mágicos altares con todos los dioses; la que ha compartido el ardiente lecho de Julio César y ha domesticado la fiereza de Marco Antonio; la que fué adorada en el templo romano de la Victoria y oida en sus santuarios de Alejandría como un oráculo; esta mujer que hablara con diez embajadores á un tiempo en diez distintas lenguas; esta mujer que conociera desde las matemáticas á la astronomía, y desde la historia de los animales hasta la historia del pensamiento; una sibila en los palacios, una musa en las artes, una amazona en la guerra, una maga en los sacrificios, va á ir como sierva entre despojos y trofeos, para divertir un momento en la Via Sacra á esos romanos, cuya corona estuvo á punto de fundirse al rayo abrasador de este genio! ¡O! No, Cleopatra; debes morir cien veces antes que presenciar tal afrenta. Si no te dejan envenenar con ningun tósigo, envenénate con tu propia hiel; si no te dejan rasgarte las entrañas con ningun puñal, rásgatelas con tus dientes y con tus uñas; muere al dolor, á la desesperacion, al odio, á la rabia, á la ira, á todos estos venenos juntos, los cuales deben caer como plomo derretido en tus entrañas. ¡Presentarme en su triunfo, atada quizá á su carro, objeto de compasion, yo, que fuí desde mis primeros años ob-

jeto de envidia! Y celebrará Octavio con pompa la victoria en una guerra civil, victoria debida acaso á que Antonio no guardaba en su corazon el necesario odio á la infame Roma. Y para esto ha impuesto á sus conciudadanos ayer, hoy sus vasallos, el débil dictador tributos no pagados desde las explêndidas victorias de Paulo Emilio! Y él no necesitará pedir los honores del triunfo, ni á esa turba de eunucos que se llama el Senado romano, ni á esa otra turba de siervos que se llama el pueblo-rey. No estará años enteros, como Lúculo, sin poder entrar en el recinto de la ciudad, en el Poemerium. Octavio es cónsul, tribuno, pretor, pontífice, toda Roma, y por consiguiente toda la tierra. Los astros, los cielos, el aire y las aguas con sus innumerables séres, las sustancias de los campos, el fuego del sol y el fuego de los hogares, las ideas que discurren por la conciencia, y los dioses que se alzan por los templos, todo se ha desvanecido, para condensarse luego y reunirse en el frágil cuerpo de ese hombre, que exigirá á los mortales, al par de la obediencia ciega, la supersticiosa adoracion. Cleopatra se escapará á su poder por la puerta que conduce á toda libertad, por la puerta del sepulcro. Paréceme que veo la entrada en Roma de Augusto;

los árboles doblándose al peso de los curiosos; las orillas de la Via Flaminia henchidas por los pueblos rurales; los arcos de ramaje cortando á cada instante el paso; los innumerables aduladores con guirnaldas de rosas en las sienes y braserillos de incienso en las manos; primero, carros cargados de estátuas, de aras, de efigies, de altares, de dioses, como yo vencidos, y como yo avergonzados; luego, montones de armas, penachos, escudos, cascos, todos recogidos en el campo de mis derrotas, chocando unos con otros en el movimiento de la inmensa procesion y produciendo estridente sonido, que me desgarraria las entrañas; detrás, mis generales, mis amigos, mis cortesanos, reducidos á esclavos y llevando en sus manos ánforas llenas de mis tesoros; luego, los lechos de marfil, las carrozas de pedrería, mi trono, mi alto trono, mis joyas y mis coronas; y delante del vencedor, arrastrado por su cuadriga y ceñido de sus laureles, yo, maniatada, á pié; caida desde los santuarios de los dioses en las ergástulas de los esclavos; señalada con rechifla y chacota por aquellas gentes que han temblado á mi sombra, y que me escupirian á la cara. Jamás. ¡Oh, no! Iras, Charmion, pronto, pronto, venid, corred á mi presencia.

IRAS *y* CHARMION.

Reina y señora.

CLEOPATRA.

Preparadme mi baño de leche de camellas. Apercibidme mi espejo romano de plata circuido de pedrería, en que pueda mirarme toda entera como en la superficie de un lago. Untadme despues el cuerpo con la cocodriléa y con la pasta de Rodas para aumentar su blancura. Disimulad los surcos de las lágrimas en mi rostro con pomada de habas, y traed pastillas de mirra y lentisco para perfumar mi aliento. Aparejad la blanca estola que debe caer desde mi cuello á mis plantas, como en las ceremonias de Isis y el manto de gasa negro sembrado, como la noche, con estrellas de oro. Entrelazad á mis trenzas ricas perlas de la India. Ponedme collares de esmeraldas y zafiros, tumbagas de todas las piedras conocidas, serpientes de oro en los desnudos brazos, eslabones de oro en los piés, y en mis orejas dos gruesos diamantes, parecido el uno al primer lucero de la tarde, y el otro al último lucero de la mañana. Y luego ceñidme á la frente mi corona de reina, unida á mi diadema de diosa.

IRAS.

¡Señora! ¿Has vencido á Octavio? ¿Vas á alguna nueva victoria?

CLEOPATRA.

Iras, he vencido el dolor. Voy á la muerte.

CHARMION.

¡Cómo se dibujan tus hermosas formas bajo la blanca túnica! ¡Cómo te realza el rostro ese manto negro, junto al cual pareces la luna entre las sombras! Mucho relucen tus joyas, que no podrian pagar todos los reyes de la tierra; pero más relucen aún tus ojos, de que han estado como suspensos los imperios.

CLEOPATRA.

Todo está preparado: mi lecho de marfil y oro en su puesto; la cabecera de púrpura bien mulida; los pebeteros de ámbar encendidos á los cuatro lados y despidiendo misteriosas esencias; tendidas las alfombras orientales en los suelos;

las enseñas de mi familia flameando en las bóvedas; los cetros de los reinos que he regido amontonados en haces á mis plantas; colgados los exvotos de los pueblos én las paredes; erguidos los genios domésticos sobre las aras y encendidas las lámparas y las lucernas: ya sólo me resta tenderme y morir, como si en vez de acabarse una reina, se durmiera una diosa en su lecho de nubes, ó se extinguiese una idea en la humana conciencia.

IRAS *y* CHARMION.

¡Oh! ¡Morir! No. Mátanos antes á nosotras. El pecho se nos parte de dolor. No, no mueras. Aun puedes vencer.

CLEOPATRA.

No me desanimeis con vuestros suspiros, con vuestros sollozos, con vuestro llanto. Mostraos serenas y valerosas, puesto que vamos á morir las tres á un tiempo.

IRAS *y* CHARMION.

Si morimos las tres á un tiempo, ¡oh! enjugamos las lágrimas.

CLEOPATRA.

El áspid que ha de libertarnos está ahí. Con una sola picadura basta para morir. Lo aplicaremos primero á Iras, que morirá á mis plantas, y luego á Charmion, que morirá á mi cabeza, poniéndome antes de caer las coronas, que pesan demasiado, como todas las grandezas humanas, para soportadas y sufridas por mucho tiempo.

IRAS.

Trabajo ha costado burlar la vigilancia de los centinelas romanos, apostados para impedir tu muerte y conservarte al orgullo del César. Mas, gracias á mi industria, un campesino ha traido esta mañana un canastillo de mimbres cubierto de pámpanos y ocupado con una pirámide de higos. Y bajo los pámpanos está la víbora.

CLEOPATRA.

¡Oh, ricos frutos que pareceis flores, frutos preferidos de los atenienses, frutos que destilais olorosa miel! os han traido para conservar, alimentar, mantener la vida, y ocultais la muerte,

como todos los placeres, como todas las seducciones, como todas las delicias que nos llaman y nos atraen para poner asechanzas á la vida y acelerar el trance de la muerte. ¡Oh! morir es, por lo pronto, dormirse; y será mañana transformarse. Todo se transforma, desde el atomillo de polvo que levanta la orla de nuestro manto hasta la idea que estalla en el humano cerebro; y la muerte, ¡oh! la muerte es tambien una transformacion.—Iras, mira al cielo. ¿Cómo está?

IRAS.

Resplandeciente.

CLEOPATRA.

¿Y el mar?

IRAS.

Sereno, reverberando el sol en su rizada celeste superficie.

CLEOPATRA.

¿Y el campo?

IRAS.

Tranquilo como una égloga.

CLEOPATRA.

¡Oh! No saben todo lo que va hoy á morir en ellos. No saben que su alma se escapa. No saben que los jeroglíficos de su teología se caen como hojas secas. No saben que sus dioses espiran. No saben que se arruinan, como á impulsos de un terremoto, los templos consagrados á su culto. No saben que el espíritu panteista del Asia, disipado de las pirámides vacías, se lleva en sus alas toda su antígua risueña vida y todo su primitivo explendor. Los sacerdotes dejamos el mundo entregado á esos jurisconsultos romanos, sin misterios es verdad, pero tambien sin grandeza, eternos escribas, comentadores eternos, prosáicos testamentarios de nuestra historia, que han convertido las ideas del espíritu humano en el estercolero de una sola ciudad. Se acabarán los cánticos alegres, y vendrán las tristes lamentaciones; se despoblará de dioses la tierra, y vendrá el espíritu universal como viento fortísimo sobre mar encrespado; se acabará la antigua teogonía, y habrá ne-

cesidad de pedir arrodillados sobre las cenizas, comidos por la lepra, en eterna maceracion y penitencia, una gota de rocío á los cielos, una nueva idea á la conciencia universal. En mi lecho mortuorio se desploma un mundo. Los bueyes egipcios no mugirán; no ladrarán nuestros perros vigilantes á las puertas de los templos; no velarán nuestras astutas serpientes; y en nubes de cenizas se convertirán nuestros templos y en sombras nuestros dioses.

IRAS.

El lecho aguarda.

CHARMION.

El áspid abre su boca y muestra su hendida lengua.

CLEOPATRA (*tendiéndose en el lecho*).

Adíos, juventud de la tierra, adios. Los faunos se ocultaban en el tronco de los árboles y en sus espesos ramajes; los sátiros corrian, ébrios de vida, por los campos cubiertos de flores; en cada

recodo de los bosques un silvano enseñaba sus melodías á los céfiros; iban en las voluptuosas noches las ninfas cazadoras siguiendo con gozosos gritos la plácida carrera de la luna; el arroyo cantaba en tortuoso camino con la voz de las blancas náyades tendidas en sus clarísimos cristales; se elevaban del mirto y de las palmas, del oloroso tomillo y de la amarga adelfa, como cantoras abejas y pintadas mariposas, en legion hermosísima, risueñas divinidades; cada nube ocultaba un dios y cada ola una sirena; desde el astro perdido en el horizonte hasta la arena perdida en el desierto, tenia todo un alma, y el gozo de la vida se espaciaba en obras inmortales, y los desposorios del espíritu con la Naturaleza se veian en la frente de las perfectas estátuas: todo era amor y juventud en la tierra. Ahora, la sibila que anuncia una nueva edad, es pobre vieja, cuyos ateridos miembros sostiene el sol de Parthenope sobre los volcanes apagados, y cuyos ojos, duros como el diamante, se gastan de mirar un nuevo tiempo allá en los abismos de la eternidad. ¡Roma! al arrancarme mi corona, te has arrancado tu corona; al cautivar mis dioses, has destruido tus dioses; al hundirme en la tierra, te has hundido tú misma; la nueva idea que elaboras te quebrará, como una

luz demasiado fuerte la frágil lámpara que la contiene, y derramándose en torrentes de fuego derretirá todas tus armas y pulverizará todos tus trofeos.

IRAS (*despavorida*).

Cleopatra, deben estar advertidos los romanos. Llaman á la puerta.

CLEOPATRA.

Muerde. (*Aplica el áspid al brazo de Iras, que cae moribunda á sus plantas.*)

IRAS.

¡Qué dolor tan intenso! pero dolor mitigado por tu presencia, por la sonrisa de tus labios que me envian tu aliento, por la luz de tus ojos, más hermosa cuanto más se acerca hácia su ocaso.

CLEOPATRA (*aplicándose el áspid á su brazo*).

La serpiente del Nilo muere, pero sus misterios se entierran con ella; sus dioses lares la mi-

ran; su diadema le ciñe la frente; es diosa y reina todavía; se lleva en su alma los dioses del paganismo, y en su cuerpo la juventud de la tierra. (*Espira*).

LOS CORTESANOS DE CÉSAR (*entrando*).

¡Oh! La reina, con sus vestiduras sacerdotales, sobre lecho de marfil y oro, muerta en tranquilo sueño y más hermosa que en sus altares y en su trono. La virgen Iras tendida á sus plantas, exánime como una víctima inmaculada sobre el ara del sacrificio. La otra vírgen egipcia sosteniendo con sus manos la diadema sobre las sienes de Cleopatra, y desplomándose á la mordedura del áspid con la solemnidad de una estrella que se apaga.

UN CORTESANO DE OCTAVIO.

¡Cuán hermoso es todo esto!

CHARMION (*espirando*).

¡Hermosísimo, digno de la muerte de una rei-

na y de los funerales de una religion! (*Espira*).

VOZ MISTERIOSA (*saliendo del mar*).

Las sirenas han desaparecido de mis olas. El dios Pan ha muerto. (*Se oye un inmenso sollozo*).

EPÍLOGO.

ORIEL (*en el desierto*).

Los dioses han caido y ruedan sobre la tierra como las hojas secas arrastradas por el viento. La conciencia humana recoge sus rayos y transforma su luciente disco, á la manera del sol que toca en su ocaso. Tiembla el desierto, como las entrañas de próvida madre próxima al parto. Y el viento de misteriosas ideas suena en mis oidos y me cerca con sus ráfagas, como si quisiera desarraigar las raices de un mundo y esparcir las semillas de otro mundo.

UN ANGEL.

Levanta los ojos hácia Oriente, y dime qué ves n el horizonte.

ORIEL.

Veo una ciudad enrojecida por contínuos relámpagos. Veo un huracan que troncha los troncos de las palmeras. Veo las piedras que se dan unas contra otras y en pedazos se parten, como los corazones al dolor. Veo una colina á cuyos piés se hunden los dioses antiguos, como los cadáveres en su fosa. Veo las losas de los sepulcros que se quiebran, y los esqueletos que pasean mirando con sus huecos ojos todo el horizonte. Veo en la cima de la colina, sobre un resplandor misterioso, alzado el patíbulo de mi gente, el patíbulo de los esclavos, la cruz.

EL ANGEL.

Pues esa cruz lucirá sobre la corona de los reyes.

ORIEL.

Luego ha sonado la hora de mi redencion? Luego soy libre? Luego mi larga peregrinacion, mis eternas luchas, mis crueles martirios han equivalido á la creacion, y me he creado á mí mismo? Ya soy libre; que el signo de la infamia acaba de

convertirse en el signo de la gloria! ¿Qué mayor milagro?

EL ANGEL.

No te regocijes de esa suerte. En este planeta, las ideas más puras caidas de los cielos más altos se corrompen al mezclarse con las cenizas de la tierra.

ORIEL.

¿Pues no han muerto los dioses de la naturaleza que habian forjado con el hierro de sus montañas mis cadenas?

EL ANGEL.

Han muerto.

ORIEL.

¿Pues no han caido los altares donde yo estaba como atado?

EL ANGEL.

Han caido.

ORIEL.

Pues la voz de la última sirena ¿no acaba ahora

mismo de extinguirse, y la serpiente del Nilo no acaba de enterrarse, ella la tentadora, en su necrópolis?

EL ANGEL.

Sí.

ORIEL.

Mi espíritu, desligado de sus pesados lazos, libre de sus abrumadoras cadenas, se contempla á sí mismo en la inmensidad y se reconoce libre.

EL ANGEL.

Pues todavía no ha sonado la hora de tu libertad. La conciencia se ha separado de la naturaleza, donde estaba sumergida como la esponja ó como el alga en los mares, y brilla á la manera del sol en los cielos. La idea de la igualdad ha venido á completar esa otra idea de libertad natural. Al calor de estos rayos de luz, muchas cadenas se han fundido y muchos eslabones se han roto. Pero la redencion no está aún concluida.

ORIEL.

Y cuando lo más ignominioso, el patíbulo de mi gente, se ha convertido en lo más sublime;

cuando lo más miserable, el esclavo, se ha convertido en Dios, venciendo á los antiguos dioses, la redencion debe estar ya terminada y concluida la obra del humano progreso.

EL ANGEL.

No. Ahora empieza verdaderamente el mayor de tus sufrimientos, la mayor de tus penas. Con una conciencia tan clara como el cielo, con una idea luminosa de tu dignidad, rota la coyunda férrea del destino, muertos los dioses del fatalismo, hecho hombre, aún serás esclavo.

ORIEL.

Pues volvedme á mi antigua ignorancia. Arrancad de mi frente esta luz que sólo sirve para alumbrar mi ignominia. Si he de llevar sobre mis espaldas encorvadas un peso abrumador; si he de dar vueltas á la rueda de un molino, convertidme en bestia. Pero ¿cómo vais á ceñir cadenas sobre mis alas de ángel, que habrán de quebrarse, ó de quebrarlas?

EL ANGEL.

La tierra convertirá en sombras la luz descendida de los cielos. El mártir, que acaba de dar su

vida por los hombres, será trasportado desde la cruz á los tronos. Su corona de espinas se convertirá en corona de diamantes. Su caña pasará á ser cetro de oro; su sayal, manto de púrpura y su palabra de amor y caridad, signo de opresion y tiranía. La serpiente del Nilo no ha podido fascinar á Roma, y Roma fascinará á los discípulos del Crucificado.

ORIEL.

Y en los altares se entonarán alabanzas al Dios-Hombre, y en las ergástulas se azotará al hombre-bestia. Y llevaremos en la frente la idea de justicia, pero sobre esta frente luminosa la argolla de la servidumbre. Y la tirania arraigará más profundamente en nuestros corazones, á medida que la dignidad se eleve más en nuestra conciencia; y despues de haber creado el espíritu, lo tendremos abismado en la servidumbre. De suerte que nada valdrá nuestra eterna pasion, haber arrancado su fuego al cielo, haber devuelto su dignidad á la conciencia, haber infundido el espíritu divino en las venas del género humano. Seremos esclavos, como el dia en que nuestra conciencia no tenia idea de su grandeza, ni el sentimiento de la libertad moral nuestros corazones, y pasa-

remos por la tierra con el fuego de nuestra libertad sobre la cabeza transfigurada y la argolla del siervo á los piés taladrados de espinas.

EL ANGEL.

Contempla cuánto ha costado formar un planeta desde qüe se desprendió informe del sol hasta que ha llegado á ser habitacion del espíritu. Pues tanto ó más cuesta elevar á las alturas esa humanidad confundida en sus orígenes con la tierra. Vuelve atras los ojos y mira los templos que has destruido, las ruinas que has amontonado, los dioses que has herido y aniquilado antes de llegar á tener conciencia segura de que eras un espíritu libre y un espíritu inmortal. Siglos de siglos, millares de años has pasado en la abyeccion y en la ignorancia de tu propio sér; el sacro altar te ha rechazado como á un maldito, y la honda gemmonía te ha tenido en su húmedo calabozo, como si fueras informe feto de la tierra. Ahora el misterio de la redencion se ha cumplido. Las ideas evaporadas de la ciencia y del arte se han condensado en lluvia benéfica que ha henchido de vida al humano espíritu. En la cima del Calvario ha crecido tanto el hombre, que ha llegado á con-

fundirse con Dios y á divinizar hasta el dolor y la muerte. Pero aún pasarán siglos de siglos antes que llegues á la plenitud de tu vida y á la libertad de tu sér. Por de pronto, esa Roma, que se eleva tras el sepulcro inmenso del Asia como un astro del nuevo dia, te obligará á encerrar tu conciencia en las catacumbas y á lanzar tu cuerpo á las fieras. Los gladiadores inmolados en esas sangrientas orgías, los mártires consumidos en esos horribles holocaustos, las víctimas de tantos crímenes se elevarán como ángeles exterminadores, á guiar pueblos jóvenes y guerreros que den á sus manes venganza, y satisfaccion á la justicia. Los monumentos se desplomarán como si los hubieran sacado de su centro de gravedad; las columnas se parecerán á los árboles derribados en selvas descuajadas, ó á los huesos de hercúleos gigantes; Roma será un sepulcro vastísimo, y á sus piés llorarán, en lamentos sin fin, nubes de penitentes, pidiendo á los cielos, cargados con átomos de cenizas, piedad y misericordia. Pero la sombra del Imperio Romano volverá á pasearse sobre las ruinas de Roma, aspirando al mismo dominio universal que tenia en los tiempos de los Césares. Y esos pueblos jóvenes que se dirigian, hambrientos de matanza, á destruir

los Emperadores Pontífices, se detendrán y caerán de hinojos ante los Pontífices Emperadores. Y tu servidumbre sobrevivirá á la misma ruina de la ergástula y á la misma caida de Roma. El dolor será tan grande, que parecerá la tierra próxima á volver de nuevo al caos. Las tinieblas se extenderán por el cielo y la sangre rebosará en el planeta. Los más fuertes se levantarán allá en las cimas de las montañas, como huyendo del universal diluvio. Y los más débiles vegetarán al pié, entregados á trabajar como las bestias, para el goce de los demás, en la servidumbre material y en el rebajamiento moral. Pero un dia la trompeta de la guerra, como la trompeta del juicio, resonará fuertemente en las alturas. Los pueblos se levantarán sin saber por qué y se moverán sin saber hácia dónde. El desierto, ese desierto en que se consuma su redencion religiosa, en que nace la idea de la libertad moral, será tambien la cuna de su redencion civil y el comienzo de la verdadera igualdad. Los tiranos en la inmensidad, en el océano de arenas, necesitarán de los tiranizados; los opresores necesitarán de los oprimidos. Y entonces, despues de mil años de dolores, comenzará á erguirse, á levantarse el siervo y afilará y aparejará los instrumentos del trabajo.

Primero, encontrará algo que le fije y le señale su ruta en la inmensidad del Océano para dominar el espacio. Despues acercará á sus ojos los astros. Despues encontrará el medio de perpetuar y eternizar sus ideas, grabándolas en hojas tan numerosas como las hojas de los bosques y de las selvas. Nuevos mundos surgirán al conjuro de su palabra, como surgieron al conjuro de la palabra de Dios. Y habrá crecido tanto y tanto, que las cadenas se caerán de sus hombros y el derecho resplandecerá en su frente. Entonces la obra de los siglos se coronará, elevándose sobre el ara la luz y el fuego de una nueva alma. La conciencia libre habitará en el planeta regenerado y redimido. El antiguo pária que suspendia los sacrificios con su sombra; el sudra que llevaba el peso de la sociedad sobre sus espaldas encorvadas; el ilota oprimido y deshonrado; el gréculo semejante á una prostituta sujeta á eterna infamia; el esclavo en quien no se reconocia ni personalidad ni conciencia; el gladiador que bajaba al circo para inmolar á sus hermanos en las aras de un pueblo envilecido y de un César demente; el siervo que brotaba sobre el terruño como un árbol, y sacudia sus frutos de vida para los demás, de muerte y de maldicion para sí; el negro con

la noche en el rostro y la noche en el alma; todos los opresos, todos los perseguidos, todos los esclavizados se han redimido en las ideas de los filósofos, en las inspiraciones de los artistas, en los sacrificios de los redentores, en los esfuerzos del trabajo, en las tempestades de las revoluciones, en una lenta creacion que los ha hecho hombres y los ha coronado con la idea más sublime, con la idea de su justicia.

ORIEL.

La redencion del esclavo está en su mente, en la idea de su derecho; y en sus brazos, la virtud de su trabajo.

FIN

DE LA

REDENCION DEL ESCLAVO.

ÍNDICE.





